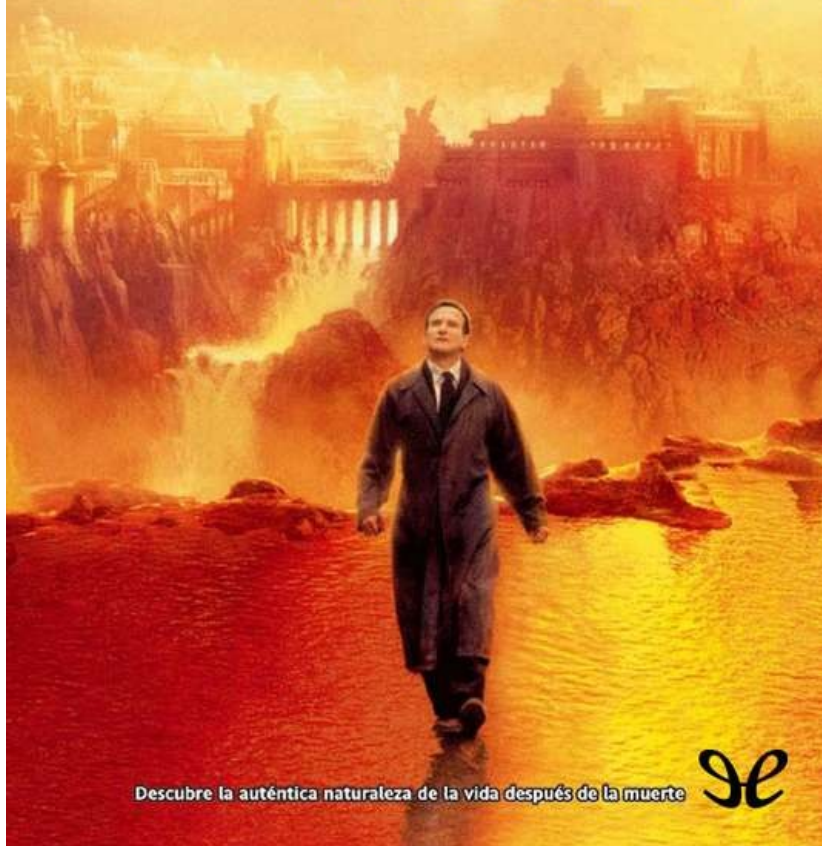


Más allá de los **SUEÑOS**

RICHARD MATHESON



Descubre la auténtica naturaleza de la vida después de la muerte



¿Qué nos ocurre tras la muerte? Chris Nielsen no tiene ni idea hasta que un grave accidente acaba con su corta vida y lo separa de su amada esposa, Annie. Ahora Chris tendrá que arreglárselas en el lugar desconocido que le espera después de dejar este mundo. Pero ni siquiera el cielo está completo sin Annie, y cuando la tragedia amenaza con separarlos para siempre, Chris arriesga su propia alma para salvarla de una eternidad de sufrimiento. Esta intensa historia de **Richard Matheson** , que trata acerca de la vida (y el amor) después de la muerte, sirvió de base para la película ganadora de un Óscar, protagonizada por Robin Williams.



Richard Matheson

Más allá de los sueños

ePub r1.3

GONZALEZ 12.03.2018

Título original: *What Dreams May Come*

Richard Matheson, 1978

Traducción: María Jesús Sandín-Ezquerro

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: quimera, solids & Mina2

ePub base r1.2



PRÓLOGO

El manuscrito que estás a punto de leer llegó a mis manos de la siguiente forma.

La tarde del diecisiete de febrero de 1976, el timbre de nuestra puerta sonó y mi mujer fue a ver quién era. Un rato después, volvió al dormitorio donde estábamos viendo la televisión y dijo que una mujer quería verme.

Me levanté y marché hacia el recibidor. La puerta estaba abierta. Una mujer alta, que rondaba los cincuenta, me esperaba en el porche. Vestía bien y sostenía entre sus manos un sobre grande y abultado.

—¿Es usted Robert Nielsen? —me preguntó.

Le dije que sí y ella me alargó el sobre.

—Entonces esto es para usted.

Lo miré con suspicacia y le pregunté qué era aquello.

—Un mensaje de su hermano —replicó.

Mis sospechas fueron en aumento.

—¿A qué se refiere? —inquirí.

—Su hermano Chris me ha dictado este manuscrito —respondió.

Sus palabras no consiguieron más que enfadarme.

—No sé quién es usted —le aseguré—, pero si supiera de verdad algo de mi hermano, no desconocería que murió hace ya más de un año.

La mujer suspiró.

—Ya lo sé, señor Nielsen —rebatí, con cierto tono de cansancio—. Soy una médium. Su hermano me ha dictado este material de...

Se paró cuando empecé a cerrar la puerta, y entonces fue cuando rogó.

—Señor Nielsen, por favor.

Hubo un matiz de apremio tan imperante en su voz que la miré, sorprendido.

—He pasado seis meses transcribiendo este manuscrito —me aseguré—. No fue idea mía. Tengo cosas que hacer, pero su hermano no pensaba dejarme en

paz hasta que escribiera la última palabra de este documento y prometiera entregárselo. —Su voz adquirió un tono desesperado—. Ahora solo queda que usted lo acepte, y así podré descansar tranquila.

Con esas palabras, depositó el sobre en mis manos, se giró y descendió con rapidez por el camino que conducía hasta la acera. Luego se subió a su coche y se alejó sin perder un segundo.

Nunca la he vuelto a ver ni saber de ella. Ni siquiera sé su nombre.

* * *

He leído tres veces el manuscrito, y me encantaría saber qué hacer con él.

No soy un hombre religioso, pero, como todo el mundo, me siento inclinado a creer que la muerte no se reduce al olvido sin más. Aun así, encuentro complicado, si no imposible, aceptar toda esta historia. Todavía sigo pensando en ella en esos términos: como una historia.

Lo cierto es que los hechos están ahí. Datos sobre mi hermano y mi familia que esa mujer no podría conocer, a menos que hubiera pasado muchos meses de laboriosa y onerosa investigación antes de redactar el manuscrito. En cuyo caso, ¿cuál sería su objetivo? ¿Qué ganaría con algo así?

Las preguntas que se formulan en mi mente no son pocas. No las enumeraré aquí, pues prefiero que el lector se forme las suyas.

De una cosa sí estoy convencido. Si el manuscrito es cierto, es mejor que todos nos replanteemos nuestras vidas. Y que lo hagamos cuanto antes.

Robert Nielsen

Islip, Nueva York

Enero, 1978

PRIMERA PARTE

EL SUEÑO DE LA MUERTE

1 Un borrón de imágenes fugaces

«Empieza por el principio», afirma el dicho. No puedo hacerlo. Comienzo por el final: los últimos momentos de mi vida en la Tierra. Te lo contaré tal y como ocurrió... y también lo que siguió después.

Una nota acerca del texto. Ya conoces mi estilo, Robert. Por eso mismo, en esta ocasión te puede parecer chocante. La razón es que me hallo limitado por mi escritura. Mis pensamientos han de cruzar por su mente. No puedo evitarlo. Y no todos los granos atraviesan el filtro. Así que sé comprensivo cuando pienses que simplifico las cosas en demasía. Sobre todo al principio.

Ambos lo hacemos lo mejor que podemos.

* * *

Gracias a Dios que estaba solo esa noche. Lo habitual era que Ian fuera al cine conmigo. Dos veces por semana (por mi trabajo, ya sabes).

Esa noche no vino. Actuaba en una obra de la escuela. Una vez más doy gracias a Dios.

Fui a un cine situado al lado de un centro comercial. No recuerdo el nombre. Uno enorme que han dividido en dos. Pregúntale el nombre a Ian.

Eran más de las once cuando salí de la sala. Me monté en el coche y conduje hacia el campo de golf. Ese tan pequeñito... el de niños. No me sale la palabra. Está bien. Deletréalo. Más despacio. M-i-n... i... g-o... l-f... Estupendo. Eso es.

Había tráfico en la... ¿calle? No, más amplio. ¿Ave... nida? No es del todo exacto, pero vale con eso. Creí ver un hueco y me lancé. Pero entonces apareció un coche a toda velocidad y tuve que parar. Había espacio para que me rodeara, pero no lo hizo. Me golpeó por la izquierda y mi coche comenzó a dar vueltas de campana.

Me quedé conmocionado, pero el arnés de seguridad me sujetó. No es arnés. C-i-n-t-u-r-ó-n. Aún no había sido herido de gravedad. Pero una camioneta me impactó por el costado derecho y me catapultó contra la línea continua. Un camión venía hacia mí. Me golpeó de lleno. Escuché un crujido terrible y el sonido de los cristales rotos. Me golpeé la cabeza y la negrura se apoderó de mí. Durante un instante, creí verme inconsciente y sangrando. Luego todo se sumió en las tinieblas.

* * *

Recuperé la consciencia. El dolor resultaba insoportable. Era capaz de

escuchar mi respiración, un sonido horroroso. Lento, exiguo, y acompañado con esporádicas toses líquidas. Tenía los pies helados. Lo recuerdo a la perfección.

Poco a poco, me percaté de que me encontraba en una habitación. También había gente, o eso creo. Algo impedía que estuviera seguro de ello. Sirantes. No, espera. Deletrea despacio. S-e-d-a-n... Sedantes.

Comencé a escuchar una voz susurrante. No era capaz de entender las palabras. No tardé en apreciar una forma a mi lado. Tenía los ojos cerrados, pero la veía. No podía asegurar si se trataba de un hombre o una mujer, pero de lo que sí estaba convencido es de que me hablaba. Cuando dejé de escuchar las palabras, desapareció con ellas.

Luego surgió otro dolor, esta vez en mi mente, y fue incrementándose sin prisa, pero sin pausa. Me dio la impresión de sintonizarlo como si fuera una cadena de radio. No era mi dolor, sino el de Ann. Lloraba y estaba asustada. Porque yo me había hecho daño. Tenía miedo de lo que me pudiera pasar. Sentía su angustia. Sufría de forma terrible. Traté de alejar las sombras, pero fui incapaz. Traté, en vano, de pronunciar su nombre.

«*No llores —pensé—. Todo irá bien. No tengas miedo. Te quiero, Ann. ¿Dónde estás?*».

En ese instante volví a casa. Era una tarde de domingo. Todos estábamos en el salón, riendo y hablando. Ann se sentaba a mi lado, Ian lo hacía al suyo. Richard se encontraba pegado a Ian, y Marie se acomodaba al final del sofá. Rodeaba con el brazo a Ann, que se apretaba contra mí. Despedía cierto calor agradable; le besé en la mejilla. Nos sonreímos el uno al otro. Era una tarde de domingo, pacífica e idílica, y todos estábamos juntos.

Me sentí emerger de la oscuridad. Yacía en una cama. El dolor volvió y me recorrió de los pies a la cabeza. Nunca me había dolido tanto como entonces. Sabía que me estaba deslizando. Sí, el término es deslizarse.

Entonces escuché un sonido horrible. Un tableteo en mi garganta. Recé para que Ann y los niños no lo oyeran. Los aterrorizaría. Le pedí a Dios que no los dejara escuchar aquel horrible ruido, que los protegiera de él.

El pensamiento que acudió a mi mente fue: «*Chris, te mueres*». Luché para tomar aire, pero los fluidos de mi tráquea evitaron que el aire pasara a su través. Me noté perezoso y lento, atrapado en una masa densa.

Había alguien al lado de la cama. Esa forma otra vez. «No luches contra ello, Chris», me decía. Aquellas palabras me enfurecían. Quienquiera que fuese, deseaba que muriera. Yo pugnaba contra ello. No quería marcharme. «*¡Ann!*», la llamé en mis pensamientos. «*¡Sostenme! ¡No dejes que me vaya!*».

Aun así, me deslicé. El cuerpo me dolía como mil demonios. Advertí mi debilidad. Luego hizo presa en mí una extraña sensación. Como si me hicieran cosquillas. Extraño, lo sé. Ridículo. Pero así fue. Cosquillas, por todas partes

de mi cuerpo.

Otro cambio. No estaba en una cama, sino en una cuna. Sentía el balanceo adelante y atrás, adelante y atrás. Poco a poco, caí en la cuenta. No estaba en una cuna, seguía en la cama. Mi cuerpo era el que se movía. Pequeños ruiditos crujían en el interior de mi cuerpo. Los sonidos que escuchas cuando quitas un vendaje con cuidado. Menos dolor. El dolor iba desvaneciéndose.

Asustado, traté de recuperar el dolor. Volvió en segundos, y esta vez peor que nunca. Agonizando, me aferré a él. Me hacía sentir vivo. No quería marcharme. «¡Ann!»». Mi mente gritó y suplicó. «¡Sostenme!»».

No sirvió de nada. Sentí la vida escurrirse entre mis dedos, volví a escuchar los mismos sonidos, aunque mucho más altos; el rasgar de un ciento de hilos diminutos. Se me durmieron las piernas. Perdí el sentido del olfato y el del tacto. Los dedos y los pies se me entumecieron. Pugué por volver a sentir algo, pero fui incapaz. Una cosa fría reptaba por mi estómago, por mi pecho. Se paró en torno a mi corazón, que latía despacio, muy despacio, como el tambor de una marcha fúnebre.

De repente, supe lo que ocurría en la habitación de al lado. Vi una mujer de bastante edad yacer allí; hebras de cabello gris recorrían su almohada. Tenía la piel amarilla y sus manos se asemejaban a garras de pájaro. Cáncer de estómago. Alguien se sentaba a su lado, y le hablaba con suavidad. La hija. Decidí que no quería verlo.

De inmediato, abandoné la habitación y volví a la mía. El dolor casi había desaparecido. No pude recuperarlo a pesar de lo mucho que lo intenté. Escuché un zumbido; sí, un zumbido. Los hilos seguían rompiéndose. Sentí los extremos rotos de los hilos retorcerse.

Ese frío de antes se movió de nuevo. Se movió hasta situarse en mi cabeza. Todo lo demás lo notaba insensibilizado. ¡*Por favor!*, grité en busca de ayuda. Pero no dije nada: tenía la lengua paralizada. Mi ser mismo se retrotraía, se refugiaba en mi cabeza. Las membranas se contraían... No, espera. M-e-m-b-r-a-n-a-s. Sí. Hacia fuera y hacia el centro a la vez.

Empecé a moverme a través de una abertura de mi cabeza. Había un ruido similar a un ronroneo, un repique, algo que se deslizaba muy deprisa, como una corriente de agua a través de un curso muy estrecho. Me sentí alzarme. Era una burbuja que oscilaba de uno a otro lado. Creí ver un túnel sobre mí, oscuro y sin fin. Me giré y me quedé anonadado al ver mi cuerpo tirado en la cama. Vendado e inmóvil. Alimentado mediante tubos de plástico. Estaba conectado al cuerpo merced a un cordel que brillaba con luz plateada. El cordón, muy fino, salía de arriba de mi cabeza. «*El cordel de plata* —pensé—. *Dios mío, el cordel de plata*». Sabía que era lo que mantenía mi cuerpo con vida.

Me inundó el aborrecimiento cuando vi mis brazos y piernas sufrir espasmos. Casi no respiraba. Había una expresión agónica en mi cara. De nuevo, luché para descender y unirme a mi cuerpo.

«*¡No, no me iré!* —chillaba mi mente—. *¡Ann, ayúdame! ¡Por favor! ¡Tenemos que estar juntos!* ».

Me obligué a bajar y observar mi rostro. Los labios se habían vuelto púrpuras y el sudor perlaba mi piel. Contemplé las venas del cuello hincharse. Los músculos comenzaron a contraerse de forma espasmódica. Intenté con todas mis fuerzas volver al cuerpo.

«*¡Ann! ¡Llámame a tu lado para que pueda seguir junto a ti!* ».

Ocurrió un milagro. La vida llenó mi cuerpo, un saludable color recorrió mi piel y una mirada de paz se acomodó en mi rostro. Le di gracias a Dios. Ann y los niños no me vieron de la misma forma que yo. Pensé que volvería a mi cuerpo.

Pero no fue así. Mi cuerpo fue envuelto por un saco de muchos colores, un saco tejido por el cordel de plata. Sentí una sensación de desvanecimiento, escuché un restallido (como si una enorme goma elástica se rompiera) y comencé a alzarme.

Entonces tuve un *flashback*. Sí, eso es. Un *flashback*; como en las películas, pero mucho más rápido. Has leído y escuchado la frase un millar de veces: «su vida entera pasó ante sus ojos». Robert, es verdad. Tan rápido que apenas pude seguirla... y hacia atrás. Los días antes del accidente, las vidas de los niños, mi matrimonio con Ann, mi carrera de escritor. La universidad, la Segunda Guerra Mundial, el instituto, la escuela, mi infancia. 1974-1927, hasta el último segundo de esos años. Cada movimiento, pensamiento, emoción, cada palabra hablada. Lo vi todo. Un borrón de imágenes fugaces.

2 Soñar que se sueña

Me senté en la cama de forma abrupta y me eché a reír. ¡Solo había sido un sueño! Me sentía alerta, con todos mis sentidos aguzados. Es increíble lo real que puede parecer un sueño.

Pero a mi vista le pasaba algo. Veía borroso. Más allá de tres metros era incapaz de distinguir nada.

La habitación me resultaba familiar: las paredes, el suelo de estuco. Cinco metros por cuatro. Las cortinas de color beis con tiras marrones y naranjas. Una televisión de color colgaba cerca del techo. A mi izquierda había una silla: tapizada con un material imitación de cuero, de un color rojizo anaranjado y brazos de acero inoxidable. La alfombra era de la misma tonalidad que la silla.

Entonces comprendí por qué las cosas parecían borrosas. El humo inundaba la habitación. Sin embargo, no había olor alguno. El dato me llamó la atención. No era humo. De inmediato cambié de idea. El accidente. Mis ojos habían quedado afectados. No me había desmayado. El alivio de saber que aún estaba vivo trascendió tal preocupación.

«*Vayamos por partes*», pensé. Tenía que encontrar a Ann y decirle que me encontraba bien para que así dejara de preocuparse. Me levanté por el lado derecho de la cama. La mesita de noche estaba hecha de metal, y su color también era beis, a juego con nuestra cocina. Deletrea. F-o-r-m-i-c-a. En un rincón se levantaba una pila. Los grifos me recordaban palos de golf, ¿sabes? Un espejo pendía encima de la pila. Debido a lo precario de mi vista me resultaba imposible apreciar mi reflejo.

Me acerqué a la pila, y luego me detuve. Se acercaba una enfermera. Caminó directa hacia mí, y me tuve que apartar. Ni siquiera me miró, pero boqueó algo y se apresuró en dirección a la cama. Me giré. Un hombre, de mandíbula floja y de piel grisácea y pálida, yacía en ella. Estaba cubierto de vendas y un montón de tubos de plástico recorrían su cuerpo.

Me giré sorprendido mientras la enfermera salía a toda prisa de la habitación. No pude oír lo que gritaba.

Me acerqué aún más al hombre y supuse que estaría muerto. ¿Pero cómo podía haber otra persona más en mi cama? ¿Qué clase de hospital asigna dos enfermos a una sola cama?

Extraño. Me incliné para mirarlo. Su cara era igual que la mía. Negué con la cabeza. Imposible. Miré su mano izquierda. Llevaba una alianza igual que la mía. ¿Cómo era posible?

Comencé a sentir una frialdad incómoda en el estómago. Traté de retirar la sábana para ver su cuerpo, pero fui incapaz. Había perdido el sentido del tacto. Seguí intentándolo hasta que me fijé en que mis dedos atravesaban la sábana. Retiré la mano de inmediato, asqueado. «*No, no soy yo* », me dije. ¿Cómo podía serlo cuando yo aún estaba vivo? Hasta me dolía el cuerpo. Prueba irrefutable de que vivía.

Giré con rapidez cuando dos doctores entraron en la habitación, y luego me eché atrás para permitirles inspeccionar el cuerpo.

Uno de ellos comenzó a exhalar en la boca del hombre. El otro tenía una epaer... deletrea h-i-p-o-d-é-r-m-i-c-a; sí. Contemplé cómo pinchaba la aguja en la carne del hombre. Entonces una enfermera vino corriendo; traía consigo una máquina equipada con ruedas. Uno de los doctores apretó dos gruesos cacharros de metal contra el pecho desnudo del hombre, que solo se retorció. Entonces fue cuando supe que no había relación alguna entre aquel tipo y yo, pues no sentí nada.

Sus esfuerzos fueron en vano. El hombre estaba muerto. «*Una lástima* », pensé. Su familia lo iba a pasar mal. Eso me hizo reparar en Ann y los niños. Tenía que encontrarlos para calmarlos. Sobre todo a Ann. Sabía lo aterrorizada que estaría. Mi pobre y dulce Ann...

Me giré y caminé hacia la puerta. A mi derecha había un baño. Eché un vistazo y vi un lavabo, un interruptor y un botón con una bombilla roja al lado, bajo la cual un cartel rezaba: «Emergencia».

Salí al pasillo y no me costó reconocerlo. Sí, por supuesto. La tarjeta de mi cartera indicaba que debían traerme aquí en caso de accidente. El hospital Motion Picture, en las colinas Woodland.

Me paré y traté de encajar las piezas. Había tenido un accidente y me habían traído hasta aquí. ¿Por qué no descansaba entonces en una cama? Aunque lo cierto es que me había despertado en una. En la misma en la que reposaba el hombre que acababa de morir. El hombre que se parecía a mí. Tenía que haber una explicación para todo ello. Sin embargo, no la encontraba. No podía pensar con claridad.

Al fin, se me ocurrió una respuesta. No estaba seguro de si era o no la correcta..., pero no tenía nada más. Había de aceptarla. Al menos por el momento.

Me hallaba bajo los efectos de la anestesia; me estaban operando. Todo ocurría solo en mi mente. Esa era la deducción lógica. Nada más tenía sentido.

«*¿Y ahora qué?* », pensé. Haría lo que deseaba. Y lo que deseaba era encontrar a mi Ann.

Justo cuando lo decidí, vi a otro doctor correr por el pasillo hacia mí. De manera deliberada traté de detenerlo cuando pasó a mi lado, pero mi mano

atravesó su hombro. «*No importa*», me dije. Soñaba. Y todo tipo de cosas estúpidas se suceden en los sueños.

Anduve por el pasillo. Pasé al lado de una habitación donde un cartel verde indicaba «No fumar: oxígeno en uso». Un sueño poco habitual, pensé. Nunca había sido capaz de leer en sueños; las palabras siempre se agolpaban cuando trataba de hacerlo. Sin embargo en esta ocasión la frase resultaba completamente legible a pesar del emborronamiento de mi vista.

De todas formas, esto no es un sueño si hablamos de manera precisa. Encontrarse bajo los efectos de la anestesia no se puede comparar con soñar. Asentí ante lo lógico de la explicación y continué mi camino. Ann debía de estar en la sala de espera. Me concentré en dar con ella para poder consolarla. Era tan partícipe de su sufrimiento como del mío propio.

Pasé al lado de la sala de enfermeras y las escuché hablar. No intenté conversar con ellas. Todo esto tenía lugar solo en mi mente. Tenía que asumirlo, aceptar las reglas. No era un sueño persi (per-s-e), pero era más sencillo pensar en ello como si lo fuera. Un sueño bajo los efectos de la anestesia.

«*Espera —pensé, y me detuve—. Sea o no un sueño, no puedo caminar por ahí con una bata de hospital*». Me estudié de arriba abajo. Llevaba lo que vestía cuando tuve el accidente.

«*¿Dónde está la sangre?*», me pregunté. Recordaba una imagen de mí mismo entre los restos del coche, inconsciente. Había sangre por todas partes.

Me invadió un sentimiento imponente... ¡No! Perdón por la impaciencia. E-x-u-l-t-a-n-te. ¿Por qué? Porque había razonado algo aun a pesar de lo embotado de mi mente. No podía ser el hombre de la cama. Él vestía la bata de hospital, estaba vendado y lo alimentaban con tubos. Yo llevaba un traje, no tenía venda alguna y me podía mover con total libertad. La diferencia saltaba a la vista.

Un hombre con ropas de calle se me acercó. Esperaba que me pasara de largo. Pero para mi sorpresa, me colocó la mano sobre el hombro y me hizo detenerme. Advertí la presión de sus dedos sobre la carne.

—¿Sabes ya lo que ha ocurrido? —inquirió.

—¿Lo que ha ocurrido?

—Sí —asintió—. Has muerto.

Lo miré, disgustado.

—Eso es absurdo —repliqué.

—Es la verdad.

—Si hubiera muerto no tendría cerebro —le respondí—. No podría hablar contigo.

—No es así como funciona —insistió.

—El hombre de esa habitación es el que ha muerto, no yo —le aclaré—. Yo estoy anestesiado, porque me están operando. En esencia, vivo un sueño. — Me complació mi propio análisis de la situación.

—No, Chris —respondió.

Un escalofrío trepó por mi espalda. ¿Cómo sabía mi nombre? Lo miré con más detenimiento. ¿Lo conocía? ¿Por qué aparecía en mi sueño?

No; no lo conocía. Me resultaba desagradable. De todas formas, pensé (la idea me hizo sonreír a pesar de mi irritación) que este era mi sueño y que él no tenía ningún poder sobre él.

—Lárgate y encuentra tu propio sueño —le espeté, satisfecho ante lo agudo de mi expresión.

—Si no me crees, Chris —me contestó—, mira en la sala de espera. Tu esposa y tus hijos están allí. Aún no les han dicho que has muerto.

—Espera un minuto, espera un minuto —le señalé con el dedo, punzando el aire—. Tú eras quien me aconsejaba que no luchara, ¿verdad?

Comenzó a replicar, pero yo estaba tan irritado que no le dejé hacerlo.

»Estoy cansado de ti y de este estúpido lugar —le recriminé—. Me voy a casa.

Algo tiró de mí de forma instantánea. Fue como si mi cuerpo estuviera encapsulado en metal y se viera atraído por un imán distante. Salí despedido por el aire tan rápido que no me dio tiempo a hacer nada.

Terminó tan de súbito como había empezado. Me hallaba sumido en la niebla. Miré en derredor, pero no vi nada. Comencé a caminar despacio por entre la bruma. Ahora y entonces, creí captar un destello de gente moviéndose. Cuando traté de discernir quiénes eran, se desvanecieron. Estuve a punto de llamar a uno de ellos, pero al final no lo hice. Yo era el dueño del sueño. No dejaría que me dominara.

Traté de distraerme imaginándome que estaba de vuelta en Londres. ¿Recuerdas que viajé allí en 1957 para escribir el guión de una película? Fue en noviembre, y en más de una ocasión me tocó caminar entre nieblas tan densas como esta. «Puré de guisantes» es una buena descripción. La de ese día era aún más densa que aquellas; me daba la impresión de estar bajo el agua. La humedad también era casi la misma.

Al final, al otro lado de la bruma, divisé nuestra casa. Esa visión me alivió de dos formas. Por un lado, solo por verla. Por otro, el hecho de haber llegado

tan rápido me hizo constatar que seguía soñando.

De repente, me sentí inspirado. Ya te he contado lo mucho que me dolía el cuerpo. Incluso aunque fuera un sueño, aún me dolía. Por tanto, dado que el dolor era fruto del sueño, no tenía sentido que lo sufriera. Robert, solo con pensarlo el dolor desapareció. Un nuevo sentimiento de placer y alivio me recorrió. ¿Qué mejor prueba de que aquello era un sueño y no la realidad?

Recordé, entonces, cuando me había levantado de la cama del hospital, entre risas, porque todo había sido un sueño. Eso era justo lo que sucedía. Punto.

De improviso, estaba en el recibidor sin haber dado ni un paso más. «*Un sueño*», pensé y asentí, satisfecho. Miré en derredor, aunque mi vista seguía siendo borrosa. «*Aguarda —pensé—. Si he sido capaz de eliminar el dolor, ¿por qué no conseguir lo mismo con la deficiencia de mis ojos?*».

Nada ocurrió. Todo más allá de unos metros seguía oscurecido por lo que parecía ser un sudario de humo.

Me giré en redondo ante el ruido de garras proveniente del suelo de la cocina. *Ginger* corría hacia el recibidor. ¿La recuerdas? Nuestra pastora alemana. Me vio y dio comienzo a su carrera rebosante de felicidad. La llamé, contento de volver a verla. Me incliné para acariciarle la cabeza y mi mano se hundió en su cráneo. Se retiró con un gañido y se encogió de terror. Se apretó contra la puerta. Se le pegaron las orejas a la cabeza y el pelo de la coronilla se le erizó.

—*Ginger*—la llamé. Luché contra una sensación desazonadora—. Ven aquí. — Actuaba de forma estúpida, me dije. Me aproximé a ella, pero lo único que hizo fue aplastarse contra el suelo de la cocina, tratando de escapar—. *¡Ginger!* —grité. Quería enfadarme con ella, pero tenía un aspecto tan aterrorizado que me vi incapaz. Corrió por el salón y desapareció bajo la puerta de la perra.

Iba a seguirla, pero decidí no hacerlo. No me convertiría en la víctima de este sueño, por muy absurdo que se volviera. Me giré y grité el nombre de Ann.

Nadie respondió. Miré la cocina: la cafetera estaba encendida, los dos pilotos rojos brillaban. La jarra de cristal estaba casi vacía. Esbocé una sonrisa. Estaba haciéndolo de nuevo. En un momento la casa se vería imp... i-m-p-r-e-g-n-a-d-a con olor a café recién hecho. Traté de alcanzar la jarra. Mi mano atravesó el cable y me tensé, pero luego recuperé la calma. «*En los sueños no se puede hacer nada a derechas*», recordé.

Busqué por la casa. Miré en el dormitorio y en el baño. Las habitaciones de Marie e Ian, en su baño. La habitación de Richard. Ignoré el enturbiamiento de mi visión. No era importante, decidí.

Lo que no fui capaz de ignorar fue el estado letárgico que me iba invadiendo. Ya fuera un sueño o no, mi cuerpo parecía hecho de roca. Volví a nuestro dormitorio y me senté en la cama. Me desazonó el hecho de que no se

amoldara a mi cuerpo; es una cama de agua. «*Olvidalo, un sueño es solo un sueño —me dije—. Son surrealistas*».

Miré el reloj radiodespertador, y me tuve que inclinar para visualizar con claridad las manecillas y los números. Eran las seis y cincuenta y tres. Eché un vistazo al otro lado de la puerta de cristal. Fuera no estaba oscuro. La niebla seguía allí, pero no había oscuridad alguna. ¿Cómo podía ser de mañana con la casa vacía? A esas horas, todo el mundo debería estar en su cama.

—No importa —dije, mientras me esforzaba por reafirmarme. «*Te están operando. Estás soñando. Ann y los niños te esperan en el hospital ...*».

La confusión hizo presa en mí una vez más. ¿De verdad estaba en el hospital? ¿O también constituía parte del sueño? ¿Estaría en esta cama soñándolo todo? Tal vez el accidente nunca hubiera ocurrido. Había muchísimas posibilidades, y todas estaban interconectadas. Si tan solo pudiera pensar con mayor claridad... Pero mi mente seguía embotada. Como si tuviera resaca o me hubieran sedado.

Me tiré en la cama y cerré los ojos. Era lo único que podía hacer. No tardaría mucho en despertar a la verdad: todo era un sueño que había tenido bajo los efectos de la anestesia, o en la cama de mi dormitorio. Esperé que fuera el último caso. Porque, de ser así, me despertaría para encontrar a Ann a mi lado y podría contarle el sueño absurdo que había tenido. La sostendría entre mis brazos, la besaría con ternura y hablaría con ella de lo extraño que resulta soñar que se sueña.

3 Esta oscura pesadilla sin final

Me encontraba derrengado, pero era incapaz de descansar; mi sueño se había visto interrumpido por el llanto de Ann. Quise incorporarme para consolarla. En lugar de eso me zambullí en un limbo entre la oscuridad y la luz. «No llores», me oí murmurar. «Despertaré pronto y estaré contigo. Déjame dormir un rato más. No llores, por favor; todo va bien, cariño. Cuidaré de ti».

Al fin, me obligué a abrir los ojos. No estaba tirado en la cama, sino de pie en la niebla. Comencé a andar despacio hacia el sonido del llanto. Estaba cansado, Robert, atontado. Pero no permitiría que siguiera llorando. Tenía que averiguar lo que sucedía y solventarlo cuanto antes para que cesaran sus lágrimas. No podía soportar el que siguiera llorando así.

Llegué hasta una iglesia que jamás antes había visto. Todos los bancos estaban repletos de gente. Me vi incapaz de distinguir sus rasgos en aquellas formas grisáceas. Anduve hasta el pasillo central, sin dejar de preguntarme la razón de que estuviera allí. ¿Qué iglesia era esta? ¿Y por qué el sonido del llanto de Ann provenía de aquí?

La vi sentada en el primer banco, vestida de negro. Richard a su derecha, Marie e Ian a su izquierda. Al lado de Richard divisé a Louise y a su marido. Todos vestían de negro. Resultaban más fáciles de ver que el resto de la gente de la iglesia, aunque seguían siendo formas desdibujadas, como si se tratase de fantasmas. Seguía escuchando los sollozos, aunque Ann guardaba silencio. «*Es su mente —concluí—, y nuestras mentes se encuentran tan unidas que la escucho con claridad*». Corrí hacia ella y me paré justo delante.

—Estoy aquí.

Mantuvo la vista fija, como si yo no hubiera hablado, como si no estuviera allí. Nadie me miraba. ¿Se avergonzarían de mi presencia y estarían fingiendo que no me veían? Me observé. Tal vez fueran mis ropas. ¿No hacía mucho tiempo que no me cambiaba? No estaba muy seguro.

—Está bien —dije. Tenía dificultades para pronunciar las palabras; me notaba la lengua rara—. Está bien —repetí despacio—. No me he vestido de forma adecuada. Y llego tarde. Eso no significa que... —Mi voz se quebró al comprobar que Ann seguía mirando en la misma dirección. Como si yo fuera un ser invisible—. Ann, por favor —imploré.

No se movió en absoluto, ni parpadeó. Le toqué el hombro.

Se retorció en el asiento, miró hacia arriba y la cara se le puso blanca.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté.

El dolor de su mente salió a flote de improviso y se cubrió los ojos con la mano izquierda, en un intento por reprimir los sollozos. Sentí un dolor atroz dentro de la cabeza. «*¿Qué es lo que me pasa?*».

—¿Ann, qué es lo que pasa?

Tampoco respondió esta vez, y entonces centré la atención en Richard.

—¿Richard, qué está pasando? —Arrastraba las palabras que pronunciaba de la misma manera que si estuviera borracho.

No respondió. Miré a Ian.

—¿Por qué no me lo dices tú, por favor? —Un agujonazo de angustia me atravesó al contemplarlo. Sollozaba de manera tímida, y se frotaba las mejillas con dedos temblorosos en un esfuerzo por enjugar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

«*¿Qué es lo que pasaba allí, por amor de Dios?*».

Entonces lo supe. Claro. El sueño. Aún soñaba. Estaba en el hospital y me operaban... No, me había despertado ya, pero soñaba en la cama del hospital... ¡lo que fuera! El sueño continuaba su curso y ahora incluía también mi funeral.

Tuve que alejarme de ellos. No podía soportar verlos llorar.

«*¡Qué sueño más estúpido! ¿Cuándo terminaría?*».

Fue un auténtico tormento para mí el tener que apartarme de su lado, pero entonces, justo detrás de mí, escuché a Ann y a los niños llorar. Sentí la necesidad imperiosa de darme la vuelta y consolarlos. ¿Pero de qué serviría? En mi sueño, lamentaban mi muerte. ¿De que serviría hablar con ellos si me creían muerto?

Tenía que pensar en otra cosa, esa era la única salida. El sueño cambiaría entonces, siempre lo hacía. Caminé hacia el altar, siguiendo el zumbido de una voz. Debía de ser el sacerdote. Me obligué a adoptar una perspectiva diferente. Aquello podía ser divertido. Aunque fuera un sueño, ¿cuántos hombres disfrutaban de la oportunidad de asistir a su propio panegírico?

Adiviné su contorno grisáceo y borroso tras el púlpito. Su voz sonaba vacía y distante. «*Espero que esté siendo bueno conmigo*», pensé.

—Lo es —dijo una voz.

Miré a mi alrededor. De nuevo ese hombre, el que había visto en el hospital. Resultaba extraño que, de todos los presentes, él fuera el que más claramente se me aparecía.

—Veo que aún no has encontrado tu propio sueño. —Era extraño, también,

que a él sí le pudiera hablar sin esfuerzo.

—Chris, trata de entenderlo —me pidió—. Esto no es un sueño. Es real. Has muerto.

—¿Quiere dejar de decir eso? —Comencé a darme la vuelta.

Otra vez me puso la mano en el hombro. Dedos sólidos, que se clavaban en la carne. Extraño.

—¿Chris, no lo ves? Tu esposa y tus hijos están vestidos de negro. En una iglesia. Un sacerdote pronuncia tu panegírico.

—Un sueño muy real.

Agitó la cabeza.

»Déjame en paz —le espeté en tono amenazador—. No tengo que aguantar esto.

Su presa era fuerte. No conseguí romperla.

—Ven conmigo. —Me condujo hasta la plataforma, donde vi un ataúd sobre los soportes—. Tu cuerpo está ahí —me aseguró.

—¿En serio? —Mi tono era frío. El ataúd se mantenía cerrado. ¿Cómo podía saber él que yo estaba allí dentro?

—Puedes mirar dentro si quieres —respondió.

Me sentí desazonado. Podía mirar si quería. De repente, lo supe.

—Pero no lo haré. —Me desembaracé de su mano y me alejé—. Esto es un sueño —repetí sin dejar de mirar por encima del hombro—. Tal vez no lo entiendas, pero...

—Si es un sueño —me interrumpió—, ¿por qué no pruebas a despertarte?

Giré en redondo para encararlo.

—Vale, eso es justo lo que voy a hacer. Gracias por una sugerencia tan estúpida.

Cerré los ojos.

«Ya lo has oído. Despierta. Me ha dicho que lo haga. Hazlo.»

Oí los sollozos de Ann de nuevo, sollozos que se hacían más intensos.

—No. —Era incapaz de soportar aquel sonido. Traté de retroceder, pero me perseguía. Apreté los dientes. *«Esto es un sueño y te vas a despertar ahora*

mismo ». En cualquier momento me despertaría, cubierto de sudor y temblando. Ann me llamaría por mi nombre y me sostendría entre sus brazos, me calmaría, me diría...

Sus sollozos se hicieron más fuertes, más fuertes. Apreté las manos contra las orejas.

—Despierta. ¡Despierta! —grité con determinación ciega.

Mi esfuerzo fue recompensado con un súbito silencio. ¡Lo había conseguido! Lleno de alegría, abrí los ojos.

Estaba en el recibidor de nuestra casa. No entendía lo que pasaba.

Entonces volvió la niebla y mi vista se emborronó una vez más. Y empecé a advertir siluetas de personas que se reunían en el salón. Siluetas grises y borrosas que se unían en pequeños grupos, sentadas o de pie, y que murmuraban palabras que no alcanzaba a oír.

Caminé hacia el salón y pasé al lado de un grupo de personas, pero no fui capaz de reconocerlas: sus rasgos estaban muy distorsionados. Seguía soñando. Me aferré a esa idea.

Pasé al lado de Louise y de Bob. No me miraron. «*No trates de hablar con ellos. Acepta el sueño. Sigue adelante* ». Me encaminé hacia el salón, lo atravesé y me dirigí a la salita.

Richard servía bebidas desde detrás de la barra. Sentí una punzada de resentimiento. ¿Cómo bebían en un momento como este? Espera. ¿Un momento como este? No era un día especial. Solo una fiesta deprimente en un sueño deprimente.

Mientras me movía, fui capaz de identificar a algunas de aquellas personas. El hermano mayor de Ann, Bill, y su esposa Patricia. Su padre y su madrastra, su hermano pequeño Phil, su esposa Andrea. Traté de sonreír. Cuando soñaba no escatimaba ni un detalle, pensé; la familia entera de Ann había venido desde San Francisco. ¿Pero dónde estaba mi familia? Seguro que los soñaba también. ¿Qué importaba en un sueño que vivieran a cinco mil kilómetros de allí?

Entonces tuve otra idea. ¿Sería posible que hubiera perdido la cordura? Tal vez el accidente me hubiera afectado al cerebro. ¡Era una posibilidad! Me aferré a ella. Daño cerebral. Imágenes distorsionadas y extrañas. No solo requeriría una operación; aquello sería más complejo. Mientras me desplazaba entre aquellos fantasmas, podían estar hurgando en mi cerebro con la esperanza de curarme.

No ayudó. A pesar de lo lógico que sonaba, el resentimiento seguía embargándome. Toda esa gente me ignoraba. Me detuve en frente de algunos; imposible determinar sus rasgos, su identidad.

—Mierda, incluso en un sueño la gente te habla —dije. Probé a agarrar a uno por los brazos. Mis dedos atravesaron su carne como si fueran agua. Miré a mi alrededor y observé la mesa de la sala. Intenté agarrar el vaso de alguien para estamparlo contra la pared. Igual que si hubiera agarrado el aire. La furia me inundó.

—¡Joder, este es mi sueño! ¡Escuchadme! —les grité.

Mi risa fue involuntaria, nerviosa.

«Mira lo que dices —pensé—. Actúas como si esto ocurriera. Aclara tus ideas, Nielsen. Esto es un sueño».

Los dejé a todos atrás cuando crucé por el corredor trasero. El tío de Ann, John, estaba justo delante de mí. Observaba unas fotografías en la pared. Lo atravesé sin sentir nada.

«Olvídalo —me dije—. No importa».

La puerta de nuestro dormitorio estaba cerrada. La atravesé.

—Esto es una locura —susurré. Nunca antes me había sucedido algo así en sueños.

Mi enfado se evaporó cuando me acerqué a la cama y vi a Ann. Estaba apoyada contra su lado izquierdo y miraba en dirección a la puerta de cristal. No se había quitado aún el vestido de luto que le había visto lucir en la iglesia. Solo se había descalzado. Tenía los ojos rojos de tanto llorar.

Ian se sentaba a su lado y le sujetaba la mano. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Lo quería tanto... Es un chico tan dulce y amable, Robert... Alargué la mano para acariciarle el pelo.

Él miró a su alrededor y, por un instante que estuvo a punto de pararme el corazón, creí que me miraba.

—Ian —murmuré.

Él volvió a mirar a su madre.

—¿Mamá? —dijo.

Ella no respondió.

Ian habló de nuevo y los ojos de Ann se dirigieron, muy despacio, hacia él.

—Sé que te parecerá una locura, pero... siento que papá está con nosotros.

Miré a Ann. Ella contemplaba a Ian, pero su expresión no había cambiado.

—Quiero decir que está aquí —le aseguré—. Ahora.

La sonrisa de Ann fue muy tierna.

—Sé que solo quieres ayudar.

—Lo siento de verdad, mamá.

Ann no fue capaz de continuar cuando un sollozo la interrumpió.

—Dios mío —susurró—. Chris... —Las lágrimas le inundaban los ojos.

Me situé al lado de la cama y traté de tocarle la cara.

—Ann, no... —comencé, pero me resultó imposible decir nada más. Cuando fui a abrazarla, mis dedos se hundieron en su carne.

—Ian, tengo miedo —reconoció Ann.

Me di la vuelta con rapidez. La última vez que había presenciado aquella mirada en su cara fue una noche cuando Ian, que tenía seis años, estuvo desaparecido durante tres horas. Una mirada de miedo absoluto e indefensión.

—Ann, estoy aquí. ¡Estoy aquí! ¡La muerte no es lo que crees!

Fui presa del terror. ¡No quería decir eso! Pero era demasiado tarde para volverse atrás. Lo había asumido.

Me debatí contra la idea e intenté concentrarme en Ann e Ian. Pero la cuestión seguía atormentándome. ¿Y si el hombre había dicho la verdad? ¿Y si no se trataba de un sueño?

Me habían cortado la retirada. Contraataqué con fiereza. ¿Y qué si lo había pensado? ¿Y qué si lo había considerado? No había pruebas más allá de eso.

Mejor. La justificación sirvió para apaciguarme. Comencé a tocarme el cuerpo. «¿Esto es la muerte? —me burlé—. ¿Carne y hueso? ¡Ridículo! ». No podía ser un sueño. Tal vez concediera eso. Pero de lo que estaba seguro es de que no se trataba de la muerte.

El conflicto pareció acabar con mis energías. Una vez más, me dio la impresión de que mi cuerpo se había vuelto piedra. «¿Una vez más? », pensé.

No importaba. Alejé todo aquello de mi mente. Me tumbé en mi lado de la cama y miré a Ann. Resultaba inquietante estar a su lado, uno enfrente del otro, y que su vista me atravesara, como si yo fuera una ventana.

«Cierra los ojos », pensé. Lo hice. «*Evádate mediante el sueño —me dije—. No hay evidencias de ningún tipo. Esto puede ser un sueño. Pero Dios, Dios de los cielos, si es que el cielo existe, odio este sueño con todas mis fuerzas. Por favor —imploré a cualesquiera poderes que me escucharan—. Libérame de*

esta oscura pesadilla sin final ».

4 ¡Saber que aún existo!

Flotar, quedar suspendido, elevarse, y luego descender hasta sumergirse en un vacío silencioso. ¿Sería así la sensación que experimentaría el niño aún no nacido? ¿El flotar en una lobreguez líquida?

No, en el vientre materno no habría llantos. Ni tampoco ese pesar que me oprimía. Murmuraba en mi sueño. Quería descansar, necesitaba descansar, pero también quería despertar por el bien de Ann.

—Cariño, no pasa nada —debí de repetir estas palabras cien veces antes de despertar.

Me costó abrir los ojos; las pestañas me pesaban.

Ella yacía a mi lado, dormida. Suspiré y le sonreí con dulzura. El sueño se había acabado y volvíamos a estar juntos. La miré a la cara. Su rostro me recordaba a la de una niña. Una niña cansada, una niña que había llorado hasta dormirse. Mi preciosa Ann. Quise tocarle la cara, pero mi mano pesaba como el acero.

Mis dedos desaparecieron dentro de su cabeza.

Se despertó de súbito, con aspecto alarmado.

—¿Chris? —dijo.

De nuevo ese instante de esperanza... roto cuando fue evidente que no me miraba a mí, sino a través de mí. Las lágrimas inundaron sus ojos. Encogió las piernas y apretó con fuerza la almohada entre sus brazos, a la vez que hundía la cara contra ella. Su cuerpo se agitaba a causa de los sollozos.

—No, cariño, no llores, por favor. —Yo también lloraba.

Habría vendido mi alma solo para que me viera, escuchara mi voz, recibiera mi consuelo y mi amor durante solo un minuto.

Sabía que sería imposible. Y también que la pesadilla aún no se había acabado. Aparté la vista de ella y cerré los ojos, desesperado por dormirme otra vez y escapar, dejar que las tinieblas me alejaran de ella. Su lamento me partía el corazón.

«*¿Por favor, llévame de aquí!* —rogué—. *¡Si no puedo consolarla, llévame de aquí!* ».

Sentí que mi mente descendía hacia las tinieblas.

Ahora sí que tenía claro que se trataba de un sueño. Tenía que serlo. Mi vida pasó ante mis ojos, una sucesión de fotos animadas. Me recordó algo. ¿No había experimentado esto antes, de manera más breve y confusa?

Esta vez no era tan confuso. Estaba sentado en un auditorio, viendo una película llamada *Mi vida*, desde el principio al final. No, corrige eso. Desde el final al principio. La película comienza con el choque (sea real o no) y sigue hasta mi nacimiento, con cada detalle magnificado.

No te relataré todos los detalles, Robert. No es la historia que quiero contar. Llevaría demasiado tiempo. La vida de cada hombre es un conjunto de episodios. Considera todos los momentos de tu vida, enumerados uno por uno y repletos de hasta el más mínimo detalle. Una enciclopedia de sucesos de veintidós volúmenes como poco.

No obstante, déjame contarte algo sobre esta sucesión de imágenes. Fue algo más que un «relampagueo ante mis ojos». Yo no era solo un espectador; eso se me hizo evidente de inmediato. Reviví cada momento desde una nueva perspectiva, experimentando y comprendiendo al mismo tiempo. El fenómeno fue sumamente vívido, Robert, cada emoción se multiplicó hasta alcanzar un nivel superior de consciencia.

La esencia de todo ello (esta es la parte importante) fue saber que mis pensamientos habían sido reales. No solo las cosas que había hecho y dicho. También lo que había pasado por mi mente, ya fuera positivo o negativo.

Cada recuerdo volvió a la vida ante mí y dentro de mí. No los pude evitar. Ni tampoco racionalizar o explicar. Solo los experimenté de nuevo con total comprensión, y esta vez la hipocresía no me sirvió de escudo. El autoengaño fue imposible. La verdad me fue expuesta bajo una luz cegadora. No como había pensado que fue. No como había esperado que fuera. Solo como fue, como había sido.

Mis fallos me asaltaron. Las cosas que había omitido o ignorado, las que había dejado a un lado. Lo que debería haber dado y no hice..., a mis amigos, a mis parientes, a papá y mamá, a ti y a Eleanor, a mis hijos, a Ann. Sentí la punzada mordiente de cada fracaso. No solo desde el punto de vista personal, sino también desde el profesional. Mis fallos como escritor. El puñado de guiones que escribí y que no sirvieron para nada. En su momento me perdoné por ello. Ahora, en esta versión descarnada de mi vida, tal perdón fue imposible, al igual que la autojustificación. Tal infinidad de fallos se redujo a un núcleo fundamental: todo lo que podría haber hecho, y el modo irrevocable en que había fracasado en prácticamente todo.

No es que fuera injusto; los baremos se aplicaban en ambos sentidos. Lo que había hecho bien también se mostraba con claridad. Las gentilezas, los logros... Todos se me presentaron.

El problema es que no me veía capaz de soportarlo. Igual que una sogá de la que se tira desde la lejanía, me vi atraído por el llanto de Ann. *Cariño, déjame ver*. Creo que pronuncié esas palabras, aunque quizá solo las pensara.

Me pareció volver a yacer a su lado. Noté los párpados pesados al tratar de abrirlos. Los sonidos que emitía en sueños me recordaban a un cuchillo que atravesara mi corazón. Por favor, tenía que ver, que conocer, que evaluar. La palabra me pareció vital de repente. Evaluar.

Volvía a estar a la deriva, hacia el aislamiento de mis visiones. Abandoné aquel cine por el momento. La imagen de la pantalla se había congelado. Comenzó de nuevo y me absorbió. Estaba dentro otra vez, reviviendo días lejanos.

En esta ocasión la experiencia fue más gratificante, pero te ahorraré los detalles como antes. No solo redescubrí toda experiencia de mi vida, sino que viví cada deseo insatisfecho... como si hubiera sido satisfecho. Comprobé que lo que transpira en la mente es tan real como la propia carne y sangre. Lo que solo había sido imaginación durante mi vida se hizo tangible; cada fantasía se convirtió en realidad. Las viví todas... al mismo tiempo que me mantenía al margen, como un espectador ante su, a menudo, íntima sordidez. Un espectador maldito con una total objetividad.

Aún se conservaba el equilibrio, Robert, he de llamar la atención sobre ello. La balanza de la justicia: la oscuridad atemperada por la luz, la crueldad por la compasión, la lujuria por el amor. Y todo esto llevaba a la misma pregunta: ¿qué has hecho con tu vida?

Fue un alivio saber que esta profunda e íntima visión solo estaba a mi alcance. Fue una reinterpretación privada, un juicio articulado por mi propia consciencia. Aún más, supe que, de algún modo, todo acto y pensamiento revivido quedó grabado en mi subconsciente de forma indeleble para futuras referencias. La razón de esto la desconozco. Solo supe que sería así.

Entonces algo extraño ocurrió. Estaba en una casa de campo desconocida, y miraba a un viejo que descansaba en una cama. Dos personas se sentaban a su vera, una mujer de pelo blanco y un hombre de mediana edad. Sus vestiduras me resultaban extrañas, al igual que el acento de la mujer cuando dijo: «Creo que se ha ido».

—¡Chris!

El torturado llanto de Ann me arrancó de mi sueño. Miré alrededor y comprobé que estaba de nuevo rodeado por la niebla, tirado en el suelo. Me levanté despacio. Me dolían todos los músculos. Traté de caminar, pero no fui capaz. Me hallaba en el fondo de un lago lóbrego cuya corriente me tragaba.

Tenía hambre. No, esa no es la palabra adecuada. Necesidad de sustento. No, más que eso. Necesidad de añadir algo a mi ser, de recomponerme. Eso era. Me sentía incompleto. Parte de mí se había ido. Traté de pensar, pero lo encontré imposible de llevar a cabo. Los pensamientos chorreaban en mi mente como el pegamento. «*Vamos*», fue lo único que llegué a pensar. «*Vamos*».

Vi una columna de luz pálida tomar forma delante de mí, una columna que

encerraba una figura en su interior. «¿Deseas que te ayude?», preguntó. Mi mente estaba tan aturdida como para no distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer.

Me esforcé en decir algo, pero en ese momento, a lo lejos, oí que Ann pronunciaba mi nombre, y miré en redondo.

—Igual te tienes que quedar aquí mucho tiempo —me explicó la figura—. Cógeme la mano.

La miré de nuevo.

—¿Te conozco? —pregunté. Apenas podía hablar, mi voz sonaba átona.

—Eso no importa ahora mismo —replicó la figura—. Cógeme la mano.

La observé con ojos vacíos. Ann me volvió a llamar y yo agité la cabeza. La figura trataba de apartarme de ella. No iba a permitirlo.

—Largo —exclamé—. Voy con mi mujer.

Me quedé solo en la niebla.

—¿Ann? —grité. Tenía frío y miedo—. ¿Ann, dónde estás? —Mi voz sonaba muerta—. No te puedo ver.

Algo me empezó a arrastrar a través de la niebla. Algo que intentaba alejarme de lo que deseaba. No era Ann quien tiraba de mí, eso seguro, y yo lo único que quería era estar con Ann. Eso era todo lo que me importaba.

La niebla se fue aclarando y por fin se me permitió avanzar. Había algo familiar en el paisaje que se extendía enfrente de mí: amplios campos de césped verde con hileras de placas metálicas a ras de superficie, ramilletes de flores aquí y allí, algunas muertas, otras a punto de hacerlo, otras frescas. Ya había estado aquí antes.

Caminé hacia una figura distante que se sentaba en la hierba. ¿Dónde había visto este lugar?, me pregunté, sin dejar de forzar mi memoria. Al final, como una burbuja que se abre camino a través de un mar de légamo, el recuerdo salió a flote: Vaughn. El hijo de alguien. Lo conocíamos. Lo enterraron aquí. ¿Hace cuánto tiempo? No sabría decir. El tiempo se me antojaba un enigma más allá de solución alguna.

La figura era Ann; me dirigí hacia ella lo más rápido posible, lleno de una mezcla de añoranza y alegría. No sabría explicar la razón.

Llegué hasta ella y pronuncié su nombre. No hizo señal alguna de haberme visto u oído, y, por algún motivo inexplicable, no me sorprendió. Me senté a su lado en la hierba y la rodeé con el brazo. No sentí nada y ella no respondió a mi gesto, solo siguió sentada allí. Me esforcé en comprender lo que sucedía, pero me resultó imposible.

—Te quiero, Ann —murmuré. Fue lo único que mi mente pudo construir—. Siempre te querré, Ann. —La desesperación comenzó a hacer mella en mí. Miré al suelo, en donde ella fijaba la vista. Había flores y una placa de metal.

«Christopher Nielsen /1927—1974». Contemplé la placa, demasiado impresionado como para reaccionar. De una manera vaga recordé un hombre que se dirigía a mí y que intentaba convencerme de que había muerto. ¿Había sido un sueño? ¿Era esto un sueño? Agité la cabeza. Por algún motivo no podía comprenderlo, era inaceptable que aquello fuera un sueño. Lo que significaba que había muerto.

Muerto.

¿Cómo una revelación tan impactante me dejó tan indiferente? Debería haber gritado de terror. En lugar de eso, contemplé la placa con mi nombre y el año de mi nacimiento y el de mi defunción.

Poco a poco, un pensamiento obsesivo se instaló en mi mente. ¿Estaba allí abajo? ¿Yo? ¿Mi cuerpo? Tenía la posibilidad de comprobarlo más allá de toda duda. Podía bajar allí y ver mi cadáver. Los recuerdos titilaron. «*Eres libre de mirar dentro si lo deseas*». ¿Dónde había oído eso? ¿Que podía mirar dentro de qué?

Entonces lo supe. Podía descender y mirar dentro del ataúd. Comprobar que había muerto. Sentí mi cuerpo adelantarse y luego precipitarse hacia abajo.

—¿Mamá?

Miré en derredor, sorprendido. Richard se aproximaba junto a un joven delgado y de pelo oscuro.

—Mamá, este es Perry —dijo—. Es él de quien te hablé.

Fijé mi vista, incrédulo, en el joven.

Me estaba mirando.

—Tu padre está aquí, Richard —respondió con calma—. Sentado al lado de la placa que tiene su nombre.

Jugueteé con los pies.

—¿Me ves? —pregunté. Me había quedado aturdido tras escuchar sus palabras y comprobar que me miraba directamente.

—Dice algo que no entiendo —añadió Perry.

Miré a Ann, y la ansiedad no tardó en volver. «*Me puedo comunicar con ella; haz que sepa que aún existo*».

Ella observaba al joven, con expresión afligida.

—Ann, créelo —imploré—. Créelo.

—Vuelve a hablar —aclaró Perry—. Esta vez habla con usted, señora Nielsen.

Ann se sobresaltó y miró a Richard. Pronunció su nombre a modo de súplica.

—Mamá... —Richard parecía incómodo y resuelto al mismo tiempo—. Si Perry dice que papá está aquí, créelo. Ya te he contado cómo...

—¡Ann, estoy aquí! —grité.

—Sé cómo se siente, señora Nielsen —interrumpió Perry a Richard—, pero tiene mi palabra de que es cierto. Lo veo justo a su lado. Viste con una camisa de color azul oscuro de manga corta, unos pantalones holgados ajedrezados y unos zapatos Wallaby. Es alto y rubio, de complexión fornida. Sus ojos son verdes, y la mira a usted con desazón. Estoy convencido de que él quiere que usted sepa que está aquí.

—Ann, por favor —rogué. Miré otra vez a Perry—. Escúchame —insistí—. Tienes que escucharme.

—Está hablando de nuevo —explicó Perry—. Creo que dice... cerca de mí o algo así.

Gruñí y fijé la vista en Ann de nuevo. Pugnaba por no llorar, pero no podía ayudarla. Apretaba los dientes y su respiración era irregular.

—Por favor, para —murmuré.

—Mamá, solo trata de ayudar —dijo Richard.

—Para. —Ann se puso en pie y se marchó.

—Ann, no te vayas —rogué.

Richard salió en su busca, pero Perry lo sujetó.

—Deja que se vaya haciendo a la idea —aconsejó.

Richard miró en derredor, incómodo.

—¿Está aquí? —preguntó—. ¿Mi padre?

No sabía qué hacer. Quería estar con Ann. ¿Pero cómo podía pasar por alto a la única persona capaz de verme?

Perry colocó las manos sobre los hombros de Richard y lo giró hasta que me encaró.

—Está en frente de ti —sentenció—. A un metro de distancia.

—Dios. —La voz de Richard se convirtió en un hilo de voz temblorosa.

—Richard —dije. Me adelanté y traté de agarrarlo de los brazos.

—Está delante de ti ahora mismo y trata de sujetarte los brazos —le informó Perry.

La cara de Richard se volvió blanca.

—¿Por qué no lo puedo ver? —exigió saber.

—Podrías si convencieras a tu madre para que se quedara una sesión entera.

A pesar de la excitación que las palabras de Perry me crearon, no podía seguir allí por más tiempo; tenía que estar con Ann. Su voz se perdió tras de mí cuando comencé a seguirla.

—Sigue a tu madre —dijo Perry—. Debe de querer...

No oí nada más. Anhelante, fui tras Ann con la esperanza de alcanzarla. Fuera lo que fuese una sesión (¿una sesión de espiritismo?), Ann tenía que acceder. Yo nunca había creído en cosas así, ni siquiera pensado en ellas. Ahora sí lo hacía. Perry me había visto, de verdad. La idea de que, con su ayuda, Ann y los niños me pudieran ver también, tal vez hasta oírme, me llenaba de alegría. ¡El pesar me abandonó por completo!

Entonces gruñí consternado. La niebla volvía a congregarse y me impedía ver con claridad a Ann. Traté de correr, pero mis movimientos se hacían más y más complicados. ¡Tenía que alcanzarla!

—¡Espera, Ann! —grité—. ¡No me abandones!

«*Tienes que seguir tu camino*». Creí escuchar una voz que me hablaba. No le haría caso. Continué moviéndome cada vez más despacio en el lago donde volvía a estar. La neblina caía sobre mí. «*¡Por favor!* —pensé—. *¡Debe de existir una manera de que Ann pueda verme y así consolarse al saber que aún existo!* ».

5 Mi presencia es inútil

Caminaba por la colina en dirección a nuestra casa. A ambos lados de la calzada, los falsos pimenteros eran sacudidos por el viento. Probé a olerlos, pero no fue posible. Por encima de mi cabeza, el cielo se había nublado. *Va a llover*, pensé. Me pregunté por qué estaba allí.

Atravesé la puerta principal como si fuera el aire. Entonces supe por lo que había venido.

Ann, Richard y Perry se sentaban en el salón. Supuse que Ian estaría aún en el colegio, y Marie en la academia en Pasadena.

Ginger yacía a los pies de Ann. En cuanto entré en el salón, levantó la cabeza de forma abrupta y clavó los ojos en mí, a la vez que erizaba las orejas. No hubo ni un ruido esta vez. Perry, acomodado en el sofá al lado de Richard, se giró y me miró.

—Ha vuelto —anunció.

Ann y Richard se dieron la vuelta de inmediato en mi dirección, pero supe que no me veían.

—¿Tiene el mismo aspecto? —inquirió Richard con impaciencia.

—Igual que en el cementerio —respondió Perry—. Tenía el mismo aspecto que el día del accidente, ¿verdad?

Richard asintió.

—Sí. —Miró a Ann; yo tenía la mirada fija en ella—. ¿Mamá? ¿Ves cómo...?

—No, Richard —le cortó con voz calmada, pero firme.

—Pero papá vestía como la noche del accidente —insistió Richard—. ¿Cómo iba Perry a saberlo si él...?

—Nosotros lo sabemos, Richard.

—No lo sé por ustedes, señora Nielsen, de eso puede estar segura —le aseguró Perry—. Su marido está aquí a nuestro lado. Mire a su perra. Ella sí que lo ve.

Ann echó un vistazo a *Ginger* y se puso a temblar.

—Claro —murmuró.

Tenía que conseguir que creyera.

—¿*Ginger*? —llamé al animal. Antes, siempre que pronunciaba su nombre su cola comenzaba a golpear contra el suelo. Ahora solo se acobardó, sin dejar de mirarme ni por un solo momento.

Crucé la habitación hacia ella.

—Vamos, *Ginger* —la animé—. Me conoces.

—Anda hacia usted, señora Nielsen —aseguró Perry.

—¿Le importaría...? —empezó a decir, pero entonces la voz se le quebró cuando *Ginger se* puso en pie y huyó de la habitación.

—Tiene miedo de él —explicó Perry—. No entiende lo que ocurre.

—¿Mamá? —rompió el silencio Richard. Qué bien conocía yo ese silencio contumaz. Me sentí compelido a sonreír, a pesar de su obcecación en no creer en mí.

—Le está sonriendo —dijo Perry—. Parece comprender tu incapacidad para creer que está aquí.

La expresión de Ann se volvió a agriar.

—Estoy segura de que a ti te parece obvio que yo debería creerlo. Pero no puedo... —Se quedó sin palabras y la respiración se le entrecortó—. ¿De... de verdad lo ves? —preguntó.

—Sí, Ann, sí. Lo hace —musité yo.

—Acaba de decir «sí, Ann, sí» —le confirmó Perry—. Lo puedo ver. Tiene el mismo aspecto que en el cementerio. Eso sí, no parece tan sólido. Pero es real. No entresaco la información de su mente. Soy incapaz de hacer tal cosa.

* * *

Ann apretó la palma de la mano izquierda contra sus ojos.

—Desearía creer —confesó con cierto aire desgraciado.

—Inténtalo, mamá —replicó Richard.

—Por favor, Ann —imploré.

—Sé que es difícil aceptarlo —continuó Perry—. Llevo toda mi vida viviendo con ello y ya lo doy por hecho. Veo descarnados desde que era un niño.

Lo miré con súbito disgusto. ¿«Descarnados»? La palabra me hacía parecer

un monstruo.

—Lo siento —se disculpó Perry con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Richard a la vez que Ann bajaba la mano para estudiar con curiosidad a Perry.

—Me ha fruncido el ceño —explicó Perry, sonriendo—. Debo de haber dicho algo que no le ha gustado.

Richard volvió a mirar a Ann.

—¿Entonces qué, mamá? —quiso saber.

Ella suspiró.

—No lo sé.

—¿Qué daño puede hacer?

—¿Que qué daño? —Ella lo miró, incrédula—. ¿El albergar la esperanza de que tu padre aún exista? Ya sabes lo que significaba él para mí.

—Señora Nielsen... —comenzó a decir Perry.

—No creo en la vida después de la muerte —lo interrumpió Ann—. Creo que, cuando morimos, morimos, y ese es el fin definitivo. Ahora quieres que...

—Señora Nielsen, se equivoca —aseguró Perry. A pesar de que en aquel momento él estaba de mi lado, me sentí ofendido por su tono agresivo—. Su marido se encuentra justo enfrente de usted. ¿Cómo sería posible si no hubiera sobrevivido?

—No lo veo —rebató Ann—. Y no voy a creerlo solo porque tú digas que está ahí.

—Mamá, Perry ha sido puesto a prueba por la UCLA —terció Richard—. Y siempre ha salido con éxito.

—Richard, no estamos hablando de pruebas de colegio. ¡Hablamos de papá! ¡El hombre al que amábamos!

—¡Con mayor motivo entonces! —replicó Richard.

—No. —Ann negó con la cabeza—. No puedo creerlo. Si lo hiciera y descubriera que era falso, me moriría. Me mataría.

«*Oh, no*», pensé con súbita desazón. Una vez más, me sobrevino un cansancio extenuante. No tenía ni idea si lo causaba el rechazo de Ann a creer, o su pesar. Solo sabía a ciencia cierta que tenía que descansar otra vez. La visión se me enturbiaba por momentos.

—¿Por qué no lo intentas al menos, mamá? —le pidió Richard—. ¿Ni siquiera lo vas a intentar? Perry me ha dicho que podemos ver a papá si...

—Ann, tengo que ir a descansar un rato —dijo. Sabía que no me escuchaba, pero aun así lo hice.

—Está hablando con usted, señora Nielsen —informó Perry—. Ahora se inclina sobre usted.

Traté de besar su cabello.

—¿Ha sentido eso? —preguntó Perry.

—No —respondió ella, tensa.

—Acaba de besar su pelo —le dijo él a Ann.

Se le cortó la respiración y se echó a llorar con suavidad. Richard se irguió como un resorte y fue hacia ella. Se sentó sobre el brazo de la silla de ella y la atrajo hacia sí.

—No pasa nada, mamá —murmuró. Miró a Perry de manera reprobadora—. ¿Tenías que decir eso? —preguntó.

Perry se encogió de hombros.

—Dije lo que él hacía, nada más. Lo siento.

El cansancio aumentaba con rapidez. Quería quedarme allí, situarme delante de Perry, dejar que me leyera los labios. Sin embargo, no contaba con la fuerza suficiente. Una vez más, aquella sensación irrefrenable abrumó mi cuerpo y me aparté de ellos. Tenía que descansar.

—¿Quiere saber lo que está haciendo ahora? —preguntó Perry. Su tono despedía una pizca de resentimiento.

—¿El qué? —Richard acariciaba el pelo de Ann, y su expresión daba a entender que estaba algo molesto.

—Camina hacia vuestra salita. Comienza a desvanecerse. Debe de estar perdiendo fuerza.

—¿Le puedes pedir que vuelva? —preguntó Richard.

No oí nada más. No sé cómo conseguí llegar hasta nuestro dormitorio. La transición es un recuerdo difuminado. De lo único que me acuerdo es de que pensé: «*¿Porqué me canso si carezco de un cuerpo físico?*».

* * *

Abrí los ojos. Oscuridad y silencio. Algo tiró de mí, y me obligó a ponerme en

pie.

Aprecié la diferencia de inmediato. Si antes me había sentido pesado, ahora me encontraba tan ligero como una pluma. Casi me pareció flotar por la habitación y a través de la puerta.

La voz de Perry resonaba en el salón. Me pregunté lo que decía mientras flotaba hacia el vestíbulo trasero. ¿Habría accedido al fin Ann a la sesión de espiritismo? Confiaba en que fuera así. Todo lo que yo quería era consolarla.

Me moví por el salón hacia la salita.

De repente, me quedé congelado y miré horrorizado al salón.

Y me vi a mí mismo.

Mi mente no supo reaccionar. Me quedé petrificado ante la vista. Sabía que estaba donde estaba.

Aun así, también me encontraba en el salón. Vestido con ropas idénticas. Mi cara, mi cuerpo. Era yo, sin duda alguna.

¿Pero cómo era posible?

No estaba en ese cuerpo. Solo lo observaba. Sin apartar la vista de él, me acerqué. Aquel ser parecía un cadáver. No había ninguna expresión en su cara. Podría haber sido una figura mía en un museo de cera. Excepto porque se movía despacio, como un autómatas sin cuerda.

Despegué los ojos de mi otro yo y examiné el salón. Ann estaba allí, con Richard, Ian y Marie. Perry hablaba con la figura. *¿Sería visible para todos?*, me pregunté, disgustado. Resultaba una visión asquerosa.

—¿Dónde estás? —preguntó Perry.

Estudí la forma cadavérica. Los labios se agitaban levemente. Cuando hablaba, su voz no era la mía sino un murmullo hueco, sin vida.

—En el más allá.

Perry se lo comunicó a mi familia. Se volvió a dirigir a la figura.

—¿Me puedes describir el lugar donde estás?

La figura no habló. Cambió el peso de pierna; sus ojos parpadearon con lasitud. Al final habló.

—Frío.

—Dice que hace frío —les contó al resto Perry.

—Dijiste que seríamos capaces de verlo —recordó Marie con voz tirante.

Miré a Ann. Se sentaba en el sofá, entre Ian y Marie, y su cuerpo parecía haberse colapsado. Tenía la cara blanca (me recordó a una máscara) y contemplaba sus manos.

—Por favor, hazte visible para el resto —le pidió Perry a la figura. Incluso ahora, su tono sonaba tajante.

—No —respondió la figura al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

No sé cómo lo supe, pero lo supe. La figura no hablaba por sí misma. Solo respondía a lo que la mente de Perry le suministraba. No era yo en ningún aspecto. Solo un títere que había construido con la fuerza de su voluntad.

Enfadado, me coloqué delante de Perry, bloqueando así la línea de visión con la figura.

—Detén esto —exigí.

—¿Por qué no te puedes manifestar? —preguntó.

Lo examiné. Ya no me podía ver. Su mirada me atravesaba y se centraba en mi efigie de cera. Igual que Ann había mirado a mi través.

Alargué el brazo y traté de agarrarlo por el hombro.

—¿Qué has hecho? —quise saber.

No era consciente de mi presencia. Siguió hablando con la figura mientras yo me giraba a Ann. Se inclinaba hacia delante, sin dejar de estremecerse, con ambas palmas apretadas contra la parte inferior de su cara, los ojos desencajados, la mirada perdida.

«*Dios* —pensé angustiado—. *Ahora nunca lo sabrá* ».

La figura respondió con su voz muerta. La miré de nuevo, y la mera visión me repugnó.

—¿Estás feliz donde estás? —preguntó Perry.

—Feliz —respondió la figura.

—¿Tienes un mensaje para tu mujer?

—Estoy feliz —murmuró la figura.

—Dice que es feliz —le comunicó Perry a Ann.

Con un sonido amortiguado, Ann se puso en pie y salió corriendo de la

habitación.

—¡Mamá! —Ian la siguió a toda prisa.

—¡No rompáis el círculo! —gritó Perry.

Marie se levantó, enfadada.

—¿Romper el círculo? ¡Eres un... capullo! —Y ella también fue detrás de Ian.

Miré a la figura que se sentaba en nuestro salón. Parecía un maniquí descolorido. Sus ojos eran los propios de un catatónico.

—Maldito seas —musité. Anduve hacia aquella cosa.

Para mi asombro, resultó que podía sentir su piel bajo mi mano. Estaba fría y muerta.

La repulsión me abrumó cuando aquello me agarró de los brazos y sus dedos helados me apretaron. Grité, horrorizado, y luché contra su presa. Combatía contra mi propio cadáver, Robert, tenía mi propia cara muerta a unos centímetros, y mis propios ojos muertos me contemplaban.

—¡Apártate! —grité.

—Apártate —repitió sin energía él.

—¡Maldito seas! —chillé. Aterrado y con el estómago encogido a causa de las náuseas, me liberé de su abrazo.

—¡Está cayendo! —gritó Perry. De repente, el ser aterrizó en el cojín de la silla en la que se sentaba—. Se ha ido —murmuré.

Así fue. En cuanto me solté, la figura se derrumbó sobre mí y luego se disolvió en el aire.

—Algo lo ha empujado —aseguró Perry.

—Por el amor de Dios, Perry. —La voz de Richard temblaba.

—¿Me podrías dar un vaso de agua? —preguntó Perry.

—Dijiste que lo veríamos —recordó Richard.

—¿Me das un vaso de agua, Richard? —volvió a pedir Perry.

Lo miré fijamente mientras Richard se levantaba e iba hacia la cocina. ¿Qué pasaba allí? ¿Cómo podía haber cambiado tanto su conducta?

Me giré hacia la cocina y escuché el gorgoteo de una botella de Sparklett al abrirse. ¿Cómo había llegado a relacionarse Richard con Perry? Estaba

seguro de que solo pretendía ayudar, pero ahora las cosas se habían puesto peor que antes.

Me volví y me senté delante de Perry.

—Escucha —le ordené. Él no se movió, permaneció allí, encorvado, con aspecto enfermizo. Alargué la mano y le toqué el brazo, pero no reaccionó.

—¿Perry, qué te pasa? —exigí saber. Se removió, inquieto. Una idea me pasó por la cabeza y repetí la pregunta en mi mente.

Él frunció el ceño.

—Aléjate de mí —murmuró—. Se acabó.

—¿Se acabó? —Si pudiera haberlo estrangulado, lo habría hecho allí mismo—. ¿Qué pasa con mi mujer? ¿Se ha acabado también para ella?

—Se acabó —repitió entre dientes—. No hay más que hablar.

Comencé a pensar un nuevo mensaje, pero justo en el momento en que iba a empezar, me detuve. Se había cerrado, confinado su consciencia en un caparazón de voluntad.

Richard entró entonces y le dio a Perry un vaso de agua. Perry se lo bebió de un único trago y luego suspiró.

—Lo siento —dijo—. No sé qué ha ocurrido.

Richard lo miró con tristeza.

—¿Y qué pasa con mi madre? —preguntó.

—Podemos intentarlo de nuevo —afirmó Perry—. Estoy convencido de...

Richard lo paró con un sonido desagradable.

—Nunca volverá a intentarlo —aseveró—. No importa lo que le digas, ya no te creará.

Me alcé y me alejé de ellos. Tenía que salir de allí. De repente, todo se me antojó diáfano. No había nada más que hacer. El pensamiento me abrumó.

«Desde este momento, mi presencia es inútil».

6 Hay algo más

Busqué alejarme de la casa, ir adonde fuera, a cualquier otro sitio. Aun así, a pesar de que la pesadez de antes hubiera desaparecido, incluso aunque me sintiera mucho más fuerte, fui incapaz de huir. No había forma de salir de allí: la tristeza de Ann me mantenía anclado al sitio. Tendría que quedarme.

En cuanto pensé eso, me encontré de nuevo en la casa. El salón estaba vacío. Había pasado el tiempo. No estoy seguro de cuánto. La cronología quedaba fuera de mi alcance.

Me trasladé al salón. Ginger estaba tirada en el sofá, enfrente de la chimenea. Me senté a su lado. Ni siquiera se movió. Le acaricié la cabeza, pero no funcionó. Dormía profundamente. El contacto se había roto y yo desconocía la razón.

Me levanté con un suspiro de resignación y caminé hasta nuestro dormitorio. La puerta estaba abierta. Entré.

Ann descansaba sobre la cama y Richard se sentaba a su lado.

—¿Por qué no reconoces siquiera la posibilidad de que podía ser papá, mamá? —le preguntó—. Perry jura que estaba allí.

—No pienso hablar de eso nunca más —sentenció ella. Estaba llorando. Tenía los ojos rojos, y el contorno de los mismos mostraba los efectos de la hinchazón.

—¿Tan imposible te parece? —inquirió Richard.

—No me lo creo, Richard —le dijo ella—. Eso es todo.

Al ver la mirada de él, Ann continuó hablando.

—No dudo que Perry posea ciertos poderes. Pero no me ha convencido de que exista algo más allá de la muerte. No lo hay, Richard. Sé que tu padre se ha ido y que tenemos que...

No pudo terminar; su voz se ahogó en un sollozo.

—No hablemos más de ello, por favor —murmuró.

—Lo siento, mamá. —Richard bajó la cabeza—. Solo pretendía ayudar.

Ella le agarró la mano derecha y la sostuvo. La besó con delicadeza y la apretó contra la mejilla.

—Ya lo sé —murmuró—. Y ha sido un precioso detalle, pero... —Su voz se fue desvaneciendo hasta que Ann cerró los ojos—. Se ha muerto, Richard —dijo tras un momento—. Se ha marchado para siempre. No hay nada que podamos hacer al respecto.

—¡Ann, estoy aquí! —chillé.

Miré alrededor, airado. ¿No había nada a mi alcance para demostrárselo? Traté, en vano, de coger objetos del buró. Observé una caja pequeña y utilicé la voluntad para intentar moverla. Después de un rato bien largo, lo hizo unos milímetros, pero para entonces ya estaba exhausto.

—Dios mío. —Abandoné la habitación, apesadumbrado. En lugar de continuar por el pasillo, giré hacia la habitación de Ian guiado por un súbito impulso. Tenía la puerta cerrada. «Sin problemas», como a Richard le gustaba decir. La atravesé sin esfuerzo y la implicación de aquello me golpeó de repente: «*Soy un fantasma*».

Ian, sentado en su escritorio, hacía sus deberes. Probé a acariciar su cabello, pero, por supuesto, fue en vano. Gruñí ante la frustración. ¿Qué iba a hacer? No podía marcharme. El pesar de Ann me mantenía atado allí.

Estaba atrapado.

Me alejé de Ian y abandoné su habitación. Unos metros más adelante, me introduje en la habitación de Marie. Me sentí sucio. Atravesar las puertas me parecía un truco de lo más desagradable.

Marie también estaba sentada en su escritorio, redactando una carta. Me acerqué y la contemplé. Es una chica encantadora, Robert, alta, rubia y grácil. También talentosa; posee una deliciosa voz y sabe estar en un escenario. Se esforzaba mucho en la Academia de Artes Dramáticas para conseguir su sueño de triunfar en la carrera del teatro. Nunca he dudado de que lo conseguirá. Es una profesión difícil, pero ella es persistente. Tenía pensado establecer algunos contactos en el negocio para cuando terminara con su preparación. Ahora ya nunca lo haré. Algo más de lo que lamentarse.

Tras un rato, me fijé en lo que escribía:

Nunca nos vimos demasiado. Me refiero a nosotros dos, sobre todo en los últimos años. Fue mi culpa, no la suya. Se esforzó en que hiciéramos cosas juntos. Un día, una tarde... Él e Ian pasaban días enteros juntos: jugaban al golf, veían partidos, películas. Él y Richard salían a comer fuera y charlaban durante horas. Richard quería dedicarse a escribir y papá le apoyaba en todo momento .

Yo solo quedaba con él de cuando en cuando. Y siempre para hacer algo que me gustaba a mí: una obra de teatro, ver una película, asistir a un concierto. Antes de eso cenábamos y hablábamos. Me lo pasaba bien, pero ahora veo que no fue suficiente .

Aun así, siempre me sentí próxima a él, Wendy. Nunca dejó de preocuparse por mí, y se comportó de forma tolerante y comprensiva hasta el final. Me tomaba el pelo y tenía un maravilloso sentido del humor. Sé que me quería. A veces, me rodeaba con los brazos y me lo decía sin más, me decía que confiaba en que llegaría lejos. Yo le enviaba notas en las que le decía que era el «mejor papi» del mundo y que lo quería..., pero ahora desearía habérselo dicho más veces en persona .

Si pudiera verlo ahora... le diría: «Papi, gracias por todo ».

Se paró y se frotó los ojos cuando las lágrimas cayeron sobre la carta.

—Me la voy a cargar —murmuró.

—Oh, Marie. —Puse la mano sobre su cabeza.

«Ay si pudiera sentirla —pensé—. Si ella sintiera mi toque y supiera lo mucho que la quería ».

Volvió a escribir.

Lo siento, he tenido que parar para enjugarme las lágrimas. Es posible que tenga que hacerlo varias veces antes de acabar la carta .

También pienso en mamá. Papá significaba mucho para ella, y ella significaba mucho para él. Tenían una relación maravillosa, Wendy. Creo que nunca te he hablado de ello. Se amaban con locura. Excepto en lo que respectaba a nosotros, parecía que no necesitaban a nadie más salvo el uno al otro. No es que no tuvieran contacto con más personas. Les gustaba la gente y se relacionaban con los demás, ya lo sabes. Eran grandes amigos de tus padres. Pero era su propia relación lo que estaba por encima de todo .

Es gracioso. He hablado con un montón de chicos y casi todos tienen problemas al visualizar (incluso concebir) a sus padres haciendo el amor. Supongo que el sentimiento es universal .

Yo nunca tuve problemas con eso. A menudo los veía juntos (en la cocina, en el salón, en su dormitorio, en cualquier sitio) sosteniéndose el uno al otro, sin hablar, como un par de jóvenes amantes. A veces, hasta en la piscina. Y, siempre que se sentaban juntos (para lo que fuera: hablar, ver la televisión, cualquier cosa) mamá se apoyaba en papá y papá le rodeaba el cuello con el brazo para que ella colocara la cabeza contra su hombro. Hacían una pareja encantadora, Wendy. Ellos... Perdona, las lágrimas otra vez .

Otra pausa para secarme los ojos. De todas formas, no me resultaba difícil pensar en ellos haciendo el amor. Parecía lo más normal del mundo. Recuerdo todas las veces (después de que fuera lo suficientemente mayor como para ser consciente de ello, claro está) que había escuchado cerrarse con delicadeza la puerta de su dormitorio y el discreto clic del pestillo. No sé si les pasaría lo mismo a Louise, Richard o Ian, pero a mí siempre me hacía sonreír .

No es que no se pelearan. Eran gente normal, vulnerable, y los dos tenían un carácter fuerte. Papá ayudaba a mamá a encauzar el de ella, sobre todo después de su crisis... y, oh, Wendy, en todos estos años, la apoyó siempre. La ayudaba a exteriorizar su ira en lugar de mantenerla encerrada. Le decía que, si no había nadie, gritara hasta quedarse sin pulmones cuando conducía el coche. Una vez que lo hizo, Katie se asustó tanto que estuvo a punto de tener un ataque al corazón. Se sentaba atrás y mamá había olvidado que estaba allí

Incluso, aunque se peleaban, sus riñas nunca llegaban muy lejos. Siempre acababan con un abrazo, un beso, una sonrisa, una risa. Sé que papá nos quería y que mamá nos quería. Pero existía una conexión especial entre ellos, una química diferente. Algo precioso. Algo que no se puede expresar con palabras .

Aunque eso no nos afectaba de manera negativa a nosotros. No nos daban de lado ni nada parecido. Nunca nos privaron de nada, siempre nos ofrecieron su amor y apoyo en aquello que intentamos o nos propusimos .

A pesar de ello, fue este singular elemento de su relación el que los conservó como una unidad de dos durante estos años cuando la familia pasó de ser una unidad de tres a seis. Tal vez no tenga sentido, pero es cierto. No puedo explicarlo. Solo confío en conseguir lo mismo en mi matrimonio. Sea lo que sea, también te deseo que lo tengas tú en el tuyo .

La prueba de lo que te digo es que comencé esta carta hablando de papá, pero terminé hablando de papá y mamá. Porque me resulta imposible hablar de él sin mencionarla a ella también. Son un dúo inseparable. Ese es el problema. No la puedo visualizar a ella sin él. Es como si algo completo se hubiera separado y ninguna de las mitades funcionara bien. Como si ...

Entonces me di cuenta de algo.

Desde la segunda mitad de la carta, había adivinado las palabras antes de que las escribiera.

La idea me asaltó de inmediato.

«Marie —pensé—. *Escribe lo que te diga. Escribe estas palabras* ».

—Ann, soy Chris. Existo.

Fijé la vista en ella y continué repitiendo las palabras «Ann, soy Chris. Existo» una y otra vez, mientras me concentraba en la mente de Marie. «Escríbelas», le dije. Repetí las palabras que quería que escribiera. «Escríbelas». Repetí las palabras. «Escríbelas». Repetí las palabras. «Escribe», repetí. «Escribe», repetí. Una decena de veces y luego más y más. «Escribe: Ann, soy Chris. Existo».

Me concentré tanto en lo que hacía que pegué un brinco cuando Marie boqueó de repente y apartó la mano del escritorio. Tanto Marie como yo

examinamos el papel al mismo tiempo.

Había escrito en el papel: «Annsyocris... exsto».

—Enséñaselo a mamá —le ordené. Me concentré en las palabras—:
«*Enséñaselo a mamá, Marie. Ahora*». —Se lo repetí con rapidez.

Marie se levantó y se dirigió al pasillo, con el papel en la mano.

—Eso es, eso es —dije—. «*Eso es*» —pensé.

Atravesó el pasillo y se giró hacia la puerta de nuestro dormitorio. Allí se paró. Yo hice lo mismo. ¿A qué esperaba?

Miró dentro, donde estaban Ann y Richard. Ann aún sostenía la mano de él contra su mejilla. Tenía los ojos cerrados, parecía dormida.

—Dáselo —le ordené a Marie. Sonreí al escuchar el sonido de mi voz—. «*Dáselo*» —repetí con la mente—. Enséñaselo a mamá y a Richard.

Marie se quedó quieta, observando a Richard y Ann, con expresión incierta.

—Vamos, Marie —la animé, tenso de nuevo—. «*Marie, dáselo. Deja que lo vean*».

Se alejó.

—¡Marie! —grité—. «*¡Dáselo!*» —grité con mi mente. Ella dudó, luego se giró en dirección a nuestro dormitorio—. «*Eso es, dáselo a ella* —pensé—. *Dáselo. Ahora*».

Permaneció inmóvil.

«*Marie* —rogué a través de mi mente—, *por el amor de Dios, dáselo a tu madre*».

De repente, se volvió hacia su habitación y se encaminó a ella con grandes zancadas, pasando a mi lado. Yo me giré en redondo y corrí tras ella.

—¿Qué es lo que haces? —chillé—. ¿No has oído...?

La voz me falló cuando ella arrugó la hoja de papel y la tiró a la papelera.

—¡Marie! —exclamé. La miré, asombrado. ¿Por qué había hecho algo así?

Ahora lo sé, Robert. No era demasiado complicado de entender. Pensó que era su subconsciente el que le había jugado una mala pasada. No quería que Ann sufriera más de lo que ya lo había hecho. Fue por amor. Pero supuso tirar a la basura mi última oportunidad de comunicarle a Ann mi situación.

Una ola de desconsuelo paralizante me sacudió de arriba abajo. ¡Dios mío,

tenía que ser un sueño! ¡No podía ser real!

Parpadeé. Bajo mis pies, vi la placa: «Christopher Nielsen/ 1927—1974». ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Nunca te has montado en el coche y tras un rato te has preguntado cómo has llegado tan lejos a pesar de no recordar apenas la travesía? Tuve la misma sensación. Excepto porque no sabía lo que hacía allí.

No tardé en descubrirlo. Mi mente había gritado: «*¡No puede ser real!* », y esa mente sabía que había una forma de averiguarlo. No hace mucho estuve a punto de hacerlo, pero algo lo evitó. Ahora no. Solo existía una forma de descubrir si esto se trataba de un sueño o no. Me hundí en el suelo. Presentó la misma resistencia que las puertas. Me hundí en la negrura. Solo había una manera de estar seguro. Vi el ataúd justo delante de mí. ¿Cómo era capaz de ver en la oscuridad?, me pregunté. Decidí pasarlo por alto de momento. Solo una cosa importaba: averiguar lo que ocurría. Me metí en la caja.

Mi grito de horror reverberó en los confines del cementerio. Me quedé petrificado ante la visión de mi cadáver. Había empezado a mostrar los signos del deterioro. Mi cara daba la impresión de haberse convertido en una máscara estirada, congelada en una mueca execrable. La piel se pudría, Robert. Los gusanos... No, será mejor ahorrarse eso. No tiene sentido provocarte la misma repulsión que yo sentí en ese instante.

Cerré los ojos, y, sin dejar de gritar, me alejé de allí. Una frialdad húmeda me rodeó. Abrí los ojos y miré alrededor. Había vuelto la niebla, esa niebla gris que giraba en remolinos y de la que no podía escapar.

Comencé a correr. Aquello tendría que tener un final. Cuanto más corría, más densa se hacía la niebla. Me giré y corrí en dirección contraria, pero no sirvió de nada. La niebla siguió haciéndose más densa, sin importar lo mucho que corriera. Apenas veía a unos centímetros de mi nariz. Sollocé. ¡Vagaría en esa niebla para siempre!

—¡Ayuda! ¡Por favor! —aullé.

Una figura emergió de entre las tinieblas; el hombre al que ya había visto. Me sentí como si lo conociera ya, aunque su cara no me sonaba. Corrí hacia él y lo agarré del brazo.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En un lugar ideado por tu propia mente —replicó.

—¡No lo entiendo!

—Tu mente te ha traído aquí —respondió—. Tu mente te retiene aquí.

—¿Tengo que seguir aquí?

—En absoluto —me aseguró—. Puedes marcharte cuando quieras.

—¿Cómo?

—Concéntrate en lo que hay más allá de la niebla.

Iba a enunciar otra pregunta cuando sentí que la tristeza de Ann tiraba de mí de nuevo. No la podía dejar sola. No podía.

—Te deslizas —me advirtió el hombre.

—No puedo dejarla —le espeté.

—Tienes que hacerlo, Chris —replicó—. Tienes que seguir adelante o seguir así para siempre.

—No puedo dejarla —repetí.

Parpadeé y miré en derredor. El hombre se había marchado. Tan rápido que creí que había sido fruto de mi mente.

Me hundía en el frío y húmedo suelo, inerte y miserable. «*Pobre Ann*», pensé. Tendría que comenzar una nueva vida. Todos nuestros planes se habían ido al garete. Los lugares que visitar, los proyectos que habíamos planeado. Escribir juntos una obra de teatro que aunara sus recuerdos y su perspicacia con mis habilidades literarias. Comprar una parcela en los bosques donde ella fotografiara la flora y la fauna autóctona y yo escribiera sobre ello. Comprar una caravana y pasarnos un año conduciendo por el país para admirar cada detalle. Viajar a los lugares de los que siempre hablábamos, pero que nunca habíamos visto. Estar juntos, disfrutar de la vida y de la compañía del otro.

Todo había terminado. Ella estaba sola. Le había fallado. Debería haber seguido viviendo. Era mi culpa haberme dejado morir. Había sido un estúpido y un temerario. Ahora estaba sola. No me merecía su amor. Había malgastado muchos momentos en vida en los que podíamos haber estado juntos. Y yo acababa de tirar por la borda el tiempo que nos quedaba.

La había traicionado.

Cuando más pensaba en ello, más me deprimía. ¿Por qué no tenía razón ella?, pensé con amargura. Hubiera preferido que la muerte fuera un final, un término. Cualquier cosa habría sido mejor que esto. Me sentí desesperanzado, vacío. No tenía sentido sobrevivir. ¿Por qué seguir? Era fútil y vano.

No sé cuánto tiempo pasé sentado dándole vueltas a esas ideas. Me dio la impresión de ser una eternidad, Robert..., yo solo allí, abandonado en aquella niebla fría y mucilaginosa, hundido en un pesar abyecto.

Solo después de mucho, mucho tiempo, cambié de perspectiva. Solo después de mucho, mucho tiempo recordé lo que el hombre me había dicho: que podía abandonar este lugar con tal de concentrarme en lo que había más allá. ¿Y qué era lo que había más allá?

¿Importaba?, pensé. Fuera lo que fuese, no podía ser peor que aquello.

«*De acuerdo, entonces* », me dije.

Cerré los ojos y visualicé un lugar mejor que este. Un lugar soleado, cálido, recubierto de hierba y árboles. Un lugar como los que elegíamos para acampar.

Terminé por reconstruir en mi mente un claro de secuoyas en la California septentrional, donde los seis (Ann, Louise, Richard, Marie, Ian y yo) habíamos estado una tarde de agosto al caer la noche, sin emitir sonido alguno, solo apreciando el silencio de la naturaleza.

Me pareció que mi cuerpo palpitaba; adelante, hacia arriba. Abrí los ojos sorprendido. ¿Lo había imaginado?

Cerré los ojos e intenté visualizar aquel claro de nuevo.

Mi cuerpo palpité otra vez. No había duda. Una presión increíble (delicada, pero insistente) se situó detrás de mí, empujándome. Mi respiración se hizo más y más rápida, hasta llegar a dolerme. Me concentré con más fuerza y el movimiento se aceleró. Hacia delante, hacia arriba. La sensación resultaba inquietante, pero gozosa al mismo tiempo. No quería perderla. Por primera vez desde el accidente, percibí un destello de paz en mi interior. Y el principio de una revelación, un descubrimiento asombroso.

Hay algo más.

SEGUNDA PARTE

SUMMERLAND

7 Continuación en otro nivel

Abrí los ojos y miré arriba. Por encima de la cabeza vi el follaje verde y, a su través, el cielo azul. No había rastro de la niebla. El aire estaba limpio. Lo aspiré. Poseía un olor frío, revitalizados. Sentí una suave brisa contra mi rostro.

Me incorporé y eché un vistazo a mi alrededor. Había estado tumbado sobre un campo de hierba. El tronco del árbol contra el que me apoyaba se situaba al lado. Alargué la mano y aprecié su corteza. Y algo más: una clase de energía que brotaba de él.

Luego acaricié la hierba. Alguien la había cuidado con mimo. Aparté un manojo y examiné el suelo. Su color contrastaba con el de la hierba. No había maleza de ningún tipo.

Extraje una brizna y la apreté contra la mejilla. Percibí un diminuto flujo de energía proveniente de ella. Inspiré su delicada fragancia, luego me la metí en la boca y la mastiqué como hacía cuando era un chaval. Nunca saboreé una hierba como esa de pequeño.

En ese instante me di cuenta de que no había sombras. Me sentaba bajo un árbol, pero no a su sombra; no tenía. No sabía por qué. Dirigí mi vista hacia el sol.

No había ninguno, Robert. Había luz, pero no sol. Miré hacia todos lados, confuso. Según mis ojos se acostumbraban a la luz, divisé el horizonte. Nunca había visto tal paisaje: una campiña revestida de verde, flores y árboles. A Ann le encantaría.

Lo recordé entonces. Ann estaba viva. ¿Y yo? Me levanté y apreté ambas palmas contra el tronco del árbol. Pisé con fuerza con el zapato. Yo estaba muerto. No había ninguna duda. Aun así estaba allí, en un cuerpo que sentía lo mismo, tenía el mismo aspecto e incluso vestía de la misma forma. Estaba allí, sobre el suelo, en el más tangible de los escenarios.

«*¿Esto es la muerte?*», pensé.

Estudié mis manos: los detalles de las líneas y surcos, las diferentes capas de piel. Examiné las palmas. Recuerdo haber leído un libro sobre quiromancia en una ocasión, solo por diversión, para hacerlo en las fiestas. Conocía mis manos a la perfección.

Eran iguales. La línea de la vida era tan larga como siempre. Una vez se la enseñé a Ann para decirle que no se preocupara, que viviría mucho tiempo. Nos reiríamos de ello ahora si estuviéramos juntos.

Le di la vuelta a las manos y me percaté de que la piel y las uñas mostraban el habitual color rosáceo. La sangre fluía en mi interior. Tuve que pellizcarme para asegurarme de que no soñaba. Coloqué la mano derecha delante de la nariz y la boca y sentí la respiración emanar de mis pulmones. Situé dos dedos contra el pecho hasta que encontré el punto justo.

El latido del corazón, Robert. Como siempre.

Percibí un destello de movimiento. Un exquisito pájaro de plumaje argénteo había aterrizado sobre el árbol. No daba impresión de tener miedo de mí.

«*Este lugar es mágico* —pensé. Me sentí confuso—. *Si esto es un sueño, espero no despertar nunca más de él*».

Me sobresalté cuando reparé en que un animal corría hacia mí: un perro. Por un momento no caí en la cuenta. Entonces fue cuando me percaté.

—*¡Katie!* —grité.

Corrió hacia mí tan rápido como pudo, mientras emitía esos gañidos de alborozo que llevaba años sin oír.

—*Katie* —suspiré. Caí de rodillas, y las lágrimas cayeron por mis mejillas—. La vieja *Kate*.

De repente estaba a mi lado, dando brincos, excitada, sin dejar de lamerme las manos. La rodeé con mis brazos. *Kate*, la vieja *Kate*. Apenas podía hablar. Se retorció contra mí, sin parar de gañir de alegría.

—¿Eres tú de verdad, *Kate*? —murmuré.

La miré con más detenimiento. La última vez que la había visto estaba en una caja en el veterinario: sedada, apoyada sobre su costado izquierdo, con los ojos perdidos en el infinito y los miembros contrayéndose en convulsiones que no podía controlar. Ann y yo habíamos ido a verla cuando nos llamó el doctor. Nos quedamos delante de la caja un rato, acariciándola, aturdidos e impotentes. *Katie* había sido nuestra compañera durante dieciséis años.

Ahora, allí estaba la *Katie* que recordaba de cuando Ian era pequeño: vibrante, repleta de energía, con ojos brillantes y esa graciosa boca que, abierta, daba la impresión de que estaba riéndose. La abracé con alegría y pensé en cuánto se alegrarían Ann y los niños de volver a verla, sobre todo Ian. La tarde que la perra murió, él estaba en el colegio. Esa tarde lo encontré sentado en la cama, con las mejillas rebosantes de lágrimas. Habían crecido juntos y ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse de ella.

—Si pudiera verte ahora... —le dije a la vez que la abrazaba, encantado ante semejante reencuentro—. *Katie, Katie*. —Le acaricié la cabeza y el cuerpo y le rasqué las orejas, tan increíblemente blandas. Y entonces advertí en mí un sentimiento de gratitud hacia aquel poder que me la había traído de vuelta.

Ahora sabía que ese lugar era un lugar adorable.

* * *

Es difícil precisar cuánto tiempo estuvimos allí. *Katie* yacía a mi lado, con la cabeza apoyada en mi regazo. De vez en cuando se estiraba y suspiraba con complacencia. Continué acariciándole la cabeza, incapaz de renunciar al placer de verla. Deseé una y otra vez que Ann estuviera conmigo.

No fue hasta un rato después cuando me fijé en la casa.

Me pregunté cómo la había podido pasar por alto. Solo se alzaba a unos cuantos cientos de metros más allá. La clase de casa que Ann y yo habíamos planeado construir algún día: de madera y piedra, con ventanas enormes y un enorme porche desde el que contemplar el paisaje.

Aprecié una atracción hacia ella, no sé por qué. Comencé a acercarme y *Katie* me siguió a saltos.

La casa se elevaba en un claro rodeado de hermosos árboles: pinos, arces y abedules. No había paredes o verjas. Para mi sorpresa, no había puerta ni entrada, y lo que había tomado por ventanas no eran más que oquedades. También me percaté de la falta de tuberías, cables, cajas de fusibles, canales o antenas de televisión; la forma de la casa se ajustaba a la perfección con su entorno. Frank Lloyd Wright la habría aprobado. Sonreí, divertido.

—De hecho, la podía haber diseñado él, *Katie* —dije. Ella me miró y, durante un fugaz momento, tuve la impresión de que me entendía.

Nos dirigimos al jardín que se extendía al lado de la casa. En su centro se erguía una fuente hecha de lo que parecía ser piedra blanca. Me aproximé a ella y hundí las manos en el agua cristalina. Estaba fría y, al igual que con el tronco del árbol y la brizna de hierba, emitía un suave flujo de energía. Tomé un trago. Nunca antes había saboreado un agua tan refrescante.

—¿Quieres un poco, *Kate*? —pregunté a la vez que la miraba.

No hizo ningún movimiento, aunque tuve otra impresión: que ya no necesitaba agua. Me giré hacia la fuente y cogí un poco de agua con las manos ahuecadas; luego la usé para lavarme la cara. Las gotas resbalaron por las manos y por la cara como si yo mismo fuera impermeable.

Sorprendido por cada nueva faceta de este lugar, me encaminé junto a *Katie* hacia las flores y me incliné para olerlas. Lo sutil de su aroma me resultó encantador. Además, sus colores eran tan variados como los del arco iris, aunque más tornasolados. Ahuequé las palmas en torno a una flor dorada ribeteada de amarillo y un hormigueo trepó por mis brazos. Coloqué las manos alrededor de otra flor, y luego de otra, y de otra más. Cada una me recompensó con una corriente de delicada fuerza. Para mi sorpresa, me di cuenta de que también generaban sonidos suaves y armoniosos.

—¡Chris!

Me di la vuelta con rapidez. Un halo de luz relumbró en el jardín. *Katie* meneó la cola y yo miré hacia la luz. Mis ojos terminaron por acostumbrarse a la intensidad y entonces comenzó a disminuir. Hacia mí se aproximaba el hombre que había visto... ¿cuántas veces ya? No recordaba. No me había fijado en sus ropas hasta ahora: una camisa blanca de manga corta, pantalones holgados del mismo color y sandalias. Caminaba en mi dirección, sonriendo, con los brazos extendidos.

—Sentí tu cercanía a mi hogar y vine de inmediato —dijo—. Tú me hiciste, Chris.

Me abrazó con calidez y luego se retiró, sin dejar de sonreír. Lo miré.

—¿Eres... Albert? —pregunté.

—Correcto —asintió.

Era nuestro primo, Robert. Siempre lo llamamos Buddy. Tenía una pinta estupenda, como lo recordaba cuando yo tenía catorce años. Mejor dicho, incluso parecía más saludable.

—Te veo muy joven —comenté—. Como si no tuvieras más de veinticinco.

—La edad óptima —replicó. No lo entendí.

Cuando se inclinó para acariciar la cabeza de *Katie* y saludarla (me pregunté cómo es que la conocía), me fijé en algo que aún no he mencionado. Su forma se hallaba envuelta por una brillante radiación azul salpicada por luces de color blanco.

—¡Hola, *Katie* ! Estás contenta de volver a verlo, ¿eh? —Le volvió a acariciar la cabeza y luego se irguió con una sonrisa.

—Te estás preguntando por mi aura —dijo.

—Sí —sonreí.

—Todo el mundo la tiene —me explicó—. Hasta *Katie* . —La señaló—. ¿No te has dado cuenta?

Miré a *Katie* , sorprendido. No me había dado cuenta... aunque ahora que Albert lo había mencionado, resultaba obvio. No era tan vívida como la suya, pero sí bien definida.

—Nos identifican —aclaró Albert.

—¿Dónde está la mía? —pregunté.

—Nadie ve la suya —me aseguró—. Nos inhibiría.

Tampoco lo entendí en esa ocasión, pero en ese momento había una pregunta cuya respuesta me urgía más.

—¿Por qué no reconocí que estaba muerto? —pregunté.

—La confusión te cegó —respondió—. Medio despierto, medio dormido. Es una especie de estado crepuscular.

—Fuiste tú quien me dijo en el hospital que no me resistiera, ¿verdad?

Asintió.

—Aunque luchabas tanto contra ello que no me escuchaste —recordó—. Luchabas por sobrevivir. ¿Te acuerdas de una forma vaga que se hallaba junto a tu cama? La veías aunque cerraras los ojos.

—¿Eras tú?

—Trataba de abrirme paso —me dijo—. Hacer que tu transición fuera menos dolorosa.

—Supongo que no te ayudé mucho.

—No te ayudaste a ti mismo. —Me palmeó la espalda—. Fue demasiado traumático para ti. Una lástima que no resultara más sencillo. Lo normal es que la gente sea recibida inmediatamente después.

—¿Y por qué yo no?

—No hubo forma de acercarse a ti —me explicó—. Estabas obsesionado con llegar hasta tu mujer.

—Tenía que hacerlo —me defendí—. Ann estaba aterrorizada.

Él asintió.

—Fue muy bonito, pero debido a eso quedaste atrapado en la zona fronteriza.

—Era algo horrible.

—Lo sé. —Me agarró el hombro para reafirmarme—. Podría haber sido peor. Te podrías haber quedado allí meses o años. Incluso siglos. No es tan infrecuente como parece. Si no hubieras pedido ayuda...

—¿Quieres decir que hasta que no pedí ayuda no pudiste intervenir?

—Lo intenté, pero me seguiste rechazando —me aclaró—. Solo cuando la intensidad de tu llamada disminuyó ese rechazo fui capaz de convencerte.

En ese instante me di cuenta; no sé por qué tardé tanto. Miré alrededor,

asombrado.

—¿Entonces... esto es el cielo?

—Cielo. Paraíso. Summerland. Cosecha. Elige tú el nombre.

—¿Es... un país? ¿Un estado? —Me sentí estúpido al plantear la pregunta, pero tenía que hacerlo.

—Un estado de consciencia. —Me sonrió.

Miré al cielo.

—No hay ángeles —me quejé, bromeando solo en parte.

Albert se echó a reír.

—¿Se te ocurre algo más incómodo que unas alas que te salgan de la espalda? —me preguntó.

—¿Entonces no hay nada de eso? —De nuevo, me dio la sensación de parecer un poco ingenuo al formular mis interrogantes al respecto, pero la curiosidad se impuso.

—Los hay si crees en ellos —replicó, y su respuesta no sirvió para aclararme nada, sino todo lo contrario—. Como ya te he dicho, es un estado de consciencia. Como eso que pone en la pared de tu oficina: «Aquello en lo que crees se convierte en tu mundo».

Me quedé asombrado.

—¿Sabes eso? —pregunté.

Asintió.

—¿Cómo?

—Te lo explicaré a su debido tiempo —me prometió—. Por ahora solo quiero que te quede claro que aquello en lo que crees sí que se convierte en tu mundo. Y no solo se aplica en la Tierra, también aquí. De hecho, aquí incluso más, puesto que la muerte supone un reenfoque de la conciencia desde el plano físico al mental: una sintonización con los más altos campos de la vibración.

Tenía una somera idea de lo que quería decir, pero no estaba seguro del todo. Supongo que mi expresión lo dejó traslucir.

—¿Demasiado complejo? Míralo de este modo: ¿cambia la existencia de un hombre en algún aspecto cuando se quita su abrigo? Pues tampoco lo hace cuando la muerte le arrebatara el abrigo que es su cuerpo. Sigue siendo la misma persona. No más sabio. No más feliz. No mejor. El mismo que ya era.

»La muerte es solo la continuación en otro nivel.

8 En casa de Albert

La idea me pasó por la cabeza en ese instante. No sé por qué no se ocurrió antes, excepto, quizá, porque me habían pasado tantas cosas sorprendentes a las que mi mente se tenía que ajustar que no había tenido tiempo para planteármelo hasta entonces.

—Mi padre —dije—. Tus padres. Nuestros tíos y tías. ¿Están aquí?

—Este es un lugar enorme, Chris —me respondió con una sonrisa—. Si te refieres a si han sobrevivido, sí, lo han hecho.

—¿Dónde están?

—Tendría que comprobarlo —me respondió—. Los únicos de los que estoy seguro son de mi madre y del tío Sven.

Un sentimiento de alegría me invadió cuando oí mencionar el nombre del tío. Lo recordaba a la perfección: aquella cabeza calva y brillante, aquellos ojos relucientes que centelleaban tras sus gafas de concha, su voz alegre, su incombustible sentido del humor...

—¿Dónde está? —quise saber—. ¿A qué se dedica?

—A la música —respondió Albert.

—Por supuesto —sonreí de nuevo—. Siempre amó la música. ¿Puedo verlo?

—Claro. —Albert me devolvió la sonrisa—. Lo prepararé todo en cuanto te hayas aclimatado a esto.

—Y a tu madre también —añadí—. Nunca la llegué a conocer muy bien, pero me apetece volver a verla.

—También me ocuparé de eso —me aseguró Albert.

—¿Qué querías decir antes con eso de que tendrías que comprobarlo? —pregunté—. ¿Las familias no continúan juntas?

—No tiene por qué ser así —me explicó—. Los lazos en la Tierra tienen aquí menos significado. Las relaciones de pensamiento, no las de sangre, son las que cuentan.

De nuevo me asaltó un sentimiento de sobrecogimiento.

—Tengo que contarle a Ann todo esto —dije—. Hacerle saber dónde estoy... Que todo va bien. Es lo que más deseo.

—No hay forma posible de hacer eso, Chris —me dijo Albert—. No puedes llegar hasta ella.

—Pero estuve a punto.

Le relaté cómo conseguí que Marie escribiera mi mensaje.

—Ambos debéis de poseer una gran afinidad —me dijo—. ¿Se lo enseñó a tu mujer?

—No —agité la cabeza—. Pero lo intentaré de nuevo.

—Ahora ya estás más allá de todo eso —aseveró.

—Pero tengo que decírselo.

Me puso una mano sobre el hombro.

—Pronto estará contigo —me dijo con tono amable.

No dije nada más. El mero pensamiento de no poder contactar con Ann era como soportar una enorme losa.

—¿Y qué pasa con la gente como Perry? —pregunté al recordarlo de repente. Se lo conté todo a Albert.

—Entonces estabais en el mismo nivel —dijo Albert—. Ahora ya no te percibe.

Tras ver mi expresión, Albert me pasó el brazo por el cuello.

—Acabará por venir aquí, Chris —dijo—. Te lo garantizo. —Sonrió—. Comprendo cómo te sientes. Es una persona encantadora.

—¿La conoces? —pregunté, sorprendido.

—A ella, a tus hijos, a *Katie*, a tu oficina, todo —replicó—. Llevo contigo más de veinte años. Veinte años contados según el patrón temporal de la Tierra.

—¿Llevas conmigo veinte años?

—La gente de la Tierra nunca se queda sola —explicó—. Siempre hay un guía para cada uno.

—¿Quieres decir que eras mi ángel guardián? —La frase sonó trillada y un poco ridícula, pero no se me ocurrió ninguna mejor.

—«Guía» es un mejor término —dijo Albert—. «Ángel guardián» es un concepto inventado por un hombre de tiempos antiguos. Captó la verdad acerca de los guías, pero malinterpretó su identidad debido a sus creencias religiosas.

—¿Ann también tiene uno? —pregunté.

—Por supuesto.

—¿Y su guía no puede hablarle de mí?

—Si ella se abre a tal comunicación, sí, sin problemas —me respondió, y supe que aquello no serviría de nada. Se hallaba aislada por su escepticismo.

Otro pensamiento me sobrevino, este debido al descubrimiento de que Albert había estado junto a mí durante décadas: una sensación de vergüenza al darme cuenta de que había sido testigo de mis actos menos honrosos.

—Estás en lo cierto —me dijo.

—¿Me estás leyendo la mente? —pregunté.

—Algo parecido —contestó—. No te avergüences de tu vida. Tus defectos han sido los mismos de millones de hombres y mujeres que son, en el fondo, buenas personas.

—Mis principales fallos han sido con respecto a Ann —aseguré—. No dejé de amarla nunca, pero le he fallado.

—Sobre todo cuando eras joven —me dijo—. Los jóvenes se preocupan demasiado de sí mismos como para comprender de verdad a sus parejas. La propia carrera profesional es bastante como para dejar a un lado la capacidad de comprensión. Así fue en mi vida. Nunca tuve la posibilidad de casarme porque crucé demasiado joven. Pero aun así no fui capaz de comprender ni a mi madre, ni a mi padre, ni a mis hermanas. ¿Cómo era la frase de esa obra? «Te lo dan con el territorio», Chris.

Me di cuenta de que él había muerto antes de que esa obra fuera escrita. No lo mencioné porque seguía preocupado por Ann.

—¿No existe ninguna forma de comunicarme con ella? —le pregunté.

—Tal vez encontremos algo con el tiempo —dijo—. Por el momento, su incredulidad constituye una barrera inexpugnable. —Me quitó el brazo del hombro y me dio unos golpecitos en la espalda como muestra de apoyo—. Estará contigo en pensamiento —me aseguró—. Cuenta con ello.

—No tendrá que pasar por lo que yo he pasado, ¿verdad? —pregunté, inquieto.

—No es probable —respondió—. Las circunstancias son diferentes. —Me sonrió—. Además, la tendremos controlada.

Asentí.

—De acuerdo. —Sus palabras no me habían aportado demasiada tranquilidad,

pero consiguieron que me olvidara por el momento del asunto. Miré alrededor, y entonces le solté que tenía que ser un excelente jardinero.

—Tenemos jardineros aquí —me dijo, sonriendo—. Pero no cuidan de los jardines. No necesitan de cuidados.

—¿Ninguno? —La revelación me sorprendió de nuevo.

—Siempre hay la misma humedad —me comentó—. La temperatura se mantiene a un nivel estable, no existen las tormentas o los vientos violentos. El crecimiento de las plantas no es incontrolado.

—¿Ni siquiera se ha de recortar el césped? —pregunté, al recordar las cortadoras que teníamos en Hidden Hills y lo a menudo que Richard primero, e Ian después, tenían que segar.

—A esta altura deja de crecer —me indicó Albert.

—Dices que no hay tormentas —continué, en mi intento por concentrarme en algo aparte de Ann—. Ni nieve ni lluvia. ¿Y entonces qué pasa con la gente a la que le gusta la nieve? Esto no sería el cielo para ellos. ¿Y qué ocurre con los colores del otoño? A mí me encantan. Y a Ann también.

—Y hay lugares donde los verás —afirmó—. Tenemos todas las estaciones en diferentes lugares.

Le pregunté acerca del flujo de energía que había sentido en el tronco, en la brizna de hierba, las flores y el agua.

—Todo aquí emite una energía beneficiosa —respondió.

La estampa de *Kate*, sentada con expresión de satisfacción a mi lado, me hizo sonreír, y me arrodillé para acariciarla.

—¿Ha estado aquí contigo hasta ahora?

Albert asintió y sonrió al mismo tiempo.

Estuve a punto de comentar algo sobre lo mucho que Ann la había echado de menos, pero me contuve. *Katie* había sido su compañera inseparable. Adoraba a Ann.

—Aún no has visto mi casa —soltó Albert.

Me levanté y, mientras nos dirigíamos a su hogar, le mencioné la ausencia de ventanas y puertas.

—No las necesito —dijo—. Nadie entraría con malas intenciones, aunque todo el mundo es bienvenido.

—¿Todos viven en casas así?

—Viven como vivían en la Tierra —respondió—. O como desearían haber vivido. Nunca tuve una casa como esta, como bien sabes. Aunque siempre soñé con ella.

—Ann y yo también.

—Entonces tendréis una así.

—¿La tendremos que construir? —pregunté.

—No con herramientas —contestó—. Yo construí esta con mi vida. —La señaló—. No era así cuando llegué —me dijo—. Al igual que las habitaciones de mi mente, las de la casa no eran tan atractivas. Algunas estaban patas arriba, el aire que se respiraba en ellas estaba viciado, o resultaban demasiado oscuras. Y en este jardín, mezcladas entre las flores y los matojos, había plantas que yo había cultivado en vida.

»Me llevó cierto tiempo reconstruirla —me dijo, y sonrió al recordarlo—. Tuve que imaginarla de nuevo, que imaginarme a mí mismo, detalle a detalle. Una sección de pared aquí, el suelo de allí, una puerta, muebles.

—¿Cómo lo hiciste? —quise saber.

—Con la mente —respondió.

—¿A todo el mundo le espera una casa cuando llega?

—No, la mayoría se construyen después —respondió—. Con algo de ayuda, por supuesto.

—¿Ayuda?

—Existen grupos de construcción —me explicó—. Grupos de gente habilidosos en esta materia.

—¿Pero ellos también usan su mente?

—Siempre se usa la mente —dijo—. Todas las cosas empiezan en el pensamiento.

Me paré un momento y estudié la casa que se cernía sobre nosotros.

—Es tan... de la Tierra... —comenté.

Él asintió con una sonrisa.

—No nos distanciamos tanto de nuestros recuerdos de la Tierra como para desear algo demasiado diferente a lo que tuvimos allí. —Realizó un gesto de bienvenida—. Pero no te quedes ahí afuera, Chris.

Entramos en casa de Albert.

9 Los pensamientos son muy reales

Mi primera impresión cuando entré fue de absoluta realidad.

La habitación era inmensa, cubierta de paneles, decorada con un gusto impecable... e inundada de luz.

—No tenemos que preocuparnos por aprovechar la mañana o la luz de la tarde —me dijo Albert—. Todas las habitaciones reciben la misma cantidad de luz en todo momento.

Miré en derredor. No había chimenea. La habitación, sin embargo, parecía diseñada para tenerla.

—Podría tener una de quererlo —dijo Albert como si yo hubiera hablado en voz alta—. Algunos la tienen.

Sonreí al ver la facilidad con que leía mi mente. Nosotros sí tendríamos una chimenea. Como el par de fogones que tuvimos en nuestra casa. Solo por motivos estéticos; proporcionaban poco calor. Pero a Ann y a mí nos encantaba escuchar música delante de un fuego crepitante.

Me acerqué a una mesa tallada de forma exquisita y la examiné.

—¿La hiciste tú? —pregunté, impresionado.

—Oh, no —contestó—. Solo un experto podría crear algo tan bello.

Sin pensar, pasé un dedo sobre la superficie, aunque de inmediato traté de ocultar mi gesto. Albert se echó a reír.

—No encontrarás ni una mota de polvo —dijo—, puesto que aquí no hay erosión.

—A Ann le gustará un sitio así. —Siempre se preocupaba por que nuestra casa estuviera inmaculada, pero debido a las peculiaridades de California, limpiar el polvo le suponía mucho trabajo.

Sobre la mesa había un jarrón con flores: formas brillantes de rojo, naranja, púrpura y amarillo. Nunca había visto flores como esas. Albert sonrió.

—No estaban aquí. Fueron un regalo.

—¿No se morirán a pesar de que las hayan cortado?

—No, seguirán frescas hasta que pierda interés en ellas —respondió Albert—. Entonces se desvanecerán. —Sonrió de nuevo al ver mi cara—. De hecho, la

casa entera lo haría si perdiera interés en ella y la abandonara.

—¿Adónde iría? —pregunté.

—A la matriz.

—¿La matriz?

—De vuelta a su origen para ser reutilizada —expuso—. Nada se pierde aquí, todo se recicla.

—Si la mente lo crea y la pérdida de interés lo elimina —razoné—, ¿posee una existencia intrínseca?

—Oh, claro —dijo—. La realidad siempre está supeditada a la mente.

Iba a preguntar más acerca del tema, pero me pareció todo muy confuso, así que preferí pasarlo por alto por ahora mientras seguía a Albert por su casa. Todas las habitaciones eran enormes, llenas de luz, y disponían de multitud de oquedades a modo de ventanas que ofrecían una maravillosa vista del paisaje.

—No veo ninguna casa más —apunté.

—Están ahí afuera —me aseguró Albert—. Ten en cuenta que aquí hay espacio de sobra.

Fui a comentarle la ausencia de una cocina y de baño cuando caí en ello. Los cuerpos que poseíamos no requerían de comida. Y puesto que no había nada de lo que deshacerse, los baños serían algo superfluo.

La sala que más me gustó fue el estudio de Albert. Cada pared estaba cubierta por una estantería que iba desde el suelo hasta el techo y que rebosaba libros finamente encuadernados. Unas cuantas sillas, mesas y un sofá completaban el mobiliario de la habitación.

Para mi sorpresa, advertí una balda donde se encontraban mis manuscritos, a los que reconocí por el título. Mi reacción pasó por diferentes estadios: primero sorpresa, como ya he dicho; luego cierto regocijo al verlos en casa de Albert; y luego disgusto al caer en la cuenta de que yo nunca llegué a encuadernarlos.

Por último, me embargó la vergüenza al percatarme de que demasiadas de mis obras trataban materias violentas o terroríficas.

—Lo siento —se disculpó Albert—. No pretendía molestarte.

—No es tu culpa. —Le quité hierro al asunto—. Soy yo quien los escribió.

—Aquí tendrás un montón de tiempo para escribir de cualquier otra cosa —me confortó. Estoy seguro de que solo fue la amabilidad la que le impidió

añadir «mejor».

Me señaló el sofá y me hundi en él cuando Albert se acomodó en una de las sillas. *Katie* se sentó al lado de mi pierna derecha. Mientras charlábamos, acariciaba su cabeza.

—Llamaste a este lugar Cosecha. ¿Por qué?

—Porque la semilla que un hombre planta en vida crea la cosecha que segamos aquí —respondió—. En realidad, su auténtico nombre, si quieres hablar con propiedad, es «la tercera esfera».

—¿Por qué?

—Es complicado explicarlo —reconoció Albert—. ¿Por qué no esperamos a que hayas descansado?

«*Extraño* », pensé. ¿Cómo sabía que había empezado a sentirme rendido? Yo fui consciente en aquel preciso momento.

—¿Cómo puede ser? —inquirí, puesto que no me cabía duda que entendería mi pregunta.

—Has sufrido una experiencia traumática —me dijo—. Y descansar entre períodos de actividad es lo natural; tanto aquí como en la Tierra.

—¿Tú también te cansas? —pregunté sorprendido.

—Bueno, tal vez no me canse en el sentido estricto de la palabra —dijo Albert—. Pronto te darás cuenta de que aquí no se cansa uno demasiado. Sin embargo, para refrescarse hay períodos de descanso mental. —Señaló el sofá—. ¿Por qué no te echas un rato?

Lo hice y observé el techo de vigas vistas. Luego, después de un rato, miré mis propias manos. Solté una expresión de incredulidad.

—Parecen tan reales... —exclamé.

—Lo son —replicó—. Tu cuerpo carece de fibra, pero tampoco es de vapor. Digamos que es fruto de una mejor manufactura que el cuerpo que has dejado atrás. Aún cuenta con un corazón y unos pulmones con los que respirar aire, y que purifican tu sangre. El pelo sigue creciendo en tu cabeza, y aún tienes dientes y dedos... y uñas en los dedos de los pies.

Los párpados se me iban cerrando.

—¿Las uñas dejan de crecer igual que la hierba? —pregunté.

Albert se rió.

—Tendré que comprobarlo —dijo.

—¿Y qué pasa con mi ropa? —quise saber. Cerré los ojos por un instante y luego los volví a abrir.

—Son tan reales como tu cuerpo —me aseguró Albert—. Todo el mundo... excepto ciertos indígenas, tiene grabado en su mente que las ropas son indispensables. Tal convicción les acompaña aún en la muerte.

Cerré los ojos otra vez.

—Es difícil comprender todo esto —confesé.

—¿Todavía crees que es un sueño?

Abrí los ojos y lo miré.

—¿También sabes eso?

Sonrió.

Miré la habitación.

—No, ahora ya no —dije. El sueño me vencía—. ¿Qué harías si así fuese?

—Siempre hay maneras —dijo—. Cierra los ojos mientras hablamos. —Sonrió al verme dudar—. No te preocupes, te volverás a despertar. Y *Katie* no te abandonará, ¿verdad, *Kate*?

La miré. Movié la cola y luego se echó con un suspiro al lado del sofá. Albert colocó una almohada bajo mi cabeza.

—Así —dijo—. Cierra los ojos.

Lo hice. Bostecé.

—¿Qué maneras? —murmuré.

—Bueno... —Lo oí sentarse en la silla—. Te pediría que recordaras algún familiar fallecido y luego te conduciría hasta él. Te podría recordar los detalles de lo que ocurrió justo antes de tu muerte. En un caso extremo, te volvería a llevar a la Tierra y te enseñaría cómo discurre la vida sin ti.

A pesar de la somnolencia, reabrí los ojos y lo miré.

—Dijiste que no podía volver —le eché en cara.

—Y no puedes. Solo.

—Entonces...

—Solo como observadores, Chris —dijo—. Lo que te produciría una terrible

frustración. No serías capaz de ayudar a tu mujer, solo de ser espectador de su tristeza.

Suspiré, descontento.

—¿Ann estará bien, Albert? —pregunté—. Me preocupa mucho.

—Lo sé —me aseguré—, pero no puedes hacer nada. Cierra los ojos.

Los cerré de nuevo y, por un instante, me pareció ver su adorable rostro frente a mí: aquellos rasgos juveniles, sus ojos castaños.

—Cuando la conocí, sus ojos me fascinaron —pensé en voz alta—. Me parecían enormes.

—La conociste en la playa, ¿verdad?

—En Santa Mónica, en 1949 —respondí—. Me había mudado de Brooklyn a California. Por aquel entonces yo trabajaba en Douglas Aircraft de cuatro a doce de la noche. Después de escribir durante toda la mañana, iba a la playa un par de horas.

»Aún recuerdo el traje de baño que llevaba aquel día. Era azul claro, de una sola pieza. La estuve observando, pero no sabía qué decirle. Nunca había hecho algo así. Al final me decidí por el clásico «¿Tienes hora?». —Sonreí al recordar su reacción—. Se rió de mí al señalar un edificio de Santa Mónica que tenía un reloj. Así que tuve que pensar en otra cosa.

Me removí en el sofá.

»Albert, ¿no hay nada que pueda hacer para ayudarla?

—Dedícale tus pensamientos —me dijo.

—¿Eso es todo?

—Es más de lo que piensas, Chris. Los pensamientos son muy reales.

10 El lugar donde estás

—Amén —respondí—. Lo acabo de comprobar.

Debí de sonreír al decirlo, puesto que la cara de Albert adoptó una expresión compasiva.

—Ya sé que es una lección dolorosa de aprender —reconoció— el que cada pensamiento nuestro toma forma y que, tarde o temprano, hemos de enfrentarnos a él.

—¿Pasaste por lo mismo?

Asintió.

—Todo el mundo lo hace.

—¿Desfiló tu vida ante los ojos? —pregunté—. ¿Desde el final al principio?

—No tan rápido como en tu caso, ya que yo morí de una enfermedad degenerativa —respondió—. Y sin embargo, la de un hombre ahogado pasa mucho más rápido, por ejemplo. Su muerte es tan súbita que su memoria subconsciente derrama su contenido en solo unos pocos segundos. Las impresiones de su mente se liberan casi de forma simultánea.

—¿Y qué me cuentas de la segunda vez que ocurrió? —pregunté—. La primera vez no fue demasiado mala, solo me dediqué a observar. En la segunda, reviví cada momento.

—Solo en tu mente —contestó—. En realidad no la reviviste.

—Me dio la impresión de hacerlo.

—Sí, lo cierto es que parece muy real —convino.

—Y doloroso.

—Más aún que en la experiencia original —replicó—, puesto que careces del cuerpo físico necesario para amortiguar el dolor de tu vida reexperimentada. Es el momento en que hombres y mujeres averiguan quiénes son en realidad. La hora de expurgarse.

Yo miraba el techo mientras él hablaba. Tras escuchar sus últimas palabras, volví la cara hacia él.

—¿Es lo que los católicos llaman purgatorio?

—En esencia, sí —asintió—. El período en el que cada alma se limpia por el reconocimiento de sus propios logros... y crímenes.

—Reconocimiento de sus propios logros —repetí—. ¿No hay un juicio de terceros?

—¿Qué condena sería más dura que la impuesta por cada uno cuando la autojustificación ya no es posible? —preguntó.

Aparté la cara y miré la campiña. Su belleza destacaba aún más los recuerdos de mis fracasos. Sobre todo, aquellos que concernían a Ann.

—¿Todo el mundo es feliz con lo que vuelve a experimentar?

—Lo dudo —respondió—. No importa quiénes sean, estoy convencido de que todos han realizado actos de los que se avergüenzan.

Alargué la mano y acaricié la cabeza de *Katie*. De no ser por mis recuerdos, habría sido un momento encantador: aquella preciosa casa, el arrebatador paisaje, Albert sentado a mi lado, la cabeza de *Katie* bajo mis dedos...

Sin embargo, los recuerdos seguían ahí.

—Si me hubiera portado mejor con Ann... —comenté—. Con los niños, con mi familia, con mis amigos.

—Eso le pasa a todo el mundo, Chris —replicó—. Todos podríamos habernos portado mejor con ellos.

—Y ahora es demasiado tarde.

—Eso no es cierto. Parte de lo que te aflige es un sentimiento de frustración porque no conseguiste darle a tu vida el sentido que deseabas para ella.

Lo miré de nuevo.

—No estoy seguro de comprender lo que acabas de decir.

—El pesar de tu esposa y tu preocupación por ella es lo que lo provocan. —Su sonrisa era comprensiva—. Acepta tus sentimientos, Chris. Significa que te preocupas de verdad por su bienestar. Si no lo hicieras, no te sentirías como lo haces.

—Desearía poder hacer algo al respecto —objeté.

Albert se puso de pie.

—Habla de ello después —me aseguré—. Duerme ahora. Y, hasta que sepas qué vas a hacer, quédate aquí conmigo. Hay espacio de sobra, y por supuesto eres bienvenido.

Se lo agradecí a la vez que él se acercaba y me tocaba el hombro.

—Ahora me voy —me dijo—. *Katie* te dará compañía. Piensa en mí cuando despiertes y estaré aquí.

Sin una palabra más, se giró y se marchó del estudio. Lo contemplé desaparecer por la puerta. *Albert*, pensé. El primo Buddy. Muerto en 1940. Ataque al corazón. Ahora vivía en esta casa. Me resultaba complicado aceptar que todo esto era real.

Miré a *Katie*, tirada en el suelo al lado del sofá.

—*Kate*, la vieja *Kate* —dije. Golpeó el suelo con la cola dos veces. Recordé las lágrimas cegadoras que había vertido por ella aquella tarde en el veterinario. Ahora estaba allí, viva, mirándome una vez más con expresión de alborozo.

Suspiré y estudié la habitación. Parecía absolutamente real. Sonreí al recordar la habitación provincial francesa que salía en *2001* de Kubrick. ¿Tal vez me hubiera capturado un alienígena? Me reí solo con pensarlo.

Entonces me di cuenta de que no había ningún espejo en la habitación, y me percaté que no había visto ninguno en toda la casa. «*Como en Drácula* —pensé, divertido—. ¿*Vampiros aquí?*». Volví a reírme. ¿Cómo traza uno la línea entre realidad y fantasía?

Por ejemplo ¿me lo estaba imaginando o la luz de la habitación se iba atenuando?

* * *

Ann y yo estábamos en el Bosque Nacional de Sequoia. Cogidos de la mano, avanzábamos bajo las enormes secuoyas. Sentía sus dedos unidos a los míos, escuchaba el crujido de los zapatos sobre la alfombra de agujas secas que cubría el suelo, olía el agradable aroma de la corteza. No hablábamos. Andábamos a la par, rodeados por la belleza de la naturaleza; un paseo justo antes de la cena.

Anduvimos durante veinte minutos hasta llegar a un árbol caído, donde nos sentamos. Ann soltó un profundo suspiro. La rodeé con el brazo y ella se apoyó contra mí.

—¿Cansada? —pregunté.

—Un poco —sonrió—. Solo eso.

Había sido una experiencia reconfortante, aunque algo extenuante. Habíamos conducido un remolque de alquiler colina arriba hasta Sequoia. Nuestro Rambler se había sobrecalentado un par de veces. Luego montamos una tienda de campaña de seis plazas y metimos toda la comida en un baúl de madera para que los osos no se la comieran. Contábamos solo con una linterna Coleman, nada de hornillos, así que teníamos que mantener el fuego

bajo la rejilla de la que disponía el propio *camping*. Lo más complicado era calentar el agua para los pañales de Ian una vez al día. Por aquel entonces solo tenía un año y medio. El campamento parecía una lavandería, con los biberones y las ropas de bebé tirados por todas partes.

—Será mejor que no nos vayamos demasiado tarde —dijo Ann tras descansar un rato. La mujer que acampaba a nuestro lado se había ofrecido a cuidar de nuestros hijos, pero tampoco queríamos abusar, ya que la mayor, Louise, solo tenía nueve años, Richard seis y medio y Marie no llegaba a cuatro, e incluso nuestro «perro guardián», *Katie*, no alcanzaba el año.

—Volveremos en breve —le prometí. La besé con suavidad en la frente y la abracé—. Descansa un par de minutos. —Le sonreí—. Es precioso ¿verdad?

—Precioso —asintió—. Duermo aquí mejor que en casa.

—Lo sé. —La crisis nerviosa de Ann había tenido lugar hacía dos años. Llevaba bajo control médico desde hacía un año y medio. Este era el viaje más largo que hacíamos desde su crisis, y solo por insistencia de su médico.

—¿Qué tal tu estómago? —pregunté.

—Oh, mejor —respondió sin mucha convicción. Tenía problemas estomacales desde que la conocí. ¿Cómo había podido pasar por alto que aquello significaba algo serio? Desde su crisis, su afección había mejorado, pero aún la incordiaba. Como el médico le había dicho: «cuanto más enterrado está el estrés, más lo sufre el cuerpo». El sistema digestivo se llevó la peor parte.

—Tal vez podamos comprar una caravana uno de estos días —comenté. Ella lo había sugerido esa mañana—. Hacer la comida resultaría mucho más sencillo. Y la experiencia sería más gratificante.

—Lo sé, pero son tan caras... —respondió ella—. Y suficientes gastos hay ya conmigo.

—Debería empezar a hacer algo más que escribir para la televisión —le dije.

Ella me apretó la mano.

—Sé que llegarás lejos. —Levantó la mano hasta sus labios y me la besó—. La tienda está bien —me aseguró—. Y no me importa en absoluto.

Suspiró y miró hacia el follaje de los árboles, allí por encima de nosotros, a través del que asomaban las luces de sol.

—Me podría quedar aquí para siempre —murmuró.

—Podrías hacerte guardabosque —repliqué.

—Quería serlo —admitió—. Cuando era niña.

—¿En serio? —La idea me hizo sonreír—. La guardabosques Annie.

—Me parecía un modo estupendo para escapar —añadió.

Pobrecita. La apreté contra mí. Había tenido mucho de lo que escapar.

—Bien. —Se levantó—. Será mejor que nos pongamos en camino, jefe.

—Cierto. —Asentí y me puse en pie—. El camino da la vuelta, así que no tendremos que volver por el mismo sitio.

—Genial. —Ella me sonrió y me cogió la mano—. Allá vamos.

Comenzamos a andar de nuevo.

—¿Te alegras de haber venido? —me preguntó.

—Sí, esto es precioso —reconocí. Había dudado en llevar a nuestros hijos (tan jóvenes aún) de *camping*, pero como nunca había ido de *camping* tan de niño, tampoco era capaz de juzgar la situación—. Creo que ha salido todo estupendo —dije.

Entonces no lo sabía, pero Ann deseaba ir de campamento, a pesar de la ansiedad que la asaltaba por intentar algo nuevo bajo el estrés mental al que estaba sometida, para hacernos partícipes de una experiencia tan extraordinaria no solo a mí, sino también a los niños.

Después de un rato llegamos a un claro donde el camino se dividía. Donde se iniciaba el camino de la derecha, una señal indicaba que los excursionistas no debían ir por ahí.

Ann me miró con su expresión de niñita retorcida.

—Vayamos por ahí —me dijo, indicándome el camino de la derecha.

—Pero si ahí pone que no sigamos por ese camino —le advertí. Decidí seguirle el juego.

—Venga —me insistió.

—¿Quieres que una secuoya muerta nos aterrice en la cabeza? —le pregunté.

—Correremos si alguna se cae —respondió.

—Oh... —Cloqueé como una gallina y agité la cabeza—. Señorita Annie, usted ser maaala —le dije, en un remedo de Hattie McDaniel en *Lo que el viento se llevó*.

—Ajá —asintió, y me empujó hacia el camino de la derecha.

—No eres muy buena guardabosques —le recriminé.

Momentos después llegamos hasta un saliente rocoso que se cortaba de improviso en un precipicio de unos quince metros.

—¿Ves? —le dije a la vez que intentaba contener una sonrisa.

—De acuerdo, nos volvemos —convino. Reprimió una sonrisa—. Al menos sabemos la razón por la que se suponía que no teníamos que venir aquí.

La miré con seriedad fingida.

—Siempre me llevas allí donde se supone que no debería ir.

—Ese es mi trabajo: llevar la aventura a tu vida —asintió, complacida.

Dimos la vuelta en la cima del saliente y nos dirigimos hacia el otro camino. La superficie de la roca era resbaladiza y se encontraba cubierta por una capa de agujas secas, así que anduvimos en fila india, conmigo detrás.

Ann había recorrido solo unos pocos metros cuando perdió pie y cayó a la izquierda. Fui hacia ella y yo también me resbalé. Traté de recuperar el equilibrio pero no pude. Me eché a reír.

—Chris.

Su tono imperioso me hizo mirar hacia ella de inmediato. Se había comenzado a deslizar por la pendiente. Cada movimiento que efectuaba la acercaba un poco más al precipicio.

—No te muevas —le ordené. Mi corazón se puso a latir como loco—. Extiende los brazos y las piernas todo lo que puedas.

—Chris... —Su voz se le quebró cuando intentó hacer lo que le había dicho y resbaló aún más—. Oh, Dios mío —murmuró ella, asustada.

—No muevas ni un músculo —le dije.

Hizo lo que le mandé y eso consiguió detener su movimiento. Me acerqué con torpeza, pero me fue imposible alcanzarla con la mano. Si hubiera tratado de arrastrarme hasta donde estaba, ambos nos habríamos precipitado por el desfiladero.

Me deslicé y me arrodillé; solté un bufido debido al dolor. Entonces, con mucho cuidado, repté hasta la cima del saliente, sin dejar de hablarle.

—No te muevas. No te muevas —repetía—. Todo va a salir bien. No tengas miedo.

De repente, me golpeó de lleno. «*Esto ya ha sucedido*». Sentí una oleada de alivio. Encontré una rama rota, se la alargué y la arrastré hasta un lugar

seguro. La acuné entre mis brazos y la besé, y ella...

—¡Chris!

Su lamento me hizo girarme. Consternado, vi cómo se deslizaba hacia el borde.

Olvidé todo y me tiré hacia el saliente para llegar hasta ella derrapando, sin dejar de mirar su pálida faz mientras resbalaba.

—Sálvame, Chris —rogó—. Sálvame. Por favor, ¡Chris!

Grité horrorizado cuando desapareció por el borde, fuera de la vista. Su chillido fue terrible.

—¡Ann! —vociferé.

* * *

Me desperté de repente, con el corazón a punto de salirme por la boca. Me senté a toda prisa y miré alrededor.

Katie seguía al lado del sofá, sin dejar de mover la cola, y me miraba de una forma que solo podía definir como preocupada. Le puse la mano sobre la cabeza.

—No pasa nada —murmuré—. Solo un sueño. He tenido un sueño.

Creo que, de algún modo, comprendió lo que le decía.

Me coloqué la mano en el pecho y constaté el acelerado latir de mi corazón. ¿Por qué había tenido ese sueño? ¿Y por qué había terminado tan diferente a como lo había hecho en realidad? La cuestión me atormentaba, por lo que me levanté, miré alrededor y pronuncié el nombre de Albert.

Quedé estupefacto ante la instantánea entrada de Albert en la habitación (y, Robert, no exagero al decir que fue instantánea). Sonrió al ver mi reacción, hasta que se fijó un poco más y vio que me hallaba algo desazonado, por lo que me preguntó qué era lo que pasaba.

Le conté el sueño y le pregunté qué significaba.

—Supongo que lo más probable es que se trate de un «residuo» simbólico —aventuró.

—Espero no tener más —reconocí entre temblores.

—Se pasarán —me aseguró.

Recordé que *Katie* estaba a mi lado cuando me desperté, así que se lo mencioné a Albert.

—Tengo la extraña sensación de que comprendo lo que digo y siento —le comenté.

—Hay cierto entendimiento entre los dos —replicó a la par que se inclinaba para palmearle la cabeza—. ¿No es verdad, *Katie* ?

El animal movió la cola con alegría mientras le miraba a los ojos.

Forcé una sonrisa.

—Cuando dijiste que pensara en ti y aparecerías, no bromeabas.

Me sonrió y se enderezó.

—Así es como funciona aquí —me contó—. Cuando quieres ver a alguien, solo tienes que pensar en él y aparece. Si desea estar aquí, por supuesto, como yo he deseado estarlo contigo. Teníamos química tú y yo. A pesar de haber estado separados durante años, nos hallamos en la misma longitud de onda, por decirlo así.

Parpadeé, sorprendido.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

Lo repitió de nuevo y abrí la boca de par en par.

—No mueves los labios —dije.

Se rió al verme la expresión de la cara.

—¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

—Porque antes no lo hacía —me respondió. Los labios no se movieron.

Lo contemplé, confuso.

—¿Cómo puedo oír tu voz si no hablas? —pregunté.

—De la misma manera que yo oigo la tuya.

—¿Tampoco muevo los labios?

—Charlamos mediante la mente —respondió.

—Increíble —exclamé. Pensé lo que exclamé.

—En realidad, hablar propiamente aquí es difícil —me explicó—. Pero la mayoría de los recién llegados no se da cuenta hasta que pasa cierto tiempo.

—Increíble —repetí.

—Y aun así eficiente —recalcó—. El lenguaje es más una barrera para la comprensión que una ayuda. Además, a través del pensamiento somos capaces de comunicarnos en cualquier lenguaje sin necesidad de un intérprete. Por otro lado, no nos vemos limitados por las palabras y las frases. La comunicación se mejora gracias a emisiones de puro pensamiento.

»De hecho —continuó—, he llevado este aspecto para que no me rehuyeras. Si no te importa, adoptaré mi estilo habitual.

No tenía ni idea de lo que quería decir.

—¿De acuerdo? —preguntó.

—Claro —respondí—. No sé qué...

Debió de ocurrir en un parpadeo. Albert ya no vestía la camisa y pantalones blancos. En lugar de eso, llevaba puesta una túnica que adoptaba el mismo color que el aura que lo rodeaba. Le cubría el cuerpo entero y colgaba de manera elegante, sujeta por una cinta dorada a la altura de la cintura. Iba descalzo.

—Así —dijo—. Mucho más cómodo.

Lo estudié... de manera poco cortés, me temo.

—¿Tengo que llevar una así? —quise saber.

—En absoluto —respondió. No sé qué cara puse en ese momento, pero le resultó divertida—. La elección es tuya. Lo que prefieras.

Me miré. He de admitir que resultaba un tanto extraño el seguir vistiendo las mismas ropas que llevaba la noche del accidente. Aun así, no me veía con aquella túnica. Parecía demasiado... «espiritual» para mí.

—Y ahora —anunció Albert—, tal vez te gustaría conocer mejor el lugar donde estás.

11 Tus problemas están aquí

Algo extraño sucedió cuando abandonamos la casa. Al menos me pareció extraño a mí. Albert no se sorprendió. Incluso *Katie* no reaccionó como había esperado.

Un pájaro de color gris perla descendió y aterrizó sobre el hombro izquierdo de Albert, lo que me sobresaltó.

Las palabras de Albert me impresionaron más aún.

—Este es el animal al que cuidaba tu mujer —me informó—. Lo mantengo aquí para ella.

—¿Del que cuidaba mi mujer? —pregunté, y eché un vistazo a *Katie*. En vida, se habría puesto a ladrar nada más verlo. Ahora no hizo ni un solo movimiento.

Albert me explicó que Ann había establecido una conexión permanente con los pájaros heridos a los que había cuidado. Todas las aves a las que había salvado (y se contaban por decenas) vivían aquí, en Summerland, y esperaban su regreso. Albert incluso sabía que hubo un tiempo en que la llamaban Ann, la mujer pájaro de Hidden Hills.

Solo pude sacudir la cabeza.

—Increíble —comenté.

—Oh, aquí verás cosas mucho más increíbles —sonrió. Acarició al pájaro con un dedo—. ¿Cómo estás tú? —preguntó.

Me reí cuando el pájaro se atusó las alas y gorjeó.

—Espero que no vayas a decirme que te ha respondido —dije.

—A su manera —respondió Albert—. Igual que *Katie*. Dile hola.

Me sentí un tanto extraño, pero hice lo que me pidió. El pájaro se encaramó de inmediato a mi hombro derecho y pareció, Robert, que nuestras mentes intercambiaron algo. No sé cómo explicártelo, pero ese algo resultó encantador.

Después, el pájaro se alejó volando y *Katie* me sorprendió al ladrar una sola vez, como si se estuviera despidiendo. «*Increíble*», pensé mientras nos alejábamos de la casa.

—Me he dado cuenta de que no tienes espejos —le dije.

—No me sirven de nada —me contestó.

—¿Porque se trata de una frivolidad?

—No solo eso —replicó—. Aquellos que han arruinado su apariencia debido a sus actos en vida no son obligados a presenciar tal deterioro. Si fuera al contrario, su vergüenza les impediría concentrarse en mejorarse a sí mismos.

Me pregunté cuál sería mi apariencia. Sabía que Albert no me la diría si resultaba desagradable.

Traté de no pensar en ello mientras subíamos por una colina cubierta de hierba, con *Katie* corriendo por delante. Qué buen aspecto tenía, pensé complacido. A Ann le encantaría volver a verla. Pasaban mucho tiempo juntas. Ann no podía dejar la casa sin ella, en serio. *Katie* parecía saber cuándo Ann pensaba salir, lo que nos hacía mucha gracia. Daba la impresión de ser algún tipo de conexión psíquica.

Aparté la idea de mi mente e inhalé el aire, limpio y frío. La temperatura era la ideal.

—¿Por eso lo llaman Summerland? —pregunté, para probar si Albert sabía a lo que me refería.

Lo hizo.

—En parte. Pero también porque refleja el concepto de felicidad absoluta de cada persona.

—Si Ann estuviera aquí conmigo, sí sería perfecto —repliqué, incapaz de reprimir mis pensamientos.

—Estará, Chris.

—¿Tenéis agua por aquí? —pregunté, de pronto—. ¿Barcos? Esa es la idea que tiene Ann del cielo.

—Tenemos de ambos —respondió él.

—¿Oscurece? —Miré al cielo.

—No del todo —me aclaró—. Aunque tenemos crepúsculo.

—¿Era mi imaginación o la luz de tu estudio se fue apagando a la par que me iba durmiendo?

—Sí, se atenuó —me dijo—. En consonancia con tu necesidad de descanso.

—¿No es una molestia el no tener noches ni días? ¿Cómo se organiza uno?

—Mediante actividades —respondió—. En el fondo, ¿no es así como lo hace la gente en vida? Un tiempo para trabajar, un tiempo para comer, un tiempo de ocio, un tiempo para dormir. Hacemos lo mismo... salvo, claro está, que no tenemos que comer o dormir.

—Confío en que mi necesidad de dormir no tarde en desaparecer —dije—. No me gustaría volver a experimentar más sueños como el último.

—Desaparecerá —me aseguró.

Miré en derredor y exclamé.

—Se supone que me acostumbraré a esto, aunque por ahora es difícil de creer.

—No sé decirte cuánto tiempo me llevó a mí —me contó Albert—. Lo que más me costó fue admitir que había llegado a un lugar del que estaba seguro que no existía.

—Tampoco creías en ello. —Me sentí mejor.

—Poca gente lo hace —replicó—. Quizá lo afirman sin convencimiento. Tal vez hasta quieran creerlo. Pero pocas veces lo hacen.

Me paré y me incliné para quitarme los zapatos y los calcetines. Los recogí y me los guardé cuando reanudamos el camino. La hierba bajo mis pies era cálida y suave.

—No tienes que llevarlos.

—No me gustaría ensuciar un lugar tan bello como este.

Se echó a reír.

—No lo harás. Se desvanecen.

—¿Y van a parar a la matriz?

—Exacto.

Me detuve para dejar los zapatos y los calcetines, y luego seguí a Albert; *Katie* se situaba a nuestro lado y avanzaba sin pausa. Albert se apercebí de mi mirada de soslayo y me sonrió.

—Lleva cierto tiempo —me indicó.

Poco después llegamos hasta la cima de la colina, donde me paré para observar la campiña. A lo que más se parecía era a Inglaterra (tal vez Nueva Inglaterra) durante el verano: enormes prados verdes, bosques frondosos, bancos de flores y riachuelos brillantes..., todo coronado por un cielo azul salpicado de nubes borrascosas. No obstante, no había lugar en la Tierra

comparable a este.

Allí de pie tomé varias bocanadas de aire. Me sentía genial, Robert. No solo habían desaparecido los dolores provocados por el accidente, sino también los del cuello y la espalda. Ya sabes los problemas que me daba la espalda.

—Me siento tan bien... —proclamé.

—Eso es que has aceptado dónde estás —me informó Albert.

No lo entendí, por lo que le pregunté qué quería decir.

—Mucha gente llega aquí con las convicciones que mantenían en vida. Creen que están enfermos y continúan estándolo hasta que se dan cuenta de que se hallan en un lugar donde la enfermedad no puede existir por sí misma. Solo entonces están completos. La mente lo es todo, recuérdalo.

—Ahora que lo mencionas —le interrumpí—, creo que soy capaz de pensar con más claridad.

—Porque ya no estás limitado por un cerebro físico.

Por el rabillo del ojo avisté un huerto de lo que me parecieron ciruelos. Era imposible, pero eso me hizo plantearme una pregunta.

—Aseguraste que no tenemos que comer. ¿Eso significa que nunca estaré sediento?

—Nos nutrimos directamente de la atmósfera —me explicó—. La luz, el aire, los colores, las plantas.

—Tampoco disponemos de estómago —añadí—. Ni de órganos digestivos.

—No los necesitamos —respondió—. En la Tierra nuestros cuerpos eliminaban todo lo que comíamos, salvo la energía de la luz del sol que ha incidido sobre la comida. Aquí, ingerimos esa energía de manera directa.

—¿Y qué pasa con los órganos reproductores?

—Todavía los conservas porque esperas tenerlos. Con el tiempo, entenderás que carecen de sentido y desaparecerán.

—Qué extraño —comenté.

Agitó la cabeza, con una sonrisa triste en los labios.

—Piensa en aquellos cuyas vidas dependen de esos órganos. Aquellos que, incluso después de la muerte, mantienen esa necesidad de usarlos porque no son capaces de concebir su existencia sin ellos. Aunque nunca están satisfechos, nunca se llenan con lo que hacen: es solo una ilusión. Pero no pueden liberarse de ello, y eso les impide progresar. Eso sí que es extraño,

Chris.

—Lo entiendo —concedí—. Aun así, parte de mi relación con Ann era física.

—Y hay gente aquí, personas que se aman los unos a los otros, que mantienen relaciones sexuales. —Aquello me sorprendió—. La mente es capaz de cualquier cosa, recuerda eso. Sin embargo, con el tiempo, esa gente suele darse cuenta de que el contacto físico no significa tanto como lo fue en vida.

»Por eso mismo —continuó— no tenemos que usar nuestros cuerpos. Solo los poseemos porque nos son familiares. Si lo decidimos así, somos capaces de realizar cualquier cosa solo con la mente.

—Sin hambre —dije—. Sin sed. Sin fatiga. Sin dolor. —Solté una expresión de sorpresa—. Sin problemas —concluí.

—Yo no diría eso —me rebatió Albert—. Salvo por la ausencia de las necesidades que has citado, y el hecho de no tener que trabajar para ganarse la vida, todo sigue siendo igual. Tus problemas siguen siendo los mismos. Aún tienes que resolverlos.

Sus palabras me hicieron pensar en Ann. Resultaba perturbador creer que, después de todos los reveses que ella había sufrido en vida, no hubiera un momento de calma aquí para ella. Qué injusticia.

—Aunque también cuentas con más ayuda, recuerda —añadió Albert, que había vuelto a adentrarse en mis pensamientos—. Y una mejor percepción.

—Desearía contarle todo esto. Soy incapaz de deshacerme de este sentimiento de aprensión.

—Aún te afecta su tristeza —replicó—. Deberías superarlo.

—Entonces perdería el contacto con ella por completo —me quejé.

—Eso no es contacto. Ann no es consciente de ello. Ella te quiere de vuelta. Y tú estás aquí, Chris. Tus problemas están aquí.

12 El poder de la mente

Sabía que estaba en lo cierto, y a pesar de la sempiterna ansiedad que me agobiaba, traté de apartarlo de mi mente.

—¿El único medio de transporte de aquí es andar? —le pregunté para cambiar de tema.

—De ningún modo —respondió Albert—. Cada uno de nosotros posee su propio medio de transporte.

—¿Y cuál es?

—Ya que no existen limitaciones espaciales —respondió—, el viaje es instantáneo. Antes comprobaste que llegué en cuanto pronunciaste mi nombre. Lo hice solo con pensar en mi casa.

—¿Y todo el mundo viaja así? —pregunté, sorprendido.

—Los que desean hacerlo así y son capaces de conceptualizarlo.

—No te sigo.

—Todo es mental, Chris. Nunca lo olvides. Los que creen que el transporte se reduce a coches y bicicletas, viajarán así. Los que creen que solo pueden hacerlo caminando, viajarán así. Sin embargo, aquí hay una inmensa diferencia entre lo que la gente cree que es necesario y lo que es necesario de verdad. Si echas un vistazo, verás vehículos, invernaderos, tiendas, fábricas, etcétera. No se necesita ninguno, pero existen porque alguien cree que sí es necesario.

—¿Me puedes enseñar a viajar con el pensamiento? —pregunté.

—Claro. Solo hay que hacer uso de la imaginación. Visualízate diez metros por delante de donde estamos.

—¿Y ya está?

Asintió.

—Inténtalo.

Cerré los ojos y lo hice. Sentí una sensación vibrante. Luego, y de súbito, me dio la impresión de estar inclinado. Sorprendido, abrí los ojos y miré alrededor. Albert estaba a unos dos metros y *Katie* corría hacia mí, sin dejar de mover la cola.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Te has parado antes de tiempo. Vuelve a intentarlo. No tienes que cerrar los ojos.

—No ha sido instantáneo. Noté que me movía.

—Eso es porque se trata de algo nuevo para ti —me explicó—. Una vez que te acostumbras, será instantáneo. Prueba una vez más.

Me centré en un punto bajo un abedul que se alzaba a unos veinte metros y me visualicé debajo de él.

El movimiento fue tan rápido que me resultó imposible seguirlo. Grité sorprendido cuando caí al suelo. No me dolió. Miré alrededor. *Katie* venía en mi dirección, ladrando.

Albert llegó a mi lado antes que ella. Ni idea de cómo lo hizo.

—Creo que te has esforzado demasiado —bromeó entre risas.

Esbocé una sonrisa tímida.

—Bueno, al menos no me he hecho daño.

—Nunca habrá dolor —me aclaró—. Nuestros cuerpos no pueden ser dañados.

Me arrodillé y palmeé a *Katie* cuando llegó a mi lado.

—¿No la asusta? —pregunté.

—No, no, sabe lo que ocurre.

Me levanté y pensé lo que Ann disfrutaría con esto. Me imaginé la mirada de su cara la primera vez que lo hiciera. Le encantaban las cosas nuevas y excitantes. Y, sobre todo, el poder compartirlas conmigo.

Antes de que la angustia volviera a hacer presa en mí, elegí la cima de una colina situada a varios cientos de metros y me visualicé allí.

Otra vez esa vibración. Para ser más correctos, esa vibración alteradora. Parpadeé y ya estaba allí.

No, no lo estaba. Miré a todos lados. Ni Albert ni *Katie* andaban por ningún lado. ¿Qué había hecho mal?

Un destello de luz apareció frente a mí y luego resonó la voz de Albert.

—Te has ido demasiado lejos.

Lo busqué con la mirada. En un parpadeo se plantó delante de mí, con *Katie* en los brazos.

—¿Qué ha sido ese estallido de luz? —pregunté en cuanto la soltó.

—Mi pensamiento —contestó—. También se transportan.

—¿Puedo enviar mis pensamientos a Ann? —solté de inmediato.

—Si fuera receptiva a ellos, tal vez recibiera algo —respondió—. Aun así, enviarle pensamientos sería una tarea muy complicada, si no imposible.

De nuevo, me vi obligado a deshacerme de la desazón que me provocaban los pensamientos sobre Ann. No había más remedio que confiar en las palabras de Albert.

—¿Puedo viajar hasta Inglaterra con el pensamiento? —le solté de sopetón—. Quiero decir la Inglaterra de aquí. Imagino que habrá una.

—La hay —respondió—. Y puedes ir allí, ya que lo hiciste en vida y sabes qué visualizar.

—¿Dónde estamos exactamente?

—En la contrapartida de Estados Unidos. Uno tiende a gravitar hacia la longitud de onda de su propio país y pueblo. Eso no significa que no puedas vivir donde quieras, siempre que estés cómodo en el lugar.

—Entonces, ¿hay un equivalente de cada país de la Tierra?

—Sí, aunque solo a este nivel —respondió Albert—. En reinos más elevados, la conciencia nacional cesa por completo de existir.

—¿Reinos más elevados? —No entendía nada.

—«La casa de mi padre tiene muchas moradas», Chris —citó—. Por ejemplo, más adelante encontrarás los cielos particulares de cada teología.

—¿Entonces cuál es la verdadera? —pregunté, desconcertado.

—Todas y ninguna —sentenció—. Budistas, hindúes, musulmanes, cristianos, judíos... Cada una se identifica con una experiencia posterior a la muerte que refleja sus propias creencias. Los vikingos tienen su Valhala, los nativos americanos su feliz coto de caza, los celotes su ciudad de oro. Todos son reales. Cada una es una porción de una realidad absoluta.

»Aquí encontrarás hasta a los que aseguran que el más allá es una estupidez. Golpean sus mesas inmateriales con sus puños inmateriales y se mofan ante cualquier sugerencia de que existe la vida más allá de la materia. Es la ironía definitiva del engaño.

»Recuerda esto —añadió—: todo lo que había en vida tiene su contrapartida en la vida tras la muerte. Y eso incluye lo más bonito y lo más horrible.

Sus palabras me produjeron una sensación incómoda. No sabía la razón y, de repente, me di cuenta de que no quería saberlo. De inmediato cambié de tema.

—Me siento raro con este aspecto. —Hablé de forma impulsiva, pero tras hacerlo reparé en que solo había dicho la verdad.

—¿No he sido yo el causante, no? —preguntó Albert, preocupado.

—En absoluto. Es solo que... —Me encogí de hombros—. Bueno ¿cómo lo hago?

—De igual manera que cambias de localización.

—¿Con la imaginación, con la mente?

Albert asintió.

—Siempre con la mente, Chris. Nunca lo remarcaré lo suficiente.

—Vale. —Cerré los ojos y me visualicé vestido con una túnica como la de Albert. De inmediato sentí esa sensación de alteración de nuevo, aunque esta vez parecía que mil mariposas me envolvían. La descripción resulta inexacta, pero soy incapaz de describirlo mejor.

—¿Ya?

—Mira —me respondió.

Abrí los ojos y me estudié.

Me eché a reír. En alguna ocasión había vestido una bata de terciopelo en casa, pero no se parecía en nada a esto. Me sentí un poco culpable por reírme tanto, pero no pude evitarlo.

—No pasa nada —me tranquilizó Albert con una sonrisa—. Mucha gente se ríe la primera vez que se ve con su túnica.

—No es como la tuya —le indiqué. La mía era blanca, sin cinto.

—Cambiará con el tiempo, como tú.

—¿Cómo se ha hecho?

—A través de la imposición del simbolismo mental sobre el medio ideoplástico de tu aura.

—¿Cómo?

Rió entre dientes.

—Digamos que, en la Tierra, las ropas pueden hacer al hombre, pero aquí el proceso es muy diferente. La atmósfera que nos rodea es maleable. De hecho, reproduce la imagen de cualquier pensamiento persistente. Es como un molde que espera que lo impriman. Excepto nuestros cuerpos, no existe ninguna forma estable a menos que obre de por medio un pensamiento concentrado.

—Increíble —respondí, incapaz de añadir nada más.

—No tanto, Chris. Todo lo contrario. En la Tierra, antes de que nada se hubiera creado materialmente, tuvo que crearse mentalmente, ¿no es cierto? Cuando obviamos la materia, toda la creación se reduce a algo mental, sin más. Tarde o temprano te apropiarás del poder de la mente.

13 El recuerdo aún te persigue

Seguimos caminando, con *Katie* a mi lado. Fue entonces cuando me di cuenta de que la túnica y el cinturón de Albert simbolizaban una posición superior, mientras que la mía me señalaba como aprendiz.

Enseguida me leyó la mente.

—Todo depende del camino que te labres —me aseguró—. Del trabajo que llesves a cabo.

—¿Trabajo? —pregunté.

Él se limitó a reír.

—¿Sorprendido?

No sabía qué responder.

—Supongo que no había pensado en ello.

—La mayoría de la gente no lo hace —reconoció—. O si lo hace, se imagina el más allá como una especie de domingo sin fin. Nada más lejos de la realidad. Aquí hay más trabajo que en la Tierra. Sin embargo... —levantó un dedo cuando iba a replicar—, no existe obligación alguna; cada uno lo hace a su ritmo.

—¿Y qué clase de trabajo debería hacer yo?

—Eso depende de ti —respondió—. Ya que no lo necesitas para vivir, te puedes dedicar a lo que más te gusta.

—Siempre deseé escribir algo más útil que meros guiones.

—Entonces haz eso.

—Aunque dudo que sea capaz de concentrarme hasta que sepa si Ann se encuentra bien.

—Tienes que olvidarte de eso, Chris —me aconsejó—. Por ahora no puedes hacer nada. Céntrate en escribir.

—¿Pero qué sentido tendría? —me quejé—. Por ejemplo, si un científico escribe un libro acerca de un descubrimiento revolucionario, ¿qué bien haría? Nadie lo necesitaría aquí.

—Pero sí en la Tierra —me replicó.

No lo comprendí hasta que me explicó que nadie en la Tierra desarrolla nada nuevo por sí solo: todo el conocimiento vital emana de Summerland, transmitido de forma que más de una persona pueda recibirlo.

Cuando le pregunté acerca de lo que quería decir con «transmitido», me respondió que se refería a una transmisión mental..., aunque los científicos aquí tratan de diseñar un sistema mediante el cual la conexión a la Tierra se realice de manera directa.

—¿Como una radio?

—Algo parecido.

El concepto se me antojó tan increíble que tuve que reflexionar sobre ello antes de seguir hablando.

—¿Y cuándo empiezo? —terminé diciendo. Tenía en mente dedicarme a una tarea con todo mi empeño para que el tiempo que quedaba hasta reunirme con Ann se pasara en un suspiro.

Albert se echó a reír.

—Tranquilo. Acabas de llegar. Tienes que aprender las reglas primero. — Sonreí y Albert rió de nuevo—. No ha sido una buena frase. —Me palmeó el hombro—. Me encanta que estés tan dispuesto a trabajar. Demasiados vienen aquí con la idea de tomárselo todo con mucha calma. Puesto que no existe la necesidad, no hay ningún problema. Pero la monotonía no tarda mucho en aparecer. Hasta aquí se puede aburrir la gente.

Me explicó que todas las clases de trabajo se permitían aquí, salvo excepciones obvias. No había necesidad de un Departamento de Sanidad, ni de policía o bomberos, ni tampoco fábricas de ropa, comida, o logística, ni doctores, abogados o agentes inmobiliarios.

—Ni, por supuesto —añadió con una sonrisa—, sepultureros.

—¿Y qué ocurre con la gente que se dedicaba a eso?

—Pues que se dedican a otra cosa. —Se desvaneció su sonrisa—. O algunos continúan haciendo lo mismo. Aunque no aquí.

Esa sensación molesta de nuevo. Ese indicio de «otro lugar». No quería saber nada de ello. Volví a sentir la necesidad de cambiar de conversación (aunque seguía sin tener ni idea de la razón por la que era tan imperiosa).

—Dijiste que me ibas a explicar lo de la tercera esfera.

—Cierto —asintió—. No soy ningún experto, pero...

Me contó que la Tierra está rodeada por esferas concéntricas de existencia,

las cuales varían en anchura y densidad. Summerland es la tercera. Le pregunté si sabía el total, y aunque no estaba seguro del todo, me dijo que había oído que siete. La última era tan rudimentaria que se fusionaba con la propia Tierra.

—¿Es ahí donde estaba? —pregunté. Cuando asintió, continué—. Hasta que llegué arriba.

—Es un error utilizar las palabras «arriba» y «abajo» para describir estas esferas —respondió—. No es tan simple. Nuestro mundo se aleja de la Tierra solo en distancia de vibración. En realidad, toda la existencia coincide.

—Entonces Ann está muy cerca de mí.

—En cierto sentido sí —concedió—. Aun así, ¿es consciente de las ondas que emite la televisión a su alrededor?

—Lo es si enciende un receptor.

—Pero ella no es un receptor —contraatacó.

Iba a preguntarle si podríamos ayudarla a que encontrara un receptor, cuando entonces recordé la experiencia con Perry. «*Ni hablar*», decidí. No tenía intención de que ella volviera a pasar por eso.

Observé el prado florido por el que cruzábamos. Me recordó uno que vi en Inglaterra en 1957. Trabajaba en un guión por aquel entonces, seguro que lo recuerdas. Pasé un fin de semana en la casa de campo del productor, y el domingo por la mañana, muy temprano, contemplé esta misma pradera a través de la ventana de mi habitación. Recordé el profundo silencio de la foresta... lo que me trajo a la memoria todos los preciosos lugares que había visto durante mi vida, los momentos tan intensos que había experimentado en ellos. ¿Había sido esa otra razón por la que me había resistido tanto a morir?

—Deberías haberme visto a mí —soltó Albert, que había vuelto a leer mi mente; parecía que no le costaba demasiado—. Tardé seis horas.

—¿Por qué?

—Fundamentalmente debido a que estaba convencido de que no había nada más después de la muerte.

Recordé que, cuando morí, fui consciente de lo que ocurría en la otra habitación.

—¿Quién era la señora mayor? —pregunté sirviéndome de su capacidad para captar mis pensamientos.

—Nadie que conocieras. A medida que tus sentidos físicos se desvanecían, tus sentidos psíquicos se incrementaban, por lo que disfrutaste de un momento de clarividencia.

Los recuerdos de mi muerte me asaltaron. Le pregunté acerca de esa sensación parecida a un hormigueo que experimenté, y me respondió que tenía su explicación en la separación de mi doble etéreo de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo físico. No sabía a lo que se refería con «doble etéreo», pero decidí dejarlo por el momento, ya que había otras preguntas que me preocupaban más.

Por ejemplo, aquellos ruidos parecidos a hilos rompiéndose. Me contestó que se trataba de las terminaciones nerviosas al soltarse. Comienza por los pies y sigue por el cuerpo, hasta llegar al cerebro.

¿El cordón de plata que conectaba con mi cuerpo físico? Un cable que empalma el cuerpo físico con mi doble etéreo. Un sinfín de terminaciones nerviosas lo une con la base del cerebro, entretejido a través de la masa cerebral. Los filamentos conforman un «cordón umbilical» etéreo que se acopla a la parte superior de la cabeza.

¿El racimo de colores tejido por el cordón? Mi doble etéreo al despegarse de su... morada. Eso es lo que el cuerpo físico es en realidad. Una morada transitoria para el yo real.

—¿Pero qué ocurrió después de mi muerte?

—Estabas ligado a la Tierra —respondió—. Tal estado suele prolongarse hasta tres días.

—¿Cuánto duró?

—¿En términos terrestres? Es difícil de decir. Semanas, como poco. Tal vez más.

—Pareció mucho más —recordé con un estremecimiento.

—No me sorprende. La agonía resulta indescriptible. Estoy convencido de que el recuerdo aún te persigue.

14 Recuerdos difusos

—¿Por qué todo parecía tan difuso y... húmedo? Es la única palabra que creo que lo describe.

Me contó que donde yo había estado era la parte más densa del aura de la Tierra, una región acuática, el origen de los mitos de la laguna Estigia, o las aguas de Leteo.

¿Por qué no era capaz de ver más allá de un par de metros después de morir? Porque es lo que había visto antes de morir y me llevé esa percepción conmigo.

¿Por qué me sentía lento y estúpido, incapaz de pensar con claridad? Porque dos tercios de mi consciencia se habían vuelto inoperantes, puesto que mi mente seguía envuelta por la materia etérea que había sido parte de mi cerebro físico. Por tanto, mis respuestas se limitaban a las reacciones instintivas y repetitivas de esa parte de mí. Me había sentido triste, solo, asustado, torpe.

—Y exhausto. Quería dormir, pero no podía.

—Querías alcanzar la segunda muerte.

—¿Segunda muerte? —pregunté con sorpresa.

Me explicó que se alcanzaba durante el sueño, y que permitía a la mente reexperimentar la vida en la Tierra. Se me había negado tal sueño debido al pesar de Ann y mi deseo de reconfortarla. En lugar de purgarme en tres días, había quedado prisionero como si fuera un «sonámbulo».

El hecho es, Robert, que una persona recién fallecida se halla justo en el mismo marco mental que en el momento de la muerte, receptivo a las influencias del plano terráqueo. Esta situación remite durante el sueño, pero en mi caso los recuerdos se avivaban debido a mi estado crepuscular. Esto se complicó más aún por la influencia de Perry.

—Sé que Richard solo quería ayudar.

—Por supuesto —convino Albert—. Quería convencer a tu mujer de que habías sobrevivido. Un acto de amor por su parte. Pero al hacerlo, retrasaba sin saberlo tu segunda muerte.

—Sigo sin entender qué es eso de la segunda muerte.

—El desgajamiento de tu doble etéreo, que abandona la cáscara física para que tu cuerpo espiritual (o astral) siga su camino.

—¿Es eso lo que vi en la sesión de espiritismo? ¿Mi doble etéreo?

—Sí, en ese momento lo habías abandonado ya.

—Era como un cadáver —respondí, disgustado.

—Era un cadáver. El cuerpo de tu doble etéreo.

—Pero hablaba y respondía preguntas.

—Solo como lo haría un zombi —explicó—. Su esencia lo había abandonado. La cáscara astral no es más que un agregado de moléculas agonizantes. No posee vida ni inteligencia. El joven no lo sabía, pero solo era su propio poder psíquico el que animaba el cascarón, y su propia mente la que respondía las preguntas.

—Igual que una marioneta —apunté al recordar lo que pensé en aquel momento.

—Exacto.

—Por eso es por lo que Perry no me vio durante la sesión.

—Estabas más allá de su visión psíquica.

—Pobrecita Ann —añadí. El recuerdo seguía doliéndome—. Fue horrible para ella.

—Podía haberle llegado a hacer daño de haber insistido —me reveló Albert—. Contactar con estados no físicos del ser puede provocar efectos peculiares en los vivos.

—Si ella supiera todo esto... —pensé en voz alta.

—Si todo el mundo de la Tierra lo hiciera... —replicó.

La actitud de los vivos hacia los que han muerto es vital, Robert. Ya que la consciencia de los fallecidos es tan vulnerable a las impresiones, las emociones de los que quedan atrás causan un poderoso efecto en ellas. La aflicción profunda crea una vibración que provoca el dolor en los finados, y que evita que sigan su camino. En realidad, los lamentos de los vivos dificultan el que los muertos alcancen el más allá. Los muertos necesitan tiempo para pasar por su segunda muerte. Se supone que los funerales son un medio de desvinculación pacífica, no un ritual patético.

¿Sabías, Robert, que en la extremaunción los siete centros del cuerpo (situados en los órganos vitales) son ungidos con óleo sagrado para ayudar al agonizante a eliminar la vitalidad de esos órganos y así facilitar la separación del cordel de plata? La absolución de los muertos se desarrolló para asegurarse de que el cordel de plata se corta y que la materia etérea se separa del cuerpo.

Hay tantas cosas que hacer para facilitar el proceso... Presiones en ciertos centros nerviosos. La reproducción de determinados sonidos. Luces. Mantras cantados con suavidad, inciensos quemados. Todo dirigido a que la persona que muere concentre sus sentidos para la marcha.

Le conté a Albert mi experiencia con mi cuerpo en el cementerio, el horroroso momento en que lo había contemplado.

—Ella no quería incinerarte. Te amaba tanto que quería que estuvieras allí para poder visitarte y hablar contigo. Es comprensible... pero criticable, puesto que no eres tú en absoluto.

—¿Qué diferencia hay entre la cremación y la inhumación?

Me explicó que la cremación libera a los muertos del lazo, que posee una tendencia a mantenerse cerca del cuerpo físico. También, en casos extremos donde es difícil romper con el cordel incluso después de la muerte, el fuego lo corta de forma inmediata. Además, la cáscara astral, una vez dada de lado, es eliminada sin dilación mediante la cremación en lugar de decaer con el paso del tiempo.

—Ese lazo que mencionas, ¿es el que me impulsó a ver mi cuerpo?

Asintió.

—La gente no olvida su cuerpo con facilidad. Quieren volver a ver lo que un día creyeron ser. Ese deseo se puede convertir en obsesión. Por eso la cremación es tan importante.

Me pregunté, mientras hablaba, por qué me sentía más y más molesto. Por qué asociaba todo lo que decía con mi preocupación sobre Ann. ¿De qué tenía miedo? Albert me aseguraba una y otra vez que volveríamos a estar juntos. ¿Por qué no lo aceptaba?

Pensé de nuevo en el sueño que había tenido. Albert lo llamó «un recuerdo simbólico». Tenía sentido, pero aun así me seguía inquietando. Todo pensamiento concerniente a Ann me inquietaba ahora, incluso los recuerdos felices, que de algún modo se transmutaban en difusas evocaciones.

15 Perdiendo a Ann de nuevo

—Chris, tengo que dejarte un rato —soltó Albert de improviso—. Hay algo de lo que tengo que ocuparme.

Me sentí algo avergonzado.

—Lo siento —me dijo—. No se me había pasado por la cabeza que estuviera haciéndote perder el tiempo.

—En absoluto. —Me dio unos golpecitos en la espalda—. Enviaré a alguien para que te acompañe. Y mientras esperas, antes preguntaste por agua. Ven, cógeme de la mano.

Hice lo que me pidió.

—Cierra los ojos —me ordenó a la vez que recogía a Katie.

En el instante en que lo hice, advertí un movimiento rápido. Terminó tan de improviso que pensé que lo había imaginado.

—Ya los puedes abrir.

Lo hice y me quedé sin aliento. Estábamos en la orilla de un lago impresionante, rodeado de árboles. Embobado, observé su enorme superficie, calma salvo por algunas pequeñas ondulaciones, y aquella agua cristalina en la que cada diminuto rizo reflejaba la luz en el espectro de colores.

—Nunca había visto un lago tan hermoso.

—Pensé que te gustaría —respondió, y dejó a *Katie* en el suelo—. Te veré luego en mi casa. —Me agarró del brazo—. Que la paz sea contigo.

Parpadeé y ya se había marchado. Así de rápido. Ni destellos de luces, ni ninguna señal de que fuera a largarse. Un instante estaba allí, y al otro ya no lo estaba. Miré a *Katie*. No parecía sorprendida.

Volví a mirar el lago.

—Me recuerda al lago Arrowhead —le comenté al animal—. ¿Recuerdas la casa que teníamos allí? —La perra meneó el rabo—. Era bonita, pero nada parecido a esto. —Allí, el follaje marrón resaltaba siempre entre el verde, los desechos salpicaban la orilla, y a veces una niebla espesa flotaba por encima del lago.

Este lago carecía de todos esos defectos y el bosque y el aire también eran perfectos. A Ann le encantaría, seguro.

Me incomodó que, rodeado de tal belleza, aún me rondara la preocupación por ella. ¿Por qué no me desembarazaba de todo ello? Albert me había insistido para que lo hiciera. ¿Por qué persistía la ansiedad?

Me senté al lado de *Katie* y le acaricié la cabeza.

—¿Qué es lo que pasa conmigo, *Kate* ?

Nos miramos a los ojos. Ella me comprendía, no había duda alguna. Casi percibí una ola de simpatía que emanaba del animal.

Se echó donde estaba y yo me esforcé en alejar de mi mente la preocupación que la embargaba pensando en las veces que habíamos estado en el lago Arrowhead. Íbamos con los niños los fines de semana durante todo el año, y en vacaciones un mes. Por aquel tiempo me iba bien en la televisión, y además de la casita teníamos una lancha motora, que almacenábamos en el embarcadero de North Shore.

Pasamos muchos días de verano en el lago. Por la mañana, después de desayunar, preparábamos el almuerzo, nos poníamos el bañador y nos marchábamos al embarcadero. También llevábamos a *Katie* . Nos dirigíamos a una cala situada en el extremo sur del lago donde los niños (Richard y Marie, y Louise cuando ella y su marido nos acompañaban) se equipaban con los esquís y los remolcábamos con la lancha. Ian era demasiado joven entonces, así que le compramos un trineo acuático en el que bautizó al capitán Zip. A Ann le gustaba montar en él porque los esquís no se le daban bien.

Rememoré a Ann tirada en el trineo, riendo sin parar mientras rebotaba en las aguas azul oscuro del lago. Visualicé a Ian, con una sonrisa radiante, sobre todo cuando conseguía ponerse en pie sobre él.

A la hora de comer amarrábamos la lancha en la cala y comíamos los sandwiches, las patatas fritas y los refrescos que llevábamos en la nevera portátil. El sol nos calentaba la espalda mientras yo disfrutaba con placer indecible al contemplar a Ann y a nuestros encantadores hijos comer y reír todos juntos.

Los recuerdos felices no sirvieron de mucho. Solo me hicieron sentir más melancólico, ya que esos momentos se habían perdido para siempre. Una molesta nostalgia se apoderó de mí. Echaba mucho de menos a Ann, y también a los niños. ¿Por qué no les había dicho más a menudo que los quería? Si tan solo pudiéramos compartir este lugar tan encantador... Si tan solo Ann y yo...

Me agité impaciente. Estaba en el Cielo. ¡El Cielo! Y aún le daba vueltas al asunto. Había sobrevivido a la muerte. Mi familia sobreviviría también. Y nos reuniríamos aquí de nuevo. ¿Qué me pasaba?

—Vamos, *Kate* —la apremié, y me puse en pie como un rayo—. Demos un paseo. —A cada momento que pasaba, entendía mejor lo que Albert me había dicho acerca del papel de la mente.

En cuanto empezamos a pasear por la playa, me pregunté si Albert habría querido que me quedara donde estaba para que ese «alguien» que iba a venir me encontrara. Entonces me di cuenta de que, sin importar quién fuera, me encontraría solo con pensar en mí.

Una playa se extendía ante nosotros, así que la bordeamos. La arena era blanda, no había piedras ni conchas a la vista.

Me paré, me arrodillé y recogí un puñado de arena. Allí no había ni una pequeña piedrecita. Aunque su consistencia era firme, seguía siendo suave. Aunque tenía consistencia, parecía polvo. Dejé caer algo entre los dedos y observé los gránulos de colores. Levanté la mano y los estudié con mayor detalle. A juzgar por la forma y el color, daban la impresión de ser joyas en miniatura.

Tiré el resto y me alcé. La arena no se me pegó ni a la palma ni la rodilla, como sí lo habría hecho en la Tierra.

Me estremecí. Arena. Una playa. Un bosque frondoso que rodeaba un lago. Un cielo azul sobre mi cabeza.

—Y la gente duda si esto es el Cielo —le dije a *Katie*—. Aunque yo mismo también lo hice. Increíble.

Pronuncié esta última palabra muchas más veces. Y no siempre en circunstancias igual de placenteras.

Me acerqué al borde del lago. Observé de cerca el delicado vaivén de las aguas. Daban el aspecto de ser frías. Al recordar lo helada que estaba el agua del lago Arrowhead, encogí los dedos de los pies.

Suspiré cuando los metí en el lago. La temperatura no era del todo desapacible. El agua emitía agradables vibraciones de energía. Miré a *Katie*. Seguía a mi lado. Sonreí. Nunca se acercó al agua en vida. Siempre la había odiado. Aquí estaba de lo más feliz.

Avancé hasta que tuve las espinillas sumergidas. El fondo del lago resultaba tan suave como la playa. Me incliné hacia delante y metí la mano en el agua. Sentí la energía que me fluía por el brazo.

—¿A que es agradable, *Katie*?

Me miró, meneó la cola, y otra vez sentí una oleada de felicidad al verla como en sus mejores momentos.

Me enderecé y tomé un poco de agua entre las manos ahuecadas. Brillaba con un fulgor delicado y percibía su energía pulsar entre los dedos. Como antes cuando recorrió mi piel, no noté humedad alguna.

Me pregunté si pasaría lo mismo con mi túnica, así que me sumergí hasta la

altura de la cintura. *Katie* se quedó en la orilla, mirándome. No me dio la impresión de que tuviera miedo; más bien parecía que había decidido esperar.

Una vez inmerso en la energía anduve hasta que el agua me llegó al cuello. Una especie de manto me cubría, un manto que vibraba con delicadeza. Me gustaría describir la sensación con mayor detalle. Lo único que puedo decir es que se asemejaba a una corriente eléctrica de bajo voltaje, que acariciaba cada célula de mi cuerpo y que producía un efecto vigorizante.

Me eché atrás hasta quedar a flote en la superficie y miré el cielo mientras me mecía al compás del agua. ¿Por qué no había sol? Aunque no me molestaba, en el fondo. Me era más satisfactorio mirar el cielo sin que ningún destello me deslumbrara. Solo se trataba de curiosidad.

Otro interrogante se formuló en mi mente. No podía morir; ya estaba muerto. No, no muerto, tal palabra solo era un término confuso del lenguaje humano. Lo que quería decir es que no me ahogaría. ¿Pero qué ocurriría entonces si metía la cara bajo el agua?

Me di la vuelta y miré bajo la superficie. El agua no enturbió mi visión. Era capaz de ver a la perfección el fondo inmaculado, en el que no se apreciaba ni una sola roca o hierba. Al principio, y por puro instinto, contuve el aliento. Después impuse mi voluntad y respiré con cuidado.

En lugar de ahogarme, mi nariz y boca fueron bañadas por un frescor delicioso. Abrí la boca y la sensación se extendió por la garganta y el pecho, revitalizándome.

Me volví sobre la espalda, cerré los ojos y me tumbé en aquel lecho de aguas frías. Comencé a pensar en aquellas ocasiones en que Ann, los niños y yo disfrutábamos en la piscina. Todos los veranos (y sobre todo los domingos) celebrábamos los «días familiares», como los llamaba Ian.

Teníamos un tobogán en la piscina, y a Ann y a los niños les encantaba descender por él a toda velocidad y precipitarse al agua. Sonreí al recordar el gritito, mezcla de miedo y diversión, que soltaba cuando se tiraba por la rampa con la nariz bien apretada. Luego arqueaba el cuerpo al salir disparada y aterrizaba en el agua con un enorme chapuzón; solo su radiante rostro quedaba fuera del agua.

También jugábamos al voleibol con una red flotante que habíamos comprado: gritábamos, nos salpicábamos, reíamos, bromeábamos los unos con los otros. Luego Ann servía platos de fruta y queso y un poco de zumo, y nos sentábamos a hablar un rato para después volver a la carga con el voleibol: más horas de nadar, bucear y jugar. Por la tarde encendía la barbacoa y preparaba pollo o hamburguesas. Recordaba aquellas tardes largas y adorables con regocijo.

Ann nunca había disfrutado mucho con el agua hasta que nos casamos. Al principio le tenía miedo, pero al fin fue suficientemente valiente como para recibir clases de natación.

Fuimos socios del club Deauvill de Santa Mónica una temporada. Hubo un domingo por la tarde en el que los dos estábamos en el sótano, en la piscina olímpica donde Ann practicaba.

Llevábamos un mes horrible. Casi nos divorciamos. Era algo relacionado con mi carrera profesional. La ansiedad de Ann no me permitía viajar. Había perdido un destino en Alemania por ello, y estaba más molesto de lo que debería. La inseguridad financiera siempre me había asustado, creo que por algo de nuestro pasado: la separación de papá y mamá, los años de la depresión. De todas formas, me excedí y ella se excedió. Me dijo que me quería dejar.

Incluso una noche la dedicamos a discutir los pormenores de la separación. Ahora me parece increíble. Recuerdo a la perfección aquella noche: un restaurante francés en Sherman Oaks, los dos sentados en una mesa cenando y discutiendo los términos de la separación, algo que estuvo cerca de costarnos una indigestión. ¿Deberíamos vender la casa de las colinas Woodland? ¿Deberíamos separar a los niños? No, no puedo continuar. Incluso al transmitir estas palabras, revivo la náusea de aquella tarde.

Estuvimos muy cerca. Faltó un pelo. O esa es la impresión que tuve. Tal vez no lo estuviéramos tanto.

Sin embargo, en aquel momento me pareció inevitable. Hasta casi el momento final. El momento después de la fría discusión, de la separación, el momento en que recogí mis cosas y me marché en coche, dejando tras de mí a Ann. Ahí se colapsó todo. Se trataba de algo inconcebible para nosotros. Divorciarnos sería como partirnos por la mitad.

Así que el día de Deauville fue el primero después de la reconciliación.

La piscina nos parecía enorme, ya que no había nadie más que nosotros. Ann trató de cruzarla por su ancho, por la parte profunda. Ya lo había hecho varias veces y yo la abrazaba en cada ocasión para felicitarla (y la abrazaba diez veces más efusivamente de lo acostumbrado debido a nuestra reconciliación).

Ahora lo estaba intentando de nuevo.

Estaba a medio camino cuando tragó agua y comenzó a ahogarse. Me hallaba a su lado, así que la agarré sin perder tiempo. Tenía aletas en los pies, por lo que me impulsé con fuerza y logré mantenernos a flote a ambos.

Ella apretó los brazos en torno a mi cuello. La expresión de su rostro era de miedo.

—No pasa nada, cariño. Te tengo. —Me alegré de contar con las aletas; sin ellas no la habría podido ayudar.

Otra vez los recuerdos se alteraron. Al principio me sentí incómodo, pero estaba seguro de que la había conducido hasta el borde de la piscina, donde se agarró, asustada y sin aliento.

Pero esta vez fue diferente. No la pude sostener. Pesaba demasiado y mis piernas no tenían fuerza suficiente para movernos. Se debatía sin cesar. Empezó a llorar.

—No dejes que me hunda, Chris, por favor.

—No lo haré. Aguanta. —Agité las piernas con toda mi fuerza, pero no servía de nada. Ambos nos hundimos y luego volvimos a salir a la superficie. Ann gritó mi nombre. Su voz destilaba pánico. Nos hundimos por segunda vez, y es cuando vi su rostro aterrorizado bajo el agua y oí su grito en mi mente: *¡Por favor, no me dejes morir!* Sabía que no podía pronunciar las palabras, pero aun así las oía con claridad.

Me abalancé hacia ella, pero el agua se había enturbiado y no veía bien. Sentí cómo sus dedos se agarraban a los míos y luego se soltaban. Arañé el agua pero no di con nada. Mi corazón se volvió loco. La busqué con denuedo, pero el agua era demasiado oscura y cenagosa. *¡Ann!*, pensé. Angustiado, di vueltas a mi alrededor con la esperanza de alcanzarla. Yo estaba allí. Ese era el auténtico horror. Estaba en la piscina, impotente e inútil, y perdiendo a Ann de nuevo.

16 Fin a esta desesperación

—¡Hola!

Levanté la cabeza de golpe, aún agitado por el sueño. En la orilla vi un nimbo de luz junto a *Katie*. Me alcé y lo contemplé hasta que se desvaneció, y en su lugar apareció una mujer joven que vestía una túnica azul claro.

No sé por qué lo dije. Tal vez por algo en su forma de estar, el color y el corte de pelo, o porque *Katie* parecía feliz junto a ella.

—¿Ann? —pregunté.

—Me llamo Leona —replicó tras unos momentos de silencio.

Entonces fue cuando recapacité. Por supuesto que no era Ann. ¿Cómo podía haberlo sido? Me pregunté por un momento si Albert había enviado a aquella mujer debido a que me recordaría a Ann. No tenía mucho sentido. Estaba siendo injusto con él. De todas formas, ahora que me fijaba, tampoco se parecía tanto. El sueño me había hecho ver lo que esperaba, no lo que era.

Bajé la vista según me iba acercando a la playa. El agua resbalaba sobre la túnica. Se secó por completo para cuando llegué ante ella.

Dejó de acariciar la cabeza de *Katie* y se enderezó; luego me alargó la mano.

—Albert me envía. —Tenía una sonrisa muy dulce y su aura era de un color azulado, casi igual que el tono de su túnica.

Le di la mano.

—Encantado de conocerte, Leona. Supongo que ya sabes mi nombre.

Asintió.

—Creíste que era tu mujer.

—Pensaba en ella cuando llegaste —expliqué.

—Estoy segura de que se trataba de un recuerdo agradable.

—Lo fue al principio —respondí—. Pronto se transformó en todo lo contrario.

—Me eché a temblar—. En realidad, en algo terrible.

—Cuánto lo siento. —Me cogió las manos—. No hay nada de lo que tener miedo —me aseguró—. Antes de que te des cuenta, volverás a estar con tu esposa.

Sentí una corriente de energía que emanaba de ella, similar a la que había experimentado en el lago. Me di cuenta de que resultaba lógico que también las personas poseyeran esa energía. Debí haberme dado cuenta cuando Albert me dio la mano. O tal vez la comunicación solo se estableciera al darse ambas manos.

—Gracias —dije en cuanto me soltó. Traté de pensar de forma más positiva. Ya eran dos las personas que me habían dicho que Ann y yo nos reuniríamos de nuevo. Tenía que aceptarlo.

—*Katie* se ha alegrado de verte. —Forcé una sonrisa.

—Oh, sí, somos buenos amigos.

—Es toda una experiencia sumergirse en el agua. —Señalé al lago.

—¿Verdad? —Mientras hablaba me pregunté, de repente, de dónde había venido y cuánto tiempo llevaría en Summerland.

—Michigan —me dijo—. Mil novecientos cincuenta y uno. Un incendio.

Sonreí.

—Me llevará un poco acostumbrarme a esto de la lectura de mentes.

—En realidad no es lectura de mentes. Todos disponemos de algo de intimidad mental, pero ciertos pensamientos son más accesibles que otros. —Me indicó la campiña—. ¿Te gustaría dar un paseo? —añadió.

—Claro.

Empezamos a caminar y eché un vistazo atrás.

—Sería genial tener una casa ahí.

—Estoy seguro de que la tendrás.

—A mi esposa le encantaría.

—La tendrás lista para cuando llegue —afirmó.

—Sí. —La idea me reconfortó. Algo definido que hacer mientras esperaba a Ann: la preparación de nuestro nuevo hogar. Eso, más trabajar en algún libro, haría que el tiempo pasara con más rapidez. Aquello me regocijó.

—¿Hay también océanos aquí?

Asintió.

—Agua fresca. Calma. Sin tormentas ni marejadas.

—¿Y barcos?

—Por supuesto.

Otra ola de alegría. Tendría un barco de vela listo para cuando volviera Ann. Quizá prefiriera contar con una casa en el océano. La llenaría de júbilo encontrar la casa de nuestros sueños esperándola en la costa acompañada de un barco de vela a su disposición.

Tomé una profunda bocanada de aire dulce y fresco y me sentí mucho mejor. Su ahogamiento había sido solo un sueño, un residuo distorsionado de un desagradable incidente largo tiempo pasado.

Era hora de concentrarme en mi nueva existencia.

—¿Adónde ha ido Albert?

—Está ayudando a alguien en los reinos inferiores —le informó Leona—. Siempre hay mucho que hacer.

La expresión «reinos inferiores» evocó en mí una sensación bastante inquietante. Los «otros» lugares de los que Albert había hablado, los sitios «desagradables», parecían tan reales como Summerland. Y Albert viajaba a ellos.

¿Cómo serían?

—Me pregunto por qué no lo mencionó —pensé en voz alta a la vez que me esforzaba en apartar la ansiedad de mí.

—Sabía que necesitabas conocer este mundo. Te lo habría dicho a su debido tiempo.

—¿Le estoy obligando a que se quede en casa? —le pregunté—. ¿Debería conseguirme una para mí?

—No sé si eso es posible todavía. Pero no creo que molestes a Albert. Está muy contento de tenerte aquí.

Asentí y me pregunté cuál sería la razón por la que aún no podía tener mi propio hogar.

»Tenemos que ganarnos el derecho —respondió a mi pregunta sin formular—. Nos ocurre a todos. A mí también me llevó un tiempo conseguir mi propia casa.

Me di cuenta, cuando dijo aquello, de que Albert había sido muy amable al no decirme que por el momento no tenía más opción que quedarme con él. No importaba. No me molestaba. Siempre estuve a favor de labrarme mi propio camino.

—Albert debe de haber progresado mucho.

—Así es. Seguro que te has fijado en su túnica y en su aura.

«*De acuerdo —me dije—. Haz preguntas para seguir aprendiendo*».

—El aura me intriga. ¿Me puedes hablar de ella? ¿Existe en vida?

Para aquellos que son capaces de verla, sí. Simboliza la presencia del doble etéreo y el cuerpo espiritual. El doble etéreo existe dentro del cuerpo físico hasta la segunda muerte. Cada uno de ellos posee su propio cordón de plata. El cordel que conecta el cuerpo físico al doble etéreo es el más grueso. El que conecta el doble etéreo al cuerpo espiritual apenas tiene un par de centímetros de diámetro. Un tercer cordel, fino como una telaraña, conecta al cuerpo espiritual con... bueno, no lo tenía muy claro, Robert.

—Espíritu puro, imagino —aventuré—. Y la razón por la que sé tanto del aura es debido a que forma parte de mi campo de estudio aquí.

—No me dirás que Albert sabía que yo iba a realizar esta clase de preguntas, ¿no?

Su sonrisa fue mi respuesta.

Ella continuó su disertación y me contó que el aura del doble etéreo se extiende dos o cuatro centímetros más allá de los límites del cuerpo físico, y el aura del cuerpo espiritual hasta casi un metro de los límites del doble etéreo, y que muestra una mayor luminosidad cuanto más se aleja del efecto atenuante del cuerpo.

Me relató que todas las auras poseen aspectos diferentes, y que el abanico de colores es ilimitado. La gente incapaz de pensar en nada más allá de las sensaciones materiales posee auras que van desde el rojo al marrón. Cuanto más burdas sus concepciones, más oscuros serán los colores. Las auras de almas infelices emiten un verde intenso, deprimente. Una radiación lavanda significa que esa persona está adquiriendo una conciencia más espiritual. El amarillo claro indica que el individuo se halla triste y echa de menos la vida en la Tierra.

—No tengo ninguna duda de cuál es el color de la mía.

No contestó nada, así que sonreí.

»Lo sé —añadí—. Tampoco hay espejos.

Volvió a sonreír.

«*Voy a ser positivo —me prometí—. Tiene que haber un fin a esta desesperación*».

17 Averiguar el destino de Ann

—Ahí está —anunció Leona.

Miré adelante y me quedé sorprendido ante la estampa. Había estado tan concentrado en mis pensamientos que no me había percatado de que a lo lejos se levantaba una ciudad.

Vi una ciudad, Robert, pero una ciudad muy diferente de las de la Tierra. Ninguna nube de humo la rodeaba, ni tampoco el estrépito del tráfico. En su lugar, una serie de edificios preciosos de todos los tamaños, ninguno mayor de dos o tres pisos, se alzaban en medio del aire límpido. Ya conoces el Music Center en el centro de Los Ángeles. Es el único edificio que creo que te daría un vago concepto de la claridad de líneas que vi allí, del uso del espacio para equilibrar la masa, del sentido de homogeneidad proporcionada.

Me impactó a pesar de la distancia a la que nos hallábamos. Cada detalle destacaba. Un fotógrafo lo habría llamado perfección de enfoque, profundidad y color.

Cuando se lo mencioné a Leona, me dijo que poseíamos lo que podría denominarse como vista telescópica. La descripción es del todo inadecuada, puesto que el fenómeno es mucho más complejo que meramente telescópico. En efecto, la distancia se elimina como factor de la vista. Si uno mira a una persona que está a cien metros, podrá apreciar hasta el color de los ojos... y sin que la imagen sea aumentada. Leona lo explicó diciendo que el cuerpo espiritual proyecta una «antena» espiritual hacia el objeto que se halla bajo escrutinio. En esencia, la habilidad es mental.

—¿Quieres llegar allí de inmediato o prefieres seguir andando? —quiso saber Leona.

Le dije que prefería el paseo si no le iba a quitar mucho de su tiempo. No quería cometer el mismo error que con Albert. Ella me replicó que disfrutaba de un período de descanso y que le encantaría andar junto a mí.

Llegamos hasta un precioso puente que cruzaba un riachuelo de aguas rápidas. En cuanto empezamos a cruzarlo, me paré y miré el agua. Tenía la apariencia del cristal líquido; cada movimiento centelleaba con los colores del arco iris.

Giré la cabeza y me incliné, curioso.

—¿Eso es... música?

—Todas las cosas emiten cierto tipo de música. Cuando lleves aquí un tiempo la escucharás en todas partes. Lo que ocurre aquí es que el movimiento del

agua es tan rápido que el sonido se capta con mayor facilidad.

Agité la cabeza, impresionado. Los sonidos componían una melodía sin forma, pero aun así melódica. Durante un momento creí oír la pieza favorita de mamá, *Die Moldau*. ¿Tal vez Smetama escuchó la melodía en el curso de un río?

Contemplé el arroyo y recordé un riachuelo cerca del lago Mammoth. Habíamos aparcado por encima de él, y durante toda la noche escuchamos su repiqueteo contra rocas y piedras. Un sonido precioso.

—Pareces triste —indicó Leona.

Solté un suspiro.

—Recordaba. Un día de *camping*. —Traté de alejar el pesar que me afligía. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero fue inútil—. Lo siento —me disculpé—. Parece que cuantas más cosas bonitas veo, peor me siento porque me gustaría compartirlas con mi familia. Sobre todo con mi mujer.

—Lo harás —aseveró.

—Eso espero —murmuré.

Parecía sorprendida.

—¿Por qué has dicho eso? Sabes que la volverás a ver.

—¿Pero cuándo?

Me contempló un rato antes de contestar.

—¿Te gustaría saberlo? Hay un registro en la ciudad. Su función principal es conservar los datos de la gente recién llegada, pero también proporciona información acerca de los que están por llegar.

—¿Quieres decir que puedo averiguar cuando veré a Ann? —Me parecía demasiado maravilloso como para ser cierto.

—Podemos preguntar.

Respiraba entrecortadamente.

—No andemos hasta allí, por favor.

—Está bien. —Asintió con comprensión y me ofreció la mano—. Albert me ha dicho que has viajado con la mente un poco, pero...

—Sí, ayúdame, por favor —espeté impaciente, interrumpiéndola.

—Espéranos aquí, *Katie* —ordenó ella y me cogió de la mano.

Cerré los ojos. Otra vez esa sensación de movimiento. Sin nada a la vista como referencia, fui más consciente de ello de manera mental que física. No hubo viento, ni vértigo, ni presión alguna.

Cuando abrí los ojos un instante después, estábamos en la ciudad, en una amplia avenida pavimentada (¿es correcto decirlo así?) de hierba. La ciudad había sido diseñada como Washington: un enorme núcleo del que partían caminos radiales, en uno de las cuales nos hallábamos nosotros. A cada lado había edificios realizados con un material similar al alabastro; a algunos se accedía a través de caminos o de escalones. Todos y cada uno de ellos se veían rodeados por terrenos suntuosos que contenían estanques, arroyos, riachuelos, cascadas y lagos pequeños. Me quedé impresionado ante semejante uso del espacio.

Observé un edificio más alto en el centro de la ciudad y le pregunté a Leona lo que era. Me dijo que se trataba del lugar donde iban a parar aquellos cuyas vidas habían terminado de manera violenta o por enfermedades largas y agónicas. Pensé en Albert en cuanto me lo comentó. Al volverme a fijar en el edificio, aprecié una luz azul que brillaba a su alrededor. Leona me explicó que era un resplandor de vibración sanadora.

Olvidé mencionar que, cuando abrí los ojos, vi muchos nimbos de luz moviéndose, que no tardaron en revelarse como gente que iba de aquí para allá. Nadie pareció sorprenderse por nuestra súbita aparición, pero nos sonreían y asentían en nuestra dirección al pasar al lado.

—¿Por qué vemos a todos primero como luz?

—La energía del cuerpo espiritual es tan poderosa que sus emanaciones saturan los sentidos de los que no están acostumbrados a ellas. Te habituarás.
—Me cogió del brazo—. La oficina está por aquí.

Sé que suena extraño que mencione lo rápido que me latía el corazón. Pero lo hacía a toda velocidad. Estaba a punto de averiguar cuándo me reuniría con Ann y el suspense me oprimía. Tal vez fuera por eso que Albert no me lo dijo. Quizá pensara que me bastaría con saber que volvería a estar con ella, y que era mejor que no me preocupara del cuándo. Leona había dudado antes de revelármelo. Supongo que lo que me encontraba a punto de hacer no era muy recomendable.

El pavimento sobre el que andábamos parecía alabastro blanco y pulido que, aunque sólido, se sentía flexible al contacto con la piel. Entramos en una plaza grande repleta de árboles frondosos de todo tipo que crecían sobre un césped inmaculado. En el centro de la plaza, en la que confluían cinco caminos distintos, se erguía una inmensa fuente circular de varias decenas de caños. De no haber estado dominado por la ansiedad, los tonos musicales emitidos por el agua me habrían dejado boquiabierto.

Leona me dijo (¿para distraerme?) que cada tono se creaba por una combinación de caños, y que cada uno resonaba con una nota diferente. La fuente entera podía ser (y de hecho lo era a veces) manipulada para dar lugar

a una compleja pieza musical, como si se tocara a través de un órgano. Por el momento, la fuente se limitaba a repetir una serie de acordes armónicos.

Justo delante se hallaba el Registro. Traté de mantener el paso, pero cada vez andaba más deprisa. Más que nada en este increíble nuevo mundo, deseaba averiguar el destino de Ann.

18 Cuándo Ann se reuniría conmigo

El interior del Registro era inmenso y estaba abarrotado (había miles de personas dentro, según Leona). Aun así, apenas se oía ruido o algarabía, como habría ocurrido en la Tierra.

Tampoco había mucha burocracia. En unos minutos (comprende que utilizo un término temporal propio de la Tierra que aquí no tiene validez) me hallaba en una sala privada con un hombre que me hizo sentar delante de él y que me miraba a los ojos de manera directa. Al igual que el resto de las personas con las que me había cruzado, fue muy cordial conmigo.

—¿Cómo se llama su esposa? —me preguntó.

Se lo dije y asintió.

—¿Le importaría concentrarse en ella?

Pensé en ella como solía hacerlo: con su cabello negro y corto ribeteado de gris, sus grandes ojos marrones, su nariz pequeña y respingona, sus labios y delicadas orejas, la perfecta armonía de sus rasgos.

—Es estupendo estar casado con una mujer bella —le solía decir de cuando en cuando. Ella me sonreía agradecida, y luego, de manera invariable, agitaba la cabeza y me respondía: «No soy bella». Y en verdad lo creía.

Visualicé su figura alta y estilizada. Tomó forma en mi mente como si estuviera enfrente de mí. Ann siempre se movía con elegancia. Recordé encantado sus movimientos. Rememoré su calidez y suavidad contra mí cuando hacíamos el amor. Pensé en su gentileza: la paciencia que tenía con los niños y conmigo. Lo compasiva que era con los que sufrían, animales y personas. Lo bien que nos cuidaba cuando enfermábamos. En cómo atendía a los perros, gatos y pájaros enfermos. Poseía una empatía increíble con ellos, una empatía que jamás vi en otra persona.

Pensé en su sentido del humor (que pocas veces salía a relucir). Los niños y yo siempre estábamos bromeando y ella se reía con nosotros. Ella creía que no tenía sentido del humor. «Eres el único que se ríe con mis bromas», me decía. «Eso es porque se trata de un humor inteligente».

Pensé en su confianza en mi capacidad como escritor durante tantos años. Ni una vez dudó que lo llegara a conseguir. «Sabía que lo lograrías», me dijo más de una vez. Con total convicción.

Pensé en su entorno malogrado: su padre, un oficial de la Marina, adusto y casi siempre ausente, su madre inestable, inmadura y enferma. Su infancia infeliz, sus inseguridades, su crisis nerviosa y el comienzo de sus sesiones.

Los años que le llevó aprender a confiar en sí misma. La horrible ansiedad que sufría en las pocas ocasiones en las que teníamos que viajar. Su temor a viajar sola, o a perder el control emocional frente a extraños. Y a pesar de estos miedos, su valentía al...

—Suficiente —dijo el hombre con calma.

Clavé los ojos en él. Sonreía.

—Se preocupa mucho por ella.

—Sí que lo hago. —Lo observé con impaciencia—. ¿Cuánto tiempo tardará en saberlo?

—Un poco. Tenemos muchas solicitudes, sobre todo de los recién llegados.

—Disculpe por mi insistencia. Debe de estar muy ocupado. Pero la impaciencia me reconcome.

—¿Por qué no da una vuelta con la joven? —me sugirió—. Eche un vistazo por la ciudad y luego vuelva por aquí. Para entonces ya lo sabremos.

Aquello me desilusionó un poco, he de admitirlo. Creía que sería instantáneo, que la información ya estaba almacenada o algo parecido.

—No es tan simple —respondió tras captar mi pensamiento—. Requiere un complejo proceso de enlaces de pensamiento.

Asentí.

—No llevará mucho —recalcó.

Le di las gracias y regresé con Leona. Estaba tan callado cuando salimos del edificio que me animó para que no desfalleciera.

Me esforcé por ser positivo. Después de todo, la situación había mejorado. Pensaba que me iba a pasar todos estos años esperando la llegada de Ann sin saber cuándo iba a ocurrir. Ahora sabría al menos el momento del reencuentro. Me daba una meta.

Me prometí no flaquear. Ann tenía cuarenta y ocho años. Aún le quedaban otros treinta o cuarenta años. Tampoco yo quería que fueran menos. La esperaré sin importar el tiempo.

—¿Damos una vuelta por la ciudad hasta que terminen?

—Vale —le sonreí—. Agradezco tu amabilidad y compañía.

—Y yo me siento feliz de estar contigo.

Estudí los edificios mientras cruzábamos la plaza. Estaba a punto de

preguntarle sobre ellos cuando me tropecé contra otro hombre. Aunque no es una descripción muy buena. En la Tierra me habría chocado contra él, tal vez hasta me habría hecho daño. Aquí solo sentí el impacto de un colchón de aire. Entonces el hombre se apartó, me sonrió y me golpeó con cordialidad en el hombro.

Le pregunté a Leona lo que había ocurrido y me respondió que mi cuerpo estaba rodeado de un campo de energía que evitaba las colisiones. Solo cuando se deseaba el contacto, el campo se neutralizaba a sí mismo... como cuando el hombre me tocó en el hombro.

Cuando rodeábamos la fuente, le pregunté a Leona de qué estaban hechos los edificios. Estaba determinado a no darle vueltas en la cabeza a la respuesta del Registro.

Me contó que los edificios habían sido diseñados por gente que se había dedicado a ello durante su vida, o que había aprendido a hacerlo en Summerland. Crean la imagen de un edificio en sus mentes y esta surge de la matriz. Corrigen el modelo en lo que haga falta y luego informan a los que fueron constructores en la Tierra (o que han aprendido la labor aquí) para que, a través de la concentración común de todos, la matriz reproduzca una impresión a escala completa de la estructura. Se detienen antes de que se complete para realizar cambios, y por fin proceden hasta que la solidificación tiene lugar.

—¿Se limitan a concentrarse en el espacio vacío? —La idea me pasmaba.

—En realidad no está vacío. Se sitúan enfrente del lugar elegido y piden ayuda de las esferas más altas. En breve, un rayo de luz desciende del cielo, otro rayo surge de la concentración de los constructores y diseñadores, y con el tiempo la concepción adquiere fuerza.

—Parecen tan reales...

—Lo son —afirmó—. Y aunque creados por el pensamiento, poseen una mayor duración que las de la Tierra. Aquí no hay erosión, y los materiales no se desgastan con el paso de los años.

Le pregunté si alguien vivía en la ciudad y ella me respondió que los que preferían vivir en ciudades en la Tierra también lo hacían aquí. Por supuesto que las desventajas de la Tierra no existían allí: no había masificación, ni crimen, ni aire contaminado, ni atascos.

La mayoría consideraba las ciudades como centros para la instrucción y el estudio: escuelas, institutos, universidades, galerías de arte, museos, teatros, salas de conciertos, bibliotecas.

—¿Se representan obras de la Tierra en los teatros?

—Sí, si son apropiadas. Nada que sea sórdido ni que haya sido concebido solo para conseguir audiencia.

—Albert mencionó una línea de una obra que no pudo haber visto en la Tierra.

—Quizá la viera aquí. O en la Tierra. Cuando uno alcanza cierto grado puede viajar a la Tierra.

—¿Y a la gente de allí?

La sonrisa de Leona expresaba su comprensión.

—La podrás ver con el tiempo si lo deseas. Aunque tal vez no quieras entonces.

—¿Que no querré? —No era capaz de imaginar una razón por la que no querría.

—No por falta de lealtad, sino debido a que tu presencia no le haría ningún bien, y... bueno, porque descender a ese nivel no es muy agradable.

—¿Por qué?

—Porque... —dudó antes de continuar—. Uno tiene que descender un sistema entero para ajustarse, lo que resulta, desde el punto de vista físico y mental, incómodo. —Me sonrió y me tocó el brazo—. Mejor evitarlo.

Asentí, pero seguía sin ver por qué debía evitarlo. Si, además de saber cuándo llegaría Ann, la podía ver de vez en cuando, la espera se haría más soportable.

Iba a formular otra pregunta cuando me di cuenta de que, como Leona había predicho, los nimbos de luz estaban empezando a desvanecerse y pude ver mejor a la gente. Confieso (aunque no me enorgullezca de ello) que me sorprendí al principio al ver a otras razas aparte de la mía. Me di cuenta entonces de las pocas ocasiones en mi vida en las que había visto a personas de otras razas, y la estrechez de miras que ello comporta.

—¿Qué es lo que diría un racista irredento de esto? —le pregunté a la vez que pasamos al lado de un hombre negro con el que intercambiamos sonrisas.

—Dudo que llegara a Summerland. Quienquiera que no entienda que lo que importa es el alma del hombre, no el color de su piel, nunca disfrutará de este lugar.

—Todas las razas conviven en armonía. Solo podía ser posible aquí.

Me arrepentí de decir eso al ver aparecer una triste sonrisa en su rostro.

—Me temo que sí —convino.

Cuando nos cruzamos con un hombre que solo contaba con un brazo, Leona reparó en mi mirada de sorpresa.

—¿Cómo es posible? ¿No es este un lugar de perfección?

—Es un recién llegado. En vida solo tenía un brazo, y ya que el cuerpo espiritual responde solo a la mente, refleja su convicción acerca del brazo perdido. Una vez que comprenda que está completo, recuperará el brazo.

Ya lo dije antes, Robert. Estoy seguro de que tú también lo dirías. Increíble. Miré a la ciudad y su resplandeciente belleza, y un estallido de felicidad me recorrió. Ahora todo volvía a fascinarme, porque no tardaría mucho en saber cuándo Ann se reuniría conmigo.

19 Esa incertidumbre

Nos aproximábamos a una estructura de dos pisos que, como las demás, tenía la textura y brillo del alabastro. Leona me dijo que era el Pabellón de Literatura.

Subimos por los amplios escalones y entramos. Al igual que en el Registro, había mucha gente en su interior, pero el silencio era casi absoluto. Leona me guió hasta una habitación enorme, con un techo muy alto y cuyas paredes estaban cubiertas de libros. Dispersas por la sala había preciosas mesas grandes, ocupadas por decenas de personas que se dedicaban a leer.

Entonces reparé en que el silencio se mantenía porque hablábamos con la mente.

—Así podemos hablar sin molestar a nadie. Una biblioteca perfecta.

—Cierto —respondió ella con una sonrisa.

Miré en derredor.

—¿Qué clase de libros tenéis aquí?

—Las historias de cada nación de la Tierra. Como sucedieron. No hay ningún tipo de censura.

—Debe de ser clarificador —respondí—, puesto que en la Tierra es prácticamente imposible determinar cuál es la verdad de nada.

—Así es. Los libros de historia de la Tierra son ficción en su mayoría.

Paseamos por la habitación y me percaté de que, igual que pasaba con todo objeto en Summerland, también los libros emitían una radiación débil, pero visible.

—¿Estos libros se publicaron en la Tierra? —inquirí al recordar mis manuscritos en la casa de Albert.

Leona asintió.

—También hay algunos que aún no se han publicado.

—¿Cómo es posible?

—Los contenidos se imprimirán en los cerebros de los vivos.

—¿Y ellos sabrán que en realidad no los han escrito?

—Es una cuestión complicada. Sin embargo, si no entramos en disquisiciones profundas se puede decir que no lo saben.

—Me gustaría leer uno de esos.

—No suelen estar disponibles. Aquellos que los leen podrían deteriorarlos, aunque no sé cómo ocurre. Quise leer un libro de esos hace tiempo, pero me dijeron que como todo aquí es mental, mis pensamientos podían afectar a los contenidos del libro.

Me llevó a otra habitación que estaba dedicada a libros sobre la ciencia psíquica, el ocultismo y la metafísica. Al caminar por entre los estantes, sentí que las emanaciones eran más fuertes que las de la sala de historia.

Se paró frente a una de las estanterías y sacó un volumen para luego alargármelo. Sus vibraciones resultaban incómodas.

—Es costumbre enseñar a los recién llegados este libro o uno parecido.

Le di la vuelta y leí el título en el lomo: *La falacia del más allá*. A pesar de la desagradable sensación que el tomo me producía, sonreí.

—Irónico, cuando menos.

En cuanto devolví el libro a su sitio, un ataque de ansiedad me sobrevino. Ann no creía en la vida más allá de la muerte. Se lo había oído decir. ¿Sería posible que rechazara aceptar lo que sus sentidos mostraban como evidencias?

—No me preocuparía por ello. Creerá en ti. Lo demás vendrá por añadidura.

No describiré el resto del paseo por el Pabellón de Literatura. En realidad no forma parte de mi historia. Baste con decir que el edificio y su contenido fueron impresionantes. Cuando comenté de pasada lo intimidante que podía resultar tanto conocimiento a la hora de ponerse a estudiarlo, Leona me recordó que teníamos todo el tiempo del mundo.

Tras salir del pabellón, volví a preguntarle:

—No creo que aún estén listos —me respondió.

—Está bien —asentí.

«*Paciencia* —me repetí—. *Un poco más de tiempo y lo sabrás*».

—¿Te gustaría ver una de nuestras galerías de arte?

—Vale.

Me apretó el brazo.

—Ya falta poco.

Intercambiamos una sonrisa.

—Perdona por comportarme de manera tan egoísta. No te he hecho ninguna pregunta sobre ti.

—Hay tiempo de sobra para eso. Tu prioridad principal ha de ser tu esposa.

Estaba a punto de contestar cuando ocurrió otra cosa sorprendente. Una mujer pasó a nuestro lado moviéndose de forma extraña, sin rumbo, como si fuera sonámbula o anduviera bajo el agua. Durante un momento me recordó al remedo de mí mismo que había visto en la sesión, y no pude reprimir un escalofrío.

—¿Quién es?

—Aún vive. Su yo espiritual ha viajado aquí en sueños. Ocurre de cuando en cuando.

—¿No sabe dónde está?

—No. Y lo más seguro es que no lo recuerde cuando despierte.

Me giré para mirar a la mujer, que seguía andando despacio, de forma mecánica, y vi un cordel de plata que emergía de su cabeza y que se elevaba hacia el cielo, antes de desaparecer.

—¿Y por qué no lo recuerdan?

—Porque el recuerdo se halla en la mente espiritual, y el cerebro físico es incapaz de extraerlo de ahí. Me han contado que hay gente a la que un viaje astral lleva hasta aquí y son conscientes del todo, antes y después, pero lo cierto es que yo nunca he visto ninguno de esos.

Contemplé a la mujer mientras se alejaba y se me ocurrió si Ann podría hacer algo así. Incluso si no sabía lo que sucedía, la podría ver por un instante, tal vez hasta tocarla. El pensamiento me sumió en una melancolía tan profunda que casi pareció física. Al recordar su calidez y suavidad contra mí, fue como sentirla en mi piel.

Con una expresión dolida, me di la vuelta hacia Leona. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa, no sin cierto esfuerzo.

—Sé que no soy buena compañía.

—Claro que lo eres. —Me cogió de la mano—. Vamos, vayamos a la galería y luego averiguaremos cuándo volverás a estar con ella.

El edificio hacia el que nos dirigíamos era circular, y la fachada, fabricada de un material similar al mármol, exhibía bellos diseños de flores y ramas

inscritos en ella.

Por dentro era gigantesca: una galería arqueada sin fin cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas de gran tamaño. Grupos de personas las examinaban. Muchos de ellos no eran más que profesores con sus estudiantes.

Reconocí un Rembrandt y comenté la perfección de la copia. Leona sonrió.

—El de la Tierra es la copia. Este es el original.

—No entiendo.

La pintura que había en frente de mí era la que Rembrandt tenía en mente, tan perfecta como su genio era capaz de visualizarla. La que hizo en la Tierra para reproducir esta imagen mental estaba sujeta a las limitaciones de su cerebro y de su cuerpo, y creada con materiales que se deterioraban con el paso del tiempo. Esta de aquí constituía su visión completa: pura y eterna.

—¿Quieres decir que todos los artistas de la Tierra solo reproducen pinturas que ya existen aquí?

—Existen aquí porque ellos las crean. A eso me referí cuando dije que la cuestión acerca de si una persona sabe o no que recibe impresiones creativas es compleja. Los pensamientos de Rembrandt crearon esta pintura a partir de la matriz, y luego la reprodujo en términos físicos. Si fuéramos expertos, seríamos capaces de ver lo mucho que se diferencian ambas obras.

Cada obra de arte que hay aquí está viva. Los colores brillan con vivacidad. Cada pintura parece casi realizada en tres dimensiones (no es una buena descripción, pero es lo que más se acerca). Desde cerca, dan la impresión de tratarse de escenas reales en lugar de representaciones planas.

—En muchos sentidos, creo que la gente más feliz de aquí son los artistas. La materia que nos rodea es tan sutil que se manipula con mucha facilidad. La creatividad de un artista no está limitada en absoluto.

Traté de mantener el interés por lo que me contaba, ya que me resultaba fascinante. Pero los pensamientos acerca de Ann seguían sin abandonarme. Por eso, cuando Leona dijo de pronto que podíamos volver, solté un suspiro de alivio.

—¿Podemos ir con el pensamiento?

Ella me sonrió y me cogió de la mano. Esta vez no cerré los ojos, aunque tampoco vi nada. Estábamos en la galería; parpadeé, y el hombre del Registro estaba delante de nosotros.

—Se espera que su mujer abandone la Tierra a la edad de setenta y dos años.

«*Veinticuatro años*», pensé. Era mucho tiempo.

—Recuerde que el tiempo en Summerland se mide de forma diferente. Lo que parecería una eternidad en la Tierra aquí puede pasar con mucha rapidez, si está activo.

Le di las gracias y Leona y yo nos marchamos del Registro.

Continué andando con ella. Conversé con ella. Sonreí e incluso reí. Pero algo iba mal. Seguía pensando: todo estaba en orden. En veinticuatro años volveríamos a estar juntos. Me centraría en el estudio, prepararía la casa para ambos. La prepararía justo como a ella le gustaría. Sobre el océano. Con un barco. Todo estaba en orden.

¿Por qué entonces esta falta de seguridad? ¿Esa incertidumbre?

20 Esta sensación turbadora

El horrible punto de inflexión sucedió poco después. No sería capaz de precisar el intervalo concreto. En la Tierra podía haber sido una semana, tal vez algo menos. No te sé decir. Solo sé que la conmoción no se demoró demasiado.

Estaba un poco desilusionado al saber que tendría que esperar durante tanto tiempo a Ann. Albert me recomendó que me olvidara de la espera y que tuviera presente que, al menos, sabía que iba a ocurrir.

Lo intenté, en serio. Hice un gran esfuerzo para convencerme de que mi inquietud no tenía razón de ser, de que nada le pasaba a Ann.

Empecé a ocupar mi tiempo.

Primero, nuestro padre. Lo vi una vez, Robert. Está en otra parte de Summerland. Albert me llevó a verlo y tuve una charla con él.

¿Te suena extraño? Supongo que sí, a juzgar por la relación que mantuviste con él. Lo siento si te molesta, pero la sangre aquí no es más densa que el agua. La empatía es una cuestión de pensamiento, no de genes. Dicho de manera simple, murió antes de que tuviera la oportunidad de conocerlo. Él y mamá se separaron cuando yo era muy joven, así que no hay afinidad ninguna entre ambos. Aun así me alegré de verlo, y él hizo lo propio, pero no sentimos la necesidad de ir más allá. Es un buen hombre. Tenía sus problemas, pero su dignidad está fuera de toda duda.

Albert me dijo que aquí nos hallábamos separados por simpatías en lugar de por kilómetros. Ya has visto lo intensa que era mi unión con Ann y los niños. Te aseguro que si mamá llegara aquí mientras yo «dicto» este diario para ti, nuestra relación sería mucho más cercana, ya que también lo fue en vida.

El tío Eddy y la tía Vera no siguen juntos. Él vive con sencillez en un claro precioso donde se dedica a la horticultura. Siempre me dio la impresión de que no era feliz en vida. Aquí sí lo es.

La tía Vera ha encontrado el «cielo» que deseaba y en el que creía. Una mera expresión de sus creencias religiosas. Va a la iglesia casi a todas horas. Vi el edificio. Tiene el mismo aspecto que la iglesia a la que iba en la Tierra. La ceremonia es la misma. «¿Ves, Chris? Estábamos en lo cierto», me dijo. Siempre y cuando siga creyendo en ella, su Summerland se definirá por el marco de su convicción. No hay nada malo en ello. Es feliz. Solo se limita a sí misma. Hay mucho más.

Un apunte final: descubrí que Ian había estado rezando por mí sin decírselo a nadie. Albert me dijo que mi estado post mórtem habría sido peor de no

haberlo hecho. «Las plegarias siempre facilitan la experiencia», fueron sus palabras.

Vuelvo con mi historia.

* * *

Empieza en la casa de Albert; en una reunión con sus amigos. Diré que era por la tarde por el aspecto crepuscular del cielo, que arrojaba una tenue iluminación.

No trataré de explicarte sobre lo que hablaban. Aunque se esforzaban por introducirme en la conversación, casi todo lo que decían estaba más allá de mi comprensión. Sobre todo charlaban de los reinos que había «por encima» de este. Niveles en los que las almas pasaban a ser una con Dios: sin forma, ajenas al tiempo y a la sustancia, pero sin perder su individualidad. Su discusión me parecía intrigante, pero estaba tan por encima de mí como lo estaba de *Katie*.

Me sentí como si formara parte del escenario. Pero cuando pensé (en relación con la reunión y lo que decían) «*y todos estamos muertos*», Albert se giró hacia mí con una sonrisa.

—Al contrario. Todos estamos muy vivos.

Me disculpé por el pensamiento.

—No tiene importancia. —Me agarró por el hombro y lo apretó con firmeza—. Sé que es difícil. Reflexiona sobre esto: si tú aquí piensas eso, imagina lo complicado que es para cualquiera de la Tierra el concebir una vida después de la muerte.

Me pregunté si trataba de confortarme, ya que Ann no creía en nada de eso.

—Es una de las mayores desgracias del mundo el que nadie tenga ni idea de lo que esperar cuando llega la muerte —apuntó Leona.

—Si los hombres supieran que la muerte es como un largo sueño, la mayoría de los miedos desaparecerían —afirmó un hombre llamado Warren—. Los hombres duermen tranquilos, pues saben que se despertarán al otro día. Deberían sentir lo mismo cuando llega el fin de su vida.

—¿Por qué nadie ha inventado nada que permita al ojo humano ver lo que ocurre tras la muerte? —pregunté, y me concentré en alejar a Ann de mi mente.

—Algún día se inventará —vaticinó una mujer cuyo nombre era Jennifer—. Un objeto parecido a una cámara que fotografiará la marcha del auténtico yo del cuerpo.

—Se necesita algo más —terció Albert—. Una ciencia de la muerte... ayudas

físicas y mentales para acelerar y facilitar la separación de cuerpos. —Me miró—. Todas esas cosas de las que hablé antes —me recordó.

—¿Llegarán a desarrollarla? —pregunté.

—Deberían haberlo hecho ya. Todos deberían estar preparados. La información sobre esta materia ha estado disponible desde hace siglos.

—Por ejemplo —añadió otro de sus amigos, Phillip—: «Tras la supervivencia de un hombre a la así denominada muerte, ve como antes, oye y habla como antes, huele, saborea y siente como antes. Sus deseos, pensamientos, anhelos, amores, ideas y voliciones son las mismas que antes. En pocas palabras, cuando un hombre pasa de una a otra vida, pasa de una localización a otra y lleva con él todas las cosas que poseía en su interior como hombre». Swendenborg escribió estas palabras en el siglo XVIII.

—¿No se resolvería el problema si se estableciera una comunicación directa? —Miré a Albert—. Esa «red inalámbrica» que me comentaste.

—Con el tiempo llegará. Nuestros científicos trabajan en ello sin descanso. Aun así, es todo un desafío.

—Desde luego, nuestro trabajo sería más fácil si esa «red» existiera —reconoció Arthur, otro de los amigos de Albert.

Lo miré sorprendido. Era la primera vez desde que había llegado a Summerland que había percibido un toque de amargura en la voz de alguien.

Albert puso la mano encima del hombro de Arthur.

—Lo sé. Recuerdo lo desencantado que me sentí yo cuando me puse manos a la obra por primera vez.

—Parece que se complica más a cada paso que damos. Muy poca gente de la que llega aquí posee la sensibilidad adecuada. Todo lo que traen consigo son sus inútiles valores. Lo único que desean es continuar con lo que hacían en vida, sin importar lo absurdo o degradante que fuera. —Contempló a Albert con expresión dolida—. ¿Llegará esta gente a evolucionar siquiera? ¿Incluso con nuestra ayuda?

Según hablaban, mi inquietud fue en aumento. ¿Cuál era el trabajo de Albert en realidad? ¿Y a qué oscuros lugares le obligaba a trasladarse?

¿Y por qué continuaba asociando esta ansiedad con Ann? No tenía sentido. Ella sí era sensible. Sus valores no eran inútiles. No estaba confusa y tampoco se dedicaba a nada degradante.

Entonces, ¿por qué me atosigaba esta sensación turbadora?

21 El regreso de la pesadilla

Albert terminó la conversación cuando anunció que tenía una sorpresa para mí. Salimos todos de su casa y, aunque los demás se marcharon con un parpadeo de luz, Albert me sugirió que anduviéramos durante un rato junto a *Katie*.

—Creo que las palabras de Arthur te han afectado. No deberían. La gente a la que se refiere no tiene nada que ver contigo.

—Entonces, ¿por qué sigo preocupado por Ann?

—Continúas obsesionado con el asunto. Hasta que no pase un poco más de tiempo no se te olvidará. Pero no existe conexión alguna entre Ann y aquello de lo que hablaba Arthur.

Asentí, pues no quería otra cosa que creer lo que me contaba.

—Desearía más que nada en el mundo que existiera comunicación directa. Bastaría con que habláramos un poco para resolverlo todo. —Lo miré—. ¿Lo conseguiré algún día?

—Puede. Es un problema complejo. No se trata de distancia, como ya te he dicho, sino de diferencia de vibración y creencias. En la actualidad, solo los médiums más avanzados de la Tierra pueden lograrlo.

—¿No hay nadie en la Tierra capaz de investigar sobre todo esto?

—Podrían, siempre que se les entrenara de forma adecuada. Sin embargo, los únicos que conocen la existencia del problema son aquellos nacidos con el don... o aquellos que lo adquieren por accidente.

—¿El don?

—La habilidad para utilizar los sentidos etéreos a pesar de su constreñimiento en el cuerpo físico.

—¿Y no puedo encontrar un psíquico así? ¿Y comunicarme con él?

—¿Y si la persona no se halla ni siquiera cerca de tu esposa? No solo eso. ¿Y si consigues comunicarte con la persona, y aunque le dé el mensaje a tu esposa, esta no se lo cree?

Asentí y suspiré.

—La única vez que estuve a punto de comunicarme, fue todo tan mal que dudo mucho que Ann llegue a creer en una cosa así jamás.

—Tuviste mala suerte —convino Albert.

—Y él me veía —comenté, desanimado—. Me leía los labios.

—Pero también creyó que tu doble desechado en realidad eras tú —me recordó Albert.

—Eso fue horrible.

Me pasó un brazo por los hombros.

—Trata de no perder la fe, Chris. Ann volverá a estar contigo. Y mientras tanto, tal vez una transmisión de pensamiento te sirva de algo.

Lo miré con curiosidad.

—A veces, con el esfuerzo combinado de un grupo de mentes, se puede contactar con alguien en la Tierra. No con palabras —añadió de inmediato al ver mi expresión—. Con sentimientos. Su objetivo es ofrecer un sentimiento de alivio y seguridad.

—¿Lo harás?

—Lo dispondré todo para que se haga lo antes posible. Pon la mano sobre la cabeza de *Katie* y luego cógeme la mano a mí.

Lo hice y no tardé en verme delante de un enorme anfiteatro situado bajo el nivel del suelo. Estaba repleto de gente.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a la vez que me ponía en pie.

—Detrás del Pabellón de la Música.

Miré en derredor. El anfiteatro destacaba bajo la tenue iluminación. Se hallaba rodeado por césped y miles de flores preciosas.

—¿Hay un concierto?

—Aquí hay alguien que te lo va a explicar —me respondió Albert con una sonrisa. Me cogió y me obligó a darme la vuelta.

Lo conocí enseguida, Robert. No tenía un aspecto muy diferente. Parecía muy saludable, pero no había cambiado demasiado. Era casi como lo recordaba.

—¡Tío! —grité.

—¡Hola, Chris! —me saludó. Nos abrazamos y luego me echó un vistazo de arriba abajo—. Así que estás aquí con nosotros —sonrió.

Asentí y le sonreí yo también. El tío Sven siempre había sido mi favorito, como

bien sabes.

—*Katie*, pequeña. —Se agachó y jugueteó con ella. La perra estaba contenta de verlo de nuevo.

Se levantó con la sonrisa aún en los labios.

—Estás sorprendido por mi aspecto.

No sabía qué responder.

—Es algo normal. Uno elige la edad que aparenta aquí. Yo prefiero esta. ¿No sería un poco estúpido que todo el mundo aquí fuera joven? —Me reí al ver la mirada burlona que le dedicó a Albert.

Albert también se echó a reír y luego me dijo que iba a tratar de arreglar lo de la transmisión de pensamiento.

Una vez que se fue, le expliqué lo que pasaba con Ann y el tío asintió.

—Bueno, la transmisión te ayudará. Yo ya he visto cómo funciona.

Su aparente confianza me reconfortó. Incluso esbocé una sonrisa.

—Así que ahora te dedicas a la música. No me sorprende.

—Sí, la música siempre ha sido mi gran amor. —Señaló la hierba—. Sentémonos. Estaremos más cómodos allí que en el anfiteatro..., aunque no te diré por qué, lo comprobarás por ti mismo.

Nos sentamos con *Katie* al lado.

—¿Se escucha mucha música aquí?

—Oh, claro que sí. Representa un papel importante en Summerland. No solo como diversión, sino también como método para alcanzar niveles más altos.

—¿Qué es lo que haces?

—Me especializo en el estudio de los mejores métodos para inspirar a aquellos de la Tierra que poseen un talento para la composición musical. Nuestros estudios se registran y transfieren a otro grupo que considera cuál es la mejor forma de comunicarse con esta gente. Un tercer grupo realiza la transmisión. A continuación... Bueno, te lo contaré después, el concierto va a empezar.

No tengo ni idea de cómo sabía que iba a empezar, ya que desde allí no se veía nada.

Pero sin embargo no se equivocaba: iba a empezar. Sé que no eres aficionado a la música clásica, Robert, pero seguro que te resultará intrigante saber que

la primera composición en ser interpretada fue la undécima sinfonía de Beethoven.

Enseguida comprendí cuál era la razón por la que el tío había sugerido que nos sentáramos por encima del nivel del anfiteatro. La experiencia no se limitaba solo a la música.

En cuanto la orquesta empezó a sonar (una obertura desconocida de Berlioz), una luz rosada, circular y plana comenzó a flotar al nivel de los asientos más elevados.

A medida que el concierto seguía su curso, la luz se fue haciendo más densa hasta que conformó una base para lo que estaba por venir.

En primer lugar, cuatro columnas de luz aparecieron en el aire, a la misma distancia unas de otras. Estos pináculos permanecieron en equilibrio y luego descendieron y se hicieron más anchos, hasta que parecieron cuatro torres circulares rematadas en una cúpula.

Entonces la superficie de luz se volvió más gruesa y se elevó para formar una cúpula que cubría el anfiteatro por completo. Continuó alzándose hasta que se situó por encima de las cuatro columnas. Una vez allí, se quedó quieta.

Tras unos instantes, los colores más delicados que jamás había visto empezaron a derramarse por la estructura. Los colores se alteraban al ritmo de la música. Las capas se mezclaban entre sí con suavidad.

Debido a que no veía el anfiteatro, ni la orquesta ni al público, me daba la impresión de que una especie de construcción mágica se formaba ante mis ojos. Toda la música aquí emite formas y colores, pero no toda composición crea formas tan vívidas.

El valor de cualquiera de estas formas depende de la pureza de las melodías y armonías de la música. En esencia, el compositor es un constructor de sonido que crea edificios de música.

—¿Se desvanece cuando termina la música? —susurré, aunque me di cuenta de que no hacía falta, puesto que nos podíamos comunicar mediante el pensamiento.

—No enseguida. Se da cierto tiempo entre composición y composición para que la construcción desaparezca y no se superpongan.

Me quedé tan embozado por semejante arquitectura que casi me olvidé de la música que la había creado. Recordé que Scriabin había tratado de combinar luz y música, y me pregunté si la inspiración había tenido su origen en Summerland.

También pensé en que aquello le encantaría a Ann.

La belleza del color me hizo pensar en un atardecer del que ella y yo

habíamos disfrutado en Sequoia...

* * *

No se trataba del primer viaje que hicimos cuando Ian era un niño. Habían pasado dieciséis años desde entonces y por primera vez viajamos sin niños.

Dimos un paseo la primera tarde en la que llegamos al *camping* de Dorst Creek, una excursión de unos pocos kilómetros hasta Muir Grove. El sendero era estrecho y yo caminaba tras de ella, sin dejar de pensar en lo guapa que estaba con sus vaqueros y las deportivas blancas, y con la chaqueta roja y blanca anudada en torno a la cintura. Levantaba nubes de polvo a cada paso y miraba alrededor con curiosidad, por lo que a veces tropezaba. Rondaba los cincuenta, Robert, y me parecía más joven que nunca.

Me recuerdo a mí mismo sentado, con las piernas cruzadas, en el bosque, junto a ella, con los ojos cerrados, boca arriba, rodeados por cinco enormes secuoyas. El único sonido que se escuchaba era el rumor del viento sobre nosotros. Me vino a la cabeza la primera línea de un poema: «El viento entre las hojas es la voz de Dios».

A Ann le gustó aquella tarde tanto como a mí. Había algo a nuestro alrededor (en particular en la quietud del bosque) ante lo que reaccionaba bien. El silencio absoluto que reinaba fluía por nuestra piel. Aparte de nuestra casa, este era uno de los pocos lugares donde ella se sentía libre de ansiedades.

Cuando volvimos al *camping* ya estaba a punto de ponerse el sol. Nos detuvimos en una roca enorme desde la que se apreciaba una gran extensión de secuoyas.

Nos sentamos allí y contemplamos la puesta del sol mientras charlábamos. Primero conversamos acerca del paisaje y cómo habría sido antes de que el primer hombre hubiera puesto el pie allí. Luego derivamos hacia el mal uso y la explotación a la que el hombre había sometido a parajes similares.

Acabamos conversando sobre nosotros y nuestros veintiséis años juntos.

—Veintiséis —dijo Ann como si no terminara de creérselo—. ¿Dónde han ido a parar?

Sonreí y la rodeé con el brazo.

—Los invertimos bien.

Ann asintió.

—También tuvimos nuestros más y nuestros menos.

—¿Quién no? Lo importante es que ahora estamos mejor que nunca.

—Cierto. —Se apoyó contra mí—. Veintiséis años. No parece posible.

—Te diré lo que parece. Parece que fue la semana pasada cuando hablé con una técnica de rayos X bien mona en la playa de Santa Mónica, le pregunté qué hora era y ella me señaló un reloj.

Se rió.

—Soné un poco borde, ¿verdad?

—Oh, pero perseveré. —La apreté contra mí—. Sabes, es extraño. Parece que sí fue la semana pasada. ¿Seguro que Louise tiene ya dos hijos? ¿Está el pequeño Ian a punto de terminar la universidad? ¿Hemos vivido en todas esas casas y hecho todo lo que hemos hecho?

—Así es, jefe. —Ann gruñó, divertida—. ¿Cuántas veces hemos ido a la escuela de los niños? Nos hemos sentado en un montón de pupitres para escuchar lo que les enseñaban a nuestros hijos.

—O lo mal que se habían portado.

Ella sonrió.

—Eso también.

—Por no olvidar las galletas y el café en vasos de plástico —recordé.

—O esos horrorosos ponches de frutas.

Me reí.

—Bueno... —La volví a abrazar—. Creo que los hemos criado bastante bien.

—Eso espero. Confío en que no les haya hecho daño.

—¿Hacerles daño?

—Con mi ansiedad e inseguridades. Me he esforzado por mantenerlos al margen.

—No te preocupes, mami. —Le di un masaje en la espalda sin dejar de mirarla—. Tú estás igual de bien que ellos.

Me miró y me dedicó una débil sonrisa.

—Nunca habíamos ido de *camping* solos.

—Espero que la tienda no haga mucho ruido. Seríamos el escándalo del *camping*.

Soltó un ruidito, divertida.

—Eso espero yo también.

Suspiré y le besé la sien. El sol desaparecía y el cielo brillaba rojo y naranja.

—Te quiero, Ann.

—Y yo a ti.

Nos sentamos en silencio.

—¿Y ahora qué?

—¿Quieres decir ahora mismo?

—No, me refiero a los años que están por venir.

—Aún nos quedan cosas por hacer.

Sentados allí planeamos lo que íbamos a hacer. Planes encantadores, Robert. Pensábamos ir a Sequoia para ver cómo cambiaban los colores de la naturaleza. Acamparíamos en el río de Lodgepole en primavera, antes de que se llenara de gente. Haríamos senderismo y tal vez hasta podríamos esquiar en invierno si la espalda aún no nos había traicionado. Descenderíamos por los rápidos de un río, alquilaríamos un barco y navegaríamos por los ríos de Nueva Inglaterra. Viajaríamos a lugares del mundo que nunca jamás habíamos visto. En cuanto los niños crecieran, pasaríamos más tiempo juntos y podríamos hacer cualquier cosa que nos apeteciera.

* * *

Me desperté de repente. Ann gritaba mi nombre. Confuso, miré alrededor en las tinieblas y traté de recordar dónde estaba.

La oí gritar mi nombre otra vez y, de inmediato, volví a estar en la caravana, en Sequoia. Era medianoche y se había llevado a *Ginger* a dar un paseo. Me había despertado en cuanto salió, pero me volví a dormir.

Salí de la caravana.

—¿Ann? —grité. Corrí hacia la parte delantera de la caravana y oteé el claro. Hubo un destello.

Comencé a sonreír cuando me dirigí hacia él. Esto ya había ocurrido. Ella había caminado hacia el claro con *Ginger* y su linterna había atraído a un oso hambriento. Me había llamado a gritos y yo salí corriendo hacia ella; la sujeté entre mis brazos y la reconforté.

Pero según me acercaba a la linterna, todo cambió. Se me heló la sangre en las venas cuando oí el gruñido de un oso y luego el de *Ginger*.

—¡Chris! —chilló Ann.

Corrí por el terreno accidentado. No estaba ocurriendo, me obligué a pensar. No había sido así.

De repente estaba junto a ellos. La visión de la escena me hizo boquear: *Ginger* luchaba contra el oso, y Ann yacía tirada en el suelo. La linterna había caído cerca. La agarré y apunté con ella a Ann. Grité, asustado. Tenía sangre en la cara, y la piel del rostro parecía colgarle.

El oso golpeó a *Ginger* en la cabeza, que, tras soltar un hipido de dolor, cayó como un fardo. El oso se giró hacia Ann y yo me interpusé entre ambos. Chillé en un intento por asustarlo. El animal siguió avanzando, así que le golpeé en la cabeza con la linterna, que se rompió con el impacto. Sentí un dolor terrible en el brazo izquierdo y me derrumbé. Me retorcí. El oso estaba sobre Ann y gruñía feroz.

—¡Ann! —Traté de levantarme, pero no pude. La pierna izquierda no soportaba mi peso y me desplomé. Ann gritó cuando el oso comenzó a vapulearla.

—Dios mío —sollocé. Mientras me arrastraba hacia ella, palpé una roca con la mano derecha. La cogí. Me abalancé hacia el oso y lo agarré del pelaje, para después comenzar a darle en la cabeza con la roca. La sangre me calentaba las manos. La sangre de Ann, la mía. Aullé con rabia y miedo mientras seguía golpeando con la roca. ¡No era así! ¡Esto no había sucedido!

—¿Chris?

Me desperté de repente. Reenfoqué la vista.

Albert estaba a mi lado. La música seguía sonando. Lo miré a la cara. Su expresión me horrorizó.

—¿Qué pasa? —Me puse de pie con un salto.

Me miró con cara angustiada. Mi corazón pareció pararse.

—¿Qué pasa? —repetí.

—Ann ha muerto.

En primer lugar me alegré. Pero luego mi excitación se vio enturbiada por el pesar. Pesar por los niños, aunque alegría por mí. ¡Volveríamos a estar juntos!

No. La mirada de Albert decía otra cosa, y un frío doloroso no tardó en hacer mella en mí.

—Dime qué pasa, por favor —imploré.

Me puso la mano sobre el hombro.

—Chris, se ha suicidado. Se ha alejado de ti para siempre.

El regreso de la pesadilla.

TERCERA PARTE

ESTA ESPIRAL DE MUERTE

22 Una posibilidad aterradora

Me senté en la hierba como un robot mientras escuchaba a Albert. Nos habíamos alejado del anfiteatro; ahora nos encontrábamos en un claro bastante tranquilo.

A pesar de que diga que escuchaba, lo cierto es que no lo hacía. Mi consciencia recibía de forma vaga las palabras y las frases, ya que mis propios pensamientos interrumpían el hilo. En su mayoría se trataba de recuerdos azarosos, como las veces en las que había escuchado a Ann decir: «Si te murieras, no tardaría en hacerlo yo también». «Si te vas tú primero, no sé si aguantaría».

Entonces supe la razón de aquella desazón que me acosaba desde mi llegada a Summerland. La aprensión me roía por dentro. Sabía que algo horrible iba a sucederle a ella.

Por eso tuve aquellas pesadillas en las que me rogaba que la salvara. Volví a recordarlas y vi el terror que reflejaba su rostro al deslizarse por el acantilado, al hundirse bajo las aguas revueltas de la piscina o al ser atacada por el oso. El desfiladero, la piscina y el oso habían sido los símbolos de mi preocupación por ella, no sueños, sino premoniciones. Me había rogado ayuda y me había suplicado que la detuviera antes de que hiciera lo que pensaba hacer.

La voz de Albert se abrió paso entre mis cavilaciones.

—Debido a los traumas de su infancia, la marcha de los hijos, tu muerte...

Lo miré. ¿Había comentado algo acerca de pastillas para dormir? Leyó mi mente y asintió.

—Dios mío. —Me tapé la cara con las manos y traté de llorar. Pero no derramé lágrimas. Estaba vacío.

—La muerte de alguien con quien se ha compartido tanto tiempo conlleva un vacío literal en la vida de esa persona. Las corrientes de energía psíquica que se dirigen hacia esa persona perdida ya no tienen fin.

Me pregunté por qué me decía esas cosas.

»Tal vez la sesión también haya influido. A veces afectan al equilibrio mental.

Lo observé sin comprender.

»A pesar de lo que dijo tu mujer, creo que confiaba en que existiera un más allá. Creo que tenía depositadas sus esperanzas en la sesión. Cuando todo

derivó en una desilusión... —Se le quebró la voz.

—Me aseguraste que la vigilarías —le recordé.

—Lo hicimos. No había forma posible de saber qué es lo que tenía planeado.

—¿Y entonces por qué me dijeron que no vendría aquí hasta que tuviera setenta y dos años?

—Porque así era. Su voluntad puede alterar esa fecha. Ese es el problema, ¿entiendes? Todos disponemos de un tiempo aproximado tras el que moriremos de forma natural, pero...

—¿Entonces por qué estoy aquí? Yo me morí en un accidente.

—Puede que fuera tu tiempo o puede que no. Pero no fuiste responsable de ello. Ann sí. Y matarse viola la ley porque impide al yo satisfacer las necesidades de su vida.

Parecía molesto y no dejaba de agitar la cabeza.

—Si la gente se diera cuenta... Creen que el suicidio es una solución rápida, una forma sencilla de evadirse. Nada más lejos de la verdad. Solo cambia su forma. Nada puede destruir el espíritu. El suicidio solo deviene en una oscura continuación de las mismas condiciones que alentaron la huida. Una continuación en circunstancias mucho más dolorosas...

—¿Dónde está, Albert? —lo interrumpí.

—Ni idea. Cuando se suicidó, descartó la parte más densa de su cuerpo. Lo que permanece se halla unido magnéticamente a la Tierra..., pero dónde es imposible de descubrir. La separación entre los mundos físico y astral es, a todos los efectos, infinita.

—¿Cuánto tiempo estará allí?

Dudó.

»¿Albert?

Soltó un sonoro suspiro.

—Hasta que llegue su hora.

—¿Quieres decir...? —Lo miré aterrorizado. Boqueé—. ¿Veinticuatro años?

No respondió. No tuvo que hacerlo. Ya sabía la respuesta para entonces. Casi un cuarto de siglo en el «reino inferior»: el lugar en el que ni me atrevía a pensar.

Una súbita esperanza. Me agarré a ella.

—¿No morirá su cuerpo etéreo, como me ha pasado a mí?

—No hasta que transcurran los veinticuatro años. Sobrevivirá hasta que abandone el mundo etéreo.

—No es justo castigar a alguien que ha perdido la cabeza.

—Chris, no es un castigo. Es la ley.

—Pero ha perdido la cabeza por la pena —insistí.

Agitó la cabeza.

—Si así hubiera sido, no estaría donde está. Es tan simple como eso. Nadie la puso ahí. Que esté allí es la prueba de que tomó su decisión con toda libertad.

—No me lo puedo creer. —Me levanté y me alejé de él.

Albert me siguió. Cuando me detuve y me apoyé contra un árbol, se colocó detrás de mí.

—No está en un lugar tan terrible —traté de reconfortarme—. Vivió una vida honrada, fue una buena madre y esposa, un ser humano decente. Su situación no tiene nada que ver con eso. Es solo que ha perdido la fe y ha de permanecer donde está hasta que llegue su momento.

—No —repliqué, determinado.

Él no contestó. Noté su confusión y lo miré.

Supo entonces lo que tenía en mente y, por primera vez desde que nos conocimos, vi en su rostro una expresión de desasosiego.

—Chris, no puedes.

—¿Por qué?

—Bueno... En primer lugar, porque no creo que se pueda hacer. Que yo sepa nunca nadie lo ha hecho; ni siquiera sé de alguien que lo haya intentado.

Una ola de terror me sacudió.

—¿Nunca?

—No a este nivel —respondió.

Lo miré inerte. Pero no tardé en recuperar la determinación.

—Yo seré el primero.

—Chris... —Me estudió con preocupación—. ¿No lo comprendes? Está allí con un propósito. Si la ayudas, interfieres con ese propósito.

—Tengo que hacerla, Albert. ¿No lo comprendes tú? No la puedo dejar allí durante veinticuatro años. Tengo que ayudarla.

—Chris...

—Tengo que ayudarla —repetí. Estaba decidido—. ¿Me intentará parar alguien?

No respondió a mi pregunta.

—Chris, incluso aunque la encontraras, lo que es imposible, te mirará a la cara y no te reconocerá. Oirá tu voz y no la recordará. Tu presencia le resultará incomprensible. No solo no aceptará tus ofertas de ayuda, sino que ni siquiera te escuchará.

Se lo pregunté otra vez.

—¿Me va a detener alguien?

—Esa no es la cuestión, Chris. No tienes ni idea de los peligros que...

—No me importa. ¡Quiero ayudarla!

—Chris, no hay nada que puedas hacer.

Traté de controlarme.

—Albert, ¿es que no existe ni la más remota posibilidad de que hablar con ella cambie algo su situación? ¿De que me entienda, de que la ayude en algún modo a que su estancia sea más llevadera, aunque sea una posibilidad entre un millón?

Me miró en silencio durante lo que me pareció una eternidad antes de responder.

—Me gustaría decirte que sí, pero no puedo.

Me hundí. Pero no me desanimé.

—Bueno, lo intentaré. Lo voy a intentar, Albert. No me importa lo peligroso que sea.

—Por favor, Chris, no hables sin saber. —Esta vez también fue la primera en la que advertí una pizca de censura en su voz.

Nos quedamos callados, observándonos. Al final, yo fui quien volvió a hablar.

—¿Me ayudarás a encontrarla, Albert? —Empezó a decir algo, pero lo corté en seco—. ¿Me ayudarás, Albert? Por favor.

Silencio. Tardó en responderme.

—Lo intentaré. No creo que sea posible, pero... —Levantó la mano para evitar que le volviera a cortar—. Lo intentaré, Chris.

* * *

El tiempo volvió a convertirse en una magnitud dolorosa para mí.

Esperaba fuera de un edificio de la ciudad, y no paraba de andar de arriba abajo. Albert seguía dentro, esforzándose para establecer un contacto mental con Ann. Me había advertido más de una vez que no tendría éxito. No sabía de ningún vínculo establecido con éxito con alguien que se encontrara en el reino inferior. Algunas personas podían viajar hasta allí, como Albert. Sin embargo, no eran capaces de localizar a ningún individuo en concreto, ya que los que moraban allí se situaban al margen de cualquier comunicación debido a su propio aislacionismo.

Pero si pidieran ayuda...

Me dejé caer en un banco cuando la pesadez (una pesadez que tenía su origen en mi interior) me sobrevino. Cerré los ojos y recé para que Albert la localizara.

A mi Ann.

En cuanto pensé en su nombre, me vino un recuerdo: por la noche, ella y yo sentados en la cama, yo la rodeaba con el brazo mientras veíamos la tele.

Se había vuelto a dormir. Siempre se dormía cuando me colocaba la cabeza sobre el pecho. Nunca la despertaba. Como siempre, me quedé quieto y le contemplé el rostro. La televisión quedó olvidada. Como siempre, las lágrimas me corrieron por la cara. No importaba el gris de su cabello ni tampoco las líneas que el tiempo le había esculpido en el rostro. No perdía aquella expresión infantil del rostro.

Al menos cuando yo la sujetaba contra mí.

Me agarró la mano como solía hacer. Crispó los dedos. La presión me hizo daño, pero no me moví. Mejor eso que despertarla. Así que me quedé quieto y contemplé su cara mientras dormía, y pensé en lo mucho que quería a aquella dulce mujer con cara de niña que se apretaba contra mí.

—¿Chris?

Me sobresalté y abrí los ojos. Albert estaba de pie delante de mí. Me erguí de inmediato.

Negó con la cabeza.

Al principio me negué a creerlo.

—Tiene que haber una forma —insistí.

—Está aislada. No pide ayuda porque cree que tal cosa no existe.

—Pero...

—Ellos tampoco la han encontrado, Chris. Han hecho todo lo posible. Lo siento.

Caminé hasta un arroyo cercano, me senté en su ribera y observé correr el agua cristalina.

Albert se sentó a mi lado y me palmeó en la espalda.

—Lo siento de veras.

—Gracias por tu ayuda —murmuré.

—Aunque descubrí una cosa.

Levanté la vista.

—Tenéis esa conexión tan profunda porque sois almas gemelas.

No sabía cómo tomarme aquello ni cómo reaccionar. Claro que había oído la frase, pero no sabía a qué se refería.

—Lo que significa que ambos poseéis la misma longitud de onda: vuestras auras vibran al unísono.

Seguía sin saber cómo tomarme aquello. ¿De qué servía aquello si eso no ayudaba a Ann?

—Por eso te enamoraste tan rápido cuando la conociste en la playa —continuó Albert—. Tu alma celebraba el encuentro con la suya.

No podía hacer nada más que mirarlo. Las nuevas noticias no me sorprendieron. Nunca había sido supersticioso. Aun así, siempre sostuve que no nos conocimos por casualidad.

¿Pero de qué nos valía todo esto?

—Por eso te sentías así tras tu muerte. Porque no te paraste...

—Por eso es por lo que ella se sintió así tras mi muerte —le interrumpí—. Tenía que matarse. Para unirse a mí, para que ese unísono no cesara.

—No. —Albert agitó la cabeza—. No lo hizo para unirse a ti. ¿Cómo podría, si no sabía que era posible? —Volvió a negar con la cabeza—. Se mató para terminar con su existencia, Chris. De igual forma que cree que pasó contigo.

—Para terminar con su dolor, Albert.

—De acuerdo, con su dolor. Sin embargo, fue su decisión. ¿No lo entiendes?

—Suspiró—. Es la ley, Chris, créeme. Nadie tiene el derecho...

—¿De qué me sirve saber eso si no me ayuda a encontrarla? —lo corté, con resentimiento.

—Porque al ser almas gemelas se me ha permitido seguir ayudándote a pesar de mis reservas.

Lo miré, confuso.

—Si no la podemos encontrar... —Me quedé sin habla ante la visión que me asaltó: los dos vagando para siempre en busca de Ann, como si fuéramos el holandés errante espiritual. ¿Era eso lo que podía pasar?

—Queda una posibilidad. —Me puso la mano en el hombro—. Una posibilidad aterradora.

23 Perder a Ann para siempre

Un *déjà vu* puede ser algo terrible, dependiendo del momento que uno reviva. Y en esta ocasión fue un sentimiento de opresión fría e implacable el que me impulsó hacia la niebla que rodeaba el edificio. «Libérame de esta oscura pesadilla sin fin». Recordé aquella súplica.

Volvía a suceder.

La idea de haber estado aquí antes me acometió de improviso. No ayudó el que Albert anduviera a mi lado. A pesar de su presencia, quedé aislado junto a mis miedos mientras nos acercábamos a la iglesia.

Como la otra vez, los bancos estaban repletos de gente. Como la otra vez, sus formas eran grisáceas y sus rostros borrones. Como la otra vez, floté por el pasillo central sin dejar de preguntarme qué hacía allí. No sabía qué iglesia era aquella. Solo sabía que, esta vez, no oiría el lamento de Ann porque Ann estaba muerta.

Ellos se sentaban muy juntos en la primera fila. Su mera visión me hizo llorar. Sus rostros sí eran claros: pálidos y castigados por la pena, con lágrimas que descendían por las mejillas.

La emoción me hizo olvidar por un momento. Sin pensar, me dirigí hacia ellos y traté de abrazarlos. De inmediato supe que no advertían mi presencia. La agonía que sentí durante mi funeral regresó, aunque aumentada debido a que el funeral era el de Ann.

Miré en derredor y se me ocurrió algo. Había sido testigo de mi propio funeral. ¿Sería concebible que...?

—No, Chris —dijo Albert—. No está aquí.

Evité volver a mirar a mis hijos. No sería capaz de soportar la expresión de sus rostros, el saber que estaban solos.

—Esta mujer fue amada de muchas formas. —Oí una voz de fondo.

Miré hacia el altar y capté la forma vaga de un sacerdote que pronunciaba el panegírico. ¿Quién sería? No lo conocía. No conocía a Ann. ¿Cómo podía hablar de ella sin saber nada?

—Como madre y como esposa, como amiga y compañera. Amada por su marido, Christopher, y por sus hijos, Louise y Marie, Richard e Ian.

Me alejé de él, alterado. ¿Qué derecho tenía a...?

La idea se esfumó al ver lo que Albert estaba haciendo.

Se había situado enfrente de Richard y había colocado la mano derecha en su cabeza, como si lo estuviera bendiciendo.

—¿Qué haces? —quise saber.

Levantó la mano izquierda y, sin decir nada, supe que requería silencio. Lo observé. Dejó a Richard y se puso delante de Marie para repetir el mismo gesto. Por un instante, el hecho de que la vista de mi hija atravesara el cuerpo sólido (para mí) de Albert sin llegar a verlo, me resultó extraño. Me pregunté de nuevo qué hacía.

Entonces me di la vuelta, incapaz de aguantar la visión de Marie.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? La desesperación me invadió a medida que me acercaba al ataúd. Gracias a Dios que estaba cerrado. Al menos los niños se habían ahorrado eso.

Me vino a la mente otro pensamiento. Recordé que Albert me dijo que en mi funeral podría haber mirado dentro de haberlo intentado. ¿Y qué pasaría ahora? La desesperación se hizo más fuerte. No. No quería verla así. Su yo auténtico estaba en otra parte. ¿Para qué ver la cáscara vacía?

Me obligué a apartarme del ataúd. Con los ojos cerrados recé por Ann. «*Que encuentre la paz, reconfortala*».

Volví a fijarme en los niños. El dolor me embargaba. «*Termina ya, por favor*», pensé. No podría soportar mucho más el contemplar a mis hijos allí, sin poder hablar ni comunicarme con ellos en ningún modo.

Albert tenía la mano sobre la cabeza de Ian. De repente, se dio la vuelta con una tenue sonrisa en los labios.

—Da las gracias por Ian —dijo Albert.

—Doy las gracias por todos ellos —respondí, sin comprender muy bien.

—Por supuesto. Lo que quiero decir es que la oración de Ian tal vez nos ayude a encontrar a tu mujer.

* * *

Nos dirigíamos hacia los límites de Summerland. Podíamos haber viajado allí mediante el pensamiento, pero lo más probable es que el estrés de salir de allí de forma tan inmediata me produjera malestar (eso es lo que me había dicho Albert).

—Que te quede claro que la oración de Ian no es un canal directo de comunicación con Ann. Solo nos muestra el camino. Encontrarla sigue siendo un reto.

—Pero no imposible.

Asintió.

—Pero no imposible.

De nuevo la oración de Ian; recordé lo mucho que me ayudó en su momento.

—Es como si lo supiera. Tal vez no de manera consciente, pero sí en su interior. Es lo que esperaba. Los demás chicos no pronunciaron ninguna plegaria, no porque no amaran a su madre, sino porque creen que las oraciones solo son un gesto hipócrita. Creí que nuestra causa estaba perdida... y así habría sido sin importar tu determinación. Pero cuando contacté con la mente de tu hijo menor, recuperé la esperanza.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en localizarla?

—Puede que nunca la encontremos. Solo tenemos una pista, nada más.

Intenté no dejarme llevar por el pánico y asentí.

—Entiendo. Démonos prisa.

Albert se paró. Caminábamos junto a un gran parque de aspecto agradable rodeado por una verja de hierro (lo cual resultaba un tanto extraño).

—Chris, ven conmigo. Tengo algo que decir antes de continuar.

Quería ir tan rápido como fuera posible y dejar las charlas para luego. Pero su voz dejaba traslucir un cierto apremio, así que lo seguí cuando cruzó por una puerta que llevaba al parque. Dejamos atrás un estanque ornamental. No había peces, y el suelo que lo circundaba parecía deslustrado.

También me percaté de que la vegetación, aunque no estaba seca, no mostraba el verdor que en otras partes de Summerland. La hierba tenía muchísimos calveros.

Por todo el parque vi a gente caminar despacio, otros tantos se sentaban en bancos. Nadie llevaba túnica, sino que vestían ropas de la Tierra. No tenían un buen aspecto, y sus expresiones eran las de una dignidad vacía. Los que estaban en los bancos se sentaban de forma tiesa con las caras rígidas. Todo el mundo al que veía poseía un aire de indiferencia. Nadie hablaba.

Iba a preguntarle sobre ello cuando llegamos a un banco al que le faltaba una mano de pintura. Albert me indicó que nos sentáramos.

Lo hice y tomé asiento a mi lado.

—Te acompaño hasta el límite de Summerland por dos razones. La primera es que, como ya te he dicho, es necesario que tu sistema se ajuste a las

alteraciones del ambiente. La otra es que te acostumbres de nuevo a andar. Una vez que abandonemos Summerland, quedaremos sujetos a una atmósfera más densa que nos impedirá viajar mediante el pensamiento.

Lo miré con curiosidad. ¿Para eso nos habíamos detenido?

—Lo más importante —continuó y respondió mi pregunta de inmediato— es que quiero que sepas el peligro tan grande que correrás al viajar por el reino inferior. Nuestra visita al funeral de tu mujer te afectó. Pero no será nada comparado con lo que vas a experimentar. Mientras estábamos allí, nos encontrábamos alejados de las influencias de ese nivel. En el reino inferior tendremos que dejar que esas influencias nos afecten para poder actuar. Te puedo proteger hasta cierto grado, pero has de estar preparado para lo que viene. Afrontar toda oscura emoción que dejas atrás en Summerland.

»También has de estar preparado para escenas horribles. Como ya te he dicho, el camino hasta Ann no está marcado. Puede que nos lleve por lugares tenebrosos. Quiero que lo sepas. Si crees que no podrás sobrellevarlo...

—No me importa.

Me recompensó con su silencio. Resultaba obvio que se preguntaba si tenía la más mínima idea de lo que me estaba diciendo.

—Estupendo. Asumiendo que tengas la fuerza para resistir lo que tengas que arrostrar, te advierto que los peligros que te van a acechar durante nuestro camino en busca de Ann no son pocos.

Me empecé a asustar.

—Nuestra búsqueda nos va a conducir por lugares horribles, pero esos son peligros externos. Si encontramos a Ann y tratas de ayudarla, también te enfrentarás a peligros internos. Al regresar a un nivel tan primitivo, te verás muy influenciado por él. Si descendes tu vibración al nivel de la Tierra, no serás capaz de pensar con claridad, sino que estarás sujeto a la misma confusión en la que tu esposa vive constantemente. En su estado, tan debilitado, te arriesgarás tanto a fracasar en tu intento como a convertirte en un prisionero de su situación.

Me puso la mano sobre el hombro y me agarró con fuerza.

—Entonces perderías todo lo que hubieras ganado: a Ann y a ti mismo.

Aquello me desasosegó. No fui capaz de responder.

—Puedes volver adonde estuviste. Lo cierto es que sería casi mejor. Así, esos veinticuatro años pasarían mucho más rápido.

Cerré los ojos. Me sentí débil y asustado. Pero no podía dejarla allí. Tenía que ayudarla. Aunque estuviera aterrorizado... y con motivo, según lo que me había contado Albert. ¿Y si no era tan fuerte como pensaba? ¿No sería mejor

esperar veinticuatro años sabiendo de seguro que estaríamos juntos de nuevo? ¿No sería preferible eso a tratar de ayudarla y correr el riesgo de perder a Ann para siempre?

24 En el reino inferior

—¿Caballeros?

Al oír la voz del hombre abrí los ojos. Estaba delante del banco y hablaba con nosotros.

—Me temo que tendrán que salir. Este es un parque privado.

Lo miré. ¿Un parque privado en Summerland? Comencé a decir algo, pero Albert me cortó en seco.

—No pasa nada. No nos habíamos dado cuenta.

—Muy bien —replicó el hombre. Era de mediana edad, aspecto distinguido, y vestía con elegancia—. Si se marchan de inmediato, no habrá ningún problema.

—Enseguida —convino Albert, y se levantó de inmediato del banco. Lo miré, sin comprender. No entendía cómo permitía que aquel hombre nos echara de un parque en Summerland sin decir nada. Me levanté y fui a hablar, pero Albert me agarró del brazo.

—Déjalo —me susurró.

El hombre nos observó con un distanciamiento gélido mientras nos marchábamos.

—¿Qué pasa?

—No serviría de nada. No lo entendería. Esta gente se halla en una situación especial. En vida no hicieron daño a nadie y aquí tampoco lo causan... dado lo bello de estos parajes.

»Sin embargo, no existe manera alguna de atravesar su burbuja. Viven una existencia limitada que creen que es adecuada para su clase.

»Creen que es una localización privilegiada, un lugar restringido al que solo pueden acudir las personas que pertenecen a su escalafón social. No son capaces de comprender que en Summerland no hay grupos exclusivos ni clases. Viven con la ilusión de ser un grupo superior.

—Grotesco —respondí mientras negaba con la cabeza.

—No es nada comparado con lo que afrontarás si continuamos.

Caminamos en silencio durante un rato. Parecía que no continuábamos hacia

los confines de Summerland, sino que dábamos vueltas en círculos. Es como si Albert quisiera que me hiciera a la idea.

Al final lo hice.

—Puesto que el único que corre el riesgo soy yo, y no Ann, he de continuar. Necesita mi ayuda.

—Piensa que si quedas atrapado en el mundo etéreo, vuestra reunión se retrasará... —Se paró y supe que iba a decirme de cuánto tiempo se trataba. ¿Cien años? ¿Mil? El miedo hizo presa en mí. ¿Era tan estúpido como para intentarlo? ¿No sería preferible veinticuatro años a...?

Tomé la decisión enseguida: la idea de Ann sola en Dios sabe dónde durante un cuarto de siglo fue suficiente para decidirme. No podía dejarla allí sin tratar de ayudarla.

No lo haría.

—Está bien —dijo Albert, que sabía que había tomado mi decisión—. Sigamos, entonces. Admiro tu devoción, Chris. Puede que aún no seas consciente, pero lo que estás a punto de hacer es algo muy valiente.

No repliqué, pero según avanzábamos me di cuenta de que habíamos cambiado de dirección de forma sutil y nos dirigíamos hacia los confines de Summerland.

Por delante divisé una pequeña iglesia. Al igual que el parque, no me resultaba del todo fea, pero sí que carecía de la perfección del resto de cosas que había visto en Summerland. Era de color marrón y la mampostería mostraba desperfectos. A medida que nos acercábamos, escuché cantar a una congregación:

«Hastiado de la Tierra y repleto de pecados, observé el cielo y anhelé llegar al cielo».

Miré a Albert, sorprendido.

—Pero si ya están en él.

—No lo saben —replicó—. Así que se pasan todo el tiempo cantando canciones lúgubres y escuchando sermones lúgubres.

La ansiedad me abrumó. Si estas situaciones se daban en el propio Summerland, ¿qué encontraríamos al dejar este reino?

* * *

Albert se detuvo.

Estábamos delante de una superficie de piedra recorrida por parches de

hierba que daban la sensación de estar secos y quebradizos.

—Será mejor que nos cambiemos de ropa. Y tenemos que ponernos zapatos.

Iba a preguntarle la razón, pero elegí no hacerlo: no lo hubiera dicho de no ser necesario. Me concentré en el cambio. El mariposeo que solía sentir en la piel se demoró esta ocasión, como si requiriera esfuerzo extra. Miré abajo y comprobé, con sorpresa, que vestía lo mismo que la noche del accidente.

Me volví hacia Albert. Llevaba una camisa y pantalones azules y una chaqueta beis.

—Las ropas que tenía puestas cuando me metieron en el hospital.

Sonreí.

—¿Va a ser así a partir de ahora? —pregunté. Tenía la sensación de que el aire que respiraba era líquido y granuloso.

—Tenemos que comenzar a adaptarnos a los cambios en el ambiente. Visualízate como si estuvieras cómodo con el entorno.

Lo intenté y poco a poco empecé a tener la impresión de sentirme denso, pesado. La sensación era sutil, pero distintiva. La textura de mi piel adquirió una densidad peculiar, y por fin el aire se hizo respirable. Aunque ya no era vigorizante ni puro como el de antes. Se había vuelto pesado.

Observé la campiña..., si «campiña» era un buen término para lo que estaba viendo. Aquí no se trataba de un paisaje agradable; solo un páramo con hierba muerta, árboles casi sin hojas y sin una gota de agua cerca. Tampoco casas. ¿Quién viviría por aquí?

—Vas a ver gente capaz de residir en lugares que, comparados con este, son bellos.

Traté de no temblar.

—¿Pretendes disuadirme?

—Prepararte más bien. Incluso así, da igual lo que diga, no creo que te hagas una idea de lo que vas a ver.

De nuevo fui a cuestionarle, y de nuevo me callé. Era mejor no malgastar energía rebatiendo todo aquello que me decía. Tenía que conservar mis recursos para lo que viniera después.

Por ahora, lo que se extendía ante mí era un páramo desolado. A medida que lo cruzábamos, el césped escaseaba más y advertí que las grietas recorrían el suelo de cuando en cuando. Ya no había brisa. El aire no se movía y se enfriaba según nos adentrábamos en la zona.

—¿Se atenúa la luz o me lo estoy imaginando? —pregunté.

—No —respondió con voz queda. Su tono parecía perder fuerza junto con el aspecto del terreno—. Salvo que esta vez no se atenúa para que descanses. Mengua porque estamos cerca del reino inferior... al que llamamos también «reino oscuro».

Había un hombre delante. Permanecía impassible y nos aguardaba. Imaginé que sería alguien que vivía aquí, por alguna razón que no alcanzaba a comprender.

Me equivocaba.

—Aquí es donde empieza el reino inferior. No es un lugar para los curiosos —nos dijo.

—Vengo para ayudar a alguien —respondí.

El hombre miró a Albert, que asintió.

—Es cierto.

—Aquí no se entra solo para mirar —nos advirtió.

—No se trata de eso. Buscamos a la esposa de este hombre para ayudarla.

El hombre asintió y nos puso la mano sobre los hombros.

—Id con Dios. Y no bajéis la guardia. Tened cuidado.

Albert volvió a asentir y el hombre retiró la mano.

En el mismo segundo en el que cruzamos el extremo, me sentí incómodo, oprimido, zaherido por un deseo abrumador de darle la vuelta y huir hacia un lugar más seguro. Me costó bastante no ceder.

—Si quieres volverte, dímelo. —¿Me había leído el pensamiento o era demasiado obvio lo que sentía?

—Vale.

—En cualquier momento —añadió.

Entonces supe que ya no me podía leer la mente.

—¿Tenemos que hablar en voz alta, no?

—Sí —respondió. Qué desconcertante era ver sus labios moviéndose de nuevo. Aquello me confirmó, más que cualquier otra cosa que hubiera visto, que nos hallábamos en el reino inferior.

¿Qué vi? Casi nada, Robert. Caminamos por un lugar apagado, con un cielo plomizo que se confundía con el suelo hasta el punto de parecer que atravesábamos un túnel de color gris.

—¿No hay nada en este sitio?

—Nada permanente —me contestó Albert—. Cualquier cosa que veas, un árbol, un arbusto, una roca, es un pensamiento de una persona. La apariencia global representa la suma de las imágenes mentales de sus habitantes.

—¿Esta es la suma de sus imágenes mentales? —Vacía, silenciosa, sin vida.

—Así es.

—¿Y tú trabajas aquí? —Me sorprendía que alguien decidiera trabajar aquí.

—Esto es la nada —fue lo único que dijo.

No eran imaginaciones mías. Su voz era apenas una sombra de lo que había sido en Summerland. El vacío del lugar afectaba incluso al habla. ¿Cómo sonaría la mía?

—Hace frío. —Hasta entonces no me había dado cuenta.

—Piensa que entras en calor —recomendó Albert.

Me concentré ello y no tardé en advertir que el frío se volvía más soportable.

—¿Mejor ahora? —preguntó Albert.

Asentí.

—Ten presente que, según avancemos, necesitarás concentrarte más para adaptarte al ambiente. Lo que exigirá cada vez más de ti.

Miré en derredor, un tanto inquieto.

—Está oscureciendo.

—Piensa que la luz te rodea —me aconsejó Albert.

¿Pensar en luz? Lo hice. Me esforcé en ello, aunque no sabía muy bien cómo iba a ayudarnos.

Aun así, me concentré. Poco a poco las sombras que nos rodeaban comenzaron a iluminarse.

—¿Cómo funciona?

—La luz aquí proviene solo de la acción del pensamiento sobre la atmósfera. «Hágase la luz» es algo más que una frase. Aquellos que llegan a este reino

en un estado subdesarrollado se encuentran, literalmente, en tinieblas. Sus mentes son incapaces de crear la luz que ahora nos permite ver a nosotros.

—¿Por eso es por lo que no pueden llegar a los niveles más altos? —pregunté al acordarme de Ann—. ¿Porque son incapaces de encontrar el camino?

—Tal vez eso influya. Sin embargo, aunque pudieran ver con los ojos, sus sistemas serían incapaces de subsistir en un reino más elevado. El aire, por ejemplo, les resultaría tan enrarecido que respirarlo les sería doloroso, si no imposible.

Observé la campiña sin fin.

—Lo podrían llamar Winterland —solté. La mera visión del paisaje me deprimía.

—Podrían. Salvo porque los recuerdos del invierno en la Tierra suelen ser placenteros. Nada aquí lo es.

—¿Tu trabajo aquí... sirve de algo? —pregunté.

Suspiró, y bajo el tenue resplandor su expresión fue de melancolía. Una expresión que nunca antes había visto en su cara.

—Sabes mejor que nadie lo complicado que es convencer a la gente de la Tierra de que existe el más allá. Aquí es muchísimo más difícil. Es la misma situación a la que se enfrenta un ministro de la Iglesia ingenuo que fuera destinado al más vil de los arrabales. Mis palabras solo se encuentran con risas despectivas, bromas de mal gusto, insultos. Eso explica la razón de que tantos habitantes de este reino lleven aquí años y años.

Lo miré con tanta consternación que pareció sorprenderse, hasta que cayó en la cuenta. Incluso había perdido agudeza aquí.

—Lo siento, Chris —se disculpó—. No quería decir que Ann fuera a estar aquí tanto tiempo. —Suspiró de nuevo—. Acabas de comprobar que la atmósfera de este lugar afecta a los pensamientos de uno. A pesar de lo que creo, me he dejado arrastrar por el pesimismo. Lo cierto es que toda alma debería terminar por alzarse. Nunca he oído de ningún espíritu que haya sido abandonado de forma permanente, sin importar lo malvado que fuera en vida. Y tu Ann no es malvada en absoluto. Lo que quiero decirte es que aquí hay almas descarriadas que llevan en este reino, por lo que parece, sobre todo a ellos, una eternidad.

No dijo más y yo no insistí. No quería pensar en la posibilidad de que Ann se quedara aquí para siempre... ni tampoco en que yo mismo quedara prisionero en el reino inferior.

25 Abrirse a pensamientos oscuros

Flotaba un olor en el aire, un hedor que solo podía asociar con la corrupción.

Por delante de nosotros se extendía un grupo de chozas. Podría decirse que era una aldea, pero los chamizos parecían haber sido colocados al azar, sin orden alguno.

—¿Qué es esto?

—Un lugar de reunión para aquellos de naturaleza similar —respondió Albert.

—Ella no... —comencé a preguntar, pero no fui capaz de terminar; la mera idea me quebró la voz.

—No lo creo —terminó Albert.

Iba a darle gracias a Dios cuando se me ocurrió que el lugar donde Ann estaba ahora mismo podía ser peor. Traté de no pensar en ello, pero fue imposible. Sabía que no era justo, pero no podía ayudarla. La influencia perniciosa del reino comenzaba a afectar mi mente.

Ningún ruido provenía de la conglomeración de chozas. Lo único que se escuchaba era el roce de nuestros zapatos contra el suelo granuloso y duro.

A nuestra derecha vi gente que se movía sin rumbo, mientras que otros permanecían quietos. Todos vestían con ropas andrajosas. ¿Quién serían? ¿Qué habrían hecho (o no habrían hecho) para acabar allí?

Caminamos hasta acercarnos a pocos metros de un grupo formado por unos cuantos hombres y mujeres. Aunque Albert me había dicho que no creía que Ann estuviera allí, me fijé en cada una de las mujeres. Nadie nos miraba.

—¿Nos pueden ver? —pregunté.

—No les interesamos. Están absortos en sus propias preocupaciones.

Unos pocos se sentaban sobre unos enormes peñascos. Tuve la sensación de que las rocas las habían creado ellos mismos con su pensamiento. Se acomodaban sobre ellas con la cabeza inclinada, las manos colgando y la mirada fija en el suelo. No se movían ni un ápice. A menos que estuvieran sordos, nos habían oído llegar, pero nadie hizo ni un gesto.

Seguí estudiando a las mujeres. *No lo hagas*, me ordené. *No está aquí*. Pero Albert no había dicho eso, solo que no lo sabía. ¿Significaba eso que era posible? Miré con más detenimiento.

Estábamos tan cerca que fui capaz de apreciar sus rasgos a pesar de la penumbra que reinaba allí.

La visión me hizo quedarme sin aliento.

—Acostúmbrate. Verás cosas peores.

Su tono sonó antipático. Lo miré y me pregunté si el lugar lo estaba cambiando. Si él era incapaz de resistirse, ¿qué esperanza tenía yo?

Me eché a temblar y volví a mirar a la gente. Se me antojaba imposible el que Ann estuviera allí. Imposible.

Los rasgos de los hombres y las mujeres eran exagerados, como si fueran acromegálicos. Parecían meras caricaturas.

Contra mi voluntad, observé con detenimiento a las mujeres. ¿Era aquella la cara malformada de Ann?

Luché contra la idea. ¡No! ¡No estaba allí!

—No era ella, ¿verdad? —pregunté poco después, sin demasiada convicción.

—No —murmuró Albert. Solté un suspiro prolongado.

Pasamos junto a un joven que estaba tirado en el suelo, con la ropa rasgada y sucia. Al principio creí que nos miraba, pero luego me di cuenta, por cómo estaban situados sus ojos, de que estaba ensimismado, sumido en un abatimiento introspectivo.

Tragué una bocanada de aire al ver aquella expresión perdida y el aire fétido descendió por la garganta como si de pegamento frío se tratase.

—¿Por qué tienen ese aspecto? —pregunté, dolido por la situación de aquella gente.

—La apariencia de uno se halla unida a su mente. Lo mismo ocurre en la Tierra; las caras de la gente cambian tras cierto tiempo, de acuerdo con sus acciones y pensamientos. Esto que ves es solo una continuación lógica, aunque terrible, de tal proceso.

—Parecen tan taciturnos...

—Lo son. Están obsesionados con su propio pesar.

—¿De verdad fueron tan malos?

Dudó antes de responder a mi pregunta.

—Chris, quiero que comprendas que esto es no es nada comparado con lo que nos espera. La gente que hay aquí no es culpable de pecados horrendos.

Incluso la menor trasgresión se vuelve más siniestra cuando uno está rodeado de gente que comete actos similares. Cada persona multiplica y amplifica los errores de los demás. «A la miseria le encanta la compañía», se dice en la Tierra. Debería ser así: «la miseria compartida se hace aún peor».

»Aquí no hay equilibrio. Todo es negativo y este sentimiento se alimenta de sí mismo, por lo que solo se genera más caos. Es un nivel de extremos... y extremos de una naturaleza inferior pueden crear un hábitat muy desagradable. ¿Ves sus auras?

No me había dado cuenta debido a la ausencia casi total de luz, pero entonces sí me fijé. Sombras de gris y marrón. Colores terrosos, apagados.

—Todas estas personas se encuentran en la misma situación.

—En esencia sí —replicó Albert—. Esa es una de las maldiciones de este reino. No existe la empatía entre estas personas, puesto que todas pasan por lo mismo. Son solo un espejo donde se refleja su propia desdicha.

De repente, Albert giró hacia la derecha. Miré hacia allí y vi el primer movimiento rápido (relativamente) en aquellos parajes hasta ahora: el cojeo de un hombre detrás de una de las chozas.

—¡Mark! —gritó Albert.

Lo contemplé sorprendido. ¿Lo conocía?

Albert soltó un suspiro de descontento al comprobar que el hombre no parecía dispuesto a mostrarse.

—Últimamente huye de mí cuando me ve.

—¿Lo conoces?

—Llevo trabajando con él mucho, mucho tiempo. Ha habido veces en que he estado a punto de convencerlo de que no es un prisionero, pero al final siempre fracaso. —Agitó la cabeza—. Sigue sin creerlo.

—¿Quién es?

—Un hombre de negocios. Un hombre que en vida solo se preocupaba por conseguir más y más dinero. Apenas pasó tiempo con su familia o sus amigos. Cada día de cada semana de cada año lo dedicaba a amasar más riqueza.

»Y por eso se siente traicionado. Cree que lo deberían recompensar por lo que hizo. Se lamenta a todas horas de lo mucho que ha trabajado. No importa lo que le diga, siempre me responde con eso. Como si su obsesión con el enriquecimiento fuera su justificación. Como si no fuera responsable ante nada ni nadie. Una donación a los más necesitados de cuando en cuando bastaba para hacerle creer que era alguien generoso.

»¿Recuerdas las cadenas de Marley? El símil es válido. Mark también está encadenado, pero no es capaz de darse cuenta.

Miré a la izquierda y me detuve, alarmado. Había una mujer que me recordaba mucho a Ann. Me dirigí hacia ella.

Albert me agarró.

—No es Ann.

—Pero... —forcejeé.

—No permitas que la ansiedad te haga ver algo diferente a lo que en realidad hay —me advirtió.

Lo miré sorprendido, pero mis pasos me seguían acercando a la mujer. Se parecía mucho a Ann.

La contemplé. En realidad no era tanto el parecido. Parpadeé y la estudié con mayor detenimiento. Nunca antes había sufrido alucinaciones. ¿Iba a empezar ahora?

Continué mirando a la mujer. Se sentaba acuclillada en el suelo e iba cubierta de pies a cabeza por un entramado de hilos delgados y negros. No se movía en absoluto, pero miraba al frente con ojos vacíos. Retrocedí. Al igual que el joven de antes, la mujer estaba retraída, pugnando con la oscuridad de su mente.

—¿No se puede liberar de los hilos?

—Claro que sí. Lo que ocurre es que no cree que pueda, y la mente lo es todo. Estoy seguro de que su vida en la Tierra fue una sucesión de frustraciones. Aquí, ese sentimiento se exagera hasta convertirse en eso.

—Pensé que era Ann —aduje, confuso.

—Recuerda lo que nos dijo el hombre —me recordó Albert—. No bajas la guardia en ningún momento.

Continué mirando a la mujer según nos alejábamos. No se parecía a Ann ni de la forma más remota. Aun así, me hizo preguntarme un par de cosas. ¿Estaría Ann en la misma situación, aprisionada en un lugar como este? La posibilidad era aterradora.

A medida que atravesábamos la aldea silenciosa y su población callada y malhadada, comencé a sentirme tan cansado como poco después de haber muerto. Puesto que las fuerzas me fallaban, empecé a encorvarme como la gente del lugar.

Albert me tiró del brazo y me enderezó.

—No dejes que te domine o nunca verás a Ann. Acabamos de empezar.

Volví a andar erguido y me concentré en resistir la pesadez. Funcionó.

—Ten cuidado. —Albert repitió lo que el hombre nos había dicho.

—Lo siento.

Me sentí deprimido. Albert estaba en lo correcto. Acabábamos de empezar. Si a estas alturas me costaba avanzar, ¿cómo iba a llegar hasta...?

—Te estás volviendo a encorvar —me advirtió Albert.

«*Dios santo* », pensé. Había ocurrido muy rápido. El más ligero pensamiento me afectaba. Tenía que resistir como fuera. No iba a sucumbir al siniestro canto de sirena de este reino.

—Un lugar poderoso —murmuré.

—Si se lo permites —contraatacó Albert.

Tenía que seguir hablando. El silencio era el enemigo: la reflexión pesimista.

—¿Qué eran los hilos esos?

—La mente es como una rueda que no deja de girar. En vida, no deja de tejer una telaraña que el día que morimos nos envuelve para bien o para mal. En el caso de esa mujer, la telaraña se ha convertido en una parodia de sus preocupaciones egoístas. No puede...

No oí el resto de lo que dijo porque mi vista se vio atraída por un grupo de gente que se arrodillaba alrededor de algo que no alcanzaba a ver. Nos daban la espalda, y con las manos se introducían algo en la boca. Todos daban la impresión de estar hinchados.

Al escuchar los sonidos que emitían (gruñidos, gañidos, ruidos de desgarrar) pregunté qué es lo que hacían.

—Comer. No, mejor dicho: engullir.

—Pero si no tienen cuerpo...

—Exacto, nunca quedan satisfechos. Lo hacen por impulso, solo creen que comen. Se emborracharían si bebieran alcohol.

Aparté los ojos. Me recordaron a bestias devorando una presa. Odiaba aquel lugar.

—Chris, camina erguido.

Estuve a punto de gruñir. Ese instante de odio había sido tan fuerte que me hizo inclinarme hacia delante. A cada paso que dábamos, entendía mejor la advertencia del hombre: «Tened cuidado».

A nuestra izquierda se alzaba una enorme estructura gris que se asemejaba a un almacén abandonado. Sus gigantescas puertas estaban abiertas y había cientos de personas en su interior. Miré dentro por si acaso Ann...

Me paré cuando las vibraciones emitidas por la estructura me impactaron con tanta fuerza que perdí el aliento.

Contemplé a las figuras moverse entre la niebla: las ropas les colgaban sobre el cuerpo, y en aquellas caras pálidas, los rasgos parecían estirarse. Todos caminaban con la cabeza hundida, sin percibir a los que los rodeaban y sin dejar de empujar a los otros. Sin embargo no reaccionaban en caso de chocarse entre ellos. No tengo ni idea de cómo lo supe, pero estaba convencido de que pensaban: «*Estaremos aquí para siempre y no hay esperanza para nosotros*».

—Eso no es cierto. —Por el bien de Ann no podía creer eso.

—Es cierto siempre y cuando lo crean —apuntó Albert.

Aparté la cabeza. Esto debía ser el infierno. Infinito y siniestro, un lugar de...

—¡Chris!

—Oh, Dios —murmuré, asustado. Me había vuelto a encorvar y mis movimientos iban haciéndose más lentos. ¿Sería capaz de resistir la influencia de este reino? ¿Había alguna esperanza de que...?

—¡Chris! —Albert se detuvo y me obligó a enderezarme. Me agarró por los brazos con fuerza y me miró a los ojos. Sentí un flujo de energía reparadora recorrerme el cuerpo—. Tienes que mantenerte alerta.

—Lo siento —musité. «*¡No, no lo sientas! ¡Sé fuerte!*», me ordené.

Traté de concentrarme en resistir esos impulsos mientras nos movíamos a través de la luz nebulosa y dejábamos atrás el conjunto de chozas.

* * *

Este lugar no era silencioso.

En cuanto nos acercamos, ruidos de ira y discusiones aumentaron de volumen, gente que discutía con voz estridente y ferocidad desmedida.

Pronto los vi.

Nadie tocaba a nadie. El contacto se producía solo a través de palabras: palabras crueles, viles, groseras. Una neblina de malicia pendía sobre la

gente, una mezcla de sus lóbregas auras y destellos de un feo rojo que pulsaban entre ellos.

Albert me había advertido que nos aproximábamos a una zona donde los espíritus violentos se congregaban. Esta sección era la menos peligrosa. Al menos, aquí la violencia solo se limitaba a palabras.

—¿Has venido aquí antes? —pregunté. Tuve que gritar para hacerme oír.

—Alguna vez.

Según recorríamos el lugar entre los grupos de gente, comencé a sentir que sus agujonazos de ira se dirigían hacia nosotros. Ni siquiera nos conocían y ya nos odiaban.

—¿Nos pueden hacer daño? —pregunté, inquieto.

—No, si nos negamos a aceptar su ira. Es mucho más probable que causen daño a gente viva que no es consciente de su existencia. Afortunadamente, su masa solo se concentra en raras ocasiones. Si ocurre, mentes más fuertes en niveles superiores lo perciben y cierran la brecha antes de que puedan herir a inocentes.

»Aunque hay individuos en la Tierra cuya naturaleza es más receptiva a estos pensamientos; eso les proporciona un acceso a sí mismos. A esas personas no se les puede ayudar. En eso consiste la libre determinación. Cualquier hombre y mujer es capaz de abrirse a pensamientos oscuros.

26 En las profundidades del Infierno

Cuanto más andábamos, más nervioso me ponía. Una desazón continua me dominaba. Me sentía constreñido y asfixiado por la atmósfera que me rodeaba. El aire de mis pulmones sabía a suciedad, a vileza, y era tan denso como el pegamento.

—Vuelve a ajustar tu sistema —me ordenó Albert.

De nuevo (esta era la quinta vez... ¿o tal vez la sexta?) me visualicé funcionando en estas nuevas condiciones. Ya no se trataba de sentirme cómodo, bien lo sabe Dios: había abandonado esa idea por completo. Ahora solo me preocupaba la supervivencia pura y simple.

Mi cuerpo pareció coagularse tanto que, de seguir viviendo en la Tierra, mi carne se habría congelado y endurecido, y mis huesos se habrían vuelto más densos.

—Ajusta tu mente. Esto va a ser lo peor que hemos visto hasta ahora.

Tragué una profunda bocanada de aire y arrugué la cara ante el sabor y el olor del aire fétido.

—¿Esto servirá de algo? —quise saber.

—De haber otra forma de encontrarla, habríamos optado por ella en lugar de por esta.

—¿Nos estamos acercando a ella?

—Sí y no.

Me giré hacia él, irritado.

—¿Qué significa eso?

Su mirada apremiante me recordó que tenía que controlar la ira. Al principio no fui capaz, pero luego caí en la cuenta de que era algo que tenía que hacer. Debía mantener la calma.

—¿Nos estamos acercando?

—Seguimos el camino correcto. Pero aún no la hemos localizado.

Se paró y me miró.

—Siento no poder explicarlo mejor. Pero sí, sí sirve de ayuda. Créeme, por

favor.

Asentí y lo miré a la vez.

—Dime si quieres que nos volvamos.

—¿Volver?

—Deja que sea yo quien la busque...

—Quiero encontrarla, Albert. Y quiero hacerlo cuanto antes.

—Chris, tienes que...

Me aparté de él, enfurecido, pero recapacité de inmediato. Solo me había advertido. Mi poca paciencia con él evidenciaba que el ambiente me volvía a afectar.

Comencé a disculparme, pero volví a sentir el aguijonazo de la furia. Estuve a punto de descargarla contra Albert. En ese momento, un rayo de razón atravesó el oscuro resentimiento de mi mente y supe, de nuevo, que solo trataba de ayudarme. ¿Quién era yo para discutir con un hombre que viajaba hasta este horrible lugar para ayudar a los demás? ¿Qué demonios me pasaba?

Mis sentimientos volvieron a invertirse. El desconsuelo hizo mella en mí debido a mi incapacidad por...

—Chris, te estás encorvando otra vez. Concéntrate en algo positivo.

Se encendieron todas las alarmas. Me obligué a pensar en Summerland. Albert era mi amigo. Me ayudaba a buscar a Ann. Su única motivación era el amor.

—Mejor. —Albert me apretó el brazo—. Aferra te a eso, sea lo que sea.

—Lo procuraré. Siento ceder tan pronto.

—No es fácil recordar aquí. Y muy sencillo olvidar.

Incluso aquellas palabras, una mera explicación, tiraban de mí hacia abajo, como si existiera un magnetismo siniestro en el ambiente. Pensé en Summerland, en Ann, y mi amor por ella. Funcionó.

Me concentraría en Ann.

La luz se atenuaba a la par que andábamos. Aunque mi concentración creaba una zona iluminada a mi alrededor, esta zona parecía encogerse ante la presión externa. La luz de Albert era más fuerte, pero su intensidad disminuyó hasta tener la misma que una vela. Me dio la impresión de que el aire era mucho más denso, como si estuviéramos caminando por el fondo de

un mar turbio y profundo. No había gente ni edificios a la vista. Lo único que veía eran rocas, una fila de piedras escarpadas.

Momentos después, llegamos al borde del cráter.

Me incliné y miré a la negrura del agujero... pero me eché atrás cuando una oleada de algo que surgía de allí, algo tóxico y maligno, me alcanzó de lleno.

—¿Qué es eso? —musité.

—Si hay algún lugar en el que hemos estado que se merece el nombre de infierno, este es. —Era la primera vez que escuchaba un toque de aprensión en su voz, y eso me hizo tener más miedo. Hasta ahora me había apoyado en su fuerza. Si este lugar lo asustaba...

»Debemos descender por aquí. —No estaba seguro si me lo decía a mí o si solo quería reforzar su determinación.

Tragué aire con dificultad.

—Albert, no está ahí abajo —rogué, más que dije.

—No lo sé —respondió. Su expresión era muy grave—. Solamente sé que tenemos que bajar ahí si queremos encontrarla.

Me recorrieron los temblores. Cerré los ojos y traté de recordar Summerland. Para mi sorpresa, fui incapaz de conseguirlo. Luché para visualizar la orilla del lago en el que había estado, el precioso paisaje que...

Se había ido. Abrí los ojos y observé el cráter, vasto y oscuro.

Tenía un diámetro de varios kilómetros y sus bordes se cortaban de forma seca. Lo único que se veía al fondo (era como apreciar los detalles de un valle por la noche) eran grupos ciclópeos de rocas, como si algún cataclismo hubiera sacudido el lugar eones antes. Creí ver aberturas en ellos, pero no estaba seguro. ¿Había túneles en la roca? Me encogí al pensar en las criaturas que vivirían en aquellos túneles.

—¿Tenemos que ir por aquí? —pregunté. Sabía la respuesta de antemano, pero quise escuchar mi voz, una voz que temblaba de miedo.

—Chris, volvamos. Deja que me ocupe yo de esto.

—No. —Estaba dispuesto a hacerlo. Quería a Ann y pensaba ayudarla. Ni siquiera las profundidades del Averno me apartarían de ella.

Albert me miró y luego fijó la vista en el cráter. Había cambiado de apariencia. Me recordaba más al aspecto que tuvo en vida. La perfección no tenía lugar allí, y sus rasgos se asemejaban a los recuerdos que tenía de él cuando yo era joven. Siempre aparentaba estar demasiado pálido, enfermo. Volvía a tener el mismo aspecto... y estuve convencido de que yo mismo

mostraba tal aspecto.

Solo me quedó rezar para que, bajo su palidez, la resolución de aquel hombre que había conocido en Summerland se mantuviera intacta.

* * *

Descendíamos por una fisura rocosa. No se veía con claridad, pero la superficie de la roca se me antojaba resbaladiza. Había una cosa gelatinosa que la cubría y que exudaba un olor a descomposición. De vez en cuando, algo pequeño reptaba por entre mis dedos y me sobresaltaba. Cuando los crispaba, sea lo que fuera aquello se escurría con rapidez entre las grietas. Con los dientes apretados, me concentré en Ann. La amaba y estaba allí para ayudarla. Nada era más fuerte que aquello. Nada.

A medida que bajábamos, la sensación de (¿cómo describirlo?) «materialidad» empezó a llenar el aire. Me daba la sensación de movernos a través de un fluido invisible y denso. No tardamos en ajustarnos al ambiente. Nos convertimos en parte de él y nuestro sistema se adaptó enseguida.

El aire, si se podía llamar así, me resultaba repulsivo, denso, pegajoso y de un hedor nauseabundo. Lo sentí envolver mi cuerpo y reptar hasta mis pulmones mientras seguíamos nuestro periplo hacia las profundidades.

—¿Ya has estado aquí? —pregunté. Me costaba respirar. Era tan consciente de mis funciones corporales que por un momento pensé que estaba vivo.

—Varias veces.

—Yo no podría.

—Alguien los tiene que ayudar. Ellos no se pueden ayudar a sí mismos.

«Ellos», pensé. Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza. ¿Qué aspecto tendrían los habitantes de aquella fosa hedionda? Confié en que no tuviera que averiguarlo. Recé para que a Albert se le ocurriera una idea genial y supiera dónde se encontraba Ann, para llevarme allí de inmediato y así salir de este lugar infernal. No aguantaría mucho...

No. No debía pensar en eso. Aguantaría cualquier cosa con tal de llegar hasta Ann.

El reino inferior. No era una descripción adecuada. No evocaba ni la mitad de lo repugnante del sitio. No había luz, solo la oscuridad de una noche perpetua. No había vegetación. Solo había piedra fría por todas partes. Y un olor repulsivo, malsano, que nunca remitía. Una atmósfera que haría sentirse enfermo e inerme al hombre más fuerte.

La oscuridad me rodeaba. Conseguir el más tenue fulgor de luz requería toda mi concentración. No me veía las manos. La espeleología debía de ser algo parecido a esto. La oscuridad me oprimía a cada paso que daba. ¿No sería

mejor carecer de toda luz? Así al menos no tendría que ver...

Boqueé cuando una oscuridad abismal me tragó.

—¡Albert! —susurré.

—Piensa en luz —me respondió.

Me sujeté a la fría pared de roca y me tensé. Hice lo que me había dicho. Mi cerebro pugnaba para crear una imagen de iluminación. Visualicé una cerilla, pero no se encendía. Una y otra vez arrastraba el fósforo contra la superficie rocosa, pero lo único que conseguí fue la visión de una chispa furtiva en la distancia.

Probé a imaginar una antorcha en la mano, una linterna, un candil, una vela. Nada funcionó. La oscuridad me asfixiaba y empecé a tener miedo.

De repente, la mano de Albert me tocó el hombro.

—Luz —dijo.

Me sentí aliviado en cuanto la luz volvió a aparecer en torno a mi cabeza, como si fuera una aureola. No solo eso, sino que recuperé también la confianza al comprobar que la habilidad de Albert para restaurar en mí la fuerza necesaria para traerla de vuelta seguía intacta.

—Tenlo muy claro: no hay tinieblas en el mundo equiparables a las del reino inferior. No puedes prescindir de luz aquí.

Le apreté la mano derecha en símbolo de agradecimiento. En el mismo momento, algo frío y con muchas patas se escurrió por entre mi mano izquierda. Estuve a punto de soltarme de la pared, pero en el último momento conseguí controlarme. Me pegué al muro con la mano derecha y cerré los ojos.

—Gracias —murmuré tras un momento.

Poco después me pregunté qué habría pasado de haber caído. No podía morir. Aun así, era poco consuelo. En el infierno, la muerte es lo que menos debe preocuparte.

El aire viciado se iba enfriando, y ahora se aferraba a mi piel de forma que parecía vivo. «*Piensa en calor*», me dije. Luché para recordar el aire de Summerland, para sentir su calidez.

Ayudó un poco. Pero el olor empeoraba por momentos. Y seguíamos descendiendo. ¿Nunca llegaríamos al final?

Entonces me sobrevino. Una tarde de verano. Marie volvía de cabalgar con *Kit*. Justo antes de que enjugara la piel de *Kit*, la oí. Apreté los dientes hasta que me dolieron. El olor del infierno es el olor a caballo sudado. ¿Este sería el

lugar al que se había enfrentado Dante en sus horribles visiones?

Se me ocurrió en aquel momento (aunque muy, muy despacio; cada pensamiento me costaba un esfuerzo sobrehumano) que, dado que era capaz de reprimir el frío y la oscuridad, podría hacer lo mismo con el olor. ¿Cómo? Mi cerebro zozobraba como un barco que se hundía. «*Piensa* », me ordené. Al final conseguí evocar el recuerdo del aroma agradable de Summerland. No se trataba de un recuerdo perfecto, pero bastaba para acabar con el olor y así hacer mi viaje más soportable.

Quise contarle mi logro a Albert, pero no lo veía por ninguna parte. Fui presa del terror.

Grité su nombre.

Sin respuesta.

—¿Albert?

Silencio.

—¿Albert?

—Estoy aquí. —Me llegó su voz y tras esforzar la vista, conseguí discernir el débil halo de su figura, que se movía en mi dirección.

—¿Qué ha ocurrido?

—Te despistaste. Y yo estaba mirando abajo y me ha pasado lo mismo.

Me quedé sin aliento al mirar hacia abajo. Lo único que veía era una negrura insondable. ¿Cómo podía ver algo allí?

Recuperé el aliento y escuché.

Desde aquella fosa oscura surgían unos ruidos indistinguibles: gritos y llantos de agonía, risas enfebrecidas y enfermas, aullidos de locura. Traté de no temblar, pero no tenía la fuerza necesaria. ¿Sería capaz de llegar hasta abajo? Cerré los ojos y recé: «*Dios, ayúdame a sobrevivir* ».

Aquello me esperaba en las profundidades del Infierno.

27 Infiernos dentro de infiernos

Me pregunto ahora si fue alguien con una herencia psíquica, alguien que viajó a este lugar, quien llamó «Bedlam»^[1] al primer manicomio inglés.

«*Una cacofonía repugnante* », fue la frase que me vino a la cabeza en cuanto llegamos al fondo del cráter.

El aire estaba ahíto de cada uno de los horribles sonidos que el hombre es capaz de emitir.

Gritos y aullidos. Maldiciones. Risas dementes de todo tipo y variedad. Refunfuños y siseos. Gruñidos bestiales. Inimaginables gruñidos de agonía. Escalofriantes expresiones de dolor. Rugidos salvajes y lamentaciones. Chillidos, bramidos, sollozos, gañidos y protestas. El tumulto confuso de incontables almas trastornadas.

Albert se me acercó al oído y me gritó.

—¡No te separes de mí!

No necesitaba repetírmelo. Como un niño aterrorizado por todos los miedos imaginables e inimaginables, me agarré a su brazo en cuanto comenzamos a recorrer la base del cráter. Avanzamos entre formas que yacían tiradas por todas partes. Algunas se movían de manera caprichosa, otras lo hacían con estremecimientos espasmódicos, otros reptaban como serpientes, y otros tantos permanecían quietos como cadáveres.

Todos ellos parecían muertos.

Lo que distinguí a través de la exigua luz que emitíamos acobardó mi alma.

Una nube de vapor colgaba por encima del suelo de roca, amenazando con ahogarnos, hasta que (por enésima vez) ajustamos nuestros sistemas para sobrevivir.

Bajo el vapor se hallaban aquellos seres. Ropas andrajosas y rotas que dejaban al descubierto una piel púrpura y grisácea. Ojos brillantes encajados en rostros sin vida nos miraban.

Y de fondo había un zumbido.

Había gente sentada en las rocas, las cabezas pegadas las unas a las otras como si estuvieran conspirando entre ellos. Había gente que copulaba sobre el suelo y sobre las rocas, sin dejar de gritar y reír. Había gente que golpeaba a otros, que ahogaba a otros, que atizaba a otros con piedras, que torturaba a otros. Todo ello aderezado con gritos, maldiciones y gruñidos. Una masa de

criaturas reptantes, retorcidas, perversas, espasmódicas, bamboleantes, ruidosas y convulsas llenaba el cráter.

Y el zumbido no cesaba nunca.

Cuando la vista se adaptó a la niebla espesa, observé grupos de figuras semejantes a simios que iban de un lado a otro y hablaban entre ellos con voces guturales. No dejaban de moverse (o algo parecido) en busca de algo malvado o violento que hacer.

Y el zumbido continuaba, un canturreo interminable cuya fuente no divisaba aún.

Lo que sí vi entonces, diseminados por la zona que cruzábamos, fueron unos pozos de un líquido negro y asqueroso. No estaba seguro de si aquello era agua. Un olor aborrecible, mucho peor que cualquier otra cosa que hubiera olido antes, se elevaba de estos pozos. Quedé horrorizado al apreciar movimiento dentro de ellos, como si hubiera gente atrapada allí e incapaz de salir.

Y el zumbido proseguía, y se hacía más y más intenso, un sonido constante que se alzaba por encima de la cacofonía de ruidos humanos e inhumanos.

¡Un súbito estallido de pensamientos depravados me asaltó!

«*Pero si se suponía que no podíamos percibir pensamientos*», me dije. La presión de una oleada de visiones me golpeó de lleno. Supuse que tales pensamientos eran tan extremos que no se requería la telepatía para absorber sus vibraciones. Se trataba de pensamientos tangibles para los sentidos, más similares a una ola de fuerza psíquica que a un conjunto de ideas inmateriales.

Aquel batiburrillo de ideas me produjo náuseas. Miré alrededor y vi un montón de personas, de pie, a unos diez metros de nosotros, iluminados por un resplandor de color naranja sucio. Algunos esbozaban una risa perversa en la cara; la expresión de otros era más bien de odio salvaje. La ola de pensamientos provenía de ellos...

De repente grité, aturdido, y el chillido pasó inadvertido entre la algarabía de los lunáticos.

El zumbido que había estado escuchado tenía su origen en el aleteo de moscas.

Millones de ellas.

Todo el mundo estaba cubierto por aglomeraciones de insectos. Se movían con ellos. Se acomodaban en los ojos y reptaban entre las bocas.

De repente me vino a la mente. *Kit* tenía un corte que se había hecho con una alambrada y que le cruzaba el rostro. Un enjambre de moscas se había

reunido sobre ella, como si fuera un montón de carbón viviente. Las que estaban en el fondo engullían su sangre, y tenían el vientre rojo y repleto. Incluso cuando solté un grito, asqueado, y las traté de apartar con la mano, siguieron allí.

El horror que había sentido entonces no era nada comparado con esto. Mis dedos se clavaron en el brazo de Albert y cerré los ojos, para alejar la visión de mí.

Eso fue peor.

En cuanto cerré los ojos, una avalancha de visiones me asaltó. Necrófagos de cara blanca que devoraban carne podrida. Vampiros sonrientes que sorbían sangre negra de la garganta de niños que gritaban. Figuras de basura y excrementos entremezclados. Hombres y mujeres...

Abrí los ojos. Por aterradoras que fueran las imágenes de las que era testigo en el cráter, las prefería a las que veía cuando cerraba los ojos.

—¡Resístete a sus pensamientos! —me gritó Albert—. ¡No permitas que te debiliten!

Lo miré, asustado. ¿Lo sabía?

Traté de resistirme. Robert, lo intenté con todas mis fuerzas. Me esforcé en evitar las visiones y los sonidos que aquella gente me lanzaba. Los olores y sabores y sentimientos de aquel lugar. Ann no podía estar allí.

Me obligué a no creerlo.

De repente, como si estuviera conectado con mi recuerdo de Ann, la más intensa de las desesperaciones y angustias se introdujo en mi consciencia.

Nada que haya experimentado en mi vida se parecía a esto. Debido a que el cerebro físico es incapaz de trabajar con varios pensamientos a la vez, la mente espiritual no tiene tales limitaciones.

Estas impresiones eran como rociadas de ácido que me salpicaban la mente. La desesperanza y el dolor más brutales pugnaban por apropiarse de mi propia existencia. Una melancolía tan vasta como una fosa sin fondo me reclamaba. «*Ann no está aquí*». Este pensamiento fue mi única defensa.

No estaba con estos seres.

Me sobresalté y grité, aturdido, cuando un hombre trastabilló hasta nosotros. Vestía lo que parecía ser los restos de una toga, que ahora se había convertido en unas tiras negras que colgaban del cuerpo. Tenía tan poca carne en los miembros que me recordó a un esqueleto. Las manos que estiraba hacia nosotros se asemejaban a las garras de un ave de presa, y las uñas, zarpas negras. Costaba apreciar los rasgos de su cara, malformados y distorsionados. Los ojos pequeños y rojos brillaban, y su boca abierta,

repulsiva, rebosaba dientes más similares a colmillos amarillentos.

Gran parte de su cara podrida dejaba al descubierto el hueso gris de debajo. Grité de nuevo cuando me agarró el brazo, y su toque hizo que las tripas se me revolvieran.

—¡Allí! —gritó el hombre mientras señalaba con uno de aquellos dedos como garfios.

De forma instintiva miré hacia donde señalaba y vi a un hombre que arrastraba a una mujer hacia uno de los pozos viscosos. Se agitaba aterrorizada, y sus chillidos me cortaban como cuchillas afiladas.

Grité. La conocía.

—¡Ann!

—¡Chris, no! —me advirtió Albert.

Pero ya era demasiado tarde. Me había soltado de su brazo y eludido su intento de sujetarme.

—¡Ya voy! —bramé y corrí hacia ella.

Y se desencadenó el infierno.

Nunca había entendido bien el significado de la frase hasta ese momento.

En el instante en que me solté de Albert, su protección desapareció y un tumulto de figuras se abalanzó hacia mí, aullando con alborozo depravado.

En cuanto comenzaron a acercarse me di cuenta de que aquel hombre me había engañado. ¿Sabría que estaba buscando a mi mujer? ¿Tan bien le funcionaba la mente?

Sea como fuere, solo me hizo creer que aquella era Ann. Por supuesto que no lo era. En cuanto me alejé de Albert, la cara de la mujer volvió a ser como la de los otros seres.

Me paré y traté en vano de dar la vuelta, aterrorizado.

Pero no sirvió de mucho. No había llegado a moverme ni un centímetro cuando los tenía por todas partes. Una horda de figuras que me agarraban.

Di un traspié, perdí el equilibrio y caí. Aullidos de un brutal regocijo me rodearon. Grité, horrorizado, cuando al tocar el suelo se echaron encima de mí y lanzaron sus manos contra mi cuerpo y mi cara, desgarrando ropa y piel.

Multitud de rostros pasaban ante mi vista como un borrón, algunos quemados, otros de color rojo, pero todos desfigurados por cicatrices, quemaduras o tumores. Algunos no tenían rostro siquiera, solo algo hecho de

pelo y cabello donde debieran haber estado sus rasgos.

Grité el nombre de Albert y tuve la desagradable sensación que un enjambre de moscas se colaba por la boca abierta, por los oídos y los ojos. Parecía que se habían visto atraídas por mi impotencia. Traté de escupirlas. Me sacudí las orejas y los ojos con movimientos enloquecidos.

De nuevo quise gritar el nombre de Albert, pero el único sonido que me salió fue un gorgoteo apagado cuando las moscas se introdujeron por la garganta. Deseé doblarme sobre mí mismo para poder vomitar, pero la gente vociferante me lo impedía. Me tenían atrapado contra el suelo y no dejaban de tirarme de los brazos y de las piernas, patearme y chillarme con gozo insano ante mi desvalimiento.

La luz que había emitido hasta ahora casi se había esfumado. Lo único que veía era formas retorcidas y sombras que se arracimaban en torno a mí. Lo único que oía eran gritos de placer demente mientras me arrastraban por el suelo, me destrozaban la ropa y me arañaban la piel contra las rocas afiladas. Eso y el zumbido de las moscas.

De repente me introdujeron en un líquido helado y me empujaron bajo su superficie.

El líquido descendió por la garganta y me oprimió la cara. Fue una sensación indescriptible... como si todo olor y sabor desagradables se combinaran en uno.

Aquellas manos parecidas a garras me empujaban más y más, y el terror que sentía se hizo aún más intenso (¿cómo era posible?) cuando otras manos por debajo de la superficie tiraron de mí.

Traté de gritar, pero solo barboté un balbuceo. Las manos seguían tirando de mí y me arrastraban más y más hacia las ponzoñosas profundidades.

Los cuerpos se apretaban contra mí, cuerpos esqueléticos recubiertos por tiras de piel podrida. Había cerrado los ojos, pero aun así podía ver sus rostros. Las caras de aquellos muertos en vida me dedicaban miradas jubilosas con ojos enfebrecidos mientras yo seguía descendiendo sin parar.

«*¡Ann!*», pensé. Empecé a perder el conocimiento. «*¡Te he fallado!*».

* * *

Me levanté gritando.

Albert tenía la mano sobre mi hombro y me miraba.

Estábamos sentados en un páramo gris cubierto de un cielo sucio. Un viento frío recorría el valle infinito.

Aun así, en comparación con lo que había visto, aquello era el paraíso.

—¿Cómo diste conmigo? —pregunté. Que estuviera con él me parecía increíble.

—Solo estuviste bajo su control unos momentos.

—¿Unos momentos? —boqueé—. Pero si consiguieron derribarme, me arrastraron a un pozo y me tiraron dentro...

Negó con la cabeza a la vez que esbozaba una tétrica sonrisa.

—No te perdí de vista ni un segundo. Solo te alejaste unos pocos metros. Te tocaron solo con sus mentes.

—Dios mío. —Estaba temblando—. Esto tiene que ser el infierno. Tiene que serlo.

—Uno de ellos —respondió.

—¡Uno! —Lo miré espantado.

—Chris, hay infiernos dentro de infiernos dentro de infiernos.

28 Donde Ann vivía ahora

Caminamos por el enorme páramo gris. Las sandalias arañaban el duro suelo.

—No hay ningún lugar llamado infierno —me explicaba Albert—. Lo que los hombres llaman «infierno» es un vacío en el que almas subdesarrolladas van a parar tras la muerte. Un nivel de existencia del que no pueden escapar porque son incapaces de pensar de manera abstracta, aunque sí pueden habitar materia contingente.

—¿Por qué van a parar a esos sitios? Seguro que Ann...

—Solo te puedo decir que las señales nos guían hacia allí. Y gracias a Dios, lejos de donde hemos estado.

—¿Seguimos en la pista? —pregunté con ansiedad.

—Creo que nos estamos acercando —asintió.

Miré en todas direcciones, pero no había nada salvo el páramo.

—¿Cuánto falta?

—Sé paciente. Solo un poco más.

Anduvimos en silencio un rato. Entonces, al recordarlo, saqué el tema.

—Aquel hombre me engañó.

—Una historia trágica. Se pasó gran parte de su vida torturando de forma física y psíquica a los demás. Sus crímenes se han vuelto contra él y lo han mantenido prisionero en ese lugar durante siglos. Lo triste es que, a pesar de que los recuerdos de cada uno de los inenarrables actos que cometió están grabados a fuego en su mente, no se arrepiente en absoluto de sus acciones.

—¿Por qué dices que es una historia trágica? —quise saber al rememorar la expresión feral y depravada del hombre.

—Porque en la antigua Roma no era considerado un criminal, sino un administrador de justicia.

Negué con la cabeza.

—Claro, que la justicia que administraba no tenía nada de justa. Y ahora sufre el castigo de la auténtica justicia: ojo por ojo.

Se detuvo y miró hacia la derecha. Hice lo mismo y advertí, para mi sorpresa,

una hilera de colinas en la distancia.

—Está allí —anunció Albert.

Lo miré, alegre.

Su expresión era todo lo contrario.

—No te alegres todavía. Ahora comienza la parte más difícil.

* * *

Resulta extraño que, después de todo lo que había pasado en el cráter, tuviera un mal presentimiento ante la vista que tenía ante mí, a pesar de que debería haber pasado todo lo contrario: aquella era la colina que conducía a nuestra casa.

Miré a Albert, confundido. ¿Por qué habíamos ido tan lejos si no había llegado a salir de casa?

—¿Está aquí? —pregunté.

—¿Aquí? —replicó.

—En casa. —Pero mientras hablaba supe la razón de su extrañeza.

No era el hogar con el que habíamos soñado, aunque desde donde estaba parecía casi idéntico.

—¿Qué es esto?

—Lo verás si subes allí —respondió.

—¿Si subo allí? —lo miré, extrañado.

—Preferiría que te marcharas. Sí, incluso aquí, donde solo te separan unos pocos pasos de ella.

Negué con la cabeza.

—Chris... —Me cogió el brazo y lo sostuvo con firmeza. Qué densa y «terrestre» (por definirlo de alguna forma) me pareció mi carne en aquel momento—. Lo que ocurrió en el cráter solo sucedió en tu mente... y solo sufrió tu mente. Lo que ocurra aquí afectará a tu alma.

Sabía que decía la verdad. Aun así, negué otra vez.

—Tengo que verla, Albert.

Me sonrió, pero era una sonrisa triste, resignada.

—Recuerda que has de resistirte a la desesperanza que te va a rodear. Tu cuerpo astral debe cubrirte del todo para que Ann pueda verte y oírte. Al hacerlo, te volverás vulnerable a todo aquello a lo que ella lo es. ¿Lo comprendes?

—Sí —asentí.

—Si te sientes, ¿cómo explicarlo?, arrastrado, resístete con todas tus fuerzas. Trataré de ayudarte, pero...

—¿Ayudarme? —le interrumpí.

—Haré lo que pueda para echarte una mano mientras...

Mi expresión lo hizo callar. Me miró alarmado.

—No, Chris. No debes.

—Sí. —Miré el tejado de la casa que se adivinaba en la cima de la colina—. No sé qué pasa o qué va a pasar. Pero tengo que ayudarla yo solo. Lo siento —le dije sin dejar que continuara.

Me miró, algo alterado.

—Lo siento —repetí—. No te lo puedo explicar, pero sé que así es.

Me contempló en silencio durante un largo rato, en el que supongo que pensaba si valía la pena discutir conmigo o no.

Al fin, sin una palabra más, se adelantó y me abrazó despacio. Se demoró un rato y luego retrocedió, sin despegar las manos de mis hombros. Esbozó una sonrisa.

—Recuerda que no estás solo. Que hay un hogar para ti y gente que se preocupa por ti. —Retiró las manos—. No permitas que te perdamos.

No dije nada. No había forma de saber con qué me enfrentaría en la colina. Solo me quedaba asentir y tratar de devolverle la sonrisa antes de que se diera la vuelta y se marchara.

Lo observé hasta que desapareció, y luego me dirigí hacia la casa por la carretera. Un pensamiento se me pasó por la cabeza: ¿una carretera? ¿Tenía un coche? Y si lo tenía, ¿lo podría conducir?

Me detuve e inspeccioné los alrededores. La respuesta se hizo obvia. No había vecindario, ni casas en las cercanías, ni Hidden Hills, ni nada de nada. La casa estaba aislada.

Lo único que escuchaba era el sonido de mis pisadas contra la calzada. El pavimento estaba sucio y agrietado, y matas de hierbajos amarillos brotaban entre las grietas.

Pensé de nuevo en lo que Albert me había dicho antes de dejarme.

—No creerá nada de lo que le digas, recuérdalo. No tiene sentido tratar de convencerla de que no está viva. Cree que sí lo está. Piensa que tú eres el único muerto. Por esa razón, lo mejor será que no te identifiques de inmediato, sino que procures convencerla de quién eres de alguna forma, aunque no sé de qué forma podría ser. Eso te lo dejo a ti: tú la conoces mejor que yo. Recuerda que no te reconocerá y que no te creerá si le dices sin más quién eres.

Había recorrido ya medio camino. Todo me daba miedo. Ya he descrito la calzada. Los árboles, alineados a ambos lados, estaban muertos y carentes de hojas. Al pasar cerca de uno doblé una rama que se rompió de inmediato con un chasquido seco. El suelo tenía calvas y mostraba hendeduras irregulares. Recuerdo lo mucho que me quejaba acerca del aspecto de nuestra colina a finales de verano.

Pero, aun así, era fabuloso en comparación con esto.

Me detuve y me aparté súbitamente de la calzada. Una serpiente se deslizaba entre los pequeños matojos de hierba para cruzarla. Contemplé cómo reptaba por el pavimento agrietado. Traté de discernir si tenía la cabeza triangular o no. Pero no lo distinguía, así que estudié su cola para comprobar si era una serpiente de cascabel. Hubo unas pocas veces en que nos encontramos con algunas. En una ocasión, una serpiente de casi un metro estuvo viviendo en una caja de cartón en el garaje.

No me moví hasta que la serpiente desapareció entre la hierba marrón situada a la derecha de la calzada. Luego seguí mi camino mientras me preguntaba qué es lo que habría pasado de alargar la mano y tocarla. No podía morir, pero, ¿sentiría el veneno recorrer mis venas en este nivel?

Miré hacia arriba y estudié el tejado de la casa con más detalle. Seguía teniendo un aspecto borroso, cubierto de sombras. Tenía que descender mi vibración para alcanzar el nivel adecuado.

Sucedió de inmediato. Me recorrió una sensación como nunca antes había experimentado, como si me estuviera congelando. Mis pasos se hicieron más lentos y pesados. Una película transparente me cubrió los ojos y la luz se atenuó aún más. El poco color del paisaje se tornó más apagado todavía. A través de una capa de sombras, la casa parecía ya totalmente sólida. Sin embargo, su aspecto se me antojaba muy deprimente.

Caí enseguida en la cuenta. Ya había empezado. Justo lo que Albert me había advertido: ese sentimiento desesperado. Bien sabe Dios que no era tan difícil sucumbir: la cargazón de mi cuerpo, la aridez de aquella ladera marrón, el frío gris del cielo... Mucho peor que el día más feo que alguna vez viera en vida.

No dejaría que pudiera conmigo. Me reencontraría con ella en un rato y, sin importar lo mucho que me costara o tardara, haría algo para ayudarla.

Algo.

Llegué a la cima de la colina y giré a la derecha, en dirección a la casa donde Ann vivía ahora.

29 Llegar hasta su alma

La casa parecía más pequeña, más sucia, desvencijada.

Recuerdo que en vida me quejaba del tejado. Siempre me había estado rondando la cabeza la idea de cambiar las tejas. Ann opinaba que teníamos que pintar la casa de nuevo. Los arbustos que rodeaban la casa requerían ser podados y el garaje ordenado.

Aun así, comparado con lo que veía, aquella casa estaba a años luz de esta.

Las tejas estaban rotas y sucias, y muchas faltaban. La pintura de las paredes exteriores, de las puertas, ventanas y persianas se había descascarillado, y unas cuantas rajadas recorrían la superficie de los muros. Los arbustos, al igual que pasaba con los que había visto durante mi ascenso, se habían secado. El garaje daba pena: el suelo, manchado de aceite, estaba cubierto de polvo y hojas. Los contenedores de basura rebosaban. Dos de ellos yacían en el suelo, y un gato flacucho comía algo entre los desperdicios.

En cuando me vio, pegó un respingo y corrió hacia la puerta trasera del garaje, que ahora se había visto reducido a un dintel sin hoja. El olmo de la entrada había muerto, y la cerca, a punto de derrumbarse, cimbreada a lo largo de la colina.

El Honda de Ann estaba aparcado enfrente de la casa. Al principio me sorprendió ver solo su coche, y busqué el resto, sobre todo el todoterreno.

Entonces reparé en que se trataba de su limbo privado, y que solo poseía lo que esperaba ver allí.

Caminé hacia el coche y lo examiné. Lo que vi me produjo náuseas. Siempre se había enorgullecido de él y lo había mantenido impoluto. Ahora parecía muy antiguo, el cromo estaba salpicado de roña, la pintura había saltado en unas cuantas zonas, las ventanas estaban cubiertas de polvo, tenía un abollón en un lado y una rueda desinflada. ¿Así era todo aquí?

Intenté no pensar en ello y caminé hacia la puerta principal.

Parecían igual de viejas que el resto de las cosas. También estaban cubiertas de manchas, y los pomos se habían corroído por completo. La cubierta de cristal del porche se había roto, y había trocitos de vidrio esparcidos por todo el suelo. Una sección de tejas había desaparecido por completo, y el resto mostraba los mismos signos de decadencia.

De nuevo me sentí deprimido. Luché contra ello. Y eso que ni siquiera había entrado. La idea me asustó.

Hice de tripas corazón y llamé a la puerta izquierda.

Me parecía grotesco el tener que llamar a la puerta de mi propia casa (aunque en realidad aquello fuera más bien una forma distorsionada de ella), pero sabía que aparecer de repente alarmaría a Ann. No habían sido pocas las veces en que, tras volver a casa de manera inesperada, caminaba hasta nuestro dormitorio para encontrármela saliendo del vestidor. Daba un salto hacia atrás, asustada, y decía: «¡Oh! ¡No te he oído entrar!».

Así que llamé. Mejor eso que asustarla.

Nadie respondió. Me quedé en el porche durante lo que me pareció mucho tiempo. Después, desalentado, giré el pomo y abrí la puerta. La hoja arañó el suelo a medida que la empujaba. Las bisagras debían de estar algo sueltas. Entré. El enlosado tenía la misma mala pinta que en el porche.

Me estremecí al cerrar la puerta. La temperatura era más desapacible dentro que fuera; el frío pendía de la atmósfera. Apreté los dientes y fui hacia el salón. Me juré que, no importaba lo que viera, no permitiría que me disuadiera para marcharme.

Desde siempre me había encantado nuestro salón, Robert: el panelado de roble, las estanterías empotradas, los enormes muebles de color terracota, la gran puerta corredera y la ventana que daba a la parte trasera y al estanque.

Este salón no se le parecía ni remotamente.

El panelado y las estanterías estaban rotas y carecían del brillo que recordaba; el mobiliario, raído y descolorido. La alfombra, que había sido de color verde hierba, ahora había adquirido una tonalidad verde negruzco. Una enorme mancha ocre decoraba el tejido pardo, cerca de la mesita de café. La propia mesa estaba astillada y llena de arañazos. Había perdido la tonalidad roble que antes luciera.

Esa mesa la había fabricado yo mismo, y siempre me había enorgullecido de ella. Me acerqué y observé el tablero y las piezas de ajedrez que Ann me había regalado en Navidad. Eran un prodigio de artesanía: el tablero había sido fabricado con roble y decorado con filigrana plateada grabada; las piezas las habían hecho con peltre y las bases eran de roble pulido. En suma, algo único.

Ahora el tablero estaba recubierto de polvo y arañazos, cinco de las piezas habían desaparecido y dos estaban medio rotas. Me aparté de la mesa y me dije que aquel no era el juego de ajedrez al que había jugado en vida. Era difícil aceptarlo, porque todo me parecía muy familiar. Las estanterías eran justo como las recordaba... excepto porque estas contenían libros antiguos que casi se caían a pedazos. Las persianas eran justo como las recordaba... excepto porque una de ellas se había roto y yacía tirada sobre el cojín, sucio y descolorido por el sol, del sillón, al lado de la ventana.

Eché un vistazo al embarcadero y vi que la morera no había dado frutas.

Aunque no era el mismo árbol: este se estaba muriendo. La cubierta del embarcadero estaba repleta de hojas secas y el agua se había estancado. Había una sustancia similar al limo que salpicaba la superficie del agua inmóvil.

Me di la vuelta (y me percaté de una raja en la puerta corredera) para dirigirme al piano. A diferencia del que recordaba, este no tenía lustre alguno. Toqué las teclas. Sonó metálico. No estaba afinado en absoluto.

Aparté los ojos de aquella lúgubre habitación y grité el nombre de Ann.

No hubo respuesta.

Probé de nuevo, y cuando la única respuesta que obtuve fue el silencio, crucé el salón en dirección a la salita. Me vino a la cabeza el día (ahora me parecía que había transcurrido un siglo) en el que había hecho el mismo recorrido en nuestra casa de la Tierra, el día de mi funeral, antes de darme cuenta de lo que había ocurrido.

La salita tenía el mismo mal aspecto que las demás: mobiliario hecho un guñapo y lleno de polvo, panelado y cortinas raídos, enlosado cubierto de suciedad. En el hogar ardía un fuego exiguo. Nunca había imaginado hasta entonces que una hoguera pudiera ser tan agradecida. Esta era tan pequeña e insignificante (unas pocas lenguas de fuego demacrado que lamían retazos de madera) que parecía que no proporcionaba ni calor ni consuelo alguno.

Tampoco se oía música.

En nuestra casa siempre sonaba música, a menudo hasta una mezcla entre dos o tres tipos a la vez. En esta casa (esta versión triste y deprimente de nuestra casa) solo reinaba el silencio, el frío y el silencio.

No miré las fotografías de las paredes. Sabía que no soportaría ver las caras de los niños. Fui a la cocina.

Platos sucios, el fregadero a rebosar de cubiertos y ollas, las ventanas cubiertas de mugre, baldosas que faltaban en el suelo... La puerta del horno estaba abierta, y dentro vi un pan medio lleno de grasa blanca reseca y unas briznas de carne igual de seca.

Abrí el frigorífico y miré en su interior.

El contenido me repugnó. Lechuga pasada, queso seco, pan rancio, mayonesa amarillenta, una botella medio vacía de vino tinto de aspecto turbio. De dentro surgía un intenso olor fétido, así que cerré la puerta. Me aparté y me concentré en no dejar que la decadencia de la casa me afectara. Crucé la salita, atravesé el pasillo y me encaminé a la parte trasera de la casa.

Las habitaciones de los niños estaban vacías. Entré en cada una. No hacía tanto frío y tenían mejor aspecto que el resto de la casa, pero seguían emanando esa sensación inquietante. Solo la habitación de Ian parecía haber

sido usada: la cama continuaba sin hacer y había papeles sobre la mesa, como si hubiera estado haciendo los deberes.

Me pregunté el porqué.

* * *

Ann se sentaba en el césped, justo a la salida de nuestro dormitorio.

Me quedé delante de la puerta de cristal, mirándola con lágrimas en los ojos.

Vestía un jersey grueso de color azul sobre la blusa, un pantalón suelto y zapatos raídos. Su piel, o al menos la parte que veía desde allí, daba la impresión de estar pálida y reseca. El pelo, lacio, daba la impresión de no haber sido lavado en mucho tiempo.

Para mi sorpresa, *Ginger* la acompañaba. Entonces no lo sabía, pero después de que Ann muriera, *Ginger* había dejado de comer casi por completo, y murió un mes después. Ahora estaba allí, llena de tanto amor que había elegido viajar hasta aquel lugar horroroso antes que dejar a Ann sola.

Ann no se movía y sostenía algo entre las manos, que había unido en forma de cuenco. Nunca la había visto adoptar una postura tan patética. Me desplazé para ver qué era lo que aferraba y vi que se trataba de un diminuto pájaro gris, muerto.

De repente recordé que esto ya había ocurrido antes.

Ella había encontrado un pájaro en la calle, atropellado por algún motorista despistado. Se lo llevó a casa y se sentó en el césped trasero con él. Sostuvo entre las manos el cuerpecito palpitante. No se me olvidará nunca lo que dijo. Que sabía que el pájaro estaba muriéndose y quería que oyera en sus últimos momentos los sonidos que le habían rodeado en vida: el viento silbando entre los árboles y el canturreo de los demás pájaros.

Un súbito estallido de furia surgió dentro de mí. ¿Una persona así merecía esto? ¿Qué clase de justicia era esta?

Pugné contra el sentimiento. Sentía que la ira, como si fuera un imán, me arrastraba hacia donde no quería llegar. Si no me hubiera dado cuenta de que también me alejaba de Ann, habría sucumbido.

Recordé la advertencia de Albert y reprimí la ira. No se trataba de un juicio. O, si lo era, provenía de la propia Ann. Solo estaba aquí porque sus acciones la habían llevado hasta este sitio. No constituía un castigo, era la ley. Mi resentimiento solo servía para malgastar mi energía. Lo único que podía hacer era intentar ayudarla a comprender. Por eso estaba yo allí. Y ahora había llegado el momento de empezar. Ya había llegado hasta su cuerpo.

Ahora tenía que llegar hasta su alma.

30 Un mal comienzo

Deslicé la puerta de cristal hasta mitad de camino y me asomé al otro lado. Luego la llamé por su nombre.

Ni ella ni *Ginger* reaccionaron. Tal vez ella no me había oído, pero estaba seguro de que *Ginger* sí debería haberlo hecho.

Estaba claro que aún no había «descendido» lo suficiente.

Dudé por un instante. El descender mi vibración y hacerme más pesado y denso me provocaba una sensación sucia (es la única manera de describirlo que se me ocurre).

Pero sabía que no había otro remedio, así que lo hice. Me encogí ante aquella desagradable sensación. Cogí la agarradera de la puerta corredera y la abrí del todo.

De inmediato, *Ginger* pegó un brinco y levantó las orejas. Ann se giró. Al verme, la perra se puso en pie con un gruñido y se giró para encararme.

—*Ginger*, no... —empecé.

—*Ginger*.

El sonido de la voz de Ann casi me hizo llorar. La miré mientras *Ginger* retrocedía mirando a su alrededor. Ann se levantó y por un instante creí que me iba a reconocer. Proferí un ruidito de alegría y fui hacia ella.

—¿Quién eres tú? —exigió saber.

Me quedé petrificado a mitad de camino. Su tono había sido tan frío que fue como si una aguja de hielo me traspasara el corazón. La contemplé, desalentado ante el matiz seco y desconfiado de su voz.

Ginger seguía gruñendo y el pelo de la espalda se le había erizado. Tampoco me conocía.

—Te atacará si te acercas más —me advirtió Ann. Supe que su amenaza era más bien hueca y que en realidad estaba asustada, pero su tono, tan brusco, me deprimió.

No tenía ni idea de qué hacer. Yo sí la reconocía a ella. Pero ella me creía un extraño. ¿Sería posible que aún no hubiera reducido mi vibración lo suficiente?

Tenía miedo de comprobarlo. ¿Me estaría viendo con claridad? ¿O tendría un

aspecto tan borroso como lo había tenido Albert la primera vez que lo vi después de morir?

No estoy seguro de saber cuánto tiempo nos habríamos tirado allí, callados, si no hubiera hablado. Nos parecíamos a estatuas: ella y *Ginger* me miraban; *Ginger* había dejado de gruñir, pero aún se mantenía cauta, lista para defender a Ann si tenía que hacerlo. Qué animal tan magnífico. Amaba tanto a Ann que había aceptado esto en lugar de Summerland. ¿Qué más podía hacer para mostrar su lealtad?

Mi mente trabajaba como los engranajes en continuo movimiento de un viejo reloj. Tendría que haber algo que pudiera decir. Algo a modo de presentación. ¿Pero el qué?

No te sé decir cuánto tiempo tardó el concepto en formarse en mi cabeza. Como ya te he dicho, Robert, el tiempo en el más allá no funciona igual. Y aunque este lugar estuviera más cerca de la Tierra que de Summerland, la escala de tiempo no se parecía en nada a la que Ann había conocido en vida. Lo que quiero decir es que el tiempo que pasamos mirándonos el uno al otro pudo ser un segundo, o dos, o varios minutos. Aunque mi impresión es que más bien fue esto último.

—Me acabo de mudar aquí —dije.

Las palabras salieron solas. No sabía hacia dónde ir. O si lo sabía, el fin de aquello estaba muy bien enterrado en mi subconsciente. De todas formas, solté aquello: un comienzo poco prometedor.

No soy capaz de describirte el dolor que me provocó aquella mirada de desconfianza que me dedicó al responderme.

—¿A qué casa?

—A la de Gorman.

—No han vendido su casa.

Me arriesgué.

—Sí que la han vendido. No hace mucho. Me mudé ayer.

No respondió, y yo dudé si la había pifiado, si me había pillado en una mentira flagrante.

Al ver que no me rebatía, supuse que había acertado. Ella recordaba a los Gorman pero no sabía mucho de ellos, así que no tenía forma de saber si era cierto o no.

—No sabía que la habían vendido —confesó al final, lo que confirmó mi suposición.

—Sí. La vendieron. —Me sentí contento ante mi primera victoria. Tenía que labrarme el camino pasito a pasito, a la busca de mi oportunidad.

Ann me allanó el siguiente paso, sin duda de manera inconsciente.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo leí en la guía telefónica de Hidden Hills —respondí, y me alegré al ver que mi respuesta le había resultado aceptable.

Sin embargo, todo se vino abajo con su siguiente pregunta.

—¿Y qué haces en mi casa?

Cometí el error de dudar, y Ann se tensó y retrocedió. *Ginger* volvió a gruñir y el pelo se le volvió a erizar.

—Llamé a la puerta —comenté de manera despreocupada—. Como nadie me respondía, entré y grité tu nombre. Seguí llamándote mientras me movía por la casa. Supongo que no me oíste.

Aquello no le gustó mucho, y mis esperanzas se desinflaron un poco. ¿Por qué no me reconocía? Si ni siquiera se acordaba de mi cara, ¿cómo iba a ayudarla?

Me opuse al desánimo, como Albert me había aconsejado. ¿Cuántas veces tendría que luchar contra aquella sensación antes de que esto terminara?

—Solo he venido a saludar —aseguré sin pensar. Tenía que continuar con la charada. En ese momento me volví a arriesgar—. Me ha dado la impresión de que me has reconocido al verme —le dije—. ¿Me parezco a alguien conocido?

Pensé que había avanzado un poco más al escuchar su respuesta.

—Te pareces un poco a mi marido.

El corazón se me aceleró.

—¿En serio?

—Sí. Un poco.

—¿Dónde está? —inquirí.

Error. Retrocedió unos pasos y entrecerró los ojos. ¿Le había sonado amenazadora mi pregunta? La respuesta fue evidente cuando *Ginger* me volvió a gruñir.

—¿Se llama Chris?

Entrecerró los ojos más aún.

—Lo vi en la guía —añadí, aunque confié en que no tan rápido como para levantar sus sospechas. Me puse nervioso al darme cuenta de que, en su mente, quizá ya no saliera mi nombre en la guía.

—Sí. Chris —murmuró.

¿Te puedes imaginar cómo me quemaba el anhelo de tomarla entre mis brazos y reconfortarla, Robert? ¿Incluso aunque sabía que aquello sería lo peor que podía hacer?

Me obligué a continuar.

—Los Gorman me dijeron que es guionista de televisión —le conté, en un esfuerzo por sonar afable—. ¿Es cierto? ¿Qué...?

—Está muerto —me cortó con una voz tan cargada de amargura que me dejó helado.

Entonces me di cuenta de la tarea tan ardua que me esperaba. ¿Cómo esperaba que Ann fuera a reconocer mi cara y mi voz, mucho menos mi identidad? Para ella yo estaba muerto, y no creía en el más allá.

—¿Cómo sucedió? —pregunté. No sabía por qué había preguntado. No tenía ningún plan. Solo seguía adelante, con la esperanza de que algo positivo ocurriera.

Al principio no me respondió. Pensé que no iba decir nada, pero terminó haciéndolo.

—Tuvo un accidente de coche.

—Lo siento —le dije. Aquella conducta de simpatía no demasiado efusiva sería un buen acercamiento—. ¿Cuándo fue?

Me sorprendió el comprobar que no parecía saberlo. La confusión se hizo patente en su cara.

—Ha... hace ya un tiempo —vaciló. Traté de idear la forma de utilizar su confusión para mi ventaja, pero no se me ocurrió nada.

—Lo siento —repetí. Fue lo único que se me ocurrió.

Silencio. Busqué algo que decir, cualquier cosa, pero al final volví sobre lo que ya había dicho antes.

—¿Y entonces me parezco a él? —¿Tal vez repitiendo la idea podría hacerla ver lo mucho que me asemejaba a él?

—Un poco —respondió. Se encogió de hombros—. No demasiado.

Me pregunté si ayudaría el revelar que yo también me llamaba Chris. Pero algo en mi interior me hizo rechazar la idea. Sería forzar mucho la situación. Tenía que andar con pies de plomo, o podría perder todo lo que había conseguido hasta ahora. Estuve a punto de decir que mi esposa también había muerto, pero se me antojó peligroso, así que deseché la posibilidad.

Fue como si me leyera la mente, aunque estaba seguro de que no podía hacerlo.

—¿A tu esposa le gusta Hidden Hills?

La alegría que experimenté ante su pregunta, razonablemente afable, se vio enturbiada por la confusión que me atenazó al ir a responder. Si le decía que tenía una esposa, ¿qué le diría acerca de ella? ¿No serviría para interponer una barrera infranqueable entre nosotros?

El riesgo era más de lo que estaba dispuesto a correr, así que tomé otro camino.

—Mi esposa y yo estamos separados. —En el fondo era cierto, y la respuesta la satisfizo.

Esperé que me preguntara si planeábamos divorciarnos... en cuyo caso le respondería que la separación era de otra naturaleza, y así tal vez me abriría camino.

Sin embargo, no dijo nada.

Silencio. Estuve a punto de gruñir solo para romperlo. ¿Mi ayuda se reduciría a una serie infinita de intentos fracasados seguidos de silencios? Traté de pensar en un acercamiento que despertara su empatía.

No se me ocurría nada.

—¿Cómo ha muerto el pájaro? —solté de sopetón.

Otro error. Su expresión se tornó más sombría.

—Todo muere aquí.

La miré, y no me percaté hasta pasado un rato de que en realidad no me había respondido. Iba a repetir mi pregunta cuando volvió a hablar.

—Trato de ocuparme de todo. Pero nada sobrevive aquí. —Miró al pájaro que acunaba en sus manos—. Nada —murmuró.

Fui a decir algo, pero al ver que pretendía continuar me callé.

—Uno de nuestros perros también se ha muerto. Un ataque epiléptico.

«*Pero Katie está a salvo* », pensé. Quise decírselo pero no debía. Me pregunté si podía seguir la conversación en mi beneficio.

—Mi esposa y yo teníamos dos perros. Un pastor alemán como el tuyo y un fox terrier que se llamaba *Katie* .

—¿Qué? —Me miró.

No dije más y dejé que le diera vueltas a la idea: un hombre que se parecía a su marido, que había sido separado de su mujer y que tenía dos perros como los suyos, uno con el mismo nombre. ¿Debería añadir que nuestro pastor alemán también se llamaba *Ginger* ?

No me atreví.

Mis esperanzas se avivaron al ver algo parecido a un velo, una película casi visible, como si se diera cuenta de algo durante un instante, pero se fue casi de inmediato..., casi seguro que debido a su propia tozudez. ¿Cómo habría sido el proceso que la había hecho prisionera de este lugar?

Se dio la vuelta y contempló la superficie sucia del estanque. Quizá me hubiera desvanecido de su vista.

Fue un mal comienzo.

31 Al abrigo de la melancolía

Cuando se decidió a hablar, no supe decir si se dirigía a mí o a sí misma.

—También se murieron mis pinos. La gente me decía que iban a secarse, pero no les creí. Ahora sí les creo. —Sacudió la cabeza despacio—. Los intentaba regar, pero no hay agua. Deberían reparar las cañerías de la urbanización.

No sé por qué me impresionó tanto aquel momento. Tal vez por lo banal de su comentario. Pero recordé las palabras de Albert.

«No tiene sentido tratar de convencerla de que no está viva. Cree que sí lo está».

Eso era lo que más miedo me daba. Si averiguaba que se había suicidado y que este era el resultado, sería un principio. Mientras tanto, todo lo que estaba pasándole no tendría sentido para ella, ni razones lógicas que explicaran su situación.

No tenía ni idea de qué decir, pero hablé de todos modos.

—Yo sí tengo agua en casa.

Se giró, como sorprendida ante mi presencia.

—¿Y eso? —Me miró, confusa e irritada—. ¿Y luz?

—También. —Entonces fue cuando entendí por qué yo había dicho lo que había dicho. Confiaba en que ella descubriera, por comparación, que lo que había ocurrido en su casa era ilógico, y que por tanto se dedicara a examinar su entorno con mayor interés.

—¿Y el gas? —insistí.

—No.

—El mío tampoco funciona. ¿El teléfono?

—Está... estropeado —reconoció. Me alegré ante el tono de su voz... un tono que parecía decir: *¿Cómo puede ser esto?*

—No lo entiendo —dije con rapidez para aprovechar sus dudas—. No tiene sentido que no te funcione ningún servicio.

—Sí, es... extraño. —Me miró.

—Muy extraño. ¿Es tu casa la única a la que le pasa eso? Me pregunto cuál

será la razón.

La observé con detenimiento. ¿Mostraba alguna señal de comprensión?
Aguardé con impaciencia.

Debería haberlo sabido.

Si convencerla fuera tan simple, alguien ya lo habría hecho. Su duda fue reemplazada por la apatía... y sucedió de inmediato. Se encogió de hombros.

—Porque vivo en la cima de una colina.

—¿Pero por qué...?

Me interrumpió.

—¿Te importaría llamar a la compañía de teléfonos por mí y decirles que tengo una avería?

La contemplé, aturullado por mi propia frustración. Durante un instante tuve el momentáneo deseo de decírselo todo de golpe, quién era yo y por qué estaba allí. Algo evitó que lo hiciera, algo que advirtió del peligro de tratar de convencerla de ese modo.

Se me ocurrió otra idea.

—¿Por qué no vienes a casa y llamas tú misma?

—No puedo.

—¿Porqué?

—No... salgo. Solo...

—¿Por qué no? —Mi voz sonó impaciente. Aún estaba alterado por mi fracaso al tratar de ayudarla.

—No salgo —repitió. Apartó la cara, pero antes de hacerlo vi las lágrimas correr por sus mejillas.

Sin pensar, me acerqué para consolarla. *Ginger* me gruñó y yo retiré la mano. ¿Sentiría algo si me atacara? ¿Sangraría? ¿Me dolería?

—El estanque tiene un aspecto horrible —afirmó Ann.

Otra vez esa sensación de frío desánimo. Qué existencia tan terrible la de pasar incontables días en este lugar y ver que eres incapaz de hacer nada para adecentarlo.

—Me encantaba estar aquí —confesó con tristeza—. Era mi lugar preferido. Mira en qué se ha convertido.

Aquello respondió a mi pregunta. Podía sufrir dolor en ese nivel. Lo sentí en mi interior al contemplarla y recordar lo a menudo que salía por las mañanas al embarcadero con su café, se sentaba al sol vestida solo con su bata y observaba a través del agua cristalina del estanque la vegetación que habíamos puesto en el fondo. Le encantaba.

Su tono se hizo más sarcástico.

—Un lugar muy exclusivo.

—Aun así, todo funciona en mi casa —intenté una vez más.

—Me alegro por ti —respondió con frialdad, y supe que ninguna estrategia iba a funcionar dos veces. Volvía a la casilla de salida de aquel juego odioso.

Silencio. Ann permaneció inmóvil, sin dejar de mirar la asquerosa superficie del estanque. *Ginger* se situaba a su lado, con los ojos fijos en mí. ¿Qué podía hacer? Me daba la impresión de que cuanto más tiempo pasaba, menos posibilidades tenía de conseguirlo.

Me concentré con todas mis energías. ¿Cuál era el peligro del que Albert me había advertido? ¿Iba a dejar que el desaliento imperante allí me dominara y me hiciera parte de aquel lugar?

—¿Tienes hijos? —pregunté por impulso.

Se volvió y me miró con frialdad. Luego respondió.

—Cuatro. —Y apartó la vista.

Iba a preguntarle acerca de ellos cuando opté por intentar una vez más forzar las «coincidencias». Aún no había utilizado aquella estratagema con los hijos.

—Yo también tengo cuatro hijos. Dos hijas y dos hijos.

—¿Sí? —respondió sin girarse.

—Mis hijas tienen veintiséis y veinte años. Mis hijos, veintitrés y diecisiete. —
¿Estaba arriesgando demasiado?

Me volvió a mirar. Su expresión no había cambiado, pero me pareció que iba a entrecerrar los ojos.

Aquello me dio fuerzas para continuar.

—Se llaman Louise, Marie, Richard e Ian.

Me dio la espalda de nuevo con una mirada de sospecha en su cara. La expresión de una mujer que cree que le están poniendo un cebo, pero que no sabe la razón o el porqué. Sentí una punzada de miedo al ver aquella expresión. ¿Había cometido un error fatal?

Incluso mientras me lo planteaba, me escuché seguir hablando.

—¿Cómo se llaman tus hijos?

No dijo nada.

—¿Señora Nielsen? —Casi la llamé Ann.

Otra vez pasó esa película por sus ojos... y de repente la realidad me golpeó de lleno.

No importaba lo mucho que me acercara, nunca llegaría hasta ella. Cuando me aproximaba demasiado, algo la afectaba y ella se alejaba de mí. Había ignorado todo lo que le había dicho.

Aun así continué, aterrorizado y asustado.

—Mi hija mayor se ha casado y tiene tres niños. Mi hija pequeña...

Dejé de hablar cuando se dio la vuelta y se dirigió a la casa. El pájaro que sostenía entre las manos cayó al suelo, pero no se dio cuenta. Fui hacia ella, pero *Ginger* me hizo retroceder con un gruñido de advertencia. Me quedé en el sitio y observé a Ann distanciarse.

¿Ya se había acabado todo?

De repente, Ann miró a un lado y profirió una expresión de asco, luego corrió hacia la casa a través de la puerta de la sala de estar. Cerró tras de sí con un portazo.

Miré el lugar que le había provocado tal respuesta y vi una enorme tarántula arrastrarse sobre una roca.

Gruñí, y no de miedo, sino al comprender que uno de los temores más intensos de Ann se hacía presente aquí. Siempre le habían aterrorizado las tarántulas; su mera visión la hacía ponerse mala. Qué vilmente predecible el que su infierno incluyera estas arañas gigantes.

Caminé hacia la tarántula y la examiné. Bulbosa y peluda, caminaba por la roca. Miré en derredor y vi a Ann a través de la puerta de cristal, que la observaba con auténtica repulsión.

Busqué a mi alrededor y vi una pala apoyada contra la casa. La agarré y volví adonde estaba la tarántula. Coloqué la herramienta de tal forma que la araña acabó en el extremo metálico de la pala. Luego fui hasta el borde del embarcadero y lancé la araña tan lejos como pude. Mientras trazaba un arco por encima del estanque hasta aterrizar sobre la hierba, me pregunté si sería real o no. ¿Tenía una existencia propia o solo estaba allí porque Ann les tenía miedo?

Volví la vista cuando la puerta de la sala de estar se abrió un poco. Mi corazón saltó en el pecho cuando advertí una mirada de gratitud, casi infantil, en la cara de Ann.

—Gracias —murmuró. Incluso en el Infierno existe la gratitud.

Tenía que aprovechar la situación como fuera.

—Me he dado cuenta de que no te queda Sparklett, la botella está vacía. ¿Quieres que te pida una nueva?

Aquello le hizo sospechar. Estuve a punto de gemir de frustración.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó.

Me esforcé por sonreír.

—Solo saludar. E invitarte a casa a tomar un café.

—Te he dicho que no salgo.

—¿Ni siquiera a dar un paseo? —Traté de no sonar forzado. Ella y yo caminábamos un montón por Hidden Hills.

Quería que se diera cuenta de su aislamiento, y que lo cuestionara.

Pero no se cuestionó nada; solo se apartó de mí como si mis palabras la hubieran ofendido. La seguí dentro de la casa y cerré la puerta de cristal. En cuanto lo hice, Ann se volvió y *Ginger* gruñó; el pelo del cuello se le erizó. Me asaltó una visión de intentos fútiles de ayudar a Ann. De nuevo la desesperanza quería apoderarse de mí.

Entonces fui consciente de las decenas de fotografías que había en las paredes, y se me ocurrió otra idea. Si consiguiera que mirara una de las fotografías en las que salía yo, el parecido debería impresionarla.

Ignoré el gruñido de *Ginger* y me acerqué a la pared más próxima. Busqué una fotografía en la que saliera yo.

Todas las fotografías estaban emborronadas y era imposible apreciar la imagen.

¿Por qué? ¿Sería parte del castigo que la propia Ann se imponía? Iba a mencionarlo, pero al final no lo hice. Tal vez solo la confundiera aún más.

Otra idea.

—Lo cierto es que antes te he mentado.

Me miró con suspicacia.

—Mi esposa y yo estamos separados, pero no de la forma que crees. La muerte nos ha separado.

Me sobresaltó el que se estremeciera ante mis palabras. Por la cara que puso, pareciera que alguien le había clavado un cuchillo en el corazón.

Aun así, seguí hurgando en la herida, con la esperanza de encontrar el camino correcto.

—Se llamaba Ann.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó, como si yo no hubiera dicho nada.

—¿No me has oído?

—¿Dónde vivías antes?

—He dicho que se llamaba Ann.

Se encogió otra vez y la expresión de desconsuelo volvió al rostro.

Luego se impuso la mirada vacía de antes. Se alejó de mí y se dirigió hacia la cocina. Quise decirle que volviera. Casi lo hice. Quise gritarle: «¡Soy yo! ¿No te das cuenta?».

Me contuve. Y como una fría losa en el pecho, volvió la depresión. Me debatí contra ella, pero en esta ocasión no tuve tanta suerte. No fui capaz de apartarla del todo.

—Mira este lugar —dijo Ann. Hablaba como si estuviera sola, con voz mecánica. Tuve la sensación de que aquello era parte del proceso, una constante repetición de los detalles de su situación, que no hacía más que reforzar sus ataduras a ella—. Nada funciona. La comida se echa a perder. No puedo abrir las latas porque no hay electricidad y el abrelatas se ha perdido. No se ve la televisión, creo que está rota. No hay radio, tocadiscos, ni música. La casa está helada; el fuego apenas calienta. Tengo que ir a la cama en cuanto anochece porque no hay luces y tampoco velas. Los basureros no se pasan por aquí. Todo huele a basura y suciedad. Y no me puedo quejar de nada porque el teléfono no funciona.

Interrumpió su discurso con una carcajada que me heló la sangre en las venas.

—¿Pedir una nueva botella de Sparklett? Llevan sin repartir tanto que ya no recuerdo la última vez que lo hicieron. —Rió con amargura—. Qué buena vida. Juro por Dios que me siento como un personaje de una obra de Neil Simón: todo lo que me rodea se echa a perder, y todo dentro de mí se marchita.

Comenzó a sollozar, y al ir hacia ella de forma instintiva *Ginger* me bloqueó el paso, me enseñó los colmillos y me gruñó con fiereza. Parecía el mismo Cancerbero. El abatimiento hizo acto de presencia por enésima vez.

Miré a Ann. Sabía lo que estaba haciendo, pero no tenía fuerzas para luchar.

Negaba la verdad al refugiarse en la relativa seguridad de sus detalles aflictivos. Al abrigo de la melancolía.

32 Solo dolor y sangre

—¿Qué bebes? —le pregunté cuando tuve otra idea.

Me miró como si fuera estúpido.

»¿Qué bebes? —repetí—. Si no tienes agua y tampoco Sparklett...

—No lo sé —musitó, y me echó una mirada—. Zumo o...

—¿No decías que la comida se estropeaba? —la interrumpí.

—Zumo embotellado. No sé.

—Dijiste...

Se alejó de mí.

»¿Y qué comes? —persistí.

—No puedo cocinar sin electricidad —me explicó, como si en lugar de una mera evasiva fuera una justificación.

—¿Y tienes hambre ahora?

Otra vez esa mirada aciaga.

»¿Alguna vez te entra hambre?

—No muy a menudo —reconoció con voz fría.

¿Serviría esto de algo? Me estaba cansando de dar tantas vueltas. Fui al grano.

—¿Has llegado a comer o a beber algo?

Desvió los ojos de mí y soltó un siseo de irritación.

—¿Tú qué crees? —restalló.

Probé a acercarme un poco más, pero renuncié cuando *Ginger* me gruñó.

—¿Por qué no deja de gruñir? —Ahora yo era quien sonaba irritado—. No voy a hacerte daño.

—No podrías ni aunque quisieras.

Estuve a punto de responderle de manera cortante. Dios santo, Robert. Estaba allí para ayudarla y casi le contesto con rabia. Cerré los ojos y recordé cuál era mi objetivo.

Cuando los abrí, vi el coche afuera y decidí cambiar de táctica.

—¿Ese es el único coche que tienes?

Por tercera vez, en sus ojos se asomó aquella mirada crítica.

—Todos tenemos un coche.

—¿Y dónde están?

—Los están usando ahora mismo.

—¿Tus hijos?

—Claro.

—¿Y el coche de tu marido?

—Ya te he dicho que tuvo un accidente. —Se puso rígida al decirlo.

—Alguien me comentó que teníais una caravana.

—La tenemos.

—¿Dónde está?

Fijó la vista donde siempre la aparcábamos y la confusión distorsionó su cara. Nunca había pensado en ello.

—¿Sabes dónde está? —la pinché.

Se volvió hacia mí, molesta.

—La están reparando.

—¿Dónde? —pregunté.

Parpadeó y pareció inquietarse. Pero luego regresó la mirada vacía.

—No lo recuerdo. Seguro que lo he escrito en algún lado...

Se calló al ver que le señalaba su coche.

—¿Cómo se abolló?

—Alguien me dio un golpe en el aparcamiento mientras estaba de compras. — Sus labios se fruncían en una amarga sonrisa—. Así es la gente. Me dieron un

golpe y se largaron sin decirme nada.

—¿Estabas de compras? Pensé que habías dicho que nunca salías de la casa.

La respuesta dejó traslucir su vacilación.

—Eso fue antes de que me quedara sin batería.

Volvíamos al punto inicial. Sus incontables justificaciones no hacían más que frustrarme. Daba igual lo mucho que lo intentara, no encontraba algo que la hiciera reaccionar. Todo tenía sentido en ese mundo gris en el que existía. Un sentido horrible y deprimente, pero sentido al fin y al cabo.

Los engranajes de mi mente ya no funcionaban tan rápido. Al no ser capaz de idear nada nuevo, volví sobre un enfoque que ya había probado antes. Tal vez tendría que forzar un poco más la situación.

—Aún no me has dicho los nombres de tus hijos —le recordé.

—¿No tienes que irte?

Aquello me sorprendió. Había olvidado que pensaba que esta era su vida. Y en vida, era lógico que se preguntara por qué aquel extraño se quedaba tanto tiempo en su casa.

—Me iré en breve. Solo quiero hablar contigo un poco más.

—¿Por qué?

Tragué saliva.

—Porque soy nuevo en el vecindario. —Pareció una razón un tanto endeble, pero, por algún motivo, no puso pegas—. ¿Cuáles decías que eran los nombres de tus hijos?

Se apartó de la ventana y caminó hacia el salón.

Era la primera vez que rehuía una pregunta sin contestarla. ¿Sería una señal positiva? Seguí a Ann y a *Ginger*.

—¿Tu hijo pequeño se llama Ian?

—Está en la escuela.

—¿Se llama Ian?

—Llegará a casa en un rato.

—¿Se llama Ian?

—Será mejor que te vayas. Es muy fuerte.

—¿Se llama Ian?

—¡Sí!

—Mi hijo también se llama Ian.

—¿En serio? —Desinterés. ¿Sería fingido o real?

—¿Tu hija mayor se llama Louise?

Me miró por encima del hombro mientras entraba en el salón.

—¿Por qué no te...?

—¿Louise?

—¿Por qué no te vas a casa?

—¿Louise?

—¿Y qué si se llama así?

—Mi hija mayor también se llama Louise.

—Qué interesante. —Ahora se servía del sarcasmo como armadura. Caminó hasta la puerta de cristal, con *Ginger* tras sus pasos. ¿Pensaba alejarse de mí de forma física? ¿Lo haría de forma consciente?

—¿Tu hijo mayor se llama Richard?

—Mira el estanque —murmuró.

—¿Tu hijo mayor se llama Richard?

Se giró, con expresión resentida en la cara.

—¿Qué es lo que quieres? —alzó la voz.

Casi se lo conté todo de golpe. Pero no lo hice. Me maravillé ante mi perspicacia. Poco a poco pensaba con menos claridad.

Sonreí con toda la simpatía que pude. Amor. Tenía que apoyarme en el amor.

—Solo estoy interesado en las similitudes que hay en nuestras vidas.

—¿Qué similitudes? —restalló.

—Que me parezco a tu marido.

—No te pareces —me interrumpió—. No te pareces en nada.

—Antes dijiste que sí.

—No, no lo hice.

—Sí.

—¡Entonces me equivoqué! —chilló. *Ginger* gruñó y me enseñó los dientes.

—De acuerdo, lo siento. —Tenía que poner más cuidado—. No quiero molestarte. Solo me pareció interesante.

Su atención se centró al otro lado de la puerta de cristal.

—Pues yo no lo encuentro interesante en absoluto —susurró.

—Bueno... Mi mujer se llamaba Ann. Los nombres de mis hijos son los mismos que los tuyos.

Me encaró.

—¿Quién ha dicho que sean los mismos? —quiso saber.

—Y mi nombre es Chris.

Se estremeció y abrió la boca. Por un instante, algo revoloteó en sus ojos. Mi corazón se aceleró.

Pero pasó tan rápido como había llegado.

La ira hizo presa en mí. ¡Maldito fuera este detestable lugar! Me estremecí de rabia.

Y la rabia me hacía volverme más denso.

¡Espera! No podía pensar. No era capaz de revertir el proceso. En lugar de ayudarla, estaba descendiendo a su mundo.

No. No lo iba a hacer. Estaba allí para ayudarla a salir de allí, no para unirme a ella.

Se apartó de mi lado y siguió contemplando lo que fuera a través del cristal sucio. Una vez más se recubrió con su depresión como si fuera un manto.

—No sé por qué no vendo la casa y me voy —dijo ella. Soltó una risa amargada—. ¿Pero quién la compraría? —continuó—. El mejor agente inmobiliario del mundo no sería capaz de colocarla. —Agitó la cabeza, disgustada—. El mejor agente inmobiliario del mundo no conseguiría ni regalarla.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia delante.

—Sigo limpiando los muebles, pero el polvo se acumula enseguida. El ambiente es tan seco... Tan seco. No ha caído una gota de lluvia desde hace ya ni se sabe, yo...

La voz se le quebró. Aquello también le afectaba. Era evidente que la falta de lluvia fuera parte del infierno particular de Ann: la falta de lluvia y la hierba seca.

—No puedo soportar la suciedad y el desorden —reconoció con voz temblorosa—. Y lo único que hay aquí es suciedad y desorden.

Me adelanté unos pocos pasos, pero *Ginger* se preparó para abalanzarse contra mí.

—Maldita sea, solo quiero ayudarte —exclamé.

Ann dio un respingo y reuló. Enseguida me arrepentí de lo que había hecho. Retrocedí enseguida en cuanto *Ginger* comenzó a gruñirme.

—Está bien, está bien —murmuré a la vez que alzaba las manos.

—*Ginger* —dijo Ann con brusquedad.

Ginger paró y la miró.

Estaba derrotado. Todo lo que había intentado había fracasado. Y ahora esto. En esos momentos creí que lo único que había conseguido era empeorar las cosas. Ahora sí que comprendía lo que Albert me había dicho antes.

Este nivel era una trampa astuta y cruel.

—La gente te coge prestados libros y nos lo devuelve —continuó Ann como si nada hubiera pasado—. No encuentro mis joyas por ninguna parte. He perdido mi ropa más nueva.

La miré sin saber muy bien qué hacer o decir. Se volvía a escudar con las menudencias de su situación, situándolas entre sí misma y la consideración lógica.

—Tampoco sé adónde han ido a parar las piezas del ajedrez que faltan.

—Mi esposa me regaló un ajedrez como ese. En Navidades. Lo hizo un hombre que se llamaba Alexander.

Ann tembló.

—¿Por qué no me dejas en paz?

Perdí el control.

—Sabes por qué estoy aquí. Sabes quién soy.

Aquella mirada enfebrecida apareció en sus ojos de nuevo: la misma película, y la misma retirada.

—Ann —extendí la mano y la toqué.

Boqueó como si mis dedos la quemaran y, de repente, sentí los dientes de *Ginger* en mi brazo. Grité y traté de tirar, pero su presa era tan fuerte que lo único que conseguí fue arrastrarla por sus cuartos traseros por la alfombra.

—¡*Ginger!* —chillé.

Mi grito y el de Ann salieron a la vez de nuestras bocas. De inmediato, la perra abrió la boca y se situó detrás de Ann, expectante.

Levanté el brazo y lo observé. El dolor sí era posible aquí. Y la sangre. Vi manar el líquido oscuro por las incisiones.

El Más Allá. Parecía un sarcasmo.

Sin carne. Solo dolor y sangre.

33 ¡Solo hay muerte!

Levanté la vista del brazo y vi que Ann lloraba. Avanzó trastabillando por la habitación con lágrimas en las mejillas. Se derrumbó sobre el sofá y se tapó los ojos con la mano izquierda.

El dolor de mi brazo no era nada con el desaliento que se cernió sobre mí. Sin pensar fui hacia ella, pero me detuve cuando *Ginger* se dispuso a interceptarme. Su gruñido se mezclaba con un jadeo frenético que indicaba lo alterada que se encontraba. Retrocedí con presteza, y Ann levantó la vista. Su cara era una máscara de furia patética.

—¿Te vas ya? —gritó.

Reculé despacio, sin despegar los ojos de *Ginger*. En cuanto se agazapó, me paré. Miré detrás de mí y vi que estaba al lado de la banqueta del piano. Retrocedí unos pocos pasos y me senté con suavidad sobre ella, sin dejar de mirar a la perra.

—Quiero a Chris —murmuró Ann entre sollozos.

Yo la miré a ella, sin saber qué hacer.

—Quiero que vuelva. Lo necesito. ¿Dónde está? Dios mío, ¿dónde está?

Tragué saliva. Tenía la garganta seca y me dolió. El brazo me escocía debido al mordisco. Era como volver a estar vivo.

Este nivel estaba demasiado próximo a la vida. Y a la vez tremendamente lejos. Solo las sensaciones más desagradables seguían presentes.

—Háblame de él —me oí pedir. No sé por qué dije eso. Me costó un gran esfuerzo. A cada momento, requería más y más de mí.

Ella se limitó a llorar.

—¿Cómo era? —pregunté. Esta vez sí que tenía claro lo que iba a intentar; de lo que no estaba tan seguro era de si iba a funcionar o no. ¿Por qué iba a hacerlo? Hasta ahora todo había fracasado.

Pero seguí.

—¿Era alto?

Tomó aire y se limpió las lágrimas de las mejillas.

—¿Lo era?

Asintió con un movimiento repentino.

—¿Tan alto como yo?

No contesto. Solo sollozó.

—Yo mido cerca de los dos metros. ¿Era tan alto como yo?

—Más alto —apretó los labios.

Ignoré su reacción.

—¿De qué color tenía el pelo?

—Lárgate —masculló.

—Solo trato de ayudar.

—Nadie me puede ayudar —dijo entre dientes.

—Eso no es cierto.

Me miró con expresión vacía en el rostro.

»Te pueden ayudar si lo pides.

Bajó la vista. ¿Tenía significado para ella lo que le había dicho?

Probé con otra pregunta.

—¿Era rubio?

Asintió.

»¿Como yo?

Apretó los dientes otra vez.

—No.

Luché contra el deseo de rendirme, levantarme, salir de la casa, volver a Summerland y esperar. Todo parecía inútil.

—¿A qué se dedicaba?

Había cerrado los ojos. Las lágrimas se escurrían entre los párpados y descendían por sus mejillas pálidas.

»He oído que escribía para la televisión.

Murmuró algo.

»¿Lo hacía?

—Sí —volvió a hablar entre dientes.

—Yo también.

Me parecía increíble que no se percatara de la conexión. Era tan obvio... Y aun así no funcionaba. Nunca antes la frase «no hay más ciego que el que no quiere ver» me había resultado tan expresiva.

Quería marcharme. Pero no podía dejarla allí.

—¿Tenía los ojos verdes?

Asintió sin mucha convicción.

»Los míos también lo son.

Sin respuesta.

De vez en cuando me sacudía un temblor ocasional.

—Ann, ¿no sabes quién soy? —rogué.

Abrió los ojos y por un instante creí que me reconocía. Me incliné hacia ella.

Entonces apartó la cara y yo me estremecí. Dios santo, ¿no había forma posible de ayudarla?

Se dio la vuelta.

—¿Por qué me haces esto?

—Trato de decirte quién soy yo.

Aguardé la inevitable pregunta: ¿y quién eres tú? Pero no llegó. En su lugar se retrepó en el sofá, cerró los ojos y agitó la cabeza de lado a lado con movimientos pausados.

—No tengo nada. —No sabría decir si me hablaba a mí o a sí misma—. Mi marido se ha marchado. Mis hijos son mayores. Estoy sola. Abandonada. Si tuviera el valor suficiente, me suicidaría.

Sus palabras me horrorizaron. Se había suicidado para acabar en un lugar tan aterrador que la hacía desear suicidarse. El retorcido reflejo de un reflejo.

—Me siento pesada. Pesada y cansada. Apenas puedo levantar los pies. Duermo y duermo, pero me levanto cansada. Me siento vacía. Hueca.

Recordé las palabras de Albert: lo que les ocurre a los suicidas es que se sienten vacíos. Al haber eliminado de forma prematura sus cuerpos físicos, sus cuerpos etéreos rellenan el hueco. Pero los cuerpos etéreos son cáscaras vacías, mientras que sus cuerpos físicos vivían la vida.

En aquel momento comprendí por qué había sido imposible razonar con ella.

Al venir aquí, había eliminado de su cabeza todos los recuerdos positivos. Su castigo (impuesto a sí misma) era recordar las cosas desagradables de su vida. Percibir el mundo que recordaba a través de una perspectiva de negatividad. No ver nunca la luz, solo las sombras.

—¿Cómo es vivir aquí? —pregunté por impulso. Una sensación fría se había aposentado en mi estómago. Comenzaba a tener miedo.

Ann me miró, pero me dio la impresión de que solo veía la oscuridad de su mente al responderme. Por primera vez no se limitó a un par de frases.

—No veo bien. No oigo bien. Hay cosas que ocurren, pero que no entiendo. Es como si la comprensión siempre anduviera un par de pasos por delante de mí y nunca pudiera alcanzarla. Todo me supera. Me enfada no ver ni oír con claridad, y también el no poder razonar. Porque sé que no soy yo quien ha perdido todas esas cosas. Pero todo aquí es vago y se mantiene alejado de mi comprensión. Me da la sensación de que estoy siendo engañada.

»Las cosas se suceden delante de mí y las veo, pero no estoy segura de entenderlas. Siempre hay algo más que no puedo desentrañar. Algo que me pierdo, aunque no sé el cómo ni el porqué.

»Me esfuerzo por comprender lo que ocurre, pero no puedo. Incluso ahora, que estoy hablando contigo, me siento como si se me escapara algo. Me digo que estoy bien, que es lo que me rodea lo que marcha mal. Pero aunque me obligo a pensarlo, tengo la sensación de que yo soy el problema. De que estoy teniendo otra crisis nerviosa, pero no puedo identificarla esta vez porque es muy sutil y está más allá de mi conocimiento.

»Todo me elude. No podría describirlo mejor. Nada funciona en la casa, y nada funciona en mi mente. Siempre me hallo confusa, perdida. Me siento como mi marido en aquellos sueños que tenía.

Me incliné hacia ella, temeroso de que se me escapara alguna palabra.

»Por ejemplo, estaba en Nueva York y no podía contactar conmigo de ninguna manera. Hablaba con la gente y se entendían, pero nada de lo que le decían funcionaba. Marcaba números de teléfonos que estaban equivocados. Era incapaz de seguir el rastro de su equipaje. No podía recordar dónde se hospedaba. Sabía que estaba en Nueva York por alguna razón, pero no sabía cuál. Sabía que no tenía dinero para volver a California, pero había perdido sus tarjetas de crédito. Desconocía lo que ocurría. Así me siento yo.

—¿Y cómo sabes que no es un sueño? —Aquello parecía esperanzador.

—Porque veo y oigo cosas. Siento cosas.

—Ves y oyes... y también sientes en sueños —repliqué. Mi mente seguía trabajando. Allí había algo que aprovechar.

—No es un sueño.

—¿Cómo lo sabes?

—No es un sueño.

—Puede serlo.

—¿Por qué dices eso? —sonaba molesta.

—Trato de ayudarte.

—Me encantaría poder creerte.

Una luz atravesó las sombras de mi mente. Hasta ahora no me había creído. Ahora deseaba creerme. Era un pequeño paso, pero un avance al fin y al cabo.

Tuve otra idea, la primera en mucho tiempo. ¿Me estaba despejando?

—Mi hijo, Richard, ha estado... —tenía la palabra en la punta de la lengua— investigando la PES.

Se tensó al oír su nombre.

»Ha estado hablando con un médium —añadí.

Seguía tensa. ¿Sería positivo o negativo? Ni idea. Pero tenía que continuar.

»Tras mucho pensarlo, ha llegado a creer... —me tiré a la piscina— que hay vida después de la muerte.

—Eso es estúpido —rebatí de inmediato.

—No —negué con la cabeza—. No, él lo cree. Piensa que hay pruebas de ello.

Agitó la cabeza, pero no dijo nada.

—Cree que el asesinato es el peor crimen que se puede cometer. —La miré a los ojos—. Y el suicidio también.

Se echó a temblar. Trató de levantarse, pero no tenía fuerzas suficientes y cayó de nuevo.

—No entiendo...

Mi mente respondía ahora con más agilidad.

—Cree que sólo a Dios le corresponde tomar la vida.

—¿Por qué me cuentas esto? —me preguntó en voz baja y vacilante. Temblaba y se removía en el sofá al hablar. *Ginger*, con las orejas inclinadas hacia atrás, la miraba asustada. Sabía que algo iba mal, pero no el qué.

—Te lo cuento porque mi mujer se suicidó. Sobredosis de pastillas para dormir.

La mirada vacía de antes cruzó por su cara. Por alguna razón se desvaneció enseguida, como si no la pudiera retener.

—No creo... —empezó. Su voz sonaba lánguida.

Mi mente se aclaraba a cada momento que pasaba.

—Lo que me molesta es que Richard cree que aún existe.

Ni una palabra. Solo una sacudida de cabeza.

—Que está en un lugar no muy diferente de nuestra casa. Pero que en realidad es una visión distorsionada y negativa de ella. Todo es deprimente y frío. Nada funciona. Solo hay suciedad y desorden.

Siguió sacudiendo la cabeza. Farfullaba algo ininteligible.

»Creo que está en lo cierto. Creo que la muerte es una continuación de la vida. Que lo que somos persiste después.

—No. —Su voz era más bien un sonido ahogado.

—¿No lo ves? Tu casa era preciosa, cálida y resplandeciente. ¿Por qué ahora es así? ¿Por qué?

Retrocedió. Sabía que estaba aterrorizada, pero tenía que continuar. Esta había sido la única manera con la que había obtenido resultados.

»¿Por qué nuestra casa tiene este aspecto? ¿Tiene sentido? ¿Por qué están cortados el teléfono, la luz y el agua? ¿Tiene alguna lógica? ¿Por qué todos los árboles y los arbustos se han secado? ¿Por qué mueren todos los pájaros? ¿Por qué no llueve? ¿Por qué todo va tan mal al mismo tiempo?

Su voz apenas era un susurro.

—Déjame en paz —creo que acertó a decir.

Insistí.

—¿No ves que esta casa es solo una réplica del hogar que conoces? ¿Que solo estás aquí porque crees que es real? ¿No entiendes que todo esto lo has

construido tú?

Negó con la cabeza. Tenía el aspecto de una niña aterrorizada.

—¿No comprendes por qué te digo esto? No es porque mis hijos tengan los mismos nombres que los tuyos. No es porque mi esposa tenga el mismo nombre que tú. Tus hijos son mis hijos. Tú eres mi esposa. No soy un hombre que se parece a tu marido. Soy tu marido. Hemos sobrevivido...

Dejó de hablar cuando se puso en pie.

—¡Mientes! —gritó.

—¡No! —Salté de mi asiento—. ¡No, Ann!

—¡Mientes! —chilló—. ¡No hay Más Allá! ¡Solo hay muerte!

34 La batalla llegó a su fin

Nos miramos el uno al otro como gladiadores en la arena de un misterioso coliseo. Una lucha a muerte. Aunque los dos estábamos muertos ya. Entonces, ¿en que consistía nuestra lucha?

Solamente sabía que, si no ganaba, los dos estaríamos perdidos.

—No hay Más Allá —empecé.

—No, no lo hay. —Su mirada desafiante casi me logró acobardar.

—Entonces no podría saber nada de lo que ha sucedido tras mi muerte.

La confusión la embargó.

—Tu muerte —recalcó con retintín.

—Te digo que soy Chris.

—Eres...

—Tu marido, Chris.

—Y yo digo que eres un estúpido. —Parecía que recuperaba sus fuerzas.

—Créelo. Sea quien sea, no podría saber lo que te ocurrió tras la muerte de tu marido, ¿verdad? Me refiero a cosas concretas —añadí para no dejarla hablar—. ¿Verdad?

Me miró con suspicacia. Sabía que se preguntaba qué era lo que pretendía. Seguí hablando para aprovecharme de su vacilación.

»No, no podría —me respondí—. Sabes que no podría. Porque si lo hiciera...

—¿Qué cosas concretas? —me interrumpió de repente con fiereza.

—Cosas como que tú y los niños os sentasteis en el primer banco de la iglesia. Que alguien te tocó el hombro y tú te sobresaltaste.

Supe, debido a su reacción, que había errado. No recordaba mi toque. Me observó con desprecio.

—Cosas como que la casa estaba repleta de gente tras el funeral. Que Richard servía bebidas...

—¿Crees que...? —comenzó.

—Tu hermano Bill estaba allí, y Pat, y tu hermano Phil y su esposa...

—¿A eso es a lo que llamas...?

—Y tú estabas echada en el dormitorio, sobre la cama, e Ian se encontraba a tu lado, sujetándote la mano.

Aquello le hizo pegar un bote, como si alguien la hubiera golpeado. Recordaba muy bien aquel momento de profunda tristeza. Ahora pisaba terreno seguro... aunque fuera igual de desagradable.

—Ian te decía que sabía que sonaba a locura, pero que sentía que yo estaba allí con vosotros.

Ann empezó a temblar.

—Tú le respondiste: «Sé que quieres ayudar»...

Susurró algo.

»¿Qué?

Lo susurró de nuevo. No lo oía.

»¿Qué pasa, Ann?

—Déjame en paz —pidió con voz cortante.

—Sabes que digo la verdad. Sabes que yo estaba allí. Eso demuestra...

De nuevo aquella película en sus ojos. Tan rápido que me pareció casi física. Giró la cabeza.

—Me encantaría que lloviera —murmuró.

—Digo la verdad, ¿a que sí? Todo eso ocurrió, ¿cierto?

Movió los pies. Parecía aturdida.

»¿Te da miedo escuchar la verdad?

Se sentó.

—¿Qué verdad? —El cuerpo se le sacudió con un espasmo—. ¿De qué hablas?

—¿No hay Más Allá?

—¡No! —Tenía la cara rígida por el miedo y la ira.

—Entonces, ¿por qué estuviste de acuerdo con celebrar una sesión con Perry?

Se agitó de nuevo, como si la hubieran golpeado.

—Te dijo que estaba a tu lado en el cementerio. Te diré lo que dijo, palabra por palabra: «Sé cómo se siente, señora Nielsen, pero tiene mi palabra de que es cierto. Lo veo justo a su lado. Viste con una camisa de color azul oscuro de manga corta, unos pantalones holgados ajedrezados»...

—Mientes. Estás mintiéndome —aseguró con voz gutural, los dientes apretados y una expresión de furia asesina en la cara.

—¿Quieres que te diga lo que le dijiste a Perry en la casa?

Intentó levantarse, mas no lo consiguió. La película de sus ojos iba y venía.

—No me interesa —musitó.

—Dijiste: «No creo en la vida después de la muerte. Creo que, cuando morimos, morimos, y ese es el fin definitivo».

—¡Es cierto! —gritó.

Por un momento recobré la esperanza.

—¿A que eso es lo que dijiste?

—¡La muerte es el fin!

—¡Sabes que eso no es cierto! ¡Sabes que todo lo que te he contado sucedió de esa manera!

Esta vez sí logró ponerse en pie.

—No sé quién eres, pero será mejor que salgas de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para quién? ¿Para mí o para ti?

—¡Para ti!

—No, Ann. Sé lo que ocurre. Tú eres quien no lo comprende.

—¿Que eres mi marido?

—Lo soy.

—Señor... —Casi escupió la palabra—. Le estoy mirando en este mismo momento y usted no es mi marido.

Sentí un frío cruel en el pecho.

Vio mi reacción y buscó aprovecharla.

—Si fueras mi marido, no dirías esas cosas. Chris era amable. Me amaba.

—Yo también te amo. —La depresión tiraba de mí con más fuerza—. Estoy aquí porque te amo.

Su risa fue poco más que un sonido cínico, escalofriante.

—Amor. Ni siquiera me conoces.

Perdía terreno.

—¡Sí que te conozco! —vociferé—. ¡Soy Chris! ¿No lo ves? ¡Chris!

Había perdido y ella se regodeaba en la victoria.

—¿Y cómo puede ser posible eso? Está muerto.

Todo había sido en vano. No había manera de convencerla, porque negaba la posibilidad de una vida tras la muerte. Nadie puede concebir lo que considera imposible. Y para Ann, la existencia después de la muerte era algo imposible.

Se giró y marchó hacia el salón, seguida de *Ginger*.

Al principio fue como si yo no entendiera que había fracasado. La vi largarse como si no me importara. Entonces salí de mi ensimismamiento. Había hecho lo posible por convencerla, había estado a punto de conseguirlo, pero ahora tenía las manos vacías.

Vacías.

Fui tras ella, pero había perdido la esperanza. Cada paso parecía condensar mi mente y mi cuerpo. Los pensamientos se coagulaban y la carne se cuajaba.

Por un momento pensé que había vuelto a casa, que pertenecía a este sitio.

Luché contra aquella sensación. No podría soportar vivir allí. Era demasiado horrible.

Oí a Ann gritar de terror en el dormitorio y fui corriendo hacia allí.

Digo «corriendo», pero en realidad fue más un cojeo, como si llevara puestos zapatos de plomo. En ese momento entendí lo que Ann había descrito antes. Al igual que ella, apenas podía levantar los pies. Y en su caso sería mucho peor.

Me quedé en el dintel del dormitorio. *Ginger* me encaró. Ann se había pegado contra la pared y miraba nuestra cama.

Una tarántula del tamaño de un puño paseaba por las sábanas desvaídas.

La escena pareció congelarse. Ann contra la pared. *Ginger* me miraba. Yo seguía en la puerta.

La única cosa que se movía, con abotargada pachorra, era la enorme araña peluda.

Cuando se encaramó a la almohada, por el lado que Ann utilizaba, esta emitió un sonido ahogado.

Me pregunté si todo esto se lo hacía ella a sí misma, un castigo inconsciente por no creerse lo que le había dicho.

Había creado la imagen de la cosa más repugnante que se imaginaba: una enorme tarántula que se paseaba por el mismo lugar en el que dormía por las noches.

No sé por qué *Ginger* no hizo nada cuando entré en la habitación. ¿Tal vez se percatara de que quería ayudar a Ann? No lo sé. Solo sé que me permitió llegar hasta la cama.

Agarré la almohada por la esquina y comencé a darle la vuelta. La solté cuando la araña realizó un súbito movimiento hacia mi mano derecha. Ann gritó cuando la tarántula aterrizó sobre la colcha.

Sin perder un segundo, cogí la almohada y la dejé caer sobre la sabandija. Después, tan rápido como pude, tiré de las cuatro esquinas de la colcha para cubrir la almohada. Recogí el bulto, lo llevé hasta la puerta y la abrí. Lo lancé fuera, cerré la puerta y eché el pestillo.

Al darme la vuelta, vi que Ann se tambaleaba hacia la cama y caía como un fardo sobre ella.

La miré.

Ya no quedaba nada que hacer. Había agotado todas las posibilidades.

Había perdido mi oportunidad; la batalla llegó a su fin.

35 Que este infierno sea nuestro cielo

Ann yacía inmóvil, apoyada sobre su lado izquierdo, con las piernas encogidas y las manos unidas con fuerza bajo su mejilla. Miraba sin ver, y sus ojos relumbraban con lágrimas que ya no derramaba. Ni siquiera se movió cuando me senté al otro lado de la cama, y si se percató de que mi mirada se clavaba en su rígido rostro, no dio muestras de ello.

Ginger dormía, exhausta, a los pies de la cama. Me giré para verla. Quería a aquel animal. Su lealtad era incuestionable. Ojalá hubiera alguna forma de que entendiera lo que sucedía.

Volvía a centrar mi atención en Ann. Notaba el cuerpo frío y dolorido. Era consciente de que, mientras estuviera sentado allí, el terrible y oscuro magnetismo de aquel lugar pretendería arrastrarme hacia el vacío donde ella existía. De ceder, la atmósfera me absorbería y me haría, al igual que a ella, un prisionero que olvidaría todo lo que había sucedido antes.

También sabía, sin duda alguna, lo estúpidas y absurdas que habían sido mis esperanzas. Albert trató de advertirme, pero no lo escuché. Ahora al menos lo comprendía.

No había forma posible de llegar hasta Ann.

Aun así, surgieron las palabras. Las palabras que deseaba que ella escuchara, ahora que al fin podíamos hablar cara a cara. Palabras que sabía que no tendrían efecto alguno sobre ella, pero que venían de mi corazón y mi mente.

—¿Recuerdas que acostumbrabas a escribir notas de agradecimiento a la gente? ¿Por cenas, regalos o favores? Yo siempre te gastaba bromas al respecto porque escribías muchísimas. Pero lo cierto es que era un detalle encantador, Ann. Nunca tuve dudas sobre ello.

No emitió sonido alguno. Continuaba en la cama, inmóvil. Alargué el brazo y le cogí la mano derecha. Estaba fría y laxa. La sujeté entre las mías y continué hablando.

—Ahora quiero darte las gracias. No sé qué nos ocurrirá. Rezo para que en algún lugar y momento volvamos a reunirnos, pero por el momento no sé si será posible.

»Por eso voy a darte las gracias ahora por todo lo que has hecho por mí, por todo lo que has significado para mí. Alguien a quien no conoces me dijo que los pensamientos son reales y eternos. Así que, aunque no comprendas lo que estoy diciendo, sé que llegará el momento en que sí lo hagas.

Le apreté la mano entre las palmas de las mías para calentarla y le dije lo que

sentía.

—Gracias, Ann, por todas las cosas que has hecho por mí en vida, desde las más insignificantes hasta las más importantes. Todo lo que hacías tenía significado para mí, y quiero que sepas que te lo agradezco.

»Gracias por limpiar mi ropa, por mantener la casa limpia, por estar siempre limpia tú misma. Por ese olor tan fresco y dulce, por no descuidar nunca tu aspecto.

»Gracias por alimentarme. Por preparar tantas comidas estupendas. Por hornear para mí en tiempos en que pocas mujeres se molestan en hacerlo.

»Gracias por preocuparte por mí cuando tenía problemas de algún tipo. Por alegrarme cuando me sentía deprimido.

»Gracias por tu sentido del humor. Por hacerme reír cuando lo necesitaba. Por hacerme reír cuando ni lo necesitaba ni lo esperaba, pero sí me permitía disfrutar más de la vida. Gracias por tu sarcástica percepción de nuestra vida en pareja y el mundo en que vivimos.

»Gracias por cuidar de mí cuando caía enfermo. Por ocuparte siempre de que la cama y los pijamas estuvieran limpios, de que tuviera comida y zumo recién hecho, o agua para beber. De que tuviera algo que leer, o de que la televisión o la radio estuvieran encendidas, o de que estuvieran apagadas si necesitaba dormir. Y todo esto, además del resto de tareas de las que te ocupabas.

»Gracias por compartir mi amor por la música y por dejarme compartir tu amor por la música. Por compartir tu amor por la belleza y la naturaleza. Gracias por ayudarnos a encontrar el maravilloso estilo de vida que disfrutamos. Por decorar y amueblar y disfrutar con nuestros diferentes hogares, y por tenerlos siempre abiertos para la gente que conocemos.

»Gracias por ser amiga de mis amigos y por amar a mi familia. Gracias por ayudarnos a formar tantas amistades comunes.

»Gracias por ser alguien de quien estar orgulloso, sin importar dónde estuviera o a quién viera.

»Gracias por tener fe en mi trabajo y mis éxitos. Sé que no fue fácil cuando había niños y facturas y presiones de todo tipo. Pero nunca dudaste de que tendría éxito, y también te agradezco eso.

»Gracias por los recuerdos de cosas que hicimos juntos y con los niños. Gracias por sugerirme que comprara una caravana para la familia, por ayudarme a hacer partícipes de los placeres del campo a los niños y a mí mismo. Sé que será parte de su vida como lo fue de la nuestra. Gracias por todas esas reservas naturales que vimos juntos. Por Sequoia y Yosemite, Lassen y Shasta, Olympic y Mount Ranier, Glacier y Yellowstone, el Gran Cañón y Bryce. Por Canadá y todos los estados en los que acampamos de costa a costa.

»Gracias por ayudarnos a encontrar, y por compartir con nosotros, los placeres de viajar a Hawai y los mares del sur, a Europa y a todo Estados Unidos.

»¿Recuerdas todas nuestras navidades juntos, Ann? ¿Cuando íbamos todos, en la caravana, hasta la parcela de YMCA en Reseda y elegíamos un árbol de navidad? ¿Cuando caminábamos entre pasillos de pinos y abetos frondosos y aromáticos y elegíamos uno, sin dejar de reír, votar y pelearnos hasta que encontrábamos uno que nos gustara a todos? ¿Cuando llegábamos a casa, lo colocábamos y le poníamos las luces y los adornos? ¿Cuando nos sentábamos juntos y lo admirábamos con el único sonido de fondo de nuestros discos navideños? ¿Cuando decíamos cada año que ese árbol era el mejor que habíamos tenido jamás? Recuerdo todos esos momentos y te doy las gracias por ellos.

»Gracias por los momentos que pasamos juntos. Por esas escapadas de fin de semana o esos lugares tan interesantes que conocimos. Por los días que fuimos de compras juntos. Por los paseos. Por los ocasos que disfrutamos. Yo te ponía el brazo sobre los hombros y tú te apoyabas contra mí, y ambos nos solazábamos con la vista del ocaso. Así era feliz, Ann.

»¿Recuerdas las ovejas que pastaban en esas colinas? Nos gustaba observarlas y sonreíamos al verlas balar, y al escuchar el tintineo de sus cencerros. ¿Recuerdas los rebaños que veíamos a veces? Dulces recuerdos por los que te doy las gracias.

»Gracias por los recuerdos que me dejaste cuando te veía con los pájaros. La forma en que los cuidabas y los curabas y les dabas tu amor, año tras año. Aquellos pájaros te siguen esperando. Te aman.

»Gracias por la valentía y tenacidad que demostrabas ante tus crisis nerviosas. Fueron tiempos aciagos para ti, para nosotros. Las noches insomnes, los miedos e incertidumbres, los dolorosos recuerdos de tu pasado. Los años de lucha, de esperanzas, de esfuerzo.

»Gracias por no dejar que me rindiera jamás. Por no permitir que las cicatrices de tu infancia te impidieran crecer y evolucionar como persona. Y aunque nunca quise que lo hicieras, gracias por hacer todo lo que pudiste para mantenerme alejado de lo que sufriste en aquel entonces.

»Gracias por valorar nuestro matrimonio y familia tanto, y a pesar de ello no dejar de mejorar en lo individual. Por tu propósito de mejorar y por tu éxito en semejante tarea.

»¿Recuerdas cómo fue volver a los estudios? Primero hiciste un curso o dos de forma aislada, luego te lo tomaste más en serio y terminaste sacándote la diplomatura en Humanidades, después la licenciatura, y luego comenzaste la carrera para convertirte en auxiliar social. Estaba tan orgulloso de ti, Ann... Desearía que aún te dedicaras a ello. Habrías sido una auxiliar estupear, llena de empatía y amor.

»Gracias por nuestros hijos. Gracias por proporcionar el encantador recipiente de tu cuerpo para la creación conjunta de nuestra vida física. ¿Sabes que aún recuerdo el momento exacto en que nació cada uno? Louise a las 15:07 del 22 de enero de 1951, Richard a las 7:02 del 14 de octubre de 1953, Marie a las 21:04 del 5 de julio de 1956, e Ian a las 8:07 del 25 de febrero de 1959. Gracias por el placer que sentí al verlos por primera vez... y por la alegría que cada uno trajo a mi vida. Gracias por enseñarme a ser considerado con ellos y respetar sus identidades. Gracias por ser un excelente ejemplo para nuestras hijas e hijos, por mostrarles lo que es posible en una madre y esposa.

»Gracias por dejarme ser yo mismo. Por aceptarme como soy, no como tú te imaginabas que era o querías que fuera. Gracias por ser comprensiva conmigo y con mis emociones. Por ayudarme a tener los pies en la tierra, por no comportarte de manera dominante ni pasiva, sino de la forma necesaria en cada momento. Por ser hembra y aceptar lo que tenía que ofrecerte como macho. Por hacerme sentir siempre como un hombre.

»Gracias por tolerar mis fracasos. Por no machacar mi ego ni tampoco alentarlos para que se descontrolara. Por hacerme recordar que era un ser humano con responsabilidades. Gracias por rehacerme de una manera inconsciente. Por ayudarme a comprenderme a mí mismo mejor. Por ayudarme a conseguir cosas que nunca habría conseguido de estar solo.

»Gracias por impulsarme a hablar de mis problemas, sobre todo a medida que pasaban los años. Nuestra capacidad para comunicarnos hizo de nuestro matrimonio una experiencia mejor. Gracias por ayudarme a combinar mis ideas y mis sentimientos y comunicármelos como un todo. Gracias por no solo amarme, sino también por apreciarme, por ser, además de esposa y amante, amiga.

»Gracias por la imaginación con la que aderezaste nuestra vida. Por ayudarme a apreciar cada vez más nuevas actividades e ideas. Por hacer de mis gustos algo más atrevido.

»Gracias por recordarme con actos, y no con palabras, el hacer en cada momento lo correcto. Por enseñarme, por ejemplo, que el sacrificio es un gesto positivo y gentil. Gracias por darme la oportunidad de madurar.

»Gracias por tu dependencia. Por estar siempre ahí cuando te necesitaba. Gracias por tu honestidad, tus valores, tu moral y tu compasión. Gracias incluso por los malos tiempos, porque con ellos aprendí a crecer.

»Me disculpo por cada vez que te he fallado, por cada vez que he carecido de la comprensión que merecías. Me disculpo por no haber sido paciente y amable cuando debería. Me disculpo por todas las veces que he sido egoísta y no he entendido tus necesidades. Siempre te he amado, Ann, pero a veces te he dejado de lado. Me disculpo por todas esas veces y te doy gracias por hacerme más fuerte de lo que soy, más sabio de lo que soy, más capaz de lo que soy. Gracias, Ann, por recompensarme con tu encantadora presencia, por añadir la dulce medida de tu alma a mi existencia.

»Gracias, amor, por todo.

* * *

Me estaba mirando con una expresión de sufrimiento tal que, por un momento, me arrepentí de haberle hablado como lo había hecho.

No tardó en esfumarse.

Había algo en sus ojos.

Vago y sin forma, algo que pugnaba por no desaparecer. Como una vela azotada por el viento.

Pero seguía allí.

Cómo luchó. Dios del cielo, Robert, cómo luchó. Aquel combate se reflejó en su cara, paso por paso. Algo en mis palabras había iniciado un diminuto fuego en su cabeza, y ahora se esforzaba en mantenerlo avivado. Ni siquiera sabía que estaba allí. Ni siquiera que estaba encendido, solo tenía una intuición. Había algo. Algo diferente. Algo más que la miseria en la que había estado viviendo.

No sabía qué hacer.

¿Debería hablar aun a riesgo de apagar el fuego? ¿O callarme para dejar que ella misma lo avivara? No estaba seguro. En el momento más importante de nuestra relación, estaba en blanco.

Así que no hice nada. Solo la observé. Su cara era parecida a la de un niño que trata de desentrañar un misterio inextricable.

«*Inténtalo*».

Era la única palabra que se formaba en mi mente. «*Inténtalo*». Creo que asentí como para reforzar mi idea. «*Inténtalo*». Sonreí. «*Inténtalo*». Le apreté la mano con fuerza. «*Inténtalo*». Los dos temblábamos. «*Inténtalo, Ann. Inténtalo*». Nuestra relación (desde el mismo momento que nos conocimos hasta este increíble instante) estaba en un punto culminante. «*Inténtalo, Ann, inténtalo. Inténtalo. Inténtalo, por favor*».

Las llamas se extinguieron.

Las vi morir. En un momento estaba allí, apenas sin fuerza, y al siguiente se esfumó de su mente. Y el cambio de su expresión, de la esperanza al olvido más rudo, fue para mí la visión más espantosa de la que había sido testigo desde mi muerte.

—¡Ann! —grité.

Sin respuesta. Ni una palabra, ni un gesto.

Había perdido.

La contemplé en silencio y dejé pasar el tiempo.

Hasta que me quedó claro.

No podía dejarla allí sola.

Es extraño que la más terrorífica decisión que jamás había tomado me provocara tanta paz.

De inmediato permití que el magnetismo que tiraba de mí me envolviera.

No había vuelta atrás. Sentí el frío solidificarse en mi piel, y una horrible, escalofriante y espesa condensación de mi cuerpo.

Estuve a punto de resistirme cuando el terror me sobrecogió.

Pero no lo hice.

Era la única cosa que podía hacer por ella.

Olvidaría todo esto en breve. Ni siquiera recordaría lo bienintencionado de mi decisión. Pero entonces, durante esos breves instantes, supe lo que estaba haciendo. Lo único que me quedaba por hacer.

Elegirla a ella antes que al Cielo.

Demostrarle mi amor al quedarme con ella durante los veinticuatro años que nos quedaban por delante.

Recé para que mi compañía (como resultara ser cuando perdiera la consciencia) pudiera apaciguar algo el dolor que sentía al vivir en aquel horrible lugar.

Pero mi lugar estaba junto a ella, no me cabía duda.

Me sobresalté y miré alrededor.

Ginger me estaba lamiendo la mano.

La miré, incrédulo, y escuché el que para mí era el sonido más bello del mundo.

Ann pronunciaba mi nombre.

Me giré hacia ella, maravillado. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿De verdad eres tú? —murmuró.

—Sí. Ann. De verdad. —Sentí disiparse mi consciencia. ¿Cuánto tardaría en recuperarla? ¿Cuánto tardaría la desolación en triunfar?

No importaba.

Durante unos cuantos segundos, estuvimos juntos.

La levanté, la rodeé con mis brazos y ella hizo lo mismo. Nos fundimos en el abrazo.

De repente se apartó de mí con expresión horrorizada.

—Ahora ya no te puedes marchar de aquí.

—No importa. —Reí y lloré al mismo tiempo—. No importa, Ann. El Cielo no sería el Cielo sin ti.

Y justo antes de que las tinieblas me arrebataran la consciencia, hablé por última vez con mi esposa, mi vida, mi preciosa Ann. Le susurré mis últimas palabras:

—Que este infierno sea nuestro cielo.

CUARTA PARTE

MÁS ALLÁ DE LOS SUEÑOS

36 La India

La sensación de despertar resultó peculiar. Fue como si emergiera de una gruesa crisálida. Abrí los ojos y miré al techo. Era de color azul pálido. No escuchaba nada, salvo el silencio.

Traté de volver la cabeza, pero me hallaba demasiado débil como para hacerlo. Durante unos instantes creí que estaba paralizado, y aquello me aterró.

Entonces me di cuenta de que solo estaba exhausto, y de que vestía una túnica blanca.

¿Había vuelto a Summerland?

Me apoyé en el codo derecho y me levanté despacio. Miré en derredor.

Estaba en una inmensa sala que solo tenía techo, no paredes. Altas columnas jónicas servían de paramento. Había cientos de divanes en la habitación, casi todos ocupados por personas. Hombres y mujeres vestidos con túnicas del color del techo, que se movían de un lado a otro, se acomodaban sobre los divanes, y se inclinaban para hablar con los que estaban tumbados. Estaba de vuelta en Summerland.

Pero, ¿y Ann?

—¿Estás bien?

Me giré al escuchar el sonido de la voz de una mujer. Estaba detrás de mí.

—¿Estoy en Summerland?

—Sí. —Se inclinó sobre mí y me acarició el cabello—. Estás a salvo. Descansa.

—Mi esposa...

Algo fluyó de entre sus dedos hasta mi cabeza, algo que me tranquilizó. Me recosté de nuevo.

—No te preocupes por eso ahora. Limitate a descansar.

El sueño se apoderó de mí, una somnolencia cálida, suave, sedosa. Cerré los ojos.

»Eso es. Cierra los ojos y duerme. Estás a salvo —me aseguró la mujer.

Pensé en Ann.

Entonces me dormí otra vez.

No puedo decir cuánto tiempo estuve durmiendo. Solo sé que desperté, y que seguía teniendo aquel cielo azul sobre la cabeza.

Esta vez pensé en Albert. Repetí su nombre en mi mente.

No vino nadie y me asusté. Me levanté sobre el codo.

La sala era la misma: tranquila y serena. El suelo estaba cubierto de moqueta, y de cuando en cuando había tapices colgados del techo. Multitud de divanes decoraba la sala. A mi derecha, a unos dos metros, una mujer dormía en uno. A mi izquierda, un hombre viejo hacía lo mismo.

Me obligué a incorporarme. Tenía que encontrar a Ann. Pensé en Albert, pero no apareció. ¿Qué sucedía? Antes siempre acudía a mí. ¿No había regresado a Summerland? ¿O seguía en aquel terrible lugar?

Me levanté. Me sentía muy pesado, Robert. A pesar de haberme desembarazado de la crisálida, mi carne me parecía piedra. Apenas conseguí moverme por la sala. Pasé al lado de incontables durmientes, hombres y mujeres, jóvenes y mayores.

Me paré en la entrada de una habitación adjunta.

Allí nadie descansaba. Algunos tenían sueños agitados; otros, semiconscientes, trataban de incorporarse, pero las fuerzas les fallaban y volvían a desplomarse, y otros cuantos más luchaban por levantarse, pero se lo impedían hombres y mujeres vestidos de azul.

Tampoco había silencio como en la otra sala. Esta se veía inundada de gritos, sollozos y voces molestas y discordantes.

Cerca de mí vi a un hombre de azul hablar con una mujer de un diván. La mujer parecía confusa y enfadada. Se empeñaba en incorporarse, pero no podía. El hombre la trataba de reconfortar.

Miré a otro lado y me sorprendió escuchar a un hombre empezar a gritar.

—¡Soy cristiano y seguidor de mi Señor! ¡Exijo que venga a por mí! ¡No tenéis derecho a retenerme aquí! ¡Ningún derecho!

Observé un hombre de azul hacerle un gesto a varios de sus compañeros, que no dudaron en congregarse alrededor del hombre. Lo tocaron y el hombre cayó en un profundo sueño.

—Deberías descansar —me dijo una voz.

Di la vuelta y vi un joven vestido con túnica azul sonreírme. Fui a responder, pero tenía la lengua torpe. Lo único que pude hacer fue mirarlo.

—Vamos —me dijo. Sentí su mano en mi brazo, y en cuanto me tocó, la sensación de comodidad me invadió. Todo empezó a emborronarse. Supe que me llevaba a algún lado, pero no veía nada. ¿En qué consistiría aquel toque narcótico?, me pregunté mientras percibía el diván debajo de mí y me sumergía en un profundo sueño.

Cuando desperté, Albert estaba sentado al borde del diván y me sonreía.

—Ahora ya estás mejor.

—¿Dónde estoy?

—En la Sala del Descanso.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un buen rato.

—Esa gente de la habitación de al lado... —señalé.

—Son los que han muerto de forma súbita y violenta y se despiertan por primera vez. Se niegan a creer que han abandonado su cuerpo y siguen existiendo.

—Ese hombre...

—Uno de los muchos que esperan sentarse a la diestra de Dios y que creen que aquellos que no comparten sus ideas están condenados al tormento eterno. En cierta medida, estas son las almas más retrasadas de todas.

—No viniste antes.

—No podía hasta que no hubieras descansado lo suficiente —replicó—. Recibí tus llamadas, pero no se me permitía responderlas.

—Pensé que aún estabas... —Me falló la voz y le agarré del brazo—. Albert, ¿dónde está ella?

No respondió.

—Ya no está en aquel lugar horrible.

Albert negó con la cabeza.

—No —me aseguré—. La sacaste de allí.

—¡Gracias a Dios! —Sentí que la alegría me embargaba.

—Al quedarte con ella por libre voluntad le conferiste la percepción necesaria para que escapara de allí.

—Entonces se encuentra aquí.

—Estuviste con ella un tiempo. Por eso estás aquí recuperando las fuerzas. — Me agarró el brazo y me lo apretó—. No creía que se pudiera hacer, Chris. Nunca llegué a imaginar lo que serías capaz de hacer por ella. Pensaba en términos lógicos. Debería haberme dado cuenta de que solo con el amor podrías llegar hasta su alma.

—Está a salvo.

—A salvo de aquel lugar.

Una punzada de inquietud.

—¿Está aquí? ¿En Summerland?

Parecía reacio a responderme.

»Albert. —Lo miré ansioso—. ¿Puedo verla?

Suspiró.

—Me temo que no, Chris.

Me vine abajo.

»Verás, aunque el amor de alguien a veces puede elevar el alma de otro hasta Summerland, aunque nunca antes lo había visto en el caso de un suicidio, esa alma no suele permanecer aquí.

—¿Por qué? —pregunté. De repente, el regreso a Summerland se me antojó una victoria vacía.

—Hay cientos de respuestas a esa pregunta. Miles. La más sencilla es que Ann no está lista.

—Entonces, ¿dónde está? —Me había incorporado y lo miraba con angustia.

Me dio la impresión de que tomaba fuerzas antes de responder. ¿Aquello había sido una sonrisa?

—Bueno —empezó—, la respuesta a eso es tan complicada que no sé ni por dónde comenzar. No llevas lo suficiente en Summerland como para haber sido expuesto a ello.

—¿De qué hablas?

—Reencarnación.

Me sentí confuso y perdido. Cuanto más aprendía del más allá, más caótico se

volvía todo.

—¿Reencarnación?

—En realidad, has pasado por muchas muertes. Recuerdas la identidad de la vida que acabas de dejar a un lado, pero has tenido, todos los hemos tenido, una multitud de vidas anteriores.

Un recuerdo surgió entre las tinieblas de mi mente: una casa de campo y un hombre viejo que yacía en la cama, con dos personas a su lado, una mujer de cabello blanco y un hombre de mediana edad. Los trajes me resultaban extraños y el acento de la mujer nada familiar. «Creo que se ha ido», fue lo que dijo.

¿Ese anciano había sido yo?

—¿Me estás diciendo que Ann está de nuevo en la Tierra?

Asintió, y no fui capaz de reprimir un gruñido de desesperación.

—¿Preferirías que siguiera donde la encontraste, Chris?

—No, pero...

—Debido a que la ayudaste a comprender lo que había hecho, pudo cambiar su prisión por la reencarnación. Estoy seguro de que entiendes la sustancial mejora que supone eso.

—Sí, pero... —No terminé la frase. Claro que me alegraba saber que se había liberado de aquel sitio espantoso.

Pero seguíamos separados.

—¿Dónde?

Respondió con suavidad:

—La India.

37 El camino comienza en la Tierra

Al final hablé.

—¿La India?

—Estaba disponible de forma inmediata. Además, suponía un desafío para su alma: una desventaja que ha de superar para compensar el efecto negativo de su suicidio.

—¿Desventaja? —pregunté, algo confuso.

—El cuerpo que ha elegido contraerá en unos pocos años una enfermedad que le provocará un trastorno del sueño.

Ann se había suicidado con píldoras para dormir. Para equilibrar la situación, contraería una enfermedad que le impediría dormir con normalidad.

—¿Y ella ha sido quien lo ha elegido? —pregunté para asegurarme.

—Claro —respondió Albert—. El renacimiento es siempre una decisión voluntaria.

Asentí y lo contemplé.

—¿Y qué pasa con... el resto?

—Nada. En compensación por las penalidades sufridas, y debido a los logros de su anterior vida, sus nuevos padres son inteligentes y simpáticos. El padre trabaja como funcionario y la madre es una artista de éxito. Ann, aunque tendrá otro nombre, se sentirá querida y tendrá la oportunidad de cultivarse, intelectualmente hablando.

Pensé un largo rato antes de hablar.

—Quiero ir con ella.

Albert pareció disgustarse.

—Chris, a menos que uno se vea obligado, no debería renacer hasta haber estudiado lo suficiente y desarrollado su mente, de tal forma que la siguiente vida sea mejor que la última.

—Estoy seguro de que tienes razón —concedí—. Pero tengo que estar con ella y ayudarla si puedo. Me siento culpable por no haberla ayudado lo suficiente en nuestra anterior vida. Quiero probar de nuevo.

—Piensa, Chris. ¿De verdad quieres volver tan pronto a un mundo donde unos pocos roban y engañan a los demás? ¿Donde se tira comida a la basura mientras en algunos lugares se pasa hambre? ¿Donde el servicio al Estado es una hipocresía brutal? ¿Donde matar es una solución más sencilla que amar?

Sus palabras fueron bruscas, pero yo sabía que lo hacía por mi bien. Que esperaba convencerme para que volviera a Summerland.

—Ya sé que solo te preocupas por mí. Pero amo a Ann y tengo que estar con ella y ayudarla.

Su sonrisa fue triste, pero comprensiva.

—Lo entiendo —asintió—. Ahora que os he visto a los dos juntos, tampoco me sorprende.

—¿Cuándo?

—Cuando salisteis de vuestra prisión etérea. —Su sonrisa se volvió tierna—. Ambas almas se fusionaron. Tenéis la misma vibración, como ya os he dicho. Por eso no puedes soportar alejarte de ella. Es tu alma gemela; comprendo que quieras estar a su lado. Estoy seguro de que Ann decidió renacer con la esperanza de reuniros. Aun así...

—¿Qué?

—Me gustaría que entendieras lo que implica regresar.

—Es posible, ¿no? —pregunté preocupado.

—Quizá no sea tan simple. Y tal vez existan riesgos.

—¿Qué tipo de riesgos?

Dudó antes de responder.

—Será mejor que hables con un experto.

* * *

Creí que iba a regresar enseguida. Debería haber imaginado que un proceso tan complejo no se realizaba de manera tan sencilla. Y eso, al igual que todo en el Más Allá, requería de su pertinente análisis.

Primero, el discurso.

Fuimos a un lugar cerca del centro de la ciudad, un templo circular, enorme, con miles de asientos. Un eje de luz blanca, visible a pesar de la abundante iluminación, se derramaba sobre la estructura.

Cuando Albert y yo entramos en el templo, nos sentamos en un par de sillas a

medio camino del púlpito. No sabría decirte la razón. No estaban marcadas ni eran diferentes del resto de asientos. Aun así, sabía que aquellos asientos eran nuestros en cuanto entramos.

La audiencia conversaba sosegadamente. Conversaba, claro está, sin emitir sonido alguno. Muchos nos sonrieron cuando nos acomodamos.

—¿Toda esta gente piensa renacer? —pregunté sorprendido.

—Lo dudo. La mayoría de ellos viene aquí para aprender.

Asentí. Procuré que mi desasosiego creciente no se notara, pero estaba ahí. Era similar al sentimiento que había tenido cuando llegué a Summerland por primera vez, cuando algo me había alertado de las intenciones de Ann.

Similar. Pero no podía ser igual. Sabía que ella vivía. A pesar de ello, nuestra separación seguía siendo igual de estresante para mí. Robert, no sería capaz de explicarte todo lo que implica ser almas gemelas. Lo intentaré de todos modos. Mientras estés separado de ella, te sentirás incómodo. Sin importar las circunstancias de cada momento, ni tampoco lo extraordinario que sea el lugar donde te encuentres.

Ser la mitad de otro es un tormento cuando el otro no está.

* * *

Una mujer encantadora se subió al púlpito y nos sonrió.

—Shakespeare se refirió así a la muerte: «El país desconocido del que no retorna viajero alguno». —Sonrió de nuevo—. Lo expresó de manera soberbia, aunque no fue del todo preciso. Todos hemos descubierto ese país tras nuestra muerte. Lo que es más, es un lugar al que todos los viajeros terminan por regresar.

»Somos trinos —continuó—. Espíritu, alma y cuerpo. Este último elemento, durante la vida en la Tierra, está compuesto por los cuerpos físico, etéreo y astral. No hablaré de nuestro espíritu en esta ocasión. Nuestra alma contiene la esencia de Dios que está dentro de nosotros. Esta esencia guía nuestra vida y conduce el alma a través de las múltiples experiencias de la vida. Cada vez que una parte del alma se convierte en carne, absorbe esa experiencia y evoluciona, enriqueciéndose en el proceso. O... —guardó silencio— haciendo todo lo contrario.

Que era lo que Albert me había dicho antes. El suicidio de Ann había involucionado su alma, y por ello había decidido absorber la suficiente experiencia positiva para reconstruirla.

¿Cómo este yo se añade o se resta? A través de la memoria. Cada uno de nosotros posee una memoria interna y externa. La externa pertenece a nuestro cuerpo visible, y la interna a nuestro cuerpo invisible (o espiritual). Cada cosa que hemos pensado, deseado, hablado, hecho, oído o visto alguna

vez queda inscrita en nuestra memoria interna.

Esta colección de recuerdos permanece en la «Casa del Padre» y se enriquece o empobrece con los resultados de cada nueva vida física. El cuerpo astral (o espiritual) vuelve a la Tierra, pero en esencia sigue siendo el mismo. Solo el cuerpo carnal y su doble etéreo se ven alterados.

Hay una línea de comunicación entre el yo más elevado y la forma física que el alma ha elegido. Por ejemplo, si el yo físico recibe una inspiración, esta proviene del alma. La así llamada «voz de la conciencia» no es más que el conocimiento que tiene su origen en antiguas lecciones que advierten a un individuo de que no cometa determinado acto que dañaría su alma.

Sin embargo, y salvo en casos en los que se trata de sujetos especialmente receptivos o que son capaces de estudiar su interior (a través de la meditación), la penetración de este auténtico yo en la materia pasa inadvertido.

—El proceso es el siguiente —nos dijo la mujer—: la existencia tras una vida de logros se intercala con períodos de descanso y estudio en este plano, de tal manera que el alma se va moldeando para convertirse a lo que aspira. A veces, lo que se ha fracasado en vida se puede conseguir en el más allá, de tal manera que en la próxima reencarnación se posea una mayor sabiduría y una mayor habilidad para continuar ascendiendo hacia Dios.

»De esa forma, la trinidad que somos experimenta una tríada de encarnación, desencarnación y reencarnación. El hombre debería ser consciente de en qué consiste la muerte, puesto que ha muerto muchas veces. Aun así, cada vez que vuelve a la carne (excepto en ocasiones contadas) lo olvida todo.

* * *

Se me ocurrió una pregunta. La mujer la respondió enseguida, como si me hubiera leído la mente.

—Ahora tenéis el mismo aspecto que poseísteis en vuestra última encarnación. Por supuesto, habéis tenido muchas apariencias diferentes, algunas incluso de sexo diferente. Conserváis el aspecto de vuestra última encarnación porque es el más vívido en vuestra memoria.

»Cuando la vida llega a su fin, vuestra consciencia retrocede, paso a paso, hacia su fuente, disociándose así de su relación con la materia. Este proceso de renuncia tiene lugar en el mundo etéreo, donde vuestros deseos y sentimientos fueron refinados y las fuerzas no susceptibles de regeneración de vuestra vida se centraron y transmutaron. Al final, vuestra consciencia retrocede hasta su fase mental o fase del «cielo», donde estáis ahora y en la que se carece por completo de materia.

No sé si lo recibió, pero le di las gracias por la respuesta. Tal vez lo imaginara, pero me dio la impresión de que sonrió.

—El tiempo de estancia en el Más Allá varía —continuó—. A veces pasan mil años entre las reencarnaciones. Cuando vuelve la consciencia tras la muerte, el impulso inicial de la personalidad es reencarnarse. Los recién llegados comienzan a practicar el método mediante el cual las vibraciones se controlan, para así poder renacer.

»Lo difícil de verdad para un alma es elegir quedarse en Summerland y estudiar con la intención de mejorar para que la próxima encarnación sea un paso más en el proceso de enriquecimiento del alma.

Tuve otra duda, pero también esta vez se resolvió de inmediato. Me pregunté si fui yo el único en pensar en ello.

—No todo el mundo renace. Algunas almas son tan avanzadas que ya no se reencarnan, sino que trascienden a un nivel de existencia más allá de lo que la Tierra puede ofrecer, y se reúnen para siempre con Dios.

»Estas almas, que han conseguido expiar sus penas o adquirir todo el conocimiento posible, se unen al Creador y pasan a un estado de unidad perfecta con Él, convirtiéndose en parte integral del patrón universal.

No entró en detalles acerca de la «tercera» muerte, puesto que es muy complicado y todos nosotros teníamos que adquirir mucha más experiencia, y teníamos también mucho más que aprender y muchas limitaciones que superar antes de enfrentarnos a ella. Estas limitaciones solo se dan en la Tierra porque es el único lugar donde se pueden manifestar. Summerland es demasiado maleable, demasiado controlable. Solo en la densidad de la materia la personalidad puede arrostrar el más severo de los desafíos. Es el campo de pruebas principal para el hombre, el lugar para actuar y experimentar.

Todos nosotros tenemos un camino por delante, y el camino comienza en la Tierra.

38 Por toda la eternidad

—¿Y cuál es el proceso? —siguió la mujer—. Para aquellos a los que les gustaría saberlo, funciona así.

Me incliné hacia delante. Lo que había dicho hasta entonces había sido muy interesante. Sin embargo, ahora iba decírnos... a decirme cómo me podía reunir con Ann una vez más.

Y eso es lo que te voy a contar ahora mismo, Robert.

Cuando un alma que busca reencarnarse elige los padres que va a tener, él (o ella) se registra en lo que podría llamarse un ordenador. Si hay varios candidatos, el ordenador será quien decida el alma más apropiada para la tarea, o mejor dicho, la que más lo necesita.

Lo llamo ordenador, aunque en el fondo es bastante más complicado que eso, ya que es capaz de analizar los patrones de pensamiento de todos los que han solicitado un tipo similar de herencia y ambiente. Cuando este conjunto de pensamientos se sincroniza en un patrón global, el alma más cualificada reconoce que él o ella es la seleccionada y el resto, sin discusión, sigue buscando.

La mujer nos advirtió de que es tentador, con la libertad que se disfruta en Summerland, planear la siguiente vida con demasiadas aspiraciones.

—Dejadme advertiros a todos los que pensáis renacer que seáis conscientes de las restricciones a las que os enfrentaréis en la vida física. Exigir menos para lograr más es el método más aconsejable.

Los detalles te fascinarían, Robert: en el lejano Oriente, las almas que desean reencarnarse permanecen en las residencias de los hombres y, cuando llega el momento propicio, se visualizan a sí mismas como células y entran en el vientre de las que van a ser sus madres. Simple y sencillo.

Pero también resulta peligroso. Si el niño nace muerto, el alma queda encerrada en un coma en el nivel etéreo. Deja de ser una entidad completa para convertirse en una que no puede liberar su consciencia. Esto se debe a que la mente del alma se halla en un profundo sueño cuando se produce la reencarnación. Ninguna acción mental es posible hasta que las facultades de un niño están listas para ser utilizadas.

Otro peligro de este método es que el alma puede, de forma inconsciente, seleccionar un vehículo que se encuentra malformado, tanto física como mentalmente. En este caso, el error ha de sobrellevarse durante toda la vida. Por supuesto que hay veces en que este camino se elige de forma voluntaria para «pagar» las deudas kármicas. Se puede entender el karma como la

doctrina que versa sobre las consecuencias de nuestros actos. Un alma que entra en un cuerpo enfermo o dañado, que supera estas complicaciones, crece más rápido (a un nivel espiritual) que alguien que tiene todo lo que necesita (desde el punto de vista terrestre). Como en el caso de Ann.

Aunque en cualquier otra zona del mundo el alma tiene la opción de entrar en su nueva vida en cualquier fase, desde la concepción hasta después del nacimiento, el método occidental consiste en aguardar hasta que el niño nace. De esta forma, ningún alma puede quedar encerrada en el coma que te he descrito.

El proceso actual de reencarnación depende de la habilidad del alma en contraer sus cuerpos espirituales (astral y etéreo) hasta que puedan ser coordinados con el cuerpo del niño. Esta coordinación suele tener lugar justo después del nacimiento, y no es nada fácil lograrla. Por esta razón, el proceso suele requerir de la asistencia de un psíquico espiritual que pueda ver, en su ojo mental, la médula espinal del niño y del cuerpo espiritual, para poder fusionar ambos.

Como ya he dicho, otro método de reencarnación es el que sigue: el alma no entra en el cuerpo hasta que el niño tiene entre cinco y ocho semanas. De esta forma, la certeza de un recipiente físico adecuado es absoluta.

—Tras la encarnación —prosiguió la mujer—, todos los recuerdos de la vida anterior y el intervalo en el más allá se olvidan y comienza un nuevo proceso de impresión mental. De vez en cuando, si la reencarnación es precipitada, los recuerdos perduran... lo que explica la alta incidencia de tales casos en la India, por ejemplo.

»Durante varios meses, el alma duerme en el niño que se sirve de instintos animales para aprender cuáles son los procesos de su cuerpo: alimentación, sueño y funciones orgánicas. Solo cuando el alma comienza a despertar, el niño comienza a demostrar inteligencia activa.

»El alma no despierta de una sola vez, sino que lo hace de forma progresiva durante la niñez y juventud del individuo. De cuando en cuando, un alma despierta prematuramente y recuerda sus habilidades pasadas, aunque no su vida pasada. Esto también explica los niños superdotados.

»El alma se fusiona poco a poco con el cuerpo hasta la unión completa, que se produce a la edad de veintiuno, más o menos. A veces, un alma no se despierta hasta la mediana edad. En tal caso, la personalidad no muestra signos de actividad intelectual completa hasta entonces.

»Y tras su nueva vida, el alma inmortal, que ha experimentado vida tras vida en un intento por dominar su propia naturaleza, regresa, una vez más, al hogar, para descansar y retomar el estudio antes de volver a la Tierra en su búsqueda continua de la perfección... y la reunión con Dios.

* * *

No te contaré nada más acerca de la teoría. Mi historia no necesita más información acerca de la reencarnación. Hay libros que tratan sobre el tema, si estás interesado.

Mi siguiente paso fue reabrir el libro cerrado de mis recuerdos y examinarlos otra vez.

Al utilizar mi longitud de onda individual, observé mis vidas pasadas.

Fue un espectáculo asombroso, Robert. Un espectáculo en el que nada se omitió. Apenas tuve tiempo para reaccionar mientras los detalles me inundaban: un estallido de vívidos eventos donde cada momento se reproducía con total detalle.

He pasado por muchas vidas, pero solo te mencionaré las dos en las que Ann y yo estuvimos juntos.

Trabé contacto con ella en 1300, cuando nuestras almas se expresaron en lo que se puede denominar como la «estructura feminista». Fuimos hermanas, con una diferencia de once años (yo era la mayor), pero aun así teníamos una relación tan estrecha que amigos y familia se quedaban sorprendidos. Nuestras vidas fueron inseparables, desde un punto de vista psicológico.

Nos reunimos de nuevo en 1700, en Rusia, yo con valencia masculina y ella femenina. Crecimos juntos, nos conocimos, perdimos contacto durante una temporada y luego nos reunimos en nuestra juventud, nos enamoramos y nos casamos. Fui escritor en esa vida, de novelas e historias cortas. Ann (su nombre era diferente por aquel entonces) creía en mí, aunque mi éxito fuera nimio.

Fue el final de esa vida lo que presencié en mi segunda muerte.

Ahora la vi en toda su extensión, desde una perspectiva que me permitió observar el fin y propósito de todas esas vidas.

No entraré en detalles; es irrelevante para lo que te voy a contar. Basta mencionar que concluí que un factor en concreto que necesitaba mejorar para enriquecer mi alma era el de ayudar a los demás. Eso se complementaba a la perfección con mi deseo de estar con Ann de nuevo. Albert me había dicho que llegaría el momento en que necesitaría de tratamiento médico.

Sería doctor.

Al principio me planteé la posibilidad de nacer en India. Nacer allí y acabar siendo doctor es tan complicado que tuve que cambiar de idea. De todas formas, nacer en La India no es el objetivo. Lo es ayudar a Ann.

Por eso elegí como padres al doctor Arthur Braningwell y señora, de Filadelfia. Son jóvenes y buenas personas, y seré su único hijo. Tendré una vida cómoda, iré a la facultad de Medicina y creo que seguiré los pasos de mi padre.

A la edad de treinta, eso cambiará por completo por razones que no entraré a relatar, y saldré de esta comodidad para practicar la medicina en el tercer mundo.

Al final llegaré a La India y cuidaré de una joven de la que luego me enamoraré y con la que me acabaré casando. El alma de esa joven será la de Ann. Si llegamos a sentir o saber lo que ha ocurrido, no es importante. Volveremos a estar juntos. Nada más importa.

* * *

El cuerpo elegido por mí es un niño de cuatro semanas y media. No será lo suficientemente fuerte para resistir la entrada de mi cuerpo astral y etéreo hasta que tenga siete semanas.

He estado observando el cuerpo, y he experimentado el proceso de reducirme hasta el tamaño de un niño. Cuando esté listo para la transición, un doctor experimentado en el proceso dispondrá un flujo radiactivo que permitirá conectar los cuerpos a través de una glándula situada en la base del cerebro del niño.

Entonces entraré.

En los momentos anteriores a la encarnación, trataré de visualizar una imagen clara del tipo de cuerpo que necesito. De esta forma, puedo ayudar a desarrollar la fuerza y la salud necesarias para llevar la vida que tenía pensada. Si no lo consigo, el niño podría no nacer o incluso, al igual que Ann, sufrir de alguna debilidad o enfermedad.

Robert, te confieso que la reencarnación me produce rechazo. Le he estado dando vueltas y vueltas a la idea de regresar a la carne, y no me atrae lo más mínimo. Por el momento, solo el saber que Ann ha vuelto es lo que me hace desear volver. Porque, en el fondo, no ha de tenerse coraje para morir. El auténtico coraje reside en nacer de manera voluntaria, en abandonar las bellezas incontables de Summerland para hundirse en las profundidades de la materia oscura y asfixiante. El trauma no lo provoca la muerte, sino la vida. Uno puede morir sin saberlo.

El nacimiento implica el trauma de la comprensión.

Pensar en mi sueño me dará fuerzas.

El sueño de que, algún día, nos reuniremos aquí en Summerland. De que compartiremos nuestro amor y unidad en este lugar exquisito, y nos reconfortaremos el uno al otro.

Tal vez, como Albert me sugirió, nos volvamos a casar en una de las grandes catedrales del cielo, y será un maestro de un nivel más elevado el que celebre la ceremonia, y un coro nos cantará un himno que ensalce nuestro amor.

Le entregaré regalos hechos por mí: flores, ropa, joyas, abalorios y adornos

para la casa. Una casa que colmará todos nuestros deseos y gustos, y que se situará en un lugar encantador en medio de la naturaleza, y en el que disfrutaremos para siempre.

Rezo para que estemos allí, donde podremos aprender y crecer hasta que llegue el momento en que nos elevemos a los niveles superiores, donde cambiaremos de apariencia, pero sin perder la lealtad que nos profesamos el uno al otro y donde compartiremos la gloriosa trascendencia de nuestro amor por toda la eternidad.

39 Regreso con mi amor

Hay una cosa más que tengo que hacer antes de marchar.

Dictar este libro y conseguir que te lo entreguen.

No te detallaré cómo me he puesto en contacto con la mujer que te ha entregado este manuscrito. En principio planeé que te lo dieran mis hijos. Pero cuando averigüé que la única persona sensitiva disponible vivía en la costa Este, decidí que fuera ella quien te lo trajera.

Espero que se publique y que mucha gente lo lea. Espero que al menos sirva para que unos pocos se preparen para la transición inevitable que tendrá lugar al final de nuestras vidas.

* * *

Mi relato llega a su final.

Ten en cuenta esto: lo que te he contado es parcial. No podía ser de otro modo. Solo te puedo decir lo que vi y escuché. Es una compilación de lo que ocurrió, nada más y nada menos. Recuerda lo que Albert me dijo.

La mente lo es todo.

Nunca te lo podré repetir lo suficiente. Esta experiencia fue mi experiencia y la de nadie más. Aunque todo es verdad, no es de ningún modo la única posible.

Otra persona te contará una historia diferente.

Recuerda esto también: con las cosas que no te he contado podría llenar cien volúmenes. Créeme cuando te digo que la variedad en el más allá es infinita. Hay tanto que contar que mi historia es como un grano de arena entre todas las playas y desiertos del mundo.

He de mencionar que todo lo que he descrito ha tenido lugar en un nivel relativamente bajo de existencia espiritual. Hay planos de los que no sé nada y de los que puede que no sepa en eones.

En breve no habrá una realidad estándar en lo que respecta al Más Allá. Te he contado mi experiencia. La tuya será diferente. Pero puedes estar seguro de una cosa:

Llegaré.

Creo imprescindible desarrollar mi argumento:

Nada es tan simple como parece.

En la actualidad, las condiciones de la supervivencia no se pueden explicar en términos de tiempo, espacio y forma. Te he descrito gente, localizaciones y eventos, pero estas descripciones quedan sujetas a mi habilidad (o falta de ella) para ver las cosas como son.

De hecho, puede que toda esta experiencia haya sido lo que me dije después de morir.

Un sueño.

Cuando duermes, el mundo en el que discurre tu sueño es tan real como la vida para ti, ¿no es cierto?

Esto podría ser lo mismo.

De ser así, sería natural que a lo que me he referido como Summerland tuviera el aspecto que te he descrito. Puesto que las circunstancias de este nivel son imágenes transportadas por la consciencia de los recién llegados de la Tierra, ¿qué sería Summerland sino una versión idealizada de la Tierra?

Albert me dijo, casi al principio, que el Cielo es un estado de la mente.

Lo es.

Considera esto: ¿no es la Tierra otro estado de la mente? La materia no es más que energía que al intelecto humano se le aparece como algo estático. La vida es el estado de la consciencia que percibe esta energía como materia. La muerte es el estado de consciencia que ya no la percibe como tal.

La vida en la Tierra es solo un panorama de observaciones vívidas que te parecen reales.

¿Por qué el Más Allá debería ser menos real?

No permitas que te confunda.

Te parecerá muy real.

Y, por favor, hermano mío, no le tengas miedo.

La muerte no es el peor de los terrores.

La muerte es una amiga.

Considéralo de esta forma: ¿tienes miedo de dormir por la noche? Por supuesto que no. Porque sabes que te volverás a despertar.

Piensa en la muerte del mismo modo. Al igual que ocurre cuando duermes,

también acabarás por despertar.

La auténtica vida es un proceso de transformación. La muerte es una fase de esta progresión. A la vida no le sigue la no vida.

Solo hay una continuidad del ser.

Somos parte de un plan, nunca lo dudes. Un plan para que cada uno de nosotros alcance el nivel más alto del que seamos capaces. El camino atravesará zonas oscuras, pero al final llegaremos a la luz.

Nunca olvides que pagamos por cada acto, pensamiento y sentimiento que llevamos a cabo.

En la Biblia se lee muy claro:

«El que siembra, recoge».

A la gente no se la castiga debido a sus acciones, sino que es castigada por ellas.

Si al menos alguien creyera esto...

Si todo hombre y mujer del mundo supiera, sin duda alguna, que va a tener que enfrentarse a las consecuencias de sus vidas...

El mundo daría un vuelco.

Dios te bendiga.

Regreso con mi amor.

EPÍLOGO

Acabo de volver de Filadelfia.

Quizá me he comportado como un estúpido. Es posible que la mujer que me trajo el manuscrito fuera consciente de la existencia del doctor Braningwell y de su esposa. No hay forma de saberlo. Solo me puedo hacer preguntas al respecto. Si así fuera, ¿por qué iba a tomarse tantas molestias para engañarme?

Al principio pensé en llamar a la puerta de los Braningwell y contarles mi historia.

Pero luego el sentido común me disuadió.

Lo que hice fue esperar hasta que su niñera llevara al niño a dar un paseo. La seguí hasta un pequeño parque y allí, mientras que estaba sentada en un banco, me paré y charlé con ella un rato, rato que aproveché para echarle un vistazo al niño. Me sentí un estúpido por hacerlo, pero también sentí algo más al mirar a los ojos de ese niño.

Miedo.

¿Aquel bebé poseía el alma de mi hermano Chris? ¿Iría a La India cuando tuviera treinta años, se encontraría con una joven que encerrara el alma de la esposa de mi hermano, Ann, y se casaría con ella?

Le ruego a Dios que me conceda la oportunidad de averiguarlo.

Sin embargo, tengo sesenta y tres años. Es evidente que no viviré el tiempo necesario. Podría pedirles a mis hijos que lo comprobaran, pero estoy seguro de que con el paso del tiempo se olvidarán de una historia vaga e improbable que pudo ocurrir, o no, hace varias décadas, en un país a miles de kilómetros de distancia.

Así que este es el fin.

Lo único que puedo hacer es repetirlo una vez más: si el manuscrito cuenta la verdad, lo mejor será que nos replanteemos nuestra vida.

A fondo.

FIN

Nota

[1] Confusión, caos. (*N. del t.*) <<

